



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

P

# El tiempo abstracto y los procesos de subjetivación de las sociedades modernas

Autor:

**Vidal Labajos, Sebastián**

Tutor:

**Acha, Omar**

**2020**

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Magister de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad.

Posgrado



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

*Vidal Labajos Sebastian*

**Subjetividad,  
racionalidad y tiempo en  
Michel Foucault y Moïshe  
Postone**

*El tiempo abstracto y los procesos de  
subjetivación de las sociedades  
modernas*

Tesis para optar por el título de Magister en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras

Dirección: Omar Acha

Buenos Aires 2020

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan –no lo saben, lo terrible es que no lo saben–, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo [ ...] No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj

Julio Cortázar, 1962, Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda a un reloj

# *Resumen*

La presente investigación se propone afrontar dos cuestiones centrales. En primer lugar, el estudio sobre la temporalidad surgida junto a las sociedades modernas, su origen histórico, sus rasgos más característicos y sus actuales transformaciones. Lejos de la premisa que hace del tiempo un atributo físico-natural, aséptico y transhistórico, partiré de la hipótesis de que se trata de un objeto social estrechamente ligado a las formas de dominación que caracterizan nuestro momento histórico y que sus atributos y recientes transformaciones se rigen precisamente por esa modalidad específica de dominación. En segundo lugar, esta investigación indagará sobre las formas en las que esta temporalidad condiciona ciertas prácticas, establece reglas de acción y marca límites para los procesos de constitución de subjetividades. Para ello, recurriré fundamentalmente a los corpus teóricos de Michel Foucault y Moishe Postone que, con diferentes perspectivas y desde tradiciones teóricas dispares, han tratado el problema del tiempo, incluyendo también otros trabajos que supongan importantes aportaciones a la discusión.

La presente tesis se compone de tres capítulos.

El primero examina la discusión sociohistórica sobre el origen y las condiciones del tiempo moderno tratando de delimitar el debate en torno a tres tipos de hipótesis: las científico-técnicas, concentradas en el desarrollo de la relojería; las instrumentales, que entienden que el tiempo moderno surge como mecanismo de disciplinamiento; y las que privilegian la diferenciación social y el surgimiento de nuevas formas de interdependencia social, ya sean las aparecidas en torno a la vida urbana o al mercado mundial. Profundizaré en estas discusiones tratando de señalar los límites y las fortalezas de cada uno de sus marcos teóricos. Mi punto de partida es que su alcance no se restringe a aproximaciones sobre el problema del origen del tiempo, sino que se deben contextualizar como modelos teóricos amplios sobre la modernidad.

El segundo se centra en las actuales mutaciones de la temporalidad. La programación y la disciplina temporal dejan paso a temporalidades abiertas, susceptibles de ser autosugestionadas estratégicamente, y a la creación de novedosos dispositivos institucionales de control y vigilancia a distancia. Sin embargo, el estudio sobre las transformaciones

temporales actuales no puede limitarse a examinar los mecanismos institucionales y técnicos de gestión y control del tiempo. El tiempo en las sociedades mercantiles posee rasgos inherentes como la tendencia a la densificación, la aceleración y a la hibridación temporal. Para analizar las fuerzas endógenas movilizadas por esta nueva temporalidad recurriré a autores como Postone, Rosa, Crary o Bologna.

El tercer capítulo se centrará en analizar cómo la temporalidad moderna da forma a procesos de constitución subjetiva. A pesar de su apariencia anodina para las relaciones sociales, el tiempo moldea la manera en la cual seguimos ciertas reglas, nos apasionamos por determinadas cosas y establecemos vínculos específicos. En la modernidad avanzada, el tiempo de vida pasa a interpretarse como un recurso económico que es necesario administrar estratégicamente, al mismo tiempo que funciona como una fuerza coaccionadora y apremiante. Asimismo, la competencia temporal se convierte en el tipo de vinculación social paradigmática de la modernidad avanzada y la autoconcepción empresarial su forma subjetiva más característica. Por último, las transformaciones temporales fuerzan a una nueva relación entre presente y futuro que se conforma en términos de inseguridad, riesgo e incertidumbre.

En definitiva, esta tesis tratará de dar cuenta de la duración medida por el reloj como objeto social y como forma de dominación: un objeto producido en determinadas condiciones históricas, pero que a su vez, condiciona, limita y da forma a la manera en la que somos y en la que podríamos ser. El tiempo es usado por los humanos como una herramienta, pero al mismo tiempo se constituye como una poderosa fuerza social e histórica que, de forma silenciosa, afecta profundamente la manera en la que los humanos nos comportamos, deseamos y vivimos.

# Índice

<b>Agradecimientos.....</b>	<b>Pág 4</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>Pág 6</b>
<b>1.El tiempo moderno: tiempo disciplinar y tiempo abstracto.....</b>	<b>Pág 16</b>
1.1.El tiempo moderno, el reloj y la estandarización mundial.....	Pág 18
1.2.De los monasterios a las cárceles: el tiempo disciplinar.....	Pág 23
1.3.Tiempo, conflicto y disciplina de trabajo.....	Pág 34
1.4.Ciudades y mercaderes: el tiempo como relación social.....	Pág 43
1.5.Entre la disciplina y la dominación abstracta: el tiempo moderno.....	Pág 62
<b>2.Poder y temporalidad en la modernidad avanzada.....</b>	<b>Pág 66</b>
2.1.1.Una nueva analítica del poder.....	Pág 68
2.1.2.De la razón de Estado a la gubernamentalidad neoliberal.....	Pág 78
2.1.3.Del tiempo disciplinar al tiempo neoliberal.....	Pág 92
2.2.Densificación, aceleración e hibridación: el tiempo en la modernidad avanzada.....	Pág 95
<b>3.Tiempo de vida, autoconcepción empresarial y riesgo: una aproximación a la subjetivación temporal en la modernidad avanzada.....</b>	<b>Pág 114</b>
3.1.El tiempo de vida como recurso y como imperativo.....	Pág 116
3.2.Autoconcepción empresarial y competencia.....	Pág 131
3.3.Inseguridad, incertidumbre y riesgo.....	Pág 149
<b>Consideraciones finales.....</b>	<b>Pág 160</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>Pág 169</b>

# *Agradecimientos*

Entre los innumerables problemas a los que me he tenido que enfrentar para escribir todas y cada una de estas páginas, el uso del singular de la primera persona ha sido inesperadamente persistente y correoso. Si bien no me sentía muy cómodo con el uso del plural, demasiado abstracto, demasiado impersonal, decidirme finalmente por el singular no puede oscurecer las condiciones afectivas, materiales y personales sin las cuales algo como esto no existiría.

En primer lugar, agradecer a la Universidad de Buenos Aires la determinación por hacer posible un espacio de pensamiento tan enriquecedor y tan diverso como es esta maestría. En PUAN encontré algo diferente pero indiscutiblemente mejor de lo que esperaba.

Gracias a la ciudad de Buenos Aires, gris, inmensa y recóndita, pero acogedora y familiar. Enseguida me sorprendí a gusto, cómodo y bien recibido y gran parte de la culpa la tiene Moreno 3330. Gracias por esa hermosa casa de mujeres en la que me dejasteis vivir y que me dio tranquilas y fértiles mañanas de estudio y largas noches de risas. Gracias Paqui, Pato, Anush.

Ojalá pueda disfrutar siempre de un contexto para pensar tan intenso, tan extravagante y tan lúcido como el que tuve con vosotros y vosotras. Las clases y los después de las clases me empujaron, me engañaron y me sedujeron para seguir y para pensar que hacer esto era una buena idea. Gracias compas.

Gracias a La Caterva por enseñarme tanto, por hacerme ver tantas cosas que no habría visto y permitirme hacer tantas cosas que no habría podido hacer. Gracias Aldi, Anto, Hernán y Nico.

Gracias por la confianza, por los elogios, la mirada atenta y precisa y por las críticas agudas, pero sobre todo por hacerme sentir atendido, cuidado y querido. Siempre te deberé ese café de vuelta, Pedrito.

Hiciste de tu casa mi casa y me permitiste contar siempre contigo. Fuiste lo que me permitió andar confiado y tranquilo por esas enormes y al principio extrañas calles, fuiste mi familia. Eres lo que me animará siempre a volver. Gracias por eso Nico.

Quiero agradecer también a los del otro lado, a los seminarios de la crítica del valor que me iniciaron en las primeras y torpes lecturas de Postone, Kurz y Marx. Agradecer a Diego

Ruedas y a Jorge Del Arco por las charlas, matices y esa crítica de la crítica absolutamente indispensable para llevar esto a cabo. Quiero agradecer también a Mario Domínguez, que me inició en el gusto por algo tan simple como leer y para el que las etiquetas de director o codirector no son necesarias.

Muchas gracias también a las alpacas y a amilayos que ya estaban ahí antes de pensar siquiera en irme y estaban todavía cuando quise volver, en especial a Andrea que casi milagrosamente hacia aparecer una bolsa de doritos, una horchata o un brownie cuando todo parecía perdido. Gracias a Magda que me regaló una lectura y una corrección que este trabajo no merecía y que ha hecho que estás páginas parezcan mejores de lo que en verdad son.

Quiero agradecer especialmente a mi docente y director Omar Acha siempre atento y certero. Tu generosidad y tu paciencia me han acompañado desde el principio dándome un camino posible. Sin tu confianza y tu cuidadosa lectura habría sido imposible.

Por último, a mi familia, que lo son todo y lo explican todo. Gracias por ayudarme a seguir la velocidad del mundo pero gracias también por respetar mi ritmo y enseñarme que también es posible ir más despacio. Gracias por tener las estanterías llenas de libros, por llevarme al cine, por Las Majadas y La Grama, pero ante todo por estar ahí.

Y a ti, por tantas cosas que ni tiene sentido que las ponga en una lista. Pero sobre todo porque me fui y porque volví porque mientras y porque siempre estabas conmigo haciendo que todo sea mejor, más fácil, más brillante.



# Introducción

Y ya que la economía política gusta tanto de las robinsonadas, observemos ante todo a Robinson en su isla. (...) El mismo agobio en que vive le obliga a distribuir minuciosamente el tiempo entre sus diversas funciones. (...) La experiencia se lo enseña así, y nuestro Robinson que ha logrado salvar del naufragio reloj, libro de cuentas, tinta y pluma, se apresura, como buen inglés a contabilizar su vida. En su inventario figura una relación de los objetos útiles que posee, de las diversas operaciones que reclama su producción y finalmente del tiempo de trabajo que exige, por término medio, la elaboración de determinadas cantidades de estos diversos productos. (...) Y, sin embargo, en esas relaciones se contienen ya todos los factores sustanciales del valor.

(Marx, 2000: 41-42).

El hombre de que se nos habla y que se nos invita a liberar es ya en sí el efecto de un sometimiento mucho más profundo que él mismo. Un “alma” lo habita y lo conduce a la existencia, que es una pieza en el dominio que el poder ejerce sobre el cuerpo. El alma, efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo.

(Foucault, 2009: 36).

El mundo moderno, que vio nacer las relaciones sociales capitalistas como la forma social propia de nuestra época, trajo consigo mucho más que un nuevo modelo económico. De la forma social aparecida en Europa tras la caída del feudalismo emergió una transformación general de la vida humana en todo el planeta que afectó su existencia con una enorme amplitud y profundidad. Incluso las concepciones del espacio y el tiempo fueron modificadas. El mundo vio alterada su propia forma, apareciendo los continentes y los océanos en planos y cartas de navegación e inventando formas de moverse a una velocidad inusitada: por primera vez pudo verse a sí mismo en un *mapamundi*. El paso de los acontecimientos tampoco volvió a ser el mismo nunca más: la Modernidad también vino de la mano de la capacidad de medir las duraciones con una referencia común para millones de personas y de establecer inmensas cadenas de interdependencia temporal. La experiencia del transcurso se convirtió en algo que podía ser referenciado de manera invariable porque una magnitud común podía representarlo. El mundo pudo medir sus transformaciones con un reloj por primera vez.

La forma en la que los seres humanos hemos vivido el paso del tiempo y hemos experimentado la sucesión de los acontecimientos ha sufrido enormes y continuas transformaciones a lo largo de la historia, sin embargo, la ruptura en la temporalidad provocada por la emergencia del mundo

moderno es históricamente excepcional: un nuevo tipo de tiempo apareció y logró expandirse por el mundo sincronizando la actividad social con una precisión y una regularidad nunca antes vista. En algún momento entre los siglos XIV y XIX<sup>1</sup>, se consolidó progresivamente una forma de medir y experimentar el tiempo y los procesos sociales y naturales que rompió radicalmente con las formas en las que la humanidad lo había hecho hasta ese momento.

Newton lo llamó tiempo absoluto, como una de las cualidades básicas de la naturaleza, dependiente sólo de sí mismo y condición de posibilidad de cualquier acontecimiento en el universo. Kant lo remitió al sujeto como parte elemental de la sensibilidad y requisito constitutivo del conocimiento. El tiempo del reloj, homogéneo, constante y mensurable, adquirió el estatuto de objeto separado de la historia y elemento independiente de las fuerzas humanas y sociales.

Sin embargo, el estatuto adquirido por el tiempo fue cuestionado muy pronto. Desde la física, desde la filosofía y desde la sociología, el tiempo sufre un verdadero asedio sobre su condición de objeto natural. El tiempo se ha convertido en un objetivo importante del análisis y la crítica social. En su interior se ven ahora algunas de las claves de las relaciones sociales de nuestra época, dejando de ser condición ontológica de posibilidad para ser síntoma y blanco de la analítica social.

El debate sobre el tiempo moderno es amplio y muchos autores, desde muy diferentes perspectivas, han descrito la irrupción de la temporalidad moderna, ya sea desde la sociología: Luhmann, Bourdieu, Lewis y Weigert, Elias, Giddens, Zerubabel, Merton, o Rosa; desde la historiografía: Le Goff, Thompson, Landes, Mumford o Dohrn van Rossum; o desde la filosofía: Marx; Koselleck o Safranski entre otros. Pero a pesar de haberse abordado desde perspectivas muy diferentes quiero destacar algunas características ampliamente tratadas.

En primer lugar, autores tan disímiles como Debord o Luhmann han tratado la temporalidad moderna fundamentalmente desde su direccionalidad, es decir, como una nueva relación entre pasado y futuro, destacando generalmente el cambio sufrido por las temporalidades primitivas, religiosas y animistas que poseían normalmente una temporalidad circular y donde el futuro suele ser una continuación o una proyección de un pasado fundacional. La ruptura del tiempo moderno inaugura una temporalidad lineal e irreversible, donde el futuro se encuentra liberado del pasado y el pasado se vuelve lejano e inaccesible. El pasado abandona su carácter profético y el futuro desembarazado de aquel, se proyecta de manera incierta. En palabras de Luhmann:

El mismo futuro (...) ha de concebirse ahora como muy diferente del pasado. Ya no se puede caracterizar como aproximándose a un punto crítico donde gira hacia el pasado o donde el orden

---

<sup>1</sup> La alusión a una horquilla temporal tan amplia anuncia un debate central para esta investigación que se desarrollará más adelante y al que no quiero dar cierre antes de tiempo.

de este mundo, o incluso el mismo tiempo, resulta cambiado. (...) El futuro puede contener propiedades emergentes y posibilidades todavía no realizadas. Se convierte en un futuro abierto (Luhmann, 1991, 162).

En segundo lugar, cabe destacar la progresiva generalización, estandarización e integración de esta temporalidad. Nunca antes en la historia de la humanidad el tiempo había sido organizado y medido de una misma manera en todo el mundo. Si bien, asumimos que el tiempo es múltiple y que tiende a manifestarse individual y socialmente de forma heterogénea, los últimos siglos han visto la constitución de una magnitud cronológica idéntica para la inmensa mayoría del planeta. La multiplicidad de tipos de tiempo existentes antes de la expansión de la vida moderna ha sido sustituida por una única medida: los días y las horas. La temporalidad premoderna nunca existió como tal, pues existían numerosas y diversas formas de medir el tiempo. Ahora, en cualquier lugar del mundo, los individuos pueden sincronizar sus acciones con las de cualquier otro y los momentos de su vida con cualquier evento pasado o futuro. Se produce una homogenización temporal mundial que plantea más que nunca el debate sobre la pluralidad del tiempo<sup>2</sup>.

El último elemento, de cierta persistencia en los estudios sobre la irrupción del tiempo moderno, es su naturaleza mensurable, invariable e independiente de eventos sociales o naturales. Además, posee una enorme capacidad de diferenciar ritmos, periodos y cronologías. El tiempo nunca antes había sido tan preciso y constante pero tampoco había sido tan autónomo con respecto de los ciclos naturales o culturales. Como recuerda E. P. Thompson, existen numerosos ejemplos de estudios sobre antropología del tiempo que evidencian la dependencia, en muchas culturas, de las unidades de tiempo respecto de las actividades productivas o los ciclos naturales. Por ejemplo, Thompson recupera el ya célebre trabajo de Evans-Pritchard sobre la temporalidad de los nuer, donde describe cómo estos denominaban y organizaban sus tiempos a partir del pastoreo y las tareas domésticas adaptadas a las horas de luz y a las estaciones. Asimismo, Thompson habla de un “tiempo orientado al quehacer” y describe cómo en Madagascar las unidades de tiempo se determinaban por los ritmos de cocción de diferentes alimentos (Thompson, 1995: 399). De igual manera, según Thompson, era habitual en los pueblos costeros, que los horarios se estableciesen a partir de las mareas y no por

---

<sup>2</sup> El tiempo, como experiencia general del cambio, no determina por sí mismo una sensibilidad única del mismo. El sociólogo Georges Gurvitch, en *The Spectrum of Social Time* (1958), desarrolló una categorización de ocho tipos de tiempo asociados a formaciones sociales diferentes pero también a tiempos diversos propios de la misma sociedad. Lo que plantea Gurvitch es que el tiempo es constitutivamente heterogéneo y que es posible encontrar temporalidades diferentes simultáneas en la misma colectividad. Dependiendo de las particularidades de las relaciones sociales –por ejemplo, si existen conflictos colectivos, si existe un espacio de normatividad temporal intensa, prácticas religiosas o una gran cercanía con los ciclos naturales– se producen tipologías de tiempo enormemente diferentes. No es mi intención, como ya he señalado anteriormente, participar en el debate sobre la naturaleza ontológica del tiempo, pero asumiendo como hago que la temporalidad posee fundamentalmente un carácter social, resulta importante señalar el doble proceso de homogenización que supone la emergencia del tiempo moderno.

unidades fijas de tiempo, y según Landes, en la antigua China, las unidades horarias se definían de acuerdo a las estaciones, siendo por tanto enormemente discontinuas.

Este nuevo tipo de tiempo ha sido nombrado de muy diferentes formas: tiempo vacío, tiempo absoluto, tiempo cierto, tiempo abstracto, tiempo disciplinar, tiempo mercantilizado, tiempo secular, etc., y ha traído consigo un inmenso debate abordado desde múltiples perspectivas y trabajado a través de muy diferentes marcos teóricos. Sin embargo, la tarea que me propongo abordar, no es la elaboración de un exhaustivo estado de la cuestión de los múltiples estudios y perspectivas que han tratado el tiempo moderno, sino más bien, la de proporcionar una base sociohistórica, para más adelante evaluar su importancia a la hora de analizar los procesos de subjetivación contemporáneos. Para ello, incidiré de manera especial en los trabajos de Moishe Postone y Michel Foucault, cuyas obras abordan parcialmente y desde perspectivas novedosas y productivas este debate. Ambos marcos teóricos, me proveerán de valiosos elementos para revisitar y profundizar en debates clásicos, así como para sentar las bases teóricas que me permitan avanzar en una aproximación temporal de los procesos de subjetivación del mundo contemporáneo.

Ahora bien, quiero acotar un campo de análisis abrumadoramente amplio y propongo definir las preguntas a las que haré frente a lo largo de esta investigación.

La primera pregunta a partir de la cual se ha configurado esta tesis trata de indagar sobre la vinculación entre el tipo específico de temporalidad que emerge en las sociedades modernas y las formas de dominación que le son propias. La experiencia del tiempo y las sensaciones a través de las cuales nos hacemos “conscientes” de su existencia provocan que el tiempo aparezca ante nosotros como un objeto natural independiente de la voluntad individual y del curso de la historia. Es tarea fundamental de la teoría crítica, y de aquellos que tratamos de contribuir desde una perspectiva teórico-crítica, cuestionar precisamente aquellos elementos que desde su inocuidad y su aparente naturalidad intervienen y afectan de forma más profunda a la vida social.

El tiempo surgido en la modernidad constituye uno de los elementos de la vida social y política más indiscutidos de nuestro presente. No puede ser contraargumentado, no puede ser puesto en entredicho, no puede ser cuestionado: el tiempo simplemente avanza, inexorable, ajeno a los problemas humanos e históricos. En cambio, esta investigación arranca precisamente, con la intuición primero y con la convicción después, de que la temporalidad constituye uno de los elementos más relevantes para entender las formas de dominación de la modernidad. Trataré entonces de cuestionar el tiempo entendido como *a priori* sobre el cual se levanta y entiende todo lo demás, tratando de descifrarlo en su cercanía a las formas de poder y de dominación que caracterizan las relaciones sociales surgidas tras el feudalismo. Trataré de definir las formas en las

cuales el tiempo se encarna con el poder y las maneras en las cuales el poder toma cuerpo a partir del tiempo, pero también el tipo de dominación específica que supone en sí mismo el tiempo propio de las sociedades modernas.

La segunda pregunta a la que hará frente en esta investigación surge de la interrogación por los procesos de subjetivación afectados por esta forma de temporalidad. En contraste a aquellas concepciones del tiempo que lo conciben como un elemento transcendental de la experiencia y como una variable constitutiva de la vida humana, esta investigación parte de una concepción estrictamente social e histórica de la experiencia subjetiva del tiempo centrándose fundamentalmente en las características específicas de la temporalidad surgida en la modernidad y en sus transformaciones actuales. Sin descartar un análisis transhistórico sobre una ontología de la experiencia humana de las duraciones, el objeto prioritario sobre el que me centraré aquí es la manera en la cual la temporalidad actual constituye una forma específica de vivir el tiempo y a su vez plantea consecuencias amplias sobre la acción humana, los repertorios institucionales, el deseo, las formas de conciencia o las prácticas sociales.

Existe un origen cercano, una intuición surgida de la propia vida cotidiana, de la experiencia abrumadora que motiva el ejercicio reflexivo y teorizante: la sensación constante de falta de tiempo, la angustia por su desperdicio, la ausencia de momentos legítimos de ralentización y parsimonia, la autoexigencia que emerge ante la certeza de que el tiempo es algo que se pierde o se gana, la omnipresencia de su exactitud, la necesidad de comparar el tiempo propio con el de otros y la imposibilidad de darles alcance, la falta de horizontes temporales amplios y la constante provisionalidad de decisiones y acontecimientos. Me interrogaré, por tanto, por la manera en la cual los sujetos se ven afectados por las condiciones temporales de nuestro presente y por el modo en que estos, reflexiva y activamente, adquieren ciertas formas de regularidad ante ellas ya sea reproduciéndolas o desvinculándose de ellas.

Foucault trabajó la problemática del tiempo de forma muy recurrente a lo largo de sus estudios sobre el poder disciplinar, pero el lugar donde adquiere una presencia más elaborada y sistemática es en *Vigilar y Castigar*, donde desarrolla el concepto de tiempo disciplinar. A partir de estos textos podré analizar el papel desempeñado por este concepto en su obra y el lugar que ocupa Foucault dentro de la discusión historiográfica sobre el tiempo moderno. Se suele hablar más sobre la centralidad del espacio en la obra de Foucault, pero extraña que pese al volumen de páginas y la relevancia que adquiere el tiempo en la etapa genealógica no se le haya prestado una mayor atención. El panoptismo y la cárcel se han configurado como representaciones ideales del poder disciplinar dejando de lado el análisis que aporta Foucault sobre la organización del tiempo.

Profundizaré en sus textos centrando mi lectura sobre el concepto de tiempo disciplinar y en sus variaciones posteriores, examinando la posibilidad de actualizar una problemática que él nunca llegó a retomar.

Por su parte, Postone aborda el problema del tiempo como un elemento clave en toda su obra, y a pesar de que su análisis es eminentemente teórico y de un nivel muy elevado de abstracción, en *Tiempo, trabajo y dominación social* también participará de la discusión histórica del origen del tiempo moderno. El concepto de tiempo en la obra de Postone ha sido tratado por muchos autores como pueden ser Pagura (2018), Martín (2014), Arthur (1994; 2004), Bonefeld (2004) o Maiso (2014) por citar algunos de los más relevantes. Merece especial mención el investigador Álvaro Briales quien ha desarrollado el concepto de tiempo abstracto de forma más precisa y elaborada, aplicándolo sobre una problemática específica como es el problema del desempleo estructural en el contexto español tras la crisis económica de 2008. En todo caso, lo que me propongo hacer aquí, no es sólo una revisión teórica del concepto de tiempo abstracto y un análisis de sus implicaciones en el pensamiento marxista, sino fundamentalmente una exploración sobre las potenciales consecuencias que plantea sobre las relaciones de poder y los procesos de subjetivación.

Es bien conocida la fértil y ya célebre pugna entre Foucault y el marxismo que ha dejado innumerables páginas elaboradas por unos u otros. Ahora bien, la intensa crítica que Foucault enarbó en contra del marxismo no puede ser extrapolada sobre el propio Marx<sup>3</sup>. Foucault no sólo trató de elaborar una crítica del marxismo, sino que desarrolló una analítica del poder alternativa a la que el marxismo había logrado hacer hegemónica en los círculos intelectuales y de izquierda en Europa. Foucault se propone la creación de una nueva mirada crítica de la realidad sin las herramientas teóricas que el marxismo había generado. Precisamente por eso, debe diferenciarse de sus temáticas y conceptos.

Se pueden destacar dos grandes impugnaciones al marxismo en la obra de Foucault: hacia su analítica del poder, unívoca, represiva y exclusivamente centrada en la dominación de clase, y a la antropología del trabajo sostenida a partir de la idea de que el trabajo productivo y el valor de uso pueden fundamentar una naturaleza humana y un ser social. Ambas, se repiten en toda su obra y las dos hacen referencia a una lectura muy simplificada del pensamiento de Marx. Foucault dedicó mayores energías a examinar y juzgar el marxismo del movimiento comunista que no a elaborar un crítica de los textos de Marx, lo que le llevó a una crítica algo superficial de sus conceptos. Además

---

<sup>3</sup> “Aun cuando uno admita que Marx esta hoy en vías de desaparecer, no hay duda de que volverá a aparecer. Es lo que yo deseo (...) no tanto la recuperación, la restitución de un Marx auténtico, sino muy probablemente, el aligeramiento, la liberación de Marx de los dogmas de partido que durante tanto tiempo lo han aprisionado” (Foucault, 2013: 962).

esto supone la renuncia *a priori* de todo un sistema conceptual que sin duda plantea grandes aportaciones para una analítica del poder en las sociedades modernas. La tendencia constante de Foucault a establecer mecanismos de diferenciación teóricos con respecto al marxismo le lleva, no sólo a minusvalorar las características específicas de la vida mercantil y sus dinámicas particulares, sino incluso a ignorarlas por completo en su modelo de relaciones estratégicas de poder.

Sin embargo, de estas impugnaciones emerge la posibilidad del ejercicio teórico que voy a desarrollar en esta tesis, pues la obra de Postone, pero en general de toda la llamada teoría crítica del valor, desarrolla críticas parcialmente coincidentes con las que hizo Foucault al corpus teórico marxista, aunque sin abandonar el sistema teórico que inauguró Marx.

Los elementos más representativos de la propuesta de reconstrucción del marxismo elaborada por Postone tratan de dar respuesta a cuestiones similares. Como mostraré, Postone señala precisamente las debilidades del “marxismo tradicional<sup>4</sup>” en relación al carácter transhistórico del trabajo y a la forma de dominación característica de las relaciones sociales capitalistas. En la lectura de Marx que plantea Postone, ni el trabajo ni la subjetividad ligada a él constituyen elementos transhistóricos que el capitalismo niega o reprime y por tanto, la dominación del capitalismo no se puede definir en términos exclusivamente negativos (alienación negativa, falsa conciencia, ideología) siendo la subjetividad una construcción socio-histórica específica de ese tipo de relaciones sociales<sup>5</sup>. Existe gran sintonía con respecto a esta crítica de la metafísica del trabajo en ambos autores: Foucault desde su lectura de Nietzsche y Heidegger; Postone desde la crítica de Marx a Hegel y desde la tradición marxista inaugurada por Georg Lukács y por la Escuela de Fráncfort.

Además, Postone plantea a lo largo de sus escritos una crítica explícita y rotunda a la limitada concepción del poder en las sociedades mercantiles que tiene el marxismo tradicional. Para Postone es un error interpretativo de la obra de Marx –además de un error político– restringir la dominación del capital a la dominación de clase. A pesar de la ausencia de una lectura profunda de los textos foucaultianos –probablemente esto le haga ser algo injusto–, Postone sí reconoce cierta clarividencia en el análisis del poder foucaultiano en relación a su carácter impersonal (Postone, 1999: 176). No es difícil encontrar similitudes aquí también. Primero en la crítica: al esquematismo y unilateralismo del marxismo tradicional en su analítica del poder; y segundo en sus modelos teóricos: aunque de maneras muy distintas –uno de carácter técnico e institucional, otro a partir del

---

<sup>4</sup> Me valgo del concepto utilizado por Postone para referirse a aquellas variaciones del marxismo que interpretan a Marx desde un concepto transhistórico de trabajo y para los que la contradicción fundamental de las relaciones sociales capitalistas se produce entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

<sup>5</sup> He profundizado sobre esto a partir de examinar el concepto de alienación en Marx en: Labajos, V. (2019). “Subjetividad, alienación y crítica inmanente”, en el 1º Congreso de Historical Materialism Barcelona (28-30 de junio).

despliegue de la forma mercancía—, ambos parten de una economía del poder que funciona, en gran medida, independientemente de las personas que lo ejerzan.

El cuerpo de esta investigación lo van a componer tres capítulos diferenciados que abordarán estas preguntas tratando de captar sus aristas y complejidades avanzando entre lo histórico y lo teórico.

En primer lugar, trabajaré el problema del tiempo moderno como discusión dentro de la historiografía y la sociología histórica a partir de autores como N. Elías, D. Landes, E. P. Thompson, J. Le Goff. o B. Coriat, que han tratado de dar cuenta de la especificidad de las condiciones históricas de su aparición: la relevancia del reloj como instrumento de medida del tiempo, el surgimiento de las ciudades y la vida urbana, la importancia de la irrupción y generalización de las instituciones y dispositivos disciplinares desde la cultura monástica y la emergencia de espacios de intercambio mercantil generalizado. Entrar en este debate histórico me permitirá poder dar cuenta del tiempo moderno en su particularidad y ahondar en sus orígenes sociales. Tanto Foucault como Postone han desarrollado aportaciones a este debate desde el ámbito teórico pero también historiográfico y como veremos, sus aportaciones serán claves, no sólo para analizar el tiempo moderno, sino también para comprender la dominación y los procesos de subjetivación que de él se derivan.

En el segundo capítulo, abordaré las derivas actuales de la temporalidad en las sociedades de la modernidad avanzada. Trataré, en primer lugar, la importancia de la investigación sobre gubernamentalidad y racionalidad neoliberal de Foucault desarrollado principalmente en los cursos de *Seguridad, territorio y población* y *Nacimiento de la biopolítica* (1977-79). Para introducirme en la lectura de Foucault sobre la racionalidad y el tiempo neoliberal me respaldaré entre otras en la lectura que Santiago Castro-Gómez realiza en *Historia de la gubernamentalidad I y II*. Castro-Gómez entiende estos cursos como un momento fronterizo en la obra de Foucault, indispensables para pensar el trabajo que le ocupó durante su última etapa, más centrado en las capacidades reflexivas y de accionar estratégicamente del sujeto y en las actuales transformaciones de las racionalidades políticas. Por lo tanto, analizaré los conceptos de racionalidad y gobierno neoliberal incorporando las aportaciones de algunos trabajos que han tratado de continuar el estudio del neoliberalismo tal y como propuso Foucault (Laval y Dardot; Brown), pero sobre todo avanzaré la posibilidad de extraer un concepto de temporalidad neoliberal que contribuya a mantener abierto el programa de investigación iniciado en *Vigilar y castigar* con el concepto de tiempo disciplinar. En segundo lugar, analizaré algunas propuestas teóricas que han tratado explícitamente las transformaciones que ha sufrido el tiempo en la modernidad avanzada. Partiré del trabajo iniciado por Postone sobre el tiempo abstracto y el tiempo histórico, así como del de otros autores que han



trabajado en esa línea con investigaciones complementarias. Me centraré en tres procesos temporales característicos: la densificación del tiempo (Postone; Briaies), la aceleración (Safranski; Harvey; Rosa), y la hibridación (Crary; Bologna; Ramos).

Por último, en el tercer capítulo, trataré las consecuencias que pueden desplegarse sobre los procesos de subjetivación en las sociedades contemporáneas. En un primer momento me detendré en exponer las diferencias entre una concepción del tiempo como recurso administrable estratégicamente (tiempo neoliberal) y otra que concibe la temporalidad en las sociedades contemporáneas como fundamentalmente coactiva y apremiante. Más adelante me adentraré en el trabajo desarrollado por Foucault a propósito de su radiografía de la forma subjetiva característica del neoliberalismo: el empresario de sí. Así mismo, señalaré las limitaciones del abordaje foucaultiano a la hora de definir las subjetividades competitivas y productivas y abordaré una articulación entre la forma subjetiva del empresario de sí y la dominación temporal abstracta, tal y como plantean Postone y otros autores, constituida como competencia generalizada (canibalismo social). Para finalizar, me centraré en las alteraciones producidas sobre la relación entre presente y futuro en las sociedades contemporáneas, caracterizado fundamentalmente por su desconexión y su contingencia. La inseguridad y la incertidumbre emergen como algunos de los rasgos más característicos de la modernidad avanzada, por lo que plantearé las diferentes aproximaciones que se desprenden de los textos foucaultianos –centrados en la inseguridad como ausencia de marcos temporales institucionales– y de aquellas como la de Postone que conciben la temporalidad capitalista como constitutivamente fracturada e incierta.

No sólo la economía política gustaba de metáforas robinsonianas como apunta Marx. La tradición filosófica contractualista siempre acudió a la figura del humano primitivo aislado y ajeno a la cultura y las normas sociales como su fundamento antropológico. “El hombre salvaje” es la gran figura de la modernidad a partir de la cual pudo representarse al ser humano, y tal vez por eso Foucault siguió los pasos de Marx en esa analítica robinsoniana y dedicó un generoso espacio de su trabajo a desmontar lo que consideró una visión jurídica del poder, donde este es alcanzado o adquirido a partir de juegos de legitimidades y grandes pactos fundacionales de comunidades políticas. Tras el pacto entre sujetos libres, para Foucault hay un arsenal de mecanismos políticos que constituyen efectivamente a esos sujetos. Para Marx, detrás de la vida isleña aparentemente autosuficiente de Robinson, lo que hay es la ley del valor, la forma mercancía y el hábito de la productividad y el intercambio. Para Foucault, Robinson lleva consigo a la isla un cuerpo ya sometido, moldeado y constituido por dispositivos políticos que hacen que la vida salvaje no sea más que el sueño del poder en la modernidad.

Sin embargo, no hay que olvidar algo que para ambos será determinante. Hay un reloj entre las pertenencias que Robinson consigue salvar del naufragio y que le acompaña durante toda su aventura. Es el reloj, como veremos, ese pequeño objeto de pautada obstinada, lo que ata materialmente a Robinson a la civilización, lo que le permite establecer un ritmo análogo, conectado y equivalente al de la vida social y lo que le ofrece la posibilidad de una disciplina diaria para sus actividades. El tiempo civiliza a Robinson incluso lejos de la civilización.

Estudiar la temporalidad moderna a través de los escritos de Foucault y de Postone –como intérprete de Marx– va a permitirnos recorrer, no sólo dos hipótesis históricas sobre la explicación del origen de la temporalidad moderna, sino que nos posibilitará interpretar la modernidad bajo dos visiones que, a pesar de compartir importantes inquietudes y puntos de partida, transcurren por caminos distintos. Este trabajo surge de la intuición y la premisa intelectual de que sus trabajos pueden resultar complementarios y recíprocamente enriquecedores para este propósito.

# ***1.El tiempo moderno: tiempo disciplinar y tiempo abstracto***

Mientras se impone la nueva disciplina del tiempo, los trabajadores empiezan a luchar, no contra las horas, sino sobre ellas.

(Thompson, 1995: 435).

Lo mismo que una moneda puede cambiarse por otra moneda en cualquier parte del mundo, de igual manera las zonas del tiempo y las fronteras de las fechas pudieron traducirse a un tiempo unitario del mundo y unificarse a través de segundos estandarizados.

(Safranski, 2013: 15-16).

El tiempo absoluto, verdadero y matemático, por sí mismo y por su propia naturaleza, fluye igual sin relación a ninguna cosa externa y con otro nombre se le llama duración.

(Newton, 1987: 32).

El debate historiográfico sobre la emergencia y los fundamentos sociales sobre los que se produjo el fenómeno del tiempo moderno es amplio y complejo, y a pesar de que el objeto de esta tesis no es un análisis detallado sobre el estado actual del debate, considero importante examinar algunos de los elementos más relevantes que nos proporciona esta disciplina, para más adelante poder ponerlos en diálogo con las cuestiones centrales de esta investigación.

En primer lugar, repasaré los elementos técnicos que han acompañado históricamente la emergencia de la temporalidad moderna, a saber: la historia de la relojería y de la mundialización de horarios y calendarios estandarizados. Independientemente de la relevancia causal que unas u otras aproximaciones otorguen a la tecnología y el desarrollo técnico de la relojería, sin duda es necesario abordar, aunque sea a grandes rasgos, las condiciones técnicas de posibilidad de esta nueva forma de vivir el tiempo.

En segundo lugar, analizaré el concepto de tiempo disciplinar desarrollado por Foucault. Evaluaré el análisis histórico que propone, así como el lugar que ocupa dentro del debate general sobre el tiempo. Su trabajo sobre la racionalidad política de las sociedades modernas lo obligó a considerar el tiempo disciplinar como un recurso de dominación así como a preguntarse por las herramientas y los dispositivos específicos a partir de los cuales la disciplina capturó el tiempo.

Examinaré también, aquellas perspectivas, como la de E. P. Thompson que en su estudio sobre la temporalidad moderna, han privilegiado elementos históricos procedentes de la aparición de la sociedad industrial, la lucha de clases y la disciplina fabril sobre el tiempo. Foucault no olvidó estos análisis y gran parte de sus textos tratan el concepto de tiempo disciplinar, lo hacen en diálogo con estas perspectivas. En este debate sobre el tiempo y la disciplina de trabajo, podrá apreciarse de manera privilegiada, tanto el particular análisis foucaultiano del origen del capitalismo, como las disonancias y afinidades de Foucault respecto del marxismo.

Abordaré, en cuarto lugar, aquellas perspectivas que han tratado el tiempo moderno y el problema de su origen histórico desde una perspectiva más estructural. Autores como Norbert Elias han destacado las funciones sociales del tiempo moderno y su importancia a la hora de regular y facilitar la interdependencia social, cada vez más compleja y exigente para los individuos.

Por último, trabajaré con el concepto de tiempo abstracto en Moishe Postone, quien a pesar de recurrir también a un modelo estructural para dar cuenta del tiempo moderno y de vincular este al proceso histórico de complejización e interdependencia social, aborda el debate desde el tipo específico de interdependencia y coacción social abstracta que genera la forma mercancía.

Tanto Foucault como Postone participan del debate del tiempo moderno aportando elementos importantes desde sus particulares marcos teóricos pero también ponen a prueba las viejas posiciones de un debate que se encuentra lejos de poder cerrarse. A pesar de plantear posiciones claramente disonantes, por momentos incluso contrapuestas, me resisto a asumir que pueda elaborarse un marco teórico satisfactorio que no busque alianzas teóricas múltiples y que pretenda abordar el problema del tiempo moderno desde la unilateralidad teórica. Las obras de estos autores no son, a mi modo de ver, compartimentos estancos a los cuales se deba recurrir de forma monolítica, de tal manera que eligiendo uno se deba descartar el resto. La cultura ascética del protestantismo, la división del trabajo y la complejización social, las técnicas disciplinares modernas, la conflictividad de la sociedad industrial, la vida urbana o las innovaciones de la relojería, constituyen elementos relevantes para el tratamiento de nuestro problema. Trataré de abarcar esta diversidad desde la versatilidad y la multicausalidad pero sin renunciar a la creación de herramientas teóricas útiles y rigurosamente interconectadas.

## ***1.1.El tiempo moderno, el reloj y la estandarización mundial***

He señalado que el tiempo surgido en Europa en las sociedades posfeudales presenta un carácter particular e históricamente excepcional, sin embargo, debemos tratar aún las condiciones históricas que lo propiciaron. Una de las hipótesis advierte sobre la posibilidad de que la aparición de los relojes mecánicos y los avances en la tecnología de la relojería fueran las causas fundamentales de la aparición del tiempo invariable y constante. Podría parecer que el tiempo hubiera existido siempre como un objeto natural y que la invención del reloj tan sólo hubiera permitido medirlo con exactitud por vez primera mostrándose por fin, tal y como es.

Lewis Mumford, destacó también la importancia del reloj en el desarrollo de la modernidad industrial<sup>6</sup>. El desarrollo científico-técnico resulta para Mumford, entre otros<sup>7</sup>, la clave para entender el desarrollo histórico de la modernidad y dónde deben buscarse las causas principales de las grandes transformaciones sociales. El reloj sería para Mumford un representante privilegiado de las innovaciones científico-técnicas que dieron paso a la sociedad industrial. Sin embargo, compartiendo la relevancia concedida a la técnica de la medición del tiempo, examinaré la hipótesis de que el reloj en sí mismo, en tanto que técnica, sea el fenómeno clave para entender las transformaciones históricas propias de esa época. La vinculación entre la aparición del tiempo moderno y el reloj es incuestionable (Mumford, 1992; Postone, 2006; Landes, 2007; Thompson, 1995; Bilfinger, 1985; Dohrn-van Rossum). No obstante, analizaré la naturaleza concreta de esa vinculación.

Diferentes ejemplos históricos recogidos de la obra de David Landes<sup>8</sup> pueden mostrar de manera clara el papel de los avances técnicos de la relojería en la emergencia de la temporalidad posfeudal. Según Landes, autor de *Revolución en el tiempo* (1985), ya en las culturas helena y romana pero también en la antigua China y en la Europa medieval existían numerosos recursos tecnológicos encargados de medir el devenir y establecer referencias más o menos estables. Un caso significativo es el de las torres reloj accionadas por agua, perfectamente capaces –con desfases e inconvenientes significativos– de marcar periodos de tiempo constantes. China con sus relojes de agua, varios siglos antes de que existiesen incluso en Europa, poseía la tecnología suficiente para medir el

---

<sup>6</sup> *Técnica y civilización*, 1992 página 30: “El reloj, no la máquina de vapor, es la maquina clave de la moderna edad industrial”.

<sup>7</sup> Por ejemplo Daniel Bell fundamenta su teoría sobre las sociedades posindustriales en gran medida sobre las innovaciones técnicas.

<sup>8</sup> Estos argumentos pueden encontrarse en gran medida en *Tiempo, trabajo y dominación social*, de Moishe Postone (2006: 277).

tiempo de forma invariable sin que eso tuviese ninguna incidencia social y sin que esa capacidad técnica penetrara en la vida cotidiana de las personas. Al menos en el caso de la relojería, la tecnología por sí misma no derivó en un tipo de relaciones sociales diferentes, ni más sincronizadas, ni más disciplinadas, ni más coordinadas. Un ejemplo especialmente significativo son los relojes de agua modificados a través de sofisticados mecanismos que permitían medir las horas de forma variable adecuándose con las estaciones para así acompañar los ritmos sociales aún estrechamente ligados a los ciclos naturales. Postone lo explica así:

En este caso, habría sido más simple desde el punto de vista técnico marcar horas uniformes constantes con los relojes de agua. Que las horas variables se marcaran no era, por lo tanto, una cuestión ligada a imperativos técnicos. Las horas variables aparentemente eran importantes, mientras que las horas fijas no lo eran (Postone, 2006: 277).

No sólo se ignoraba a nivel social la existencia de este potencial técnico, sino que en muchos casos se creaban mecanismos aún más sofisticados para convertir instrumentos de medición de periodos fijos en objetos que medían periodos variables y discontinuos. A pesar de existir la posibilidad de medir el tiempo como ahora hacemos, la técnica se adaptaba para servir a los ritmos y a la actividad social dependientes de los ciclos naturales y culturales.

Esto demostraría que la causa de la implantación del tiempo moderno, masivo, constante e invariable no es, como podría parecer, el impulso producido por la tecnología. Sin duda funcionó como condición de posibilidad para que el tiempo pudiera ser segmentado y medido en unidades efectivamente invariables y constantes, sin embargo, la cronología histórica de su aparición sugiere que ya existían recursos técnicos de medición del tiempo suficientemente sofisticados desde siglos antes sin que esto supusiera que esta temporalidad se extendiese. No puede argumentarse, por tanto, que la temporalidad propia de las relaciones sociales modernas haya dependido exclusivamente de los avances técnicos de la relojería.

Ahora bien, ¿qué condiciones técnicas específicas acompañaron este tipo de temporalidad? ¿Qué innovaciones en la relojería favorecieron la expansión del tiempo moderno? Como señala Landes (2007: 9), resulta paradójico que la gran invención técnica que permitió afrontar la revolución de la relojería en el final de la Edad Media –la que trajo regularidad, sentido unidireccional y continuidad a la experiencia del cambio– surgiese del uso de la oscilación para la fabricación del reloj mecánico. Aún hoy los relojes atómicos, los mecanismos más precisos que existen, se fundamentan en el movimiento fijo de cristales de cuarzo accionados por un resonador de radiación atómica. Para Landes, el reloj mecánico y sus progresivas e incesantes mejoras suponen la gran ruptura técnica de la historia de la relojería logrando independencia de fenómenos naturales como el sol o las

temperaturas, una exactitud cada vez mayor a la hora de definir periodos homogéneos de tiempo y una miniaturización y abaratamiento de los costes que permitió su masificación entre enormes poblaciones y su penetración en la vida privada. Para Le Goff, el cambio técnico decisivo es también la aparición del reloj mecánico a finales del siglo XIII primero en Italia, Alemania y Francia y a lo largo de los siglos XIV y XV “por toda la cristiandad” (Le Goff, 1999: 159).

Resulta de enorme interés, por tanto, abordar la historia del reloj en tanto que condición de factibilidad tecnológica de la emergencia y la consolidación del tiempo moderno, a saber, su precisión, la posibilidad de su masificación y la extensión global de su uso. En este sentido las aportaciones de E. P. Thompson resultan de máxima utilidad. Thompson señala la segunda mitad del siglo XVII como el momento en el que la tecnología relojera dio un salto cualitativo tanto por su distribución como en su precisión, pues a pesar de que “la mayoría de las parroquias inglesas deben haber poseído un reloj de iglesia hacia finales del siglo XVI” (Thompson, 1995: 401-402) su llegada al ámbito privado se retrasó significativamente. Thompson habla de la década de 1660 como la que inaugura la distribución de relojes de pared, y de la aplicación del muelle de equilibrio espiral en los relojes de bolsillo como lo que confirió fiabilidad y operatividad significativamente mayores a los aparatos miniaturizados. A pesar de esto, Thompson cuestiona el alcance social y la expansión real del uso cotidiano de los relojes: “Está claro que había abundantes relojes de todo tipo hacia 1800. Pero no está claro a quién pertenecían” (1995: 410). A través del análisis de los precios y los salarios medios de las diferentes categorías profesionales, Thompson concluye que a mediados de siglo XVIII la posibilidad de poseer un reloj se restringía a los sectores sociales más acomodados, pues la complejidad de su fabricación y la necesidad del uso de metales preciosos en su fabricación elevaba los precios por encima de las posibilidades adquisitivas de obreros y campesinos. A pesar de reconocer las dificultades para definir con precisión la cronología de la masificación del reloj y su uso por parte de la mayoría de la población, Thompson afirma que hacia finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX el reloj había traspasado la línea que separa “el lujo de la conveniencia” (1995: 413).

Lo que plantea Thompson en su descripción de la masificación del reloj es que este se convierte en una herramienta útil para cualquier persona, ya fuera patrón, comerciante, artesano u obrero. El reloj se había convertido en una brújula para quien quisiese desenvolverse en el mundo moderno, y el control y la medición individual del tiempo, ya en avanzado estado de estandarización, suponía un recurso básico para controlar los ritmos vitales y los horarios laborales y sociales. Además Thompson subraya la importancia que adquirió el reloj como símbolo de prosperidad, disciplina y trabajo bien realizado. No deja de ser interesante que aún hoy –a pesar del alto nivel de

interiorización de los horarios y la masificación total de los relojes digitales— las empresas regalan relojes a sus empleados como símbolo del trabajo bien hecho.

Como mercancía, el reloj debió esperar muchos años hasta que su producción resultase suficientemente barata como para que su uso se extendiese socialmente. A pesar de ello, su importancia a la hora de medir los ritmos y ser capaz de coordinar la actividad del trabajo y los flujos de mercancías en el mercado mundial lo sitúan entre las innovaciones tecnológicas más significativas del mundo moderno. Durante siglos el control del tiempo estuvo en manos de los sectores sociales más enriquecidos y poderosos, sin embargo, dicho control resultaba tan indispensable que poco a poco su uso se extendió transversalmente. El reloj resulta necesario tanto al patrón como al obrero al que emplea porque, como el dinero, el reloj lleva en su interior toda una coreografía social e histórica de necesidades e interdependencias.

La estandarización mundial de las horas y el calendario representan la consumación formal de este proceso de unificación mundial del tiempo que no sólo dependía del reloj, sino del establecimiento de horarios y calendarios comunes. Para Le Goff la civilización occidental medieval, no sólo no disponía de instrumentos de medición fiables y precisos, sino que también disponía de sistemas excesivamente variables y heterogéneos de medir y de referirse al tiempo (Le Goff, 1999: 152-153). Las innovaciones técnicas que requerían la expansión de la temporalidad moderna necesitaban asimismo de modelos comunes de medición que sincronizaran a las poblaciones de todo el mundo.

Jamás se produjo una referencia temporal compartida en toda la historia humana hasta la aparición del tiempo medio de Greenwich o GMT que estableció el meridiano de Greenwich como referencia común para el tiempo solar medio en 1884. Durante siglos, la hora se había establecido a partir de referencias locales en torno al movimiento de la tierra y del sol que poseían validez geográficamente limitada, además de mostrarse sumamente poco fiables. Sin embargo, en 1972, se logró un mecanismo de medición temporal basándose en la resonancia de los átomos que demostró una invariabilidad mucho más fiable que el movimiento del sol y de la tierra y se estableció el tiempo universal coordinado o UTC que establece la hora exacta para cada una de las partes del planeta (Dohrn-van Rossum, 1996: 347-350). Este proceso se replicó en gran medida en los sistemas de medición temporal del medio y largo plazo como puede examinarse a partir del caso del calendario gregoriano, impulsado desde el siglo XVI en España, Italia y Portugal y que se extendió mundialmente a lo largo de varios siglos convirtiéndose en el calendario unificado de todo el planeta. La modernidad ha vivido como una de sus consecuencias más rotundas la homogeneización planetaria de referencias de medida para el paso del tiempo, imponiendo su regularidad y su constancia y facilitando la interdependencia y la uniformización.



Para recapitular, la importancia concedida por Mumford al reloj adquiere mayor sentido en tanto que puede vincular el proceso de modernización industrial a la aparición de un nuevo tipo de temporalidad, para la cual, el reloj mecánico, capaz de fragmentar y medir el tiempo de manera constante e invariable, producido y distribuido como mercancía de forma progresivamente masiva a lo largo de todo el planeta, significó una de sus condiciones de posibilidad más fundamentales. Sin la existencia de la tecnología necesaria para producir instrumentos de medición del tiempo tan precisos y baratos, potencialmente distribuibles a enormes poblaciones en todo el mundo, la temporalidad moderna jamás habría podido constituirse como la temporalidad hegemónica del mundo. Sin embargo, describir la posibilidad de que algo exista no implica que exista efectivamente. Según Landes: “No fue el reloj el que provocó un interés por la medición del tiempo; fue el interés por la medición del tiempo el que condujo a la invención del reloj” (Landes, 2007: 67). Y en palabras de Moishe Postone:

El doble problema de los orígenes del tiempo entendido como una variable independiente y del desarrollo del reloj mecánico debería, por tanto, ser examinado en términos de las circunstancias bajo las cuales las horas constantes invariables llegarían a convertirse en formas significativas de la organización de la vida social (Postone, 2006: 280).

Cuestionaba, al inicio del capítulo, el papel desempeñado por el reloj en tanto que artefacto técnico en la irrupción del tiempo moderno: ¿causa o consecuencia? En este trabajo me propongo investigar el tiempo moderno como un fenómeno social complejo que no puede ser derivado exclusivamente de un objeto técnico. Una premisa sobre la que trabajaré en esta investigación es que la historia del tiempo no es la historia del descubrimiento de un objeto natural, ni la de una técnica revolucionaria. El tiempo moderno constituye un haz de relaciones históricas y sociales complejas, de las cuales, el reloj simplemente forma parte. En todo caso, si el reloj no explica por sí mismo el origen del tiempo moderno, debemos preguntar entonces qué procesos históricos profundos se encuentran detrás de que algo tan esencial como la manera de vivir el transcurso de los acontecimientos sufriese un cambio tan radical y desde luego, cabe indagar también en las características que presenta y sus consecuencias más significativas.

## ***1.2. De los monasterios a las cárceles: el tiempo disciplinar***

Hasta ahora he analizado las condiciones técnicas de posibilidad para la irrupción de la temporalidad moderna así como su proceso de expansión y estandarización. He destacado el papel crucial de los avances de la relojería, pero descartando la innovación tecnológica como factor monocausal para entender la emergencia del tiempo moderno. Me ocuparé ahora de las condiciones sociales profundas que esclarecen esta transformación cultural de tan amplio calado, y para ello, me centraré en las aportaciones de Michel Foucault y en el concepto de tiempo disciplinar, de enorme relevancia en su teorización sobre el poder disciplinar.

Foucault dedicó gran parte de su obra al estudio de las novedosas formas en las cuales se empezó a ejercer el poder en Europa a lo largo de los siglos XVI al XVIII –lo que Foucault denomina época clásica– y que cristalizó en la publicación de dos libros, *Vigilar y castigar* (1975) e *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (1976) además de en numerosos cursos y conferencias. Su estudio sobre las transformaciones en las políticas punitivas o en las prácticas sexuales en Europa constituye tan sólo un punto de partida pues su obra, sin duda, desbordó sus pretensiones iniciales y terminó desarrollando una minuciosa analítica del mundo moderno con enorme voluntad de generalización.

En la clase del 28 de noviembre del curso *El poder psiquiátrico* de 1973-74, impartido en el Collège de France, Foucault trata de analizar los orígenes del poder disciplinar. Los dispositivos y las técnicas que empiezan a extenderse y perfeccionarse a partir del siglo XVII ya existían de manera germinal en algunas instituciones feudales a lo largo de la Edad Media. La Orden del Císter, la Orden Dominica, la Orden Benedictina, o ya en el siglo XVI, la Orden Jesuita, son ejemplos de lo que Foucault denomina “islotos disciplinares” (Foucault, 2007: 87) que constituyeron una enorme fuente de innovación social y un auténtico laboratorio para desarrollar técnicas disciplinares después empleadas y masificadas en la Europa moderna.

Más adelante, siempre a través de instituciones medievales, casi siempre religiosas, y a través de tres aplicaciones específicas de estrecho vínculo religioso (escuelas para la juventud escolar por parte de Los hermanos de la vida en común, centros jesuitas de disciplinamiento colonial y los espacios de encierro para vagabundos, locos y prostitutas) la disciplina colonizó poco a poco Europa.

El uso específico del tiempo, al igual que el de otros recursos disciplinares, como la fijación en el espacio, la reglamentación de los gestos y las actitudes, la vigilancia individualizada, inmediata y constante, que se produce por parte de estas comunidades religiosas medievales sufrirá modificaciones y perfeccionamientos pero ya es posible encontrar aquí, para Foucault, los fundamentos del poder disciplinar.

También en el curso *El poder psiquiátrico* (1973-74), Foucault describió los elementos más característicos de la transición del modelo feudal de poder al modelo disciplinar<sup>9</sup>. En primer lugar, un tipo específico de intercambio extremadamente desigual de un lado, la sustracción sistemática y masiva de bienes y servicios; del otro, una contrapartida nunca equivalente y dependiente casi en exclusiva de la voluntad del soberano. En segundo lugar, el poder soberano tiene un origen con carácter fundacional que le otorga legitimidad y derecho de manera indefinida pero que debe actualizarse a través de rituales y que en última instancia se debe ratificar mediante la fuerza. Por último, las relaciones de soberanía generan un esquema de jerarquías poco meticuloso en el sentido de organizar y tipificar exhaustivamente los diferentes elementos de la relación, pero también poco meticuloso en su aplicación en los cuerpos, viéndose impotente a la hora de condicionar de manera individualizada y de adecuarse a la heterogeneidad del campo social.

A diferencia del poder soberano que sustraía tiempo de manera irregular en forma de bienes y servicios, el poder disciplinario, a partir del siglo XVIII, se aplica con la intención de hacerse cargo y capturar la totalidad del tiempo de vida, tratando de definir cada momento y cada acción. Para llevar esto a cabo se requiere de la aplicación de sistemas de vigilancia y control integrales y de escala reducida que logran proyectarse en el futuro de manera continua sin fisuras ni excepciones. El poder disciplinario se caracteriza por su capacidad de llegar a lo individual, castigando, controlando y vigilando de manera constante, proyectándose hacia el futuro y gobernando de manera efectiva y duradera los comportamientos.

En *Vigilar y castigar* (1975), tras varios años de investigación, Foucault destaca sintéticamente tres características nucleares del poder disciplinar. En primer lugar, subraya su capacidad productiva sobre los cuerpos, siendo capaz de dar forma a las personas y a las poblaciones a través de las técnicas disciplinares. El poder disciplinar no quiere reprimir, ni impedir que los cuerpos y las fuerzas sociales se expresen, más bien quiere que esos cuerpos y esas fuerzas adquieran formas y direcciones específicas (2009: 175). En segundo lugar, Foucault destaca el interés del poder disciplinar por lo pequeño, lo individual y lo inadvertido en los procesos de control. La disciplina mira todo el tiempo y es capaz de ver no sólo lo más evidente, sino también lo más oculto y lo que

---

<sup>9</sup> Este argumento se desarrolla fundamentalmente en la clase impartida el 21 de noviembre de 1973 (2007:57).

parece más irrelevante (2009: 144-145). Por último, la disciplina siempre se vincula con la búsqueda de un tipo de efectos de eficacia, es decir, la disciplina busca siempre obtener acciones útiles y productivas por parte de los cuerpos a los que se dirige: “A estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es a lo que se puede llamar las disciplinas” (Foucault, 2009: 141).

Un año después de publicar *Vigilar y Castigar*, en el tomo I de *Historia de la sexualidad, La voluntad de saber* (1976), Foucault continúa su analítica de la transición del régimen feudal de poder al poder disciplinar. En este texto, Foucault habla del poder soberano como un poder que hace morir y deja vivir y del poder disciplinario como un poder sobre la vida, que trata de darle forma y se dirige sobre ella hasta el más mínimo detalle. Es aquí donde también empleará por primera vez de manera clara el concepto de biopolítica. En el interior del nuevo poder sobre la vida, van a aparecer dos técnicas diferenciadas: por un lado, la anatomopolítica, encargada de producir, modificar y transformar los cuerpos individuales de los seres humanos; y por otro, la biopolítica, que engloba toda una serie de técnicas y procedimientos dirigidos sobre las poblaciones humanas, desarrollando saberes como la estadística, la demografía o la sociología. La biopolítica, uno de sus conceptos sujetos a mayor elaboración y discusión, es definida como un área específica del poder disciplinar, dedicada al control del cuerpo social como un conjunto problemático o como un cuerpo-especie. Conviene advertir que la importancia que ha adquirido el concepto de biopolítica o biopoder no es equivalente al nivel de desarrollo y atención concedido por parte de Foucault en sus últimos trabajos, que solamente utiliza en *La voluntad de saber* y en el curso *Hay que defender la sociedad*. A lo largo de *El nacimiento de la biopolítica* él mismo limitó su uso e importancia (Castro-Gómez, 2015: 55) y como veremos más adelante, el concepto que dará realmente continuidad al de poder disciplinar es el de gubernamentalidad en el cual confluirán tanto una transformación histórica como una epistemológica<sup>10</sup>.

Para terminar, conviene dejar claro que, para Foucault, el poder disciplinar no es un Estado, ni una clase social. El poder disciplinar es un conjunto de técnicas (vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen), una racionalidad que se extendió a partir del siglo XVIII y que terminó por alcanzar y afectar de forma determinante el funcionamiento de gran parte de las sociedades europeas. Para Foucault, el poder disciplinar representa la otra cara de la modernidad tal y como es explicada por las teorías contractualistas y humanistas. Las sociedades modernas no se fundamentan

---

<sup>10</sup> Este argumento sobre la transición epistemológica en la obra de Foucault y la relevancia del concepto de gubernamentalidad puede encontrarse desarrollado en Castro-Gómez, S. (2010). Este cambio epistemológico y la relevancia del concepto de gubernamentalidad será desarrollado en el capítulo II de esta investigación.

ni en pactos originales entre individuos libres y racionales para favorecer el bien común ni en la culminación del desarrollo progresivo e innato del ser humano en sociedades cada vez más racionales, justas y cohesionadas. Las sociedades europeas posteriores al feudalismo requieren, según Foucault, un entramado de dispositivos técnico-políticos que encaucen y moldeen a las personas y que aseguren de facto las relaciones sociales:

ha habido también un sueño militar en la sociedad; su referencia fundamental se hallaba no en el estado de naturaleza, sino en los engranajes cuidadosamente subordinados de una máquina, no en el contrato primitivo, sino en las coerciones permanentes, no en los derechos fundamentales, sino en la educación y formación indefinidamente progresivos, no en la voluntad general, sino en la docilidad automática (Foucault, 2009: 173).

Durante la llamada etapa genealógica, Foucault dedicó importantes esfuerzos al desarrollo de una crítica a las concepciones contractualistas y humanistas de la política y el Estado. El pacto original que funda y fundamenta a una comunidad política se sostiene para Foucault, no en la legitimidad obtenida por el acuerdo entre voluntades, sino en la producción y reproducción de esa misma comunidad a partir de dispositivos e instituciones.

### ***El tiempo disciplinar***

Durante diez años aproximadamente (1970-1980), en la llamada etapa genealógica, Foucault desarrolló su característica analítica del poder, ocupándose de manera prioritaria, como ya hemos visto, de la emergencia del poder disciplinar como racionalidad hegemónica en Europa. Ahora bien, ¿qué papel desempeña la temporalidad en su analítica del poder disciplinar?

En *La sociedad punitiva* (1972-73), *La verdad y las formas jurídicas* (1973), *El poder psiquiátrico* (1973-74) y *Vigilar y castigar* (1975), el tiempo aparece como una problemática fundamental del estudio del poder disciplinar: lejos de lo que se ha considerado a veces sobre la prioridad teórica que Foucault ha concedido al dominio del espacio (Harvey, 2017; García Canal 2006), el tiempo es una de las claves para entender la profunda ruptura social que significa la aparición del poder disciplinar (Skornicki, 2017: 94; Giddens, 2003: 182). Mientras que el modelo soberano del poder se dirige mayoritariamente sobre la localización y el espacio que ocupa cada individuo, la racionalidad disciplinar se enfoca también sobre el control de su tiempo y de su actividad (Foucault, 2009: 58). El tiempo supone un elemento central de las disciplinas: “Las disciplinas que analizan el espacio, que descomponen y recomponen las actividades, deben también ser comprendidas como aparatos para sumar y capitalizar el tiempo” (Foucault, 2009: 161).

La racionalidad disciplinar necesita y pone en marcha un nuevo tiempo para poder medir los ritmos y las duraciones, para controlar las actividades de los sujetos, para comparar las personas y las eficacias, en definitiva, para atrapar el tiempo en el poder y a las personas en el tiempo. Aparece una nueva forma de vivir el tiempo, un tiempo “unitario”, “lineal”, “acumulativo” y “evolutivo” (Foucault, 2007: 164) que permite organizar la multiplicidad humana en un “cuadro vivo” (Foucault, 2007: 152). Es un tiempo capaz de comparar la infinitud cualitativa de las actividades humanas a partir de una referencia común. Permite también establecer líneas de eventos y comportamientos organizados de acuerdo con un patrón jerárquico que incorpora el progreso como un lugar predefinido en su interior. En palabras del investigador José Antonio Zamora, se concreta una cronopolítica (Zamora, 2012), dónde el tiempo es preguntado por el poder de una manera históricamente particular y excepcionalmente minuciosa.

Esta nueva temporalidad disciplinar lleva implícita también una direccionalidad, una relación particular entre pasado, presente y futuro. El pasado y el futuro adquieren una relación acumulativa, progresiva y de subordinación. El tiempo disciplinar trata de configurar un presente continuo aumentado, por el cual no existe más futuro que aquel que el presente esté dispuesto a admitir: las disciplinas actúan sobre el presente de tal modo que el futuro no exista más que como una ampliación del presente. Es posible encontrar aquí una diferencia clara con la temporalidad presupuesta en los dispositivos jurídicos, que actúan privilegiadamente sobre el pasado, pero también con los securitarios –como veremos más detenidamente en el siguiente capítulo– que actúan fundamentalmente sobre el futuro, anticipándose a él y tratando de actuar sobre sus posibles consecuencias ya sea amplificándolas o mitigándolas.

Aunque no pretendió profundizar en el debate historiográfico sobre el origen histórico del tiempo moderno, Foucault acepta la hipótesis sobre el origen monástico del tiempo. Vincula directamente la aparición del tiempo moderno a la vida religiosa de algunas órdenes monásticas ligada a todo un conjunto de prácticas de dominación y técnicas del ejercicio del poder. A pesar de que como veremos, Foucault aborda la problemática del tiempo desde una perspectiva multicausal, en *Vigilar y castigar* se muestra así de categórico en relación a la influencia monástica sobre la irrupción del tiempo moderno:

El empleo del tiempo es una vieja herencia. Las comunidades monásticas habían sin duda sugerido su modelo estricto. Rápidamente se difundió. Sus tres grandes procedimientos –establecer ritmos, obligar a ocupaciones determinadas, regular los ciclos de repetición– coincidieron muy pronto en los colegios, los talleres y los hospitales (Foucault, 2007: 153).

Foucault retoma así una larga tradición que ha vinculado la aparición de una temporalidad mensurable, homogénea e invariable con elementos propios de la cultura y la vida religiosa europea. Para señalar una referencia tan evidente como célebre, ya en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de 1905, Max Weber argumenta que el protestantismo genera las condiciones culturales para el surgimiento del capitalismo y entre ellas está la existencia de un espíritu ascético que penaliza el uso ineficaz del tiempo y desarrolla una pedagogía en torno a su uso eficaz y disciplinado. David Landes (2007) también plantea que la mayoría de las religiones presenta un régimen de rezos ligado a los ciclos naturales, por ejemplo el islam y el judaísmo, sin embargo, el cristianismo después de siglos sin un régimen fijo de rezos, desarrolló en torno al siglo VI la llamada regla de San Benito u horas canónicas que se extendió a muchas órdenes religiosas en Europa y estableció un régimen fijo de distribución temporal de la actividad religiosa. En la cultura monástica, el tiempo se convierte en una preocupación tanto por la ordenación de la actividad como por la moral (Landes, 2007: 79)<sup>11</sup>.

Foucault se incorpora al debate sobre el origen del tiempo moderno quizás de manera excesivamente precipitada y contundente, sin atender a un debate enormemente amplio y que se encuentra lejos de poder cerrarse. La discusión sobre si el origen de esta mutación de la medida y la experiencia del tiempo se encuentra en el paso de la vida rural a la urbana (Bilfinger; Landes), en la complejización creciente de la vida social (Luhmann; Simmel; Elias), en la irrupción de un mercado mundial y el establecimiento larvario de relaciones capital-trabajo (Thompson; Le Goff) no es de especial interés para Foucault, que apuesta por decantarse por una de las varias hipótesis historiográficas. Como hemos visto, para él las causas de la irrupción y expansión del tiempo moderno, en tanto que disciplinamiento social e individual en el tiempo, deben buscarse en las instituciones monásticas de la Edad Media, que más adelante se expandieron por el resto de la vida social.

Trataré ahora de definir algunos elementos clave del tiempo disciplinar. En primer lugar, Foucault considera que existe una fractura importante a la hora de considerar el tiempo como recurso, es decir, el tiempo pasa de ser algo que no hay que desaprovechar, “principio de no ociosidad”, a algo que definir a la perfección en la manera de utilizarlo y en la forma de obtener de él el máximo rendimiento. Surge lo que Foucault denomina una “economía positiva del tiempo” que no trata ya

---

<sup>11</sup> Muchos otros trabajos han indagado directamente en los orígenes del tiempo moderno vinculado a la vida religiosa, por poner algunos ejemplos: Werner Sombart en *El apogeo del capitalismo* de 1902-1916, L. Mumford en *Técnica y civilización* de 1930, E. Zerubavel en *The Benedictine Ethic and the Modern Spirit of Scheduling: on Schedules and Social Organization* de 1980, o en trabajos más recientes Šubr J. en *The monastery as a pattern for the management of time: a contribution to the historical sociology of modernization processes* de 2014 o Dohrn-van Rossum en *History of the Hour: Clocks and Modern Temporal Orders* en 1997 por citar algunos de los ejemplos más relevantes.

de evitar el mal uso o el derroche de tiempo, sino de lograr su máximo empleo. La medición pormenorizada y el fraccionamiento son fundamentales. El tiempo de vida y la actividad empiezan a ser observados como magnitudes medibles y subdivisibles hasta el infinito, lo que permite estudiarlas y redireccionarlas para un uso más eficaz. De evitar que los individuos pierdan el tiempo, a conseguir que los individuos hagan con su tiempo lo mejor posible. Se produce una pedagogía del uso del tiempo que tienda a:

intensificar el uso del menor instante, como si el tiempo, en su mismo fraccionamiento, fuera inagotable: o como si, al menos, por una disposición interna cada vez más detallada, pudiera tenderse hacia un punto ideal en el que el máximo de rapidez va a unirse con el máximo de eficacia (Foucault, 2007: 158).

La racionalidad disciplinar profundiza y perfecciona el uso del tiempo heredado de los monasterios, en base a la escala –utilizando cada vez unidades de tiempo más precisas–, y a través de la densificación de su uso: “un tiempo sin impureza, ni defecto, un tiempo de buena calidad, a lo largo de todo el cual permanezca el cuerpo aplicado a su ejercicio” (Foucault, 2007: 155).

Esta pedagogía del tiempo se traduce en cuerpos bien disciplinados que controlan constantemente cada una de las acciones que realizan. El cuerpo como unidad operativa debe mostrarse bien adiestrado en el uso del tiempo y adecuar cada gesto a una “actitud global del cuerpo”. Los individuos aprenden bajo la disciplina a sincronizar sus miembros y sus gestos para establecer un soporte adecuado, ágil y eficaz<sup>12</sup>. Como ejemplo, Foucault describe las directrices enseñadas por La Salle a los maestros para localizar las malas prácticas de escritura y enseñar a sus alumnos la serie de buenas prácticas que una vez encadenadas, en un orden correcto, desembocan en una buena caligrafía (2007: 156). La actividad individual debe constituirse como un riguroso programa, cada acción a su debido tiempo, cada parte cuando le toca: “Se define una especie de esquema anatomo-cronológico del comportamiento” (2007: 156).

Si la racionalidad disciplinar exige la sincronización de las acciones y los miembros de cada individuo, de manera análoga los grupos deben adecuarse a una escala temporal común. La construcción de cuerpos colectivos disciplinados requiere que los diferentes individuos se integren en una unidad funcional y cohesionada (2007: 169). La fuerza de conjunto debe resultar más eficaz que la suma de las individualidades y para ello estas deben articularse temporalmente. Una medida general, constante y homogénea de la actividad y del paso del tiempo resultan indispensables. Aquí es de las pocas veces que Foucault cita a Marx, y lo hace para referenciar su capítulo sobre

---

<sup>12</sup> La meticulosidad y precisión exigida al cuerpo en muchos deportes, como ha caracterizado Ignacio Castro Rey en *La explotación de los cuerpos* (2002), representa a la perfección la relevancia de la temporalización y sincronización del cuerpo con sus partes y sus gestos para la disciplina.



cooperación en *El capital I* y replicar su analogía entre la organización industrial y militar. No extraña que Thompson plantee un argumento similar, recordando la importancia creciente de un tiempo unificado y constante en el advenimiento de la producción industrial: “La atención que se presta al tiempo en la labor depende en gran medida de la necesidad de sincronización del trabajo” (Thompson, 1995: 416). La división de tareas eficaz y la sincronización requieren un denominador común: el tiempo.

Es pertinente preguntarse también por las técnicas específicas que desarrolla el poder disciplinar para la captura del tiempo. El proceso creciente de control, vigilancia, separación y medida del tiempo adquiere la forma de una técnica específica: la disposición en serie, o series de series temporales que predefinen un punto de partida y un punto final. Como ejemplo, Foucault recurre de nuevo a las transformaciones que se producen en las prácticas pedagógicas (2007: 163). De la figura del tiempo iniciático y del maestro encargado de formar a los aprendices, se transita a un tiempo subdividido pero lineal y progresivo, marcado por una medición y vigilancia constantes. Los alumnos se dividen por edad, por capacidades y por especialidades y transitan de un escalón a otro a través de exámenes que deben validarlos en su progresión. Se establece un programa temporal jerarquizado en el cual se inscribe cada individuo. Si bien el espacio disciplinar se encargaba de organizar la multiplicidad de lo individual en espacios diferenciados y controlados, la organización disciplinar del tiempo establece progresiones tipificadas y jerarquizadas para ordenar a las personas en el tiempo. Vigilancia, medida, acumulación, progresión y eficacia caracterizan la técnica disciplinar de la disposición en series.

Sin embargo, como veremos en el siguiente capítulo, es posible encontrar otra noción de temporalidad en la obra de Foucault, habilitada a la luz de sus escritos posteriores. Los cursos sobre la historia de la gubernamentalidad (*Seguridad, territorio y población* y *Nacimiento de la biopolítica*, 1977-1979) inauguran novedades relevantes sobre el tratamiento que ha dado del apresamiento del tiempo por el poder<sup>13</sup>. Si bien el tiempo disciplinar plantea una búsqueda por determinar el uso exhaustivo del tiempo de los individuos mediante el sometimiento y a partir de los mecanismos disciplinares antes tratados, la nueva analítica del gobierno y, más concretamente, la analítica del gobierno neoliberal y los llamados dispositivos de seguridad, habilitan un tipo de temporalidad que ya no busca tanto ser determinada en series sino más bien gestionada estratégicamente. La disposición en serie, propia del tiempo disciplinar, que determinaba cada posición temporal en sincronía con las demás, una cronología evolutiva y una prevalencia del presente, deja paso al cálculo, la inversión y la gestión estratégica a largo plazo. Los sujetos deben

---

<sup>13</sup> Trataré este punto en el capítulo II de esta tesis.

contemplar su tiempo como un recurso económico a rentabilizar, empleándolo de forma competitiva y eficiente. La disposición en serie propia de la institucionalidad disciplinar deja paso a la carrera, ya sea académica o profesional en la que es el propio sujeto el responsable del uso y la productividad de su tiempo. Se tiende a lo que puede ser considerado un autodisciplinamiento por parte de los sujetos que incorporan la economía positiva del tiempo como autogestión temporal.

Ahora bien, ¿qué persigue en última instancia el tiempo disciplinar, qué busca amplificar, qué busca enseñar, qué busca medir? En palabras de Foucault la racionalidad disciplinar se hace fundamentalmente una pregunta sobre el tiempo: “¿Cómo capitalizar el tiempo de los individuos, acumularlo en cada uno de ellos, en sus cuerpos, en sus fuerzas o sus capacidades y de una manera que sea susceptible de utilización y de control? ¿Cómo organizar duraciones provechosas?” (2007: 161). Es posiblemente desde la noción de tiempo disciplinar desde donde mejor pueda establecerse una vinculación entre utilidad económica y poder disciplinar en la obra de Michel Foucault. A pesar de la naturaleza voluntariamente discontinua de su obra, el tratamiento que Foucault hace del tiempo disciplinar en todas sus aportaciones sobre el tema lo vincula estrechamente a los conceptos de productividad, eficiencia y utilidad. Si existe una condición fundamental para cada uno de ellos, es el tiempo, pero no un tiempo cualquiera, sino un tiempo que sea capaz de medir de manera continua, abstracta y homogénea la actividad de las personas. Las disciplinas buscan la máxima utilidad y se emplean en una “economía política del cuerpo” (2007: 32) que busca incesantemente un aprovechamiento económico de los individuos. Se produce lo que Foucault llama una utilización exhaustiva del cuerpo. “El tiempo es oro” es, sin duda, una de las grandes máximas del poder disciplinar, la disciplina forma a los sujetos, los coacciona, los produce en base a la idea de que el tiempo es un recurso valioso y que aprovecharlo para maximizar su rendimiento económico es una prioridad absoluta. Utilidad, rendimiento y productividad siempre implican una relación entre actividad y tiempo.

El tiempo disciplinar es aplicado por todo tipo de instituciones sociales, monasterios, escuelas, cuarteles, hospitales, cárceles etc. Es el caso de la fábrica, en tanto que espacio privilegiado de producción económica, que aplica una racionalidad transversal de la misma forma que puede aplicarse en un hospital psiquiátrico. No hay en ningún caso, una transferencia original entre las fábricas y el resto de la sociedad pero para Foucault sí hay una relación de enorme afinidad:

No quiero decir que el salario haya impuesto su forma, que haya sido el modelo socioeconómico adoptado por la práctica penal. En la historia de las instituciones, en los textos, nada permite decir que ese modelo se haya trasladado al interior del sistema penal. Quiero decir simplemente que la

forma-prisión y la forma-salario son formas históricamente gemelas, sin que pueda señalarse aún con exactitud cuáles son sus relaciones (Foucault, 2018: 91).

Arnault Skornicki, en su estudio sobre la obra foucaultiana, se detiene brevemente sobre el concepto de tiempo disciplinar y plantea que forma parte de una estrategia social general de la cual la figura de Jeremy Bentham y su modelo arquitectónico del panóptico, resultan enormemente representativos (Skornicki, 2017: 98). El modelo del panóptico, en tanto que disposición ejemplar del espacio disciplinar, consigue una versatilidad tal que logra imponerse tanto en las prácticas fabriles como carcelarias. El célebre análisis foucaultiano del panóptico pretende dibujar los mecanismos específicos a través de los cuales el poder disciplinar logra colonizar la sociedad europea hasta convertirse en una sociedad disciplinar y “franquean entonces el umbral tecnológico” (Foucault, 2009: 227). De manera similar, esta vez en el control de las actividades, los ritmos y las productividades, tanto las lógicas de castigo en las prisiones como las ejercidas en el interior de las fábricas pueden encontrar un denominador común: el tiempo como instrumento de poder:

Así, lo que nos permite analizar de una sola pieza el régimen punitivo de los delitos y el régimen disciplinario del trabajo es la relación del tiempo de vida con el poder político: la represión del tiempo y por el tiempo es esa suerte de continuidad entre el reloj del taller, el cronómetro de la cadena y el calendario de la prisión (Foucault, 2018: 93).

Para Foucault, el poder disciplinar no puede ser entendido sobre la base de un poder central ni estatal. No es una mutación interna de los Estados en proceso de modernización, ni la toma de sus aparatos por una clase social en beneficio propio, sino que las disciplinas se extienden por las sociedades europeas desde abajo. En *La verdad y las formas jurídicas*, Foucault habla de una red institucional infra-estatal que recorre las relaciones sociales desde abajo y coloniza extensas áreas del espacio social (Foucault, 2009: 58), en *La sociedad punitiva* habla de multiplicadores (Foucault, 2018: 230); y más adelante, en *Vigilar y castigar* de desencerrar las disciplinas (Foucault, 2009: 212). Como hemos visto, a pesar de que las disciplinas no son más que una manera de hacer política, la polivalencia y eficacia a la hora de enfrentar problemas termina por una generalización total del poder disciplinar: la sociedad disciplinar (Foucault, 2007: 219). Skornicki ha tratado de analizar el uso que Foucault da a lo largo de su obra al concepto de Estado, reivindicando que para Foucault sí constituye un elemento fundamental. Para Skornicki, Foucault trata el tema como un proceso de acumulación de poder crecientemente estatalizado o de proceso de monopolización del poder, sin embargo, rechaza que, como se ha dicho en multitud de ocasiones, Foucault descarte el problema del Estado<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> También Castro-Gómez destaca el papel central del Estado en los últimos textos de Foucault en la etapa genealógica (Castro-Gómez, 2015: 46).

Atendiendo a estas cuestiones, en el caso del tiempo disciplinar, entendido como técnica potencialmente generalizable, es importante destacar que es a través de las instituciones y de las prácticas disciplinarias como se logra expandir como forma específica de experimentar el tiempo. E. P. Thompson recuerda, de manera muy similar a Foucault, la relevancia de las instituciones educativas y los sistemas de enseñanza estatales para la instauración del tiempo moderno (Thompson, 1995: 434). Además de señalar el papel de la religión y la cultura ascética para inculcar la disciplina temporal, destaca cómo diferentes autores del siglo XVIII analizan la importancia de la escuela para inculcar y “entrenar el hábito de la industriosisdad”, es decir, que las prácticas y conductas a las que condiciona la escuela son útiles para que las poblaciones interioricen poco a poco los hábitos temporales de los nuevos tiempos. La adopción de un tiempo regular y homogéneo, alejado de la experiencia inmediata de los ciclos naturales, la interiorización de los ritmos y los horarios sociales y la asimilación de la disciplina temporal y la productividad han requerido de enormes esfuerzos institucionales. En espacios institucionales específicos es donde las personas ensayaban e incorporaban el nuevo tiempo que empezaba a ser hegemónico.

Tratando de recapitular, Foucault plantea un análisis sobre el origen y el desarrollo histórico del tiempo disciplinar como técnica específica de una transformación social mucho más amplia. El tiempo disciplinar, regular, acumulativo, homogéneo, mensurable, es una condición y una herramienta para la emergencia de una racionalidad política que se extiende por Europa a partir del siglo XVII y que termina por condicionar y penetrar la sociedad en su conjunto. El tiempo disciplinar se origina durante el feudalismo en el interior de monasterios e instituciones religiosas que profesaban una cultura ascética, pero su extensión y perfeccionamiento se produce a la luz de un cambio de racionalidad política de máxima amplitud como el que se dio al transitar del poder soberano al poder disciplinar. El tiempo disciplinar se extiende, al extenderse el modelo de las disciplinas: el cambio en el tiempo, es el cambio de la economía del poder. El tipo de tiempo que surge en las sociedades modernas, aparece según Foucault, para producir un tipo específico de sujetos. Sujetos productivos, pero también sometidos. Al igual que determinadas formas de organizar y disponer el espacio, el tiempo disciplinar aparece para apuntalar el control sobre los cuerpos, organizar multiplicidades e intensificar eficacias, objetivos fundamentales del poder disciplinar. Foucault está reconfigurando el espacio y el tiempo como elementos fundadores del sujeto, sin embargo, lejos de constituir ningún *a priori* humano, estos derivan directamente de las prácticas de dominación tal y como se han desarrollado en la modernidad capitalista. De la organización disciplinar del espacio y el tiempo emerge un nuevo sujeto que vive el espacio y el tiempo como nunca se había hecho.

### ***1.3. Tiempo, conflicto y disciplina de trabajo***

He desarrollado el concepto de tiempo disciplinar, tal y como lo hace Foucault, encuadrado en el análisis de la irrupción del poder disciplinar como racionalidad política hegemónica. Abordaré ahora el problema desde aquellas posturas teóricas que han estudiado el tiempo moderno enfocado principalmente hacia el disciplinamiento de la fuerza de trabajo y la gestión de la conflictividad laboral en la sociedad industrial. Por último analizaré la particular manera en la que Foucault participó de este debate y el diálogo tácito que establece con Thompson y Marx.

Como hemos visto, Foucault sitúa prioritariamente el origen del tiempo disciplinar en las prácticas cotidianas de algunas órdenes religiosas durante la Edad Media y lo conceptualizaba en tanto que técnica de dominio. Para él, tiempo disciplinar forma parte de un arsenal de técnicas de poder propias de la racionalidad política surgida tras el feudalismo, sin embargo, otros autores han abordado el estudio sobre el tiempo moderno a partir de su vinculación con la disciplina laboral de la sociedad industrial. La aparición de las relaciones de clase propias del capitalismo, en las que se produjo la desposesión de los medios de producción de gran parte de la población y como consecuencia, la obligación de esta clase desposeída a emplearse como fuerza de trabajo asalariada, constituyó un proceso largo de adaptación de las poblaciones a estas nuevas condiciones sociales. Esta adaptación, demandó enormes esfuerzos y desencadenó fuertes resistencias que se tradujeron en una nueva disciplina enfocada a dar respuesta a las necesidades de las nuevas y conflictivas relaciones laborales.

La transformación de la temporalidad hacia un tipo de tiempo regular, homogéneo y masivo, constituyó una de las novedades a las que las poblaciones debieron adaptarse y para ello hubo que desarrollar toda una disciplina del tiempo que lograrse aplicarlo. E. P. Thompson publicó *Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial* en 1976 y trató la problemática del tiempo moderno teniendo como referencia la siguiente pregunta: “¿Hasta qué punto, y en qué formas afectó este cambio en el sentido del tiempo a la disciplina de trabajo, y hasta qué punto influyó en la percepción interior del tiempo de la gente trabajadora?” (Thompson, 1995: 398). Me ocuparé por tanto, en un primer momento, de un tipo de acercamientos a la problemática del tiempo moderno que, a pesar de compartir con Foucault una consideración instrumental del tiempo, reconocen, a diferencia de este, su fuente fundamental en las relaciones laborales establecidas en el capitalismo y los conflictos surgidos de ellas.

Sin pretender entablar un debate fundacional sobre el tiempo moderno, Thompson analiza las consecuencias de la instauración de un tiempo medible, constante y homogéneo en la esfera del

trabajo industrial, al mismo tiempo que plantea los enormes esfuerzos que debieron emplearse desde los siglos XVI al XVIII en Europa para lograr que los trabajadores industriales, pero también rurales, adoptaran hábitos de trabajo disciplinados.

Thompson habla de un tiempo de trabajo con una “amplia irregularidad” hasta el siglo XIX (1995: 423). Tanto en los horarios de la jornada laboral, como en las fiestas populares y los días libres a lo largo de la semana, los trabajadores mantenían un régimen de absentismo e irregularidad fuerte. La figura de San Lunes, es decir, añadir el lunes al periodo de asueto semanal, se extendía de manera habitual en la mayoría de los oficios y era habitual el absentismo de acuerdo con fiestas populares y la ausencia total de puntualidad a la hora de entrar y salir del trabajo. Además los ritmos de trabajo eran irregulares y poco intensos, y el control sobre la eficacia y el uso continuo y regular del tiempo era bastante bajo por parte de los empleadores: “En la norma de trabajo se alternaban las tandas de trabajo intenso con la ociosidad, donde quiera que los hombres controlaran sus propias vidas con respecto a su trabajo” (1995: 418-419). En entornos no urbanos, la situación era similar o incluso peor pues los trabajadores podían disponer de sus propias explotaciones familiares o comunales, lo que les concedía mayor capacidad de negociación y mayor ligazón con los ritmos de naturales de las siembras y las cosechas.

Como respuesta a esta situación, la disciplina temporal se extiende a partir de métodos coercitivos como la reglamentación, jerarquización, vigilancia y penalizaciones. Toda una serie de medidas coercitivas y sancionadoras empiezan a aplicarse para instruir a los obreros en la puntualidad, la intensidad en el trabajo y la regularidad. Sin embargo, otro tipo de mecanismos operan al mismo tiempo que los puramente coercitivos. Thompson señala, como ya hemos visto, de forma muy similar a Foucault, el importante papel desempeñado por la escolarización y la disciplina educativa que adiestra a las personas desde temprana edad en los hábitos temporales requeridos por la industria. También es enormemente importante el desarrollo de una suerte de ética del trabajo muy vinculada a la vida y la moral religiosa.

En una aportación al debate iniciado por Weber, Thompson subraya la relevancia de la interiorización de una moral puritana del tiempo (Thompson, 1995: 438-442). Se va a desarrollar toda una moral religiosa del rechazo a la ociosidad y del uso productivo del tiempo que va a vehicular las necesidades disciplinares del capitalismo industrial. Evangelistas, metodistas, puritanos, construyen un modelo de vida que compatibiliza el anuncio de una existencia fugaz en la tierra con una economía moral del tiempo. Como Weber, Thompson también recupera la figura de Benjamin Franklin, recordando que fue relojero antes que político:

Es en cierto sentido apropiado que el ideólogo que proporcionara a Weber su texto central como

ilustración de la ética capitalista perteneciera, no al Viejo Mundo, sino al Nuevo: el mundo que inventaría el reloj registrador, sería pionero en el estudio de tiempo-y-movimiento, y llegaría a su apogeo con Henry Ford (Thompson, 1995: 442).

Este proceso, a pesar de todo, no se produjo sin resistencias y su implantación progresiva sólo aparece tras varios siglos de inmensos esfuerzos por parte de los patrones y empresarios que poco a poco lograron imponer una disciplina del tiempo efectiva (1995: 442). La disciplina temporal aplicada progresivamente sobre las poblaciones se enmarca, en los estudios elaborados por Thompson, dentro del conflictivo proceso de transición hacia la sociedad industrial durante los siglos XVIII y XIX, donde las revueltas e insurrecciones contra las nuevas condiciones de vida, que la nueva clase desposeída percibía como intolerables o inmorales, eran constantes. Para Thompson, el proceso de instauración de la vida industrial conllevó conflictos sociales de gran importancia y persistencia, pero también un repertorio represivo y disciplinador que acompañaba la progresiva instauración de dicha forma de vida: “La expansión comercial, el proceso de cercado de campos, los primeros años de la Revolución Industrial: todo tuvo lugar a la sombra de la horca”. (Thompson, 2012: 84). De acuerdo con Thompson, existían fundamentalmente dos manifestaciones de esta lucha contra la normatividad industrial: por un lado los llamados motines del pan o motines de subsistencia, acción directa espontánea y, por otro lado, las insurrecciones políticas, más organizadas y masivas (Thompson, 2012: 84). En pocas palabras, la disciplina temporal que describe Thompson forma parte de todo un proceso de enorme amplitud de transformación de la vida social, de cambios en la subjetividad y en los hábitos cotidianos y que exigió enormes esfuerzos por parte de la burguesía en múltiples áreas para poder llevarse a cabo en un contexto de conflictividad social amplia:

Los patronos enseñaron a la primera generación de obreros industriales la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités de jornada corta en el movimiento por las diez horas; la tercera hizo huelgas para conseguir horas extra y jornada y media. Habían aceptado las categorías de sus patronos y aprendido a luchar con ellas. Habían aprendido la lección de que el tiempo es oro demasiado bien (Thompson, 1995: 437).

Otros autores como Jacques Le Goff o Benjamin Coriat también han analizado los conflictos de clase surgidos en torno a la duración y al ritmo de la jornada laboral y al interés y los esfuerzos por parte de los patrones de hacer efectiva dicha temporalidad. A lo largo de *El taller y el cronómetro* de 1979, Coriat analiza el desarrollo del taylorismo y el fordismo durante el siglo XIX y el papel del cronómetro y el control creciente de los ritmos. Para Coriat, la introducción de la medida constante y precisa del ritmo, unido a la mecanización supuso una respuesta de la clase empresarial al poder gremial de los obreros que les dotaba de gran capacidad negociadora por los salarios, las

intensidades y los horarios de trabajo:

El cronómetro es, ante todo, un instrumento político de dominación sobre el trabajo. Tecnología y táctica pormenorizada del control de los cuerpos en el trabajo, el taylorismo va a transformarse en un verdadero «conjunto de gestos» de producción, en un código formalizado del ejercicio del trabajo industrial, con la Organización Científica del Trabajo (Coriat, 2000: 2-3).

El saber obrero relacionado con el oficio, le dotaba aún de un poder estratégico extraordinario pues sus métodos y sus conocimientos eran absolutamente imprescindibles para la producción. El nuevo régimen de producción apoyado en la medición exhaustiva del tiempo y la actividad así como en la cadena de montaje y la maquinización general de la producción, le arrebató ese poder. El saber obrero deja de ser imprescindible al ocupar su lugar la producción normalizada y tecnificada donde cada trabajador puede ser sustituido e intercambiado en tanto que mera función dentro de un engranaje general que sigue adelante bajo el ritmo del cronómetro.

En pocas palabras, lo que estos autores muestran es la importancia de la imposición de un tipo de temporalidad y de ciertos hábitos temporales específicos para poder captar las enormes transformaciones sociales que se llevaron a cabo para la consolidación de la sociedad industrial y el poder de la clase burguesa. Tanto Thompson como Coriat destacan el importante papel del tiempo constante y homogéneo para la implantación por parte de la clase burguesa de horarios estrictos, ritmos de trabajo altos y jornadas intensas. Para ellos, junto a muchas otras mutaciones sociales que debió desarrollar la burguesía, las transformaciones en el tiempo y el aumento del control de los ritmos y las intensidades del trabajo se antojan fundamentales.

### ***Ilegalismos y disciplina temporal en la sociedad punitiva***

El propio Foucault analizó, en el curso *La sociedad punitiva*, la necesidad creciente por parte de los patrones de fábrica en particular y la clase empresarial en general de establecer una disciplina temporal que luchara contra lo que él mismo llamó “ilegalismos obreros”, en especial los referidos a la puntualidad y el ritmo de trabajo. A lo largo del curso *La sociedad punitiva* de 1972-1973 trató problemáticas directamente relacionadas con el disciplinamiento industrial, el sabotaje, la conflictividad laboral y el absentismo, así como los mecanismos de poder que desataron.

Bernard E. Harcourt plantea, en su epílogo publicado para la edición española de 2018 de *La sociedad punitiva*, la existencia de un diálogo silencioso entre Thompson y Foucault al respecto de las nociones de sedición popular e ilegalismo popular. Harcourt añade que Foucault, a pesar de compartir en gran medida el punto de partida de Thompson, trata de desprenderse de los elementos represivos y unívocos en su análisis de estos conflictos, tratando de dotarles de mayor precisión y



especificidad histórica.

Según Foucault, los fenómenos de acción directa en respuesta al deterioro de las condiciones de vida, ya sea en su versión espontánea u organizada, son solamente una expresión más de lo que él denomina ilegalismo popular (Foucault, 2018: 157). Según Foucault, la revuelta y la acción directa acompañan a otro tipo de ilegalismos que se extienden por lo social de forma generalizada, incluso entre los sectores más privilegiados. Para él, resulta fundamental una ruptura histórica que le lleva a distinguir entre el ilegalismo antifeudal (siglos XVII y XVIII), que se encuentra ampliamente extendido y es empleado y compartido por obreros y burgueses, y el ilegalismo obrero (XIX), que se enfrenta directamente a la burguesía y es objeto de los máximos esfuerzos para ser contenido y reprimido (Foucault, 2018: 169-170).

En el análisis de Foucault, el miedo despertado entre las clases propietarias no se produce única, ni privilegiadamente, por la presencia masiva de desempleados o excluidos sociales, sino que el miedo se centra ante todo en los propios obreros y sobre el proceso de trabajo que de ellos depende (2018: 193). Al mismo tiempo que el obrero se ve desposeído de sus medios de subsistencia, se le emplea de tal modo que convive y maneja los medios de otros: “Una vez que el obrero ya no tiene frente a él más que una riqueza, la única manera de practicar ese ilegalismo es la depredación”(2018: 166). Por tanto, el burgués, propietario de bienes y capital empieza a desarrollar un temor creciente al robo de sus propios trabajadores que conviven cada día y deben manejar una riqueza que no les pertenece:

Por consiguiente, todo lo que puede afectar, no sólo el capital acumulado de la fortuna burguesa, sino el cuerpo mismo del obrero como fuerza de trabajo, todo lo que puede sustraer esta a la utilización por el capital, es lo que se verá como el ilegalismo infralegal, la gran inmoralidad, y sobre ello, el capitalismo tratará de ejercer su influjo: un ilegalismo que no es infracción a la ley, sino una manera de evadir la condición de la ganancia (Foucault, 2018: 193).

Surge por tanto la necesidad de responder ante un temor creciente: el miedo al robo, ya sea en forma de sustracción de bienes, o en forma de tiempo de trabajo infraempleado o inadecuadamente utilizado. Una vez más, Thompson y Foucault retoman un diálogo tácito, esta vez sobre la importancia del uso del tiempo de trabajo y la insistencia de la burguesía por lograr lo que Foucault denominó más adelante un “tiempo sin poros”: un uso exhaustivo del tiempo. Foucault establece una diferencia importante entre los ilegalismos de depredación y los de disipación. Mientras que el ilegalismo de depredación implica el hurto de bienes propiedad del empleador, el ilegalismo de disipación implica la sustracción de una fuerza y un tiempo de trabajo pagados por el empleador y por lo tanto de su propiedad. Si el trabajador no ejecuta de manera efectiva ese tiempo de trabajo ya

pagado y lo convierte efectivamente en fuerza productiva, el empleador no recibe la capacidad productiva que había comprado. El ilegalismo de disipación aparece en cuatro formas diferentes, la decisión de ociosidad, la irregularidad, la fiesta y el rechazo a la familia. Además, como señala Foucault, esta forma de ilegalismo posee capacidad de extenderse y replicarse socialmente a gran escala y resulta enormemente difícil de combatir.

Por todo esto, para Foucault, los esfuerzos de la clase burguesa por controlar el hecho de que el tiempo de trabajo que han comprado se traduzca efectivamente en capacidad productiva van a ser constantes pero siempre insuficientes durante todo el siglo XIX. Se desarrollan, entonces, mecanismos para el control del tiempo y el dominio de la disipación de dos tipos, difusos y compactos (2018: 240). El mejor ejemplo de forma compacta de control del tiempo es un tipo de institucionalidad de encierro que Foucault denomina de secuestro<sup>15</sup> (2018: 229), que, sin ser exclusiva de la disciplina laboral, va a funcionar como instrumento clave de fijación de los individuos al aparato productivo a lo largo del siglo XIX (2018: 230). Una de las principales funciones de estas instituciones de secuestro es la captura completa del tiempo de trabajo de los obreros por sus empleadores. En segundo lugar, las formas difusas constituyen una micropenalidad de la existencia cotidiana que establecen continuidades entre lo laboral y lo punitivo (2018: 211). Aparece una micro penalidad de lo cotidiano que se refleja, por ejemplo, en forma de cartillas de trabajo donde se anotaban los sucesivos empleadores de cada obrero y donde aparecen además las infracciones, las faltas y los motivos de despido. Las cartillas persiguen al obrero fuera de la fábrica e informan de su comportamiento y de su vida de forma integral e ininterrumpida a sus potenciales empleadores de los que depende (2018: 212). En definitiva, la burguesía desarrolla todo un repertorio para el dominio del tiempo de los obreros, para que el tiempo de vida se convierta en actividad productiva:

El tiempo de la vida, que podía escandir el esparcimiento, el placer, la suerte, la fiesta, tuvo que homogeneizarse a fin de poder integrarlo a un tiempo que ya no era de la existencia de los individuos, sus placeres, sus deseos y su cuerpo, sino el de la continuidad de la producción, el de la ganancia (Foucault, 2018: 231).

El tiempo de la fábrica irrumpe como un tiempo que es comprado y vendido y por consiguiente un recurso económico que debe ser administrado y maximizado por parte de la burguesía. Sin embargo, como mostraré Foucault alteró significativamente esta posición en sus obras posteriores desplazando la importancia dada al espacio fabril y haciendo aparecer la idea de la

---

<sup>15</sup> Este modelo institucional aparece únicamente en los primeros años de su investigación, (*La sociedad punitiva y La verdad y las formas jurídicas*) sobre el poder disciplinar, Foucault no continuó desarrollando esta noción de secuestro a lo largo de su investigación sobre el poder en las sociedades modernas y se decantó por modelos más flexibles y generalizables como el del panóptico.

doble acumulación como marco de vinculación entre su historia de las técnicas políticas y la historia del capitalismo.

### ***La doble acumulación***

A pesar de que en el año 1973 Foucault aún no había terminado de precisar su propuesta teórica y es posible encontrar elementos conflictivos o disonantes con sus trabajos posteriores, en *La sociedad punitiva* establece un diálogo con el marxismo que probablemente resuene más fuerte que en ninguna otra parte de su obra. Pese a que algunos autores como Balibar, 1995<sup>16</sup> sitúan su relación en un plano fundamentalmente conflictivo e incluso antagónico con Marx y el marxismo, Foucault afronta en este curso problemáticas directamente vinculadas a la explotación laboral y a la dominación de clase desde una perspectiva muy peculiar en relación al resto de sus textos. Su diálogo nunca explicitado con Thompson, en relación con la conflictividad, la disciplina y el control del tiempo propios de la sociedad industrial, ofrece elementos de enorme relevancia para abordar el problema del tiempo moderno, del análisis foucaultiano del capitalismo y de la relación ambivalente que mantiene su obra con la tradición marxista.

Para evitar alejarme del problema que me ocupa, me limitaré a señalar los numerosos elementos de cercanía que existen entre las dos aproximaciones. En primer lugar, ambos problematizan un mismo objeto de investigación desde enfoques multicausales muy similares, a saber, la disciplina temporal enmarcada en un análisis de los conflictos y la disciplina de la sociedad industrial. Para los dos, el tiempo moderno y la disciplina temporal constituyen instrumentos de dominación históricamente claves para entender los procesos, siempre conflictivos, de consolidación de la sociedad industrial. Además, tanto Foucault como Thompson, subrayan un elemento fundamental para esta investigación: la importancia de los espacios institucionales para la transmisión y consolidación social del tiempo moderno. Independientemente de las causas que lo provocan, significativamente divergentes para cada uno, el tiempo moderno requirió históricamente de instrumentos de dominación y disciplinamiento institucional que lograron que enormes poblaciones, inmersas en temporalidades no modernas y de gran diversidad, se adecuaran al orden temporal que las nuevas condiciones sociales exigían. Ni para Foucault ni para Thompson el tiempo moderno pudo instaurarse por sí mismo. El tiempo moderno emergió solamente tras la implementación de sofisticados mecanismos de dominación social que formaron a los individuos en esa temporalidad.

Sin embargo, es evidente que sus perspectivas teóricas amplias se traducen también en divergencias analíticas importantes. Para Foucault, como he mostrado antes, y esto se hace más patente en sus siguientes textos, el tiempo disciplinar constituye un recurso técnico-social de una racionalidad

<sup>16</sup> Concretamente, califica la relación de Foucault con Marx de “lucha genuina”.

política amplia que no puede explicarse en base a lógica de dominación de clase. Ni la disciplina en general, ni la disciplina temporal en particular, son instrumentos propios de la burguesía, a pesar de ser usados y desarrollados también por ella. Para Foucault, el tiempo disciplinar no surge exclusivamente como herramienta de la clase capitalista para obtener un rango de explotación mayor sobre la clase obrera, más bien, forma parte de un marco técnico de poder que afecta a multitud de esferas sociales además de la económica. La burguesía emplea el repertorio disciplinar en la fábrica de forma similar a como lo utiliza un funcionario de prisiones en una cárcel o un director de colegio en una escuela.

Incluso en los momentos en los que abordó problemáticas teóricas e históricas directamente vinculadas al marxismo y a Marx, Foucault siempre aplicó mecanismos de desvinculación<sup>17</sup> con esta tradición. En sus aproximaciones teóricas sobre el origen del capitalismo siempre sostuvo una posición diferenciada del marxismo, en ocasiones de forma explícita como es el caso de Althusser en *La verdad y las formas Jurídicas* (1996: 33).

Podemos ver ya en *La sociedad punitiva*, pero más claramente dos años más tarde, en *Vigilar y castigar*, cómo este vínculo entre el sistema de poder disciplinar y el sistema económico se traduce en lo que Skornicki denomina la doble acumulación: la acumulación de capital y de poder (Skornicki, 2017: 86). Para entonces, Foucault ya ha establecido más claramente el tipo de vínculo que existe entre la sociedad disciplinar y el desarrollo histórico del capitalismo planteando que el proceso de génesis y consolidación del capitalismo habría sido absolutamente imposible sin la existencia de un repertorio de técnicas de poder que lograran disciplinar a los individuos y a las poblaciones de manera compatible con el proceso económico:

Los dos procesos, acumulación de los hombres y acumulación del capital no pueden ser separados; no habría sido posible resolver el problema de la acumulación de los hombres sin el crecimiento de un aparato de producción capaz a la vez de mantenerlos y utilizarlos; inversamente las técnicas que hacen útil la multiplicidad acumulativa de los hombres aceleran el movimiento de acumulación de capital. (...) Cada uno de los dos ha hecho al otro posible y necesario; cada uno de los dos ha servido de modelo al otro (Foucault, 2009: 223-224).

A pesar de que Foucault siempre trató de desmarcarse del marxismo –no así tanto de Marx–, al tratar la relación entre disciplina temporal y relaciones capitalistas evidencia una lectura particular de los textos de Marx y realiza un análisis histórico de su aparición e interconexión con los repertorios tecnológicos del poder. Para Foucault, a diferencia del marxismo con el que discute, la

---

<sup>17</sup> Esta expresión fue empleada por Pablo Ben en una conferencia sobre la historia de la sexualidad en la Universidad de Buenos Aires. En todo caso, la relación teórica entre Foucault y Marx ha suscitado innumerables escritos y discusiones por destacar algunos libros: *Marx y Foucault*, 2006; *Marx & Foucault*, 2015.

dominación económica no puede dar cuenta por sí misma de los procesos históricos que investiga. La manera en la que se piensan los sistemas punitivos, la forma en la que se diseñaron los modelos de enseñanza o los criterios de transformación de los ejércitos, no son derivables, a partir de una relación de determinación, del sistema económico capitalista: para Foucault, la relación entre la esfera económica y la esfera política (disciplinar) es de interdependencia no jerárquica. De igual forma que la educación, la política punitiva o las escuelas militares, también la disciplina laboral y la dominación económica requieren de los dispositivos políticos de producción subjetiva que la racionalidad disciplinar ofrece.

Lo que se evidencia en esta discusión sobre el tiempo, es el debate profundo de Foucault con el marxismo en torno al surgimiento de las relaciones sociales capitalistas y la modernidad, así como de manera subyacente, una discusión sobre la manera en la cual se establecen, en cada una de esas hipótesis las relaciones entre las esferas de la política y la economía. En la obra de Foucault, el tiempo constituye un campo problemático sobre el que es posible vislumbrar el tipo de relación que existe entre estas dos esferas que, como he mostrado anteriormente, no se aprecia exclusivamente al tratar el problema de la disciplina temporal y los ilegalismos de disipación, sino también al plantearse el tiempo como un criterio económico general de utilidad y productividad sobre la subjetividad disciplinar. Emplearé, por tanto, los recursos que cada una de estas tradiciones teóricas ofrece para dar cuenta, de la mejor manera posible, del fenómeno del tiempo moderno y de su efecto sobre los procesos de subjetivación.

## ***1.4.Ciudades y mercaderes: el tiempo como relación social***

Si bien el concepto de tiempo disciplinar de Foucault puede inscribirse dentro de las corrientes históricas que plantean la disciplina del tiempo propia de la vida monástica como fuente explicativa principal (Weber, Sombart, Mumford, Zerubabel) existe otra posición defendida por algunos autores (Landes, Elias, Bilfinger) que privilegia el surgimiento de las grandes ciudades europeas como origen del tiempo constante y homogéneo. Sin duda, este debate entre monasterios y ciudades representa un debate excesivamente simple para poder dar cuenta de un fenómeno histórico tan complejo como el de la aparición del tiempo moderno. Por ejemplo, David Landes, que reconoce la importancia que tuvo la cultura del tiempo monástica<sup>18</sup> en la aparición de una temporalidad moderna en Europa, no duda en situar la aparición de núcleos urbanos con burguesías activas como causa principal de su propagación y extensión social. Las ciudades fueron para Landes una prolongación amplificada de los monasterios pero en ningún caso pudieron ser por sí mismos los causantes de la masificación de los relojes, ni del tiempo, ni de los ritmos modernos (Landes, 2007: 85). Para Landes, la disciplina monástica no penetró las relaciones sociales en su conjunto, sino que su relevancia y su masificación responden a otras causas históricas. La demanda masiva de relojes de una calidad y asequibilidad crecientes procede, según Landes, de las nuevas necesidades aparecidas en los núcleos urbanos de la avanzada Edad Media. De forma similar a Landes, Gustav Bilfinger<sup>19</sup>, reconocido como uno de los más importantes precursores de la historia social del tiempo (Dohrn-van Rossum, 1996: 11; Postone, 2009: 281-282), planteó que las ciudades y la vida urbana constituyen el verdadero origen del tiempo constante y homogéneo y que este sólo llegó a consolidarse en contraposición a el *horae canonicae* que dotaba a la iglesia de un gran poder en Europa. La complejidad y la creciente necesidad de coordinación de las actividades trajeron consigo la aparición de una temporalidad más precisa, regular y extendida.

Según Landes, el tiempo monástico es un antecedente del tiempo moderno –de manera análoga a Foucault– pero las causas de su masificación social deben buscarse en la complejización y diversificación de la vida urbana:

Esta proliferación de signos era un reflejo de la complejidad y la intensidad crecientes de la vida urbana: de la multiplicación de encuentros, de oficios, de mercados, de la presión de los

---

<sup>18</sup> Tanto Foucault como Landes, señalan la Orden del Císter y a sus prácticas organizativas y rituales como una de las experiencias históricas que dan origen al tiempo moderno. Véase Landes, 2007: 73; Foucault, 2007: 84.

<sup>19</sup> Este argumento se ha desarrollado fundamentalmente a partir de las aportaciones de Postone, 2007: 280-288; Le Goff, 1980: 63-64 y Dohrn-van Rossum, 1996: 11.

movimientos de un espacio limitado y mal organizado. Demasiada gente, demasiadas cosas, demasiado quehacer. Esto es lo que los economistas llaman la parte de la demanda: la necesidad de compartir, de asignar, de limitar la distribución del tiempo y, por tanto, de proporcionar informaciones temporales frecuentes y razonablemente exactas (Landes, 2007: 85).

Por tanto, la necesidad procedente de la vida urbana de medir de manera masiva surge posteriormente a la tecnología de medir el tiempo y también a la disciplina temporal, sin embargo, son los requerimientos propios de la vida en la ciudad los que terminan por convertir el tiempo uniforme y mensurable en una relación social masiva y significativa. La vida cotidiana, alejada de la ciudad, propia de entornos rurales, se caracteriza por su cercanía y dependencia de los ritmos marcados por la naturaleza. Para Landes, se trata de una temporalidad que está marcada fundamentalmente por el ciclo día-noche y los ciclos estacionales lo que se traduce en un tipo de tiempo necesariamente discontinuo y variable. La aparición de núcleos urbanos y de un tipo de vida compleja y alejada de estos ciclos naturales es lo que en última instancia provoca para Landes –de forma similar a Bilfinger o Simmel– el interés por la medición de un tiempo cada vez más preciso y homogéneo.

### ***Complejización social y proceso de civilización: el tiempo como norma y como función social***

Desde la sociología se ha producido toda una serie de trabajos que han abordado el problema del tiempo social, su progresiva homogenización y sofisticación derivándolas directamente de los procesos de complejización y diferenciación social.

Autores clásicos como Simmel<sup>20</sup> o Durkheim sentaron las bases para una sociología del tiempo entendida desde un punto de vista funcional al desarrollo de las sociedades modernas. Este último, en *La división social del trabajo* (1893), explica como las sociedades transitan necesariamente de un tipo de solidaridad mecánica, donde los vínculos y las relaciones individuales se establecen en torno a la satisfacción inmediata de necesidades y con un nivel bajo de división del trabajo, a una solidaridad orgánica, en la cual los vínculos sociales de complementariedad son complejos y donde

<sup>20</sup> Especial mención merece el texto elaborado por Simmel, *Las grandes ciudades y la vida del espíritu* de 1903 donde llega a vincular la vida moderna en las grandes urbes y el reloj de pulsera, siendo este uno de sus mayores representantes: “A pesar de que la obra de Simmel y sus aportaciones sobre la vida moderna se alejan del foco de esta investigación no quiero dejar de reproducir la siguiente cita: “La esencia del dinero, que es el cálculo, ha introducido en las relaciones entre elementos de la existencia una precisión, una seguridad en la determinación de lo que es equivalente y de lo que no lo es, una tal certidumbre en las convenciones y los arreglos de los hombres entre sí, que la difusión universal de los relojes de pulsera puede considerarse su manifestación objetiva y su símbolo. Ahora bien, son las condiciones de existencia en las grandes ciudades las que vienen a ser a la vez la causa y la consecuencia de este fenómeno. Las relaciones y los negocios del ciudadano son a tal punto múltiples y complicadas y ante todo, a causa del hacinamiento de tantos hombres con preocupaciones tan diversas, sus contactos y sus actividades se enmarañan en una red tan compleja, que sin la puntualidad más absoluta en el cumplimiento de las citas, el conjunto se desmoronaría en un caos inextricable” (Simmel, 1986: 7).

existe una fuerte especialización<sup>21</sup>. El tiempo estandarizado aparece como consecuencia directa de esta diferenciación e interdependencia creciente de la vida social. Existen también propuestas más actuales que han tratado el caso de la temporalidad de las sociedades contemporáneas desde la complejización de las funciones y relaciones sociales, como son las de Lewis y Weigert (1992: 121), Niklas Luhmann (1992: 161 y ss.) o Hartmut Rosa (2011; 2016). Sin embargo, quiero centrarme aquí en el trabajo desarrollado por Norbert Elias en *Sobre el tiempo* (1984), que elabora de forma explícita un marco teórico sobre el tiempo en las sociedades modernas concediéndole un peso significativo en el conjunto de su obra y desempeñando así un papel muy representativo de este tipo de análisis sobre el tiempo.

Elias plantea una continuación de su proyecto de análisis del proceso de civilización de las sociedades, donde la creciente complejización social lleva a reclamar una referencia común para la experiencia del transcurso del tiempo. Para Elias la creciente división del trabajo y el avance civilizatorio provocan la necesidad de mejorar la coordinación y la cooperación social:

En esta dirección avanza el ciego proceso; en concreto, aunque no sólo en el caso de las posiciones superiores de coordinación, crece de modo incesante el número de cadenas de interdependencias, cuyo punto de cruce son esas mismas posiciones, así como la presión sobre los hombres que las ocupan en un momento dado, para subdividir cada vez con mayor exactitud su actividad profesional (Elias, 1989: 16).

Las posiciones cronológicas, las actividades y los procesos sociales y naturales presentan de forma inmediata y sensible una variedad cualitativa que impide su comparación y organización directa. Por ello, en un contexto social de suficiente interdependencia y diversidad en sus relaciones, los humanos desarrollan un equivalente temporal general que les permite comparar los eventos y los procesos con una referencia común y regular o “pautas normalizadas de referencia” (Elias, 1989: 19). Mientras que en “sociedades menos civilizadas” es habitual encontrar mecanismos que dependen de los ciclos naturales y de eventos climáticos, en las sociedades más avanzadas y complejas se requiere de métodos más sofisticados de medición y regulación que puedan funcionar de forma independiente a los acontecimientos naturales.

El tiempo moderno cumple para Elias tres funciones sociales (Elias, 1989: 44-45). La primera es de comunicación social. El reloj y el calendario no son otra cosa que símbolos que transmiten información y permiten a los individuos de una sociedad establecer canales de comunicación en base a diferentes fonemas vinculados a recursos mnémicos. Estos signos permiten la transmisión de

---

<sup>21</sup> Ramón Ramos ha elaborado tres artículos enormemente completos sobre el concepto de tiempo en Durkheim: (1989; 1989B; 1990).



información y la puesta en común de una serie de referencias normalizadas del cambio y la experiencia. La segunda función es la de orientación social. Las horas y los días constituyen una cronología común que permite situar las actividades y las experiencias propias en relación a las de los demás pudiendo así ser sincronizadas de tal manera que un momento de cada persona tiene un equivalente para todas las demás y para todas las generaciones. La tercera función es la regulación e inducción de las acciones. El tiempo marca qué hacer en cada momento, fundamentalmente porque nuestras acciones en las sociedades modernas guardan estrechas relaciones con las de los demás. Si todo el mundo parase de trabajar difícilmente podría trabajar una persona aislada, pues el trabajo individual depende del trabajo ajeno. La sociedad empuja a la sincronización y a seguir un ritmo y un horario concretos. Cuando el despertador suena por las mañanas, lo que impulsa a un individuo a levantarse no sólo es una información o una referencia temporal, es también un imperativo social que le impulsa y coacciona para realizar determinadas acciones.

Para Elias, la coacción social que supone el tiempo moderno conlleva un proceso de interiorización de forma análoga a los diferentes marcos normativos civilizatorios, que progresivamente son aceptados e incorporados por los individuos, permeando sus vidas cotidianas y sus estructuras mentales profundas. El proceso de civilización para Elias siempre es un doble avance, avance de una reglamentación y una racionalización social, pero también de la interiorización de esas nuevas normas sociales en el plano individual-mental. Elias trataba así de incorporar elementos del psicoanálisis y de conectar lo estructural con lo individual en su teoría sociohistórica. El tiempo de los relojes, estandarizado y uniforme, supone un imperativo de sincronización que poco a poco enraíza en los sujetos y termina por formar parte de ellos:

La coacción que el tiempo ejerce desde fuera, representada por relojes, calendarios u horarios de trenes, ostenta en estas sociedades las propiedades que fomentan las coacciones que se impone a sí mismo el individuo. La presión de dichas coacciones es relativamente poco apremiante, medida, equilibrada y pacífica, pero omnipresente e inevitable. En este sentido, la regulación social del tiempo que empieza a individualizarse muy pronto, contribuye a afirmar la inevitable conciencia personal del tiempo. La voz interior que pregunta por el tiempo, está presente en todas partes (Elias, 1989: 32).

En resumen, para Elias el tiempo constante y homogéneo cumple una función social de comunicación, interdependencia y coordinación social que permite responder a las nuevas necesidades de las sociedades modernas imponiéndose de forma coactiva a los individuos. Dicha interdependencia requiere de una cronología común en la que las acciones y las experiencias de los individuos puedan ponerse en común a partir una referencia compartida. Para Elias, es una nueva

necesidad social la que impulsa un nuevo tipo de tiempo: un imperativo estructural y abstracto, un requerimiento general que responde a nuevas funciones sociales y que es incorporado por los individuos progresivamente.

Siendo propuestas enormemente diferentes en muchos aspectos, tanto Landes como Elias presentan similitudes en relación con dos elementos clave. En primer lugar, ambos vinculan –como también hacen Le Goff, Bilfinger y Thompson– el desarrollo del tiempo constante y homogéneo con la aparición de los núcleos urbanos en la modernidad industrial, descartando o minimizando la relevancia de la disciplina monástica y situando su origen histórico junto a la emergencia de las ciudades europeas modernas. En segundo lugar, tanto Landes<sup>22</sup> como Elias señalan una sincronía entre la evolución y complejización de las relaciones y estructuras sociales modernas y la necesidad derivada de una referencia temporal común y estable que permita la interrelación masiva y la especialización de las actividades humanas. Podría decirse que lo que plantean estos autores es un modelo estructural del tiempo moderno, a saber, que el avance técnico y social de la civilización europea genera ciertos requerimientos históricos, abstractos, independientes de actores individuales, colectivos o institucionales, que propician el surgimiento de este tipo específico de temporalidad.

Mientras que un análisis del origen del tiempo moderno como el elaborado por Foucault, Thompson o Coriat, enfatiza el carácter instrumental o técnico del tiempo en las sociedades modernas, es decir, un tiempo que se caracteriza fundamentalmente por ser utilizado estratégicamente por actores sociales para producir efectos de dominación –ya sean de clase o de otro tipo–, en el de Elias y Landes ningún actor ni ninguna institución específicos pueden producir el tiempo pues, más que un instrumento de poder, para ellos, constituye una regla social general o un ambiente social coaccionador. Como he mostrado, tanto Foucault, a partir de su análisis de los regímenes de poder soberano y disciplinar, como Thompson, definen el tiempo moderno sobre la base de la forma específica de emplearlo en su provecho por determinados actores sociales. Por tanto, estas concepciones estructurales del tiempo moderno poseen otro carácter epistemológico y se enfocan en la constitución del tiempo como mediador social general, lo que significa que no es algo que alguien pueda usar, sino que más bien es un tipo de relación social que regula la vida social en su conjunto. Supone algo así como una constricción social general y abstracta. El tiempo moderno en las concepciones estructurales supone un tipo de dominación social ejercida a través de prácticas sociales independientes de los actores que las ejecutan y de acuerdo con una lógica social general. La sociedad demanda determinados comportamientos individuales en base a la coordinación, la

---

<sup>22</sup> En el caso de David Landes, el estudio que plantea posee un carácter eminentemente historiográfico, mientras que Elias teoriza el tiempo desde la sociología por tanto, las implicaciones teóricas de mayor amplitud histórica y social son más fácilmente atribuibles a Elias que no a Landes.

sincronización y la especialización de las actividades que se traduce en una referencia temporal común que orienta, informa y coacciona a los individuos que viven en las sociedades modernas.

Con intención de seguir avanzando, una vez definidas las diferencias entre los planteamientos instrumentales y estructurales del tiempo moderno, es necesario señalar los problemas que entiendo pueden encontrarse en estos últimos. Como he mostrado, para Landes y Elias, así como para gran parte de la tradición sociológica, el desarrollo de la vida social termina generando necesidades que deben ser atendidas a través de nuevas funciones sociales. El tiempo moderno cumple algunas de esas nuevas funciones sociales aparecidas en la civilización moderna.

Ahora bien, en este esquema se dibuja un eje cronológico y evolutivo en el cual la historia humana transita por diferentes etapas de desarrollo y en la cual aparecen diferentes necesidades y funciones sociales. Sin detenernos demasiado en ello, es necesario señalar que una perspectiva de la historia de las sociedades como esta supone una filosofía de la historia de tipo lineal y progresivo muy diferente a la que aquí quiero presentar, donde el curso histórico no sigue un camino predefinido ni tiene un destino que cumplir. A pesar de la ambivalencia de la obra de Elias en este sentido y el debate epistemológico que aún hoy suscita<sup>23</sup>, resulta innegable la presencia de elementos evolutivos y progresivos de su proyecto teórico. Tan sólo me detendré para señalar que la suposición idealista de un programa histórico de progreso y complejización social como este choca con los principios teóricos de esta investigación en la línea de gran parte de la crítica epistemológica contemporánea<sup>24</sup> y que por tanto aquí no se tratará el proceso histórico de forma lineal, ni evolutiva.

Por otro lado, la visión estructural del tiempo moderno que plantean Landes y Elias resulta demasiado inespecífica en un sentido histórico y en un sentido teórico. En primer lugar, y a pesar de aceptar y en gran medida compartir el movimiento teórico de vincular la emergencia del tiempo moderno a las grandes ciudades y a la complejización social ligada a ellas, me parece que es necesaria una mayor precisión histórica a la hora de definir los procesos sociales clave que desembocaron en una temporalidad masiva, constante y homogénea. La aparición de grandes ciudades viene asociada históricamente a procesos más amplios como el desarrollo del comercio internacional masivo, el crecimiento de las poblaciones, la industrialización y el cambio de las

---

<sup>23</sup> Véase Ramos, R. (1994). Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N°65, p. 27-54. Ramos sintetiza esa ambivalencia así: “Es el problema de la historia en la obra de un autor decisivo que siempre nadó entre dos aguas: por un lado, el legado proporcionado por la Gran Historia de la ciencia social decimonónica; por el otro, el proyecto renovador de un maridaje historiográfico-sociológico que atisbó pero no concretó”.

<sup>24</sup> Tanto Foucault como Postone, reivindican el estudio histórico libre de marcos evolucionistas, teleológicos y universales, sin embargo, Postone, a diferencia de Foucault, quien entiende que el curso histórico no sigue ninguna regularidad y debe ser aprehendida a partir de sus rupturas y singularidades, desarrolla una propuesta teórica que sí define una lógica o una direccionalidad histórica particular en el capitalismo. Dos textos que pueden aclarar sus respectivas posturas son: Postone, 2006: 374 ss.; Foucault, 1980: 7 ss.

relaciones laborales, el desarrollo de burguesías nacionales etc. Por lo tanto, se vuelve necesario un análisis más detallado de las condiciones y los procesos históricos que condicionaron la irrupción de la temporalidad moderna. En segundo lugar, es necesario reclamar también mayor especificidad teórica en el sentido de qué tipo de lazos sociales emergieron en la modernidad europea que reclamaban una temporalidad como esta. Los conceptos de complejización, civilización, especialización o interdependencia resultan demasiado vagos y poco precisos a la hora de dar cuenta de las transformaciones que se dieron en la transición de las relaciones sociales feudales a las propias de la modernidad europea. Coincido con Elias, en señalar el aumento exponencial de la interdependencia y la complejización social que trajo consigo dicha transición, sin embargo, creo que no basta con señalarlas, sino que se requiere de un análisis del tipo específico de interdependencia y complejización que adoptaron las sociedades modernas bajo las relaciones sociales mercantiles para así poder tratar adecuadamente el problema del tiempo que emergió como consecuencia de ellas.

### ***El tiempo abstracto***

Para tratar de plantear alternativas teóricas a estos problemas recurriré al trabajo de Moishe Postone y a su concepto de tiempo abstracto basado en una reinterpretación de la obra madura de Marx. En la propuesta de Postone, el tiempo moderno debe entenderse a partir de la génesis de las relaciones sociales capitalistas y la generalización de la forma mercancía como mediación social. Para Postone, la vida en el capitalismo funda una nueva forma de experimentar el tiempo que surge de las propias prácticas sociales que impone la producción e intercambio generalizado de mercancías.

De acuerdo con él, mientras que el tiempo en las sociedades precapitalistas dependían fuertemente de las actividades concretas que se desarrollaban en su interior, determinando su extensión y por tanto generando intervalos temporales variables y heterogéneos, el tiempo capitalista se convierte en una variable independiente en relación al tipo de actividad que se realiza en él, es decir, el tiempo se convierte en una referencia autónoma para medir la actividad y el devenir temporal. Para Postone la característica fundamental del tiempo en el capitalismo, el tiempo abstracto, y lo que le confiere un carácter históricamente excepcional es su independencia con respecto de la actividad que se realiza en su interior al mismo tiempo que se muestra como su medida y su movilizador, a saber, un tiempo abstracto, homogéneo, intercambiable, mensurable y constante (Postone, 2006: 289).

Tratando de no detenerme demasiado en ello puesto que se desvía de los objetivos principales de

esta investigación<sup>25</sup>, abordaré muy brevemente algunos conceptos clave de la estructura teórica de *El capital* y de la particular interpretación que realiza Postone. Lo que Marx describe en el primer capítulo del tomo I de *El capital* como modelo de intercambio simple, y que queda contenido en su concepto de “fetichismo de la mercancía”, es para Postone mucho más que teoría económica. Para él, Marx está realizando un análisis de las prácticas sociales propias de una sociedad que, por primera vez en la historia, de forma generalizada, produce objetos no para su consumo, sino para su venta. La aparición de un espacio social que ha normalizado y masificado la producción para el intercambio lleva aparejado como condición la existencia de un equivalente entre productos y entre actividades productivas. Para que diferentes actividades traducidas en diferentes objetos, todos ellos cualitativamente diferentes, puedan llegar a ser intercambiados es indispensable una magnitud común que habilite la mensurabilidad y permita la comparación entre esos elementos singulares. Así, Marx llega a la magnitud común que permite establecer equivalencias entre todos los objetos y las actividades: el valor y su representación social el dinero.

¿Pero de qué se compone el valor y cómo se obtiene? El valor no está formado por otra cosa que por el tiempo de trabajo abstracto<sup>26</sup>. La actividad reducida a “gasto productivo de cerebro humano, de músculo, de nervios, de brazo” (Marx, 2000: 11) representa el trabajo abstracto; y el tiempo de trabajo, en tanto que representante de esa sustancia común de la actividad productiva, el tiempo abstracto. Trabajo y tiempo abstractos suponen el tipo de actividad y el tipo de tiempo dedicados a la producción de una mercancía y suponen también que el valor de cualquier mercancía está determinado por el tiempo de trabajo que costó producirla. Por tanto, en términos estrictamente teóricos, el tiempo abstracto surge para Marx vinculado a la necesidad de generar un equivalente que permita el intercambio de mercancías.

Además de dar continuidad al esquema teórico de Marx sobre el tiempo abstracto, Postone realiza una aproximación histórica de su origen apoyándose fundamentalmente en Jacques Le Goff y su análisis sobre la transición entre el tiempo eclesiástico y el tiempo moderno. Postone destaca de la obra de Le Goff la importancia de la instauración de un sistema de campanas que alteraron la medición de la jornada de trabajo y la aparición de conflictos en torno a la jornada laboral durante el siglo XIV. A través de los textos de Le Goff, Postone describe cómo las transformaciones de la producción de la industria textil inglesa, que empieza a enfocarse a la exportación para un mercado

---

<sup>25</sup> Esta investigación no trata de realizar un ejercicio exegético sobre la obra de Marx, ni un análisis global de la interpretación que Postone hace de ella, por lo que me limitaré a describir superficialmente los conceptos y líneas teóricas claves, que considero indispensables para el desarrollo de mi argumentación.

<sup>26</sup> No se trata del tiempo a secas, se trata del tiempo socialmente necesario, sin embargo, este concepto será tratado posteriormente, para analizar qué tipo de tiempo es exactamente el que constituye al valor y el tipo de dinámica social que supone.

internacional a gran escala y a la salarización de la fuerza de trabajo, implican también un cambio en la noción de productividad.

Según Postone, empieza a establecerse una fuerte relación entre tiempo de trabajo, salarios pagados y beneficios; es decir, crece el interés por medir el tiempo de trabajo en tanto que medio básico de producción y fuente de gasto:

En otras palabras, el principio organizativo de la industria textil medieval fue un tipo temprano de relación capital-trabajo asalariado. Era una producción a relativa gran escala, controlada por manos privadas, con vistas al intercambio (esto es, al beneficio), basado sobre el trabajo asalariado (...). Implícita a esta manera de producir se encuentra la importancia de la productividad (Postone, 2006: 283).

La antigua unidad de medida del trabajo, la jornada de trabajo, empieza a resultar excesivamente imprecisa, tanto para los pagadores de la fuerza de trabajo, que deben ya calcular cuánto pagan, por cuánto tiempo y para obtener cuánto beneficio, como para los trabajadores que deben calcular cuánto se les paga por cuánto tiempo para obtener cuántas mercancías en el mercado. De ahí las luchas que se extendieron durante siglos por la duración de la jornada laboral. La creación de una jornada laboral no determinada por el amanecer y el ocaso desembocó en un nuevo tipo de conflictos laborales pero también en una nueva forma de temporalidad que regulaba la duración de la jornada.

Según Le Goff, empiezan a producirse conflictos laborales importantes en torno a la duración y al ritmo de trabajo, tanto por parte de los obreros, que en un primer momento piden aumentar las horas trabajadas como medio de incrementar los salarios, como por parte de los patronos, que “buscan en efecto, (...) reglamentar de cerca la jornada de trabajo, luchar contra los ardidés obreros en este terreno (*el del tiempo*). Entonces se multiplican las campanas de trabajo” (Le Goff, 1980: 66. Cursiva mía). Existe por tanto para Le Goff, una necesidad creciente de medir el trabajo, tanto por parte de los obreros como de los empleadores que buscan establecer el intercambio entre trabajo y salario de la manera más ventajosa posible; es decir, una necesidad creciente de medir el tiempo.

Se establece así, una fuerte vinculación entre tiempo y dinero que evidencia la extensión y profundización de las relaciones sociales mercantiles. Las necesidades crecientes del cálculo del tiempo, el establecimiento de equivalentes entre tiempos diferentes, entre tiempo y dinero y entre tiempos y actividades, se traduce en un interés social generalizado por la precisión y la estandarización del tiempo.

De acuerdo con los argumentos de Postone, el intercambio cada vez más necesario –en tanto que

forma de acceder a los medios de subsistencia– y cada vez más extendido, entre mercancías en general y entre salarios y fuerza de trabajo en particular, produjeron en gran medida un tipo de temporalidad que necesariamente debía ser uniforme, constante y abstracta. La medición del tiempo de trabajo y la nueva jornada laboral inundó la vida social europea, sustituyendo progresivamente los modos tradicionales de medir el tiempo: la temporalidad rural, la clerical y la señorial<sup>27</sup>:

lo que la campana de trabajo o el empleo de la campana urbana para el trabajo aporta de nuevo, ocupa evidentemente el lugar de un tiempo *evenementiel* que sólo se manifiesta episódica, excepcionalmente, un tiempo regular, normal; frente a las horas clericales inciertas de las campanas de la Iglesia, las horas ciertas (Le Goff, 1980: 70).

Sin embargo, para Postone, no es en la esfera de la producción donde debe buscarse exclusivamente el origen del tiempo abstracto sino que, siguiendo el modelo de Marx, también es en la esfera de la circulación y el intercambio de mercancías donde es necesario fijarse. En su estudio sobre el origen histórico del capitalismo y la figura de los mercaderes o comerciantes de las ciudades-Estado italianas de los siglos XIII y XIV, Le Goff –de forma similar a Yves Renouard (1968) quien también otorga un papel crucial al papel jugado por los mercaderes en la aparición del tiempo moderno– encuentra en la mentalidad de la figura de los mercaderes-banqueros, muchas veces también empleadores de fuerza de trabajo asalariada, los primeros rastros de un tipo de experiencia del tiempo similar a la moderna. Intentaré desarrollar esta idea, tratada sólo superficialmente por Postone, pues resulta de enorme interés.

La transformación que se dibuja entre la figura del mercader medieval errante, que comercia con productos de lujo, que viaja junto a ellos por mercados de toda Europa, que vende mercancías raras y exóticas a pequeña escala, y la del mercader-banquero sedentario que irrumpe en los siglos XIII y XIV, que produce y exporta mercancías a nivel internacional, comercia con productos de consumo popular, a gran escala y que compite con productos locales, es motivada, según Le Goff, por la incipiente irrupción de las relaciones sociales capitalistas (Le Goff, 1984: 50). Para Le Goff, esta figura del mercader sedentario supone una figura de transición entre el mercader medieval y el burgués del capitalismo maduro. A diferencia del marxismo ortodoxo que sólo ve relaciones capitalistas una vez se ha completado el proceso de acumulación originaria y la salarización se ha extendido, Le Goff sí ve en la revolución del comercio de los siglos XIII y XIV y en la figura del mercader-banquero un prolegómeno de la forma capitalista:

Por la masa de dinero que manejaba, por la extensión de sus horizontes geográficos y económicos,

---

<sup>27</sup> Esta triple temporalidad propia de la civilización medieval europea es desarrollada en: Le Goff, 1999: 153-157. Sin embargo, apunta Le Goff: “lo que caracteriza en definitiva a todos estos tiempos es su estrecha dependencia del tiempo natural” (Le Goff, 1999: 157).

por sus métodos comerciales y financieros, el mercader-banquero medieval es un capitalista. Lo es también por su espíritu, por su género de vida y por el lugar que ocupa en la sociedad (Le Goff, 1984: 53).

Un debate similar sobre el origen y las causas históricas del capitalismo se ha producido entre el historiador y teórico de los sistemas mundo, Immanuel Wallerstein y Ernesto Laclau (Wallerstein, 2016: 215-216). Mientras que Wallerstein y Gunder Frank defienden la existencia de relaciones capitalistas previas a la clausura del proceso de salarización y proletarización de la fuerza de trabajo estrechamente relacionadas con el establecimiento de un mercado mundial y un sistema de intercambio y competencia, Laclau considera indispensable que este proceso de proletarización haya sido completado. Para Wallerstein ya antes del siglo XV, existiendo formas de trabajo no libre o no salarizado, podían encontrarse relaciones capitalistas dependientes de un sistema mundial de interdependencia comercial y de trabajo. De forma muy similar, Le Goff vincula el origen del capitalismo con la aparición de esta nueva forma de comercio internacional que produjo un espacio de intercambio de mercancías lo suficientemente grande e influyente en la actividad económica y social como para que los productores prefirieran reinvertir la mayor parte de su excedente y no gastarlo; para que la propia competencia forzara a reducir costes de producción y bajar los precios; y por último, que la gente acudiera al mercado a comprar los productos que necesitaba y no los produjera por sí misma.

Volvamos a una cuestión planteada anteriormente, ¿a qué espíritu del mercader se refiere Le Goff cuando habla de ellos como los primeros capitalistas? El mercader-banquero atendía numerosas tareas que el mercader medieval ignoraba por completo produciéndose poco a poco una mentalidad relacionada con su profesión. Debía saber realizar actividades financieras y de contabilidad como el manejo de letras de cambio, seguros, participación en sociedades y la gestión de préstamos y créditos (Le Goff, 1984: 36). El mercader también debía estar familiarizado con el cálculo, pues la entrada y salida de mercancías, el registro de pérdidas y ganancias monetarias, la previsión de costes imprevistos, la organización logística de los viajes y el transporte, y el cálculo de divisas internacionales requieren de un método de organización y operacionalización de su actividad mercantil (Le Goff, 1984: 127). Surge así una ética del mercader que cultiva el gusto por el dinero y los negocios, el cálculo y la contabilidad y una particular forma de medir y vivir el tiempo.

El mercader medieval es el primero en establecer una relación estrecha entre tiempo y dinero. La duración y las pérdidas de un viaje, la demora de un envío, la subida y bajada de precios en el mercado, la duración y el coste del trabajo, etc., exigen al mercader un manejo del tiempo y el dinero cada vez más exhaustivo y estandarizado. Esa exigencia se manifiesta en forma de



competencia, en forma de precios bajos en el mercado, en forma de transportes más rápidos y eficaces, en forma de mano de obra más barata y en definitiva, en forma de un mercado en el cual otros mercaderes tratan de la misma manera de ahorrar tiempo y hacerlo más productivo. El mercader-banquero es, para Le Goff el primer capitalista y reclama un tiempo que pueda ser medido, que pueda ser compartido e intercambiado, que sea uniforme y constante, que pueda calcular la actividad productiva para poder competir e intercambiar con otros productores pero también para medir y perfeccionar la movilidad y el transporte de las mercancías:

Tiempo mensurable, mecanizado incluso como el del mercader, pero también discontinuo, cortado por parones, momentos muertos, afectado de aceleraciones o de disminuciones de velocidad (...). En esta maleabilidad del tiempo, que no excluye la inexorabilidad de los vencimientos, se sitúan las ganancias y las pérdidas, los márgenes de beneficio o de déficit; ahí actúan la inteligencia, la habilidad, la experiencia, la astucia del mercader (Le Goff, 1980, 56-57).

Aunque lo pueda parecer, no existe una contradicción entre las esferas de la producción y la circulación. En muchos casos, el mercader era él mismo empleador de fuerza de trabajo y debía realizar tanto el ejercicio de cálculo que requería la compra de mano de obra de manera rentable y productiva, como la contabilización de las duraciones y los costos de un viaje marítimo. Ambas esferas son requisito y fuente de esta nueva forma de temporalidad. Es la equivalencia entre tiempo de trabajo y salarios –y el consiguiente surgimiento de una nueva forma de productividad– la que genera la necesidad de una temporalidad abstracta; sin embargo, la produce a condición y en un contexto en el cual un espacio de intercambio masivo había ya establecido reglas de intercambio y competencia considerablemente influyentes en la vida económica y social. En última instancia, necesidades concretas que aparecen poco a poco en la vida cotidiana de las personas como calcular cuánto debe pagar un patrón por cuánto tiempo de trabajo, saber cuándo cierra el mercado, calcular el precio a la baja impuesto por la competencia, determinar cuántas unidades de productos deben producir los empleados de una fábrica en cada jornada, prever una potencial inversión, o saber cuánto tarda un envío de productos en llegar a su punto de venta, son las que empujan al establecimiento de un tiempo regular, mensurable, homogéneo e independiente. La fenomenología propia de la experiencia temporal oscurece que el reloj al transmitir una referencia común para el transcurso, no mide el tiempo en sí mismo, sino que crea esa referencia adquiriendo su validez y su utilidad precisamente al ser una referencia compartida. Un reloj en la muñeca de una persona aislada, incluso siendo este extremadamente preciso y confiable, se mostraría profundamente inútil al establecer una referencia tan sólo consigo mismo. Como el papel moneda, carente de todo valor en sí mismo, el tiempo adquiere su poder y su verosimilitud en el momento en que ese establece

como una relación general que vincula fenómenos, vivencias y personas. Omar Acha<sup>28</sup>, siguiendo la obra de Alfred Sohn-Rethel, plantea que el vínculo social que emerge del intercambio generalizado de mercancías establece una abstracción universal (consciente e inconsciente) a partir de una “unidad en lo diverso”, es decir, que establece un mecanismo de vinculación en base a la similitud y la diferenciación entre elementos. El tiempo moderno puede ser interpretado así como un tipo de abstracción social que unifica la experiencia y la medida de la duración a partir de la destrucción de las diferencias cualitativas constitutivas del propio transcurso. La forma en la cual las duraciones y las transformaciones del mundo son percibidas se homogeneiza permitiendo así su comparación y su vinculación a través del mecanismo equivalencia/diferencia.

Además, para Postone, al igual que para Elias o Landes, el tiempo abstracto en tanto que equivalente y magnitud de la actividad productiva en el capitalismo se encuentra muy vinculado a un proceso de complejización e interrelación creciente de las relaciones sociales. Sin embargo, este no es un proceso histórico propio del desarrollo natural de las sociedades humanas que tienden en sí mismas a la complejización, diversificación y especialización de sus actividades. La interrelación y la división del trabajo se producen para Postone –y para Marx– como consecuencia de la consolidación y expansión de las relaciones sociales del capitalismo y por tanto está regido por las tendencias propias de esta forma social y de su particularidad histórica. La forma social capitalista es bajo este punto de vista como un tipo específico de interrelación e interdependencia social (Postone, 2006: 211-212) que en ningún caso puede ser definido simplemente por el aumento cuantitativo de sus relaciones o de su interconexión y que debe partir de las prácticas sociales estructurantes de la forma mercancía. Por tanto, el tiempo abstracto no se enfoca a resolver funciones sociales simplemente asociadas a la interdependencia creciente, o al avance civilizatorio, sino que se desarrolla como requerimiento histórico por parte de una sociedad en la cual el intercambio de mercancías se ha vuelto una relación generalizada.

### ***El tiempo como dominación abstracta e impersonal***

Para Postone esta nueva temporalidad supone también una nueva forma de dominación social, que no puede ser comprendida en tanto que dominación entre individuos, entre grupos sociales, entre clases o de instituciones sobre individuos (Postone, 2006: 224). En el capitalismo, al mismo tiempo que se producen relaciones de dominación directa como las que involucran a individuos de diferentes clases sociales, a personas de una etnia sobre otra o a personas en posiciones institucionales y jerárquicas diferentes, se produce para Postone un tipo de dominación abstracta y

---

<sup>28</sup> Acha, O. (2018). “Introducción metateórica sobre la abstracción social”, en Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social, Buenos Aires: Teseo.

general que es ejercida de manera independiente a las personas y de forma abstracta. Se trata de un tipo de coacción social que tiene directamente que ver con las prácticas a las que se ven obligadas las personas al formar parte de una sociedad que produce e intercambia mercancías. De forma sintética: bajo las relaciones sociales capitalistas, las personas deben recurrir a la producción e intercambio de mercancías para sobrevivir, ajustándose a las magnitudes y reglas temporales del intercambio y la competencia.

Esto requiere de mayor explicación, a pesar de que volveré sobre este tema más detenidamente, y para ello es necesario recuperar el concepto de Marx de tiempo socialmente necesario. Si bien he tratado la importancia en su modelo teórico del tiempo en el capitalismo como medida de la actividad humana, este no se trata de un tiempo absoluto o estático. El tiempo incluido en la producción de una mercancía determina su valor, pero ese tiempo es un tiempo medido socialmente de acuerdo a niveles medios de intensidad y destreza, es decir, a niveles medios de productividad. El tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía es aquel que se requiere para su producción de acuerdo al nivel general de productividad en una sociedad dada. Mientras que el tiempo abstracto aparece como una variable independiente a nivel individual, a nivel social resulta una variable dependiente (Postone, 2006: 289). El tiempo que se requiere para producir una mercancía en términos sociales varía en relación a los cambios que experimente esa sociedad en su capacidad productiva, y por lo tanto, el tiempo que se supone tarda una mercancía en ser producida cambia, al mismo tiempo que cambia su valor como mercancía. La actividad productiva y de intercambio se encuentra sometida a una coacción general que la empuja a actualizar su capacidad productiva: “Uno no sólo está obligado a producir e intercambiar mercancías para sobrevivir, sino que –si pretende obtener todo el valor de su tiempo de trabajo– ese tiempo debe ser igual a la norma temporal expresada por el tiempo de trabajo socialmente necesario” (Postone, 2006: 263). En la práctica, esto constituye no sólo el establecimiento de una magnitud constante y homogénea del tiempo y el empuje hacia la mejora de la precisión y constancia de la medida del tiempo, sino también un proceso de incremento constante de la presión hacia los productores e intercambiadores de mercancías que se ven obligados a competir entre sí, reduciendo el tiempo necesario dedicado a la actividad productiva. En resumen, lo que caracteriza al tiempo propio de las relaciones sociales capitalistas de forma fundamental para Postone, es que ha dejado de estar influido por las actividades sociales concretas y cualitativas y ha pasado a ser una magnitud cuantitativa del trabajo en tanto que gasto de fuerza humana universal y abstracta que además se comporta como una fuerza social que coacciona a la acción individual y la impulsa a la eficiencia temporal:

El tipo de mediación constitutivo del capitalismo da lugar, en consecuencia, a un nuevo modo de

dominación social abstracto: un modo de dominación social que somete a las personas a imperativos y constricciones estructurales impersonales y crecientemente racionalizadas. Es la dominación de las personas por el tiempo (Postone, 2006: 40).

Como vemos, para Postone el tiempo de cada uno se ve empujado hacia un estándar temporal de productividad, a saber, un estándar del uso del tiempo. El tiempo social coacciona a la acción individual hacia la sincronización, la regularidad y la productividad, emergiendo un tipo de dominación específica de las relaciones sociales capitalistas que convive con otro tipo de relaciones de poder personales, sociales e institucionales, pero diferenciada de todas ellas.

Como ya hemos visto, el tiempo abstracto, el tiempo tal y como lo conocemos hoy, es el tipo de tiempo específico que emerge junto a las relaciones de producción e intercambio de mercancías y que termina extendiéndose por todo el mundo, homogenizando y estandarizando las referencias del paso del tiempo y las acciones de las personas. El investigador Álvaro Briales lo plantea así: “El tiempo de trabajo funciona sistemáticamente como un pivote dinamizador y totalizante, como un eje respecto al cual se ordenan y reordenan los tiempos sociales en su conjunto” (Briales, 2016: 33). En tanto que se extienden las relaciones sociales propias del intercambio generalizado de mercancías, lo hace a su vez un tipo de temporalidad global que media las experiencias temporales. El tiempo abstracto no se limita a las esferas de producción e intercambio de mercancías, sino que, una vez se generalizan estas, adoptan para Postone, un carácter general, es decir, la propia experiencia del tiempo individual se ve modificada de forma radical con independencia de la esfera social en la que se encuentre. Podría hablarse también, como hacen los sociólogos David Lewis y Andrew J. Weigert con su concepto de tiempo organizacional<sup>29</sup> (1992: 107-108) de una jerarquización del tiempo social. Sin excluir la posibilidad de una concepción heterogénea del tiempo social, hablaríamos también de una estratificación de los diferentes tiempos sociales, donde el tiempo mercantil empuja, restringe y modela el resto de tiempos sociales funcionando como un modelo temporal hegemónico. La experiencia del paso del tiempo con texturas, ritmos y aceleraciones diferentes y dependientes de condiciones sociales diversas debe coordinarse con una temporalidad que funciona de manera totalizante a partir de su influencia sobre las duraciones y los ritmos. No se trata tanto de una determinación, sino más bien de un criterio de adecuación general. En todo caso, este problema abre el debate sobre las maneras en las cuales se han articulado los diferentes tiempos sociales a nivel histórico con la irrupción de esta temporalidad global y totalizante, al mismo tiempo que abre la puerta a investigar las singularidades temporales de las sociedades contemporáneas y la

---

<sup>29</sup> A pesar de no compartir la concepción puramente institucional que plantean estos autores, su concepto de tiempo organizacional es un análisis enormemente sugerente para entender algunas claves sobre el tiempo en las sociedades contemporáneas.

manera en que se adecuan a la temporalidad mercantil.

La expansión de la lógica mercantil sobre la vida cotidiana y la vida íntima ha sido un problema de investigación recurrente en diferentes tradiciones críticas pero lo que Postone plantea es una aproximación temporal de la inmersión subjetiva y cotidiana al capitalismo. El concepto inaugurado por Marx de “subsunción”, es potencialmente reconstruible ateniendo a su dimensión temporal a partir del trabajo de Postone y constituye un punto de partida útil para tratar de dar cuenta de los procesos de socialización y de la vida cotidiana de las personas en el capitalismo. La reorganización del tiempo de vida entre tiempo productivo y tiempo de ocio, la intensificación de la actividad, la competencia temporal y la aceleración social entre otras, suponen lógicas propias de la actualidad de nuestro mundo social con una enorme capacidad de afectar y transformar a las personas.

El tiempo entendido a partir de las relaciones sociales e históricas aparecidas tras la emergencia del capitalismo, en la manera en la que lo entiende Postone, posee importantes consecuencias sobre el sujeto que en última instancia es quien experimenta y habita esta forma específica de temporalidad.

Postone, en su particular interpretación de la estructura teórica de Marx, enfoca su crítica sobre lo que denomina marxismo tradicional<sup>30</sup> y lo que considera su principal problema teórico, a saber, una concepción transhistórica del trabajo. Basándose en las obras maduras de Marx, Postone propone, que el concepto de trabajo debe ser entendido como históricamente específico y analizado en tanto que sistema de interdependencia social general capaz de transformar y constituir a los seres humanos de forma radical. Postone entiende que, asociado a una concepción transhistórica del trabajo, el marxismo tradicional sobre la base de los textos del joven Marx, ha supuesto una naturaleza humana igualmente hipostasiada estrechamente vinculada a la actividad productiva en tanto que metabolización de la naturaleza. Para Postone, el trabajo, en tanto que relación social o tipo de interdependencia social, sólo configura la naturaleza en el capitalismo, es decir, la actividad productiva sólo constituye a los seres humanos bajo las relaciones mercantiles generalizadas. Además, Postone plantea conceptos de alienación y de dominación positivos, lo que significa que entiende que las prácticas sociales capitalistas no frustran o niegan la verdadera esencia humana, sino que más bien producen formas específicas de subjetividad. Las relaciones mercantiles producen “capital viviente” o, lo que es lo mismo, las personas son constituidas y autoconstituidas como objetos del mundo social que habitan, pudiendo entenderse, entonces la alienación como un proceso estrictamente constructivo. Aparece por tanto, una noción de alienación entendida como socialización mercantil o como proceso de constitución social de la subjetividad en el capitalismo

---

<sup>30</sup> Para un análisis sintético y general de la obra de Postone y de la corriente teórica de la llamada teoría crítica del valor, véase: Maiso, J; Maura, E. (2014).

(Postone, 2006: 228). De manera similar a Alfred Sohn-Rethel<sup>31</sup>, Postone defiende de esta manera que las relaciones sociales capitalistas configuran la subjetividad humana como objetos sociales, condicionando tanto las acciones de las personas como las estructuras mentales y cognitivas:

La noción de fetichismo de Marx es central para su teoría de la alienación como constitución social. Esta noción no se refiere exclusivamente a ilusiones socialmente construidas, sino que trata de dar cuenta de varias modalidades de subjetividad. Resulta intrínseca a la teoría de la constitución social de Marx, la cual liga modos de pensamiento, visiones del mundo y creencias con las formas de las relaciones sociales y con los modos en los cuales aparecen en la experiencia inmediata (Postone, 2006: 300).

La propia experiencia del transcurso del tiempo es, para Postone, una construcción subjetiva directamente vinculada a las prácticas sociales propias del capitalismo y nada tiene que ver con una condición esencial de la condición humana (2006: 291 y ss.). Más allá de las implicaciones epistemológicas de una concepción tal de la subjetividad, del conocimiento y del autoconocimiento, para Postone la vivencia del tiempo en tanto que reglado por unidades mensurables, constantes, homogéneas y apremiantes se produce como constitución social de una determinada forma de subjetividad. Se plantea entonces una suerte de subjetivación temporal de los individuos –o como dicen Lewis y Weigert (1992: 118), una “bolsa amniótica empírico-temporal”– que implica una forma específica de percibir el tiempo, al mismo tiempo que un imperativo para su acción: los individuos quedan sujetos al régimen temporal mercantil.

La interiorización de la coacción abstracta del tiempo puede apreciarse a partir del creciente y generalizado sentimiento de falta de tiempo en todo el espectro biográfico de los individuos, fenómeno ampliamente discutido en diferentes estudios sobre el tiempo moderno y la sociología del tiempo (Briales; Moruno; Safranski, Lewis y Weigert)<sup>32</sup>. Según Safranski la actividad individual puesta en relación de competencia con la de los demás tiende a rellenar el tiempo de más y más actividades en una carrera incesante por completar más acciones en los mismos periodos de tiempo,

---

<sup>31</sup> Postone señala enormes diferencias con la propuesta de Sohn-Rethel (2006: 246-248), sin embargo reconoce su contribución a la elaboración de una aproximación epistemológica estrictamente sociohistórica discutiendo con las estructuras trascendentales que Kant planteaba como *a priori* a la experiencia. Para profundizar en la propuesta de Sohn-Rethel véase “Ciencia, técnica y mercancía: una introducción a Alfred Sohn-Rethel” de Mario Domínguez en Sohn-Rethel (2017).

<sup>32</sup> Lewis y Weigert recuperan muy sintéticamente el debate sobre la división del trabajo en torno a los roles de género y los límites temporales para la actividad. Mientras que Marks plantea la necesidad de un reparto más equitativo entre tareas profesionales y domésticas para aliviar la presión sobre el tiempo en las sociedades contemporáneas, Melbin plantea que el tiempo es potencialmente expandible al acortar los tiempos dedicados al sueño. Sin duda, resulta problemático pensar que el problema radica en una incorrecta organización individual del tiempo y como señalan Lewis y Weigert, plantear una mayor racionalización del tiempo ante el problema de la escasez “sólo demuestra hasta que punto la racionalidad de las estructuras temporales impregna todo el tejido social.” (Lewis y Weigert, 1992: 110). Como veremos en el próximo capítulo, Jonathan Crary en *24/7*, plantea los efectos de la escasez del tiempo y el ritmo acelerado sobre la vida cotidiana.

lo que produce la sensación de un tiempo acelerado y escaso (Safranski, 2013: 20-31). En palabras de Lewis y Weigert: “Cuanto mayor es el número de acontecimientos encajados temporalmente entre dos puntos del tiempo físico, menor es la distancia temporal percibida entre los dos puntos” (1992: 119). Así, se producen lo que algunos autores han denominado procesos de intensificación y aceleración social<sup>33</sup> que empujan a los individuos a emplear el tiempo de forma más productiva para mantener el ritmo social y sostener el estándar general creciente de productividad.

De manera similar, Briales recuerda las mutaciones aparecidas en los procedimientos de incorporación social de esta temporalidad normativa y su progresiva interiorización. Mientras que en un primer momento fue necesaria el uso de mecanismos violentos y disciplinadores –lo he mostrado ya de la mano de Thompson y Foucault– el apremio de la sociedad industrial se transforma no sólo en sensación de falta de tiempo, sino también en sentimiento de culpa: “la culpa de no trabajar” (Briales, 2019: 570). Los sujetos incorporan los requerimientos sociales como parte de sí mismos y a pesar de la ambivalencia (2016: 571). Aquellos que trabajan, sienten la culpa de no hacerlo lo suficientemente bien; y aquellos que no lo hacen la sienten por no poder hacerlo y la coacción social termina transformándose así en autocoacción.

Es posible encontrar enormes similitudes, aquí también, con el análisis de Norbert Elias que describe el tiempo de las sociedades modernas fundamentalmente como una coacción social que el individuo termina por interiorizar convirtiéndola en una autocoacción. Esto lo trabajaremos también más adelante, pero hay que señalar ya, la enorme relevancia del elemento autocoaccionador de la dominación temporal capitalista y las grandes diferencias que existen con modelos como el del tiempo disciplinar de Foucault que plantean la dominación temporal del tiempo disciplinar como constitutivamente instrumental, ejercido por una exterioridad institucional. La dominación temporal capitalista, tal y como la interpreta Postone, difícilmente puede ser considerada como un ejercicio de poder externo al individuo pues este debe integrar el tiempo como un *a priori* de sus prácticas cotidianas:

El tiempo mismo, no obstante, se vuelve independiente de la actividad –ya sea individual, social o natural–. Se convierte en una variable independiente medida en unidades convencionales, constantes, continuas, conmensurables e intercambiables (horas, minutos, segundos), lo que sirve como medida absoluta del movimiento y del trabajo en tanto que gasto. Acontecimientos y acción en general, trabajo y producción en particular, ahora tiene lugar dentro de, y están determinados por, el tiempo; un tiempo se ha vuelto abstracto, absoluto y homogéneo (Postone, 2006: 283).

Así mismo, se encuentran muy arraigados en la tradición teórica marxista aquellos planteamientos

---

<sup>33</sup> Estos procesos los analizaré en el próximo capítulo, siendo la base sobre la cual aproximarse a las transformaciones actuales de la temporalidad.

críticos que fundamentan la crítica al capitalismo a partir del robo de tiempo de la burguesía a la clase desposeída de los medios de producción, a través de la relación de explotación laboral y la sustracción de tiempo de trabajo o plustrabajo. También es posible encontrar concepciones críticas que plantean que el capitalismo dirige y coacciona la actividad humana hacia actividades encaminadas a fines espurios, alejadas de la actividad humana libre y enfocada a la satisfacción de falsas necesidades<sup>34</sup>. Ambas aproximaciones, aunque no entraré a debatir profundamente con ellas, parten de una concepción de tiempo como objeto natural que el capitalismo usurpa o corrompe. Compartiendo que el robo de tiempo o la intervención sobre el deseo de las personas para condicionar el uso de su tiempo en contra de sus propios intereses sean fenómenos que se producen en la sociedad capitalista, las implicaciones de un concepto de temporalidad como el planteado por Postone van más allá y no pueden ser comprendidas al definirse simplemente como robo o engaño. Postone plantea que el capitalismo ha generado una temporalidad y una forma de vivirla históricamente particulares y no es suficiente, por tanto, a la hora de plantear una crítica, reivindicar ni su legítima propiedad, ni un uso encaminado a satisfacer un deseo o una voluntad auténticas. Las relaciones sociales capitalistas no se caracterizan exclusivamente por el robo del tiempo, tampoco se limitan a producir un tipo de medición del tiempo; sino que producen también, subjetividades que viven el paso del tiempo de una determinada forma, a saber, de forma constante, homogénea y apremiante.

---

<sup>34</sup> Por ejemplo, es el caso de Guy Debord y de la Internacional Situacionista, véase Debord (2010).



## ***1.5. Entre la disciplina y la dominación abstracta: el tiempo moderno***

Tratando de recapitular, quiero repasar algunas cuestiones importantes que han aparecido a lo largo de este capítulo y que pueden servir como nexo con los problemas que trataré a continuación. Las enormes transformaciones que trajo consigo la modernidad incluyen la propia experiencia y la medida del paso del tiempo. El tiempo moderno no sólo supuso el establecimiento de una referencia constante, homogénea e independiente de fenómenos naturales, sino que se estableció progresivamente como una medida mundial y universal que se impuso a todas las demás temporalidades. La precisión en su medida conllevó además la posibilidad de controlar los ritmos, coordinar y sincronizar las actividades entre grandes cantidades de personas e incrementar significativamente el rendimiento y la productividad de las actividades humanas.

Los textos y autores que he analizado aquí plantean propuestas significativamente coincidentes en la relevancia y el momento histórico en el cual se produjeron dichas transformaciones sobre la experiencia y medida social del tiempo, pero las causas que las originaron y los rasgos clave que las caracterizan se mantienen como problemáticas de un intenso debate que afecta no sólo a la cuestión de la temporalidad propia de la modernidad, sino que interpela debates mucho más amplios. Tal y como he mostrado en este capítulo, el debate sobre el tiempo es irremediamente un debate sobre la modernidad, sobre la sociedad industrial y sobre el origen y la naturaleza de las relaciones sociohistóricas del capitalismo. La relevancia del desarrollo científico-técnico, el desarrollo de la vida urbana, la importancia de la disciplina como forma social de poder, el nacimiento de la sociedad del trabajo industrial, el progreso civilizatorio o la emergencia de un mercado mundial de intercambio y competencia son en realidad hipótesis sobre el origen del tiempo moderno que llevan consigo marcos teóricos que disputan de manera mucho más amplia la cuestión de la modernidad como proceso histórico y como contemporaneidad.

Me resisto, en todo caso, a tratar de establecer un proceso único o definitorio que por sí sólo pueda ofrecer las herramientas analíticas suficientes como para dar cuenta, de manera rica y precisa de un fenómeno como el del establecimiento del tiempo moderno. Sin duda alguna, los trabajos más útiles elaborados sobre esta cuestión son aquellos que sin abandonar el rigor y la precisión histórica y conceptual se dejan permear por la abrumadora complejidad que lo caracteriza. No hacerlo supondría un error tan acusado como tratar de abarcar la propia modernidad con un puñado de

categorías. La multicausalidad y la articulación de marcos teóricos distintos constituirán una premisa inexcusable de este trabajo.

En mi opinión, lo importante no es tanto el origen real del tiempo moderno como las consecuencias que el análisis sobre ese origen tiene sobre la manera en la cual se conceptualiza, a saber, como instrumento técnico, como forma disciplinar de organizar la actividad o como tipo de interdependencia social abstracta ligada a la forma mercancía. Si bien he limitado la influencia de las hipótesis científico-técnica y civilizatoria, las propuestas de Foucault y de Postone aportan recursos fundamentales y de gran complementariedad para el abordaje del tiempo moderno, de ahí que haya privilegiado sus textos, no sólo en este capítulo, sino a lo largo de todo el trabajo.

Foucault no trató directamente el concepto de tiempo moderno, sino que desarrolló el de tiempo disciplinar. Como he mostrado, el tiempo disciplinar encuentra su origen histórico en la cultura monástica, para organizar las tareas y definir los ritmos de los monjes, y se extiende geográfica y socialmente de la mano del poder disciplinar, en tanto que repertorio general de organización y producción de individuos y poblaciones. Sin embargo, cabe plantear algún problema.

A pesar de la relevancia de la interpretación del tiempo en relación al desarrollo y la transformación del poder en occidente, ¿es posible definir el tiempo moderno exclusivamente como un instrumento para una forma específica de poder? ¿Es el tiempo moderno principalmente un recurso técnico que puede ser empleado por actores e instituciones sociales? ¿Posee el tiempo un origen exclusivamente monástico?

Para Postone, el tiempo moderno abstracto se origina a partir del establecimiento del intercambio de mercancías como tipo de interdependencia social generalizada en las esferas de la producción y la distribución y la necesidad de medir las actividades humanas de acuerdo con un criterio común. Según Postone, se extiende de la mano de las relaciones sociales capitalistas, impulsado por su dinámica histórica caracterizada por el aumento incesante de la productividad y la reducción del tiempo necesario para la producción. Los escritos de Postone sobre el tiempo abstracto ponen de relieve que el tiempo moderno no puede ser conceptualizado exclusivamente como algo que se use de una manera o de otra y que supone en sí mismo un tipo específico de relaciones sociales y de dominación social abstracta e impersonal, que empuja a las personas hacia un interés por su medición precisa y hacia un uso más productivo. Como bien señala Postone, la existencia de relaciones sociales en las cuales la disciplina y, en concreto, la disciplina del tiempo, poseían gran importancia –como es el caso de las instituciones monásticas–, no puede explicar por sí mismo la aparición y generalización social del tipo de temporalidad de la que estamos hablando. La disciplina temporal propia de los monasterios y de la vida monástica, que dividía la jornada y asignaba

actividades a momentos concretos, sin duda jugó un papel relevante en la implantación del tiempo moderno pero este tipo de disciplina no explica que efectivamente el tiempo como medida de la actividad, como equivalente entre actividades cualitativamente diferentes, constante, preciso y, homogéneo se extendiese mundialmente y sincronizase a la inmensa mayoría de las poblaciones del planeta (Postone, 2006: 282-283). Y esta cuestión del origen monástico del tiempo –premisas nunca discutidas por Foucault– nos permite cuestionar dos elementos importantes. Por un lado, el problema de la monocausalidad atribuida por Foucault sobre la hipótesis monástica pero, por otro y sin duda más importante para mis objetivos de investigación, los límites de la conceptualización del tiempo moderno como repertorio político-instrumental de poder. Tal y como he mostrado, tanto para Postone, como para Foucault el tiempo moderno debe ser abordado –y es necesario hacerlo– a partir de su vinculación con las formas de poder características de ese momento histórico, sin embargo, el poder y el tiempo disciplinar, tal y como los caracteriza Foucault, dejan de lado el carácter abstracto e impersonal de la dominación temporal que es propio de la modernidad. Atendiendo exclusivamente a la manera en la cual el tiempo adquirió una determinada forma asociada a su uso disciplinante –y en concreto a su uso original por parte de las ordenes monásticas–, se obvian, no sólo otras potenciales fuentes sociales e históricas que expliquen su emergencia, sino también la posibilidad de captar el tiempo moderno como un tipo de dominación social abstracto y particular de las relaciones sociales capitalistas. Foucault terminó por aparcarse en *Vigilar y Castigar*, donde desplegó el concepto de tiempo disciplinar de forma más cerrada, la siguiente intuición expuesta en *La sociedad punitiva*:

Me limité a decir que encontramos la misma forma en el salario y en la prisión: por un lado, el tiempo de la vida se convierte en una materia intercambiable; por otro, la medida del tiempo permite la cuantificación del intercambio, por la relación establecida sea entre una cantidad de trabajo y una cantidad de dinero, sea entre una cantidad de tiempo y la gravedad de la falta. Esta forma remite a un fenómeno esencial, que es la introducción de la cantidad de tiempo como medida, y no sólo como medida económica en el sistema capitalista, sino también como medida moral (Foucault, 2018: 96).

Esta cita, debe ser interpretada como un excursus que desgraciadamente nunca tuvo margen de continuidad. Foucault se decantó por desarrollar el concepto de tiempo disciplinar como equivalente temporal al panóptico en la esfera espacial. El tiempo disciplinar es una herramienta incorporada en el arsenal técnico del poder disciplinar, por lo que el tiempo como “medida” perdió relevancia en su análisis.

Sin embargo, de manera análoga, caben una serie de reflexiones críticas en torno al concepto de tiempo abstracto. La propuesta histórica y teórica de Postone olvida sin duda que el tiempo, como medida de la actividad, como experiencia históricamente particular de vivir el paso de los acontecimientos, no aparece sino con grandes esfuerzos, mediaciones particulares y articulaciones políticas sin las cuales su emergencia y su expansión social habrían sido imposibles.

De nuevo quiero reivindicar la aportación de Thompson que, aun a riesgo de resultar excesivamente ambiguo, vago y poco sistemático, posee una enorme capacidad de complejizar y de dar cabida a los procesos históricos concretos a través de los cuales el tiempo moderno fue interiorizado por las personas y las poblaciones. Ni el reloj, ni las costumbres cotidianas de las ordenes monásticas del feudalismo pueden, por sí mismas, dar cuenta de la temporalidad moderna, pero tampoco puede hacerlo el despliegue lógico de categorías como mercancía, valor o tiempo abstracto. Igual de inimaginable es la instauración de una temporalidad constante y homogénea sin la existencia de relojes mecánicos y digitales, como sin la existencia de las prácticas y técnicas políticas de disciplinamiento temporal que pusieron en práctica los benedictinos o los dominicos y que más adelante fueron desarrolladas en las escuelas, las cárceles, las fábricas o los cuarteles.

La articulación entre los conceptos de tiempo disciplinar y tiempo abstracto puede permitir una aproximación, tanto teórica como histórica, más compleja y más útil al problema del tiempo moderno. Considero estos conceptos de interés, y por lo tanto voy a continuar interrogándome por su uso y sus derivaciones sobre las transformaciones de la temporalidad en la modernidad avanzada y los procesos actuales de subjetivación temporal.

## ***2.Poder y temporalidad en la modernidad avanzada***

El tiempo sigue siendo experimentado como una fuerza bruta natural y la gente tiende a echarse la culpa por la mala administración del tiempo cuando siente que se está quedando sin él. El tiempo hasta ahora, se encuentra esencialmente más allá de la política.

(Hartmut Rosa, 2016: 108).

No lo saben, pero lo hacen.

(Marx, 2000: 39).

Hasta ahora me he dedicado fundamentalmente a tratar el fenómeno de la temporalidad propia de las relaciones sociales modernas. He descrito, tanto el debate sobre el origen del tiempo moderno, como sus diferentes concepciones y consecuencias sociales más relevantes. Para ello, me he apoyado como recurso principal en los trabajos de Moishe Postone y Michel Foucault, quienes han participado en este debate desde diferentes perspectivas teóricas aportando herramientas conceptuales de gran valor para aproximarse a esta problemática. A continuación, me centraré en las posibles consecuencias teóricas e históricas que este diálogo sobre la temporalidad moderna puede tener sobre los procesos sociales contemporáneos.

Para ello analizaré, en primer lugar, el trabajo de Michel Foucault sobre la racionalidad y el gobierno neoliberal. A pesar de que Foucault no se ocupó directamente de las transformaciones de la temporalidad en el neoliberalismo, es posible encontrar en su trabajo sobre él elementos muy relevantes para avanzar en ello. El periodo teórico en el que se inscriben sus estudios sobre el neoliberalismo se caracteriza por tratar de dar cuenta –será la única vez en toda su obra– de algunas de las transformaciones históricas clave del siglo XX, al mismo tiempo que supone un momento de transición epistemológica en su obra. Los escritos maduros y en concreto la investigación sobre el neoliberalismo de Foucault, obligan a revisar el concepto de tiempo disciplinar y permite una aproximación a los procesos de subjetivación vinculados a ellos de relevancia directa para esta investigación.

En segundo lugar, abordaré los conceptos de aceleración e intensificación desarrollados a partir de la lógica de dominación temporal descrita por Postone. Para ello, me apoyaré también en los textos de otros autores que han examinado desde diferentes perspectivas estos mismos procesos de aceleración e intensificación social propios de las sociedades contemporáneas. Así mismo,

examinaré el proceso de indiferenciación temporal progresiva entre las esferas del trabajo y de la vida, a partir de la jerarquización y la subordinación de los diferentes tiempos sociales al tiempo mercantil.

En definitiva, trataré de abordar algunos elementos importantes de los procesos temporales de la sociedad contemporánea apoyándome fundamentalmente en la articulación de los cursos sobre neoliberalismo dictados por Foucault, en algunos de los trabajos posteriores que han tratado de continuar esa misma línea de investigación sobre los dispositivos políticos del neoliberalismo y en la tendencia a la intensificación de la actividad y la aceleración social planteadas de forma preliminar en el trabajo de Postone y otros.

En última instancia, lo que pretendo es esbozar una aproximación crítica al concepto de racionalidad neoliberal planteado por Foucault, que cuestione sus elementos más problemáticos y que logre, tanto establecer algunas claves sobre las dinámicas temporales de las sociedades contemporáneas fundamentalmente coaccionadoras, como establecer una base sobre la que trabajar los procesos de subjetivación de la sociedad actual en base a la función estratégica.

## 2.1.1. Una nueva analítica del poder

Los cursos que Foucault impartió entre los años 1977 y 1979, *Seguridad, territorio y población* y *El nacimiento de la biopolítica*, suponen un momento de transición en la obra de Foucault con una doble dimensión entre lo epistemológico y lo histórico. En primer lugar, el concepto de gubernamentalidad supone un replanteamiento de su analítica del poder característica del modelo bélico; en segundo lugar, sus estudios sobre la historia del gobierno le llevan, por primera y única vez, a abordar problemáticas de máxima actualidad histórica. Empezaré aclarando algunos aspectos de este desplazamiento teórico.

El filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez, entre otros, plantea que la analítica del poder foucaultiana se había guiado hasta el momento por lo que Foucault denomina “hipótesis Nietzsche” (2008A: 29) o modelo bélico del poder, donde el poder se rige por el “esquema lucha/represión” (2008A: 30). Tanto en el curso *Hay que defender la sociedad* como en el texto *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Foucault desarrolla pormenorizadamente este modelo bélico de lo social, rebatiendo los planteamientos filosóficos del contractualismo y las teorías jurídicas del Estado moderno. Para Foucault, existe una contrahistoria del Estado (López, 2006: 6) y de las sociedades modernas que ha permanecido en la penumbra de los tratados, los acuerdos entre naciones y las grandes fechas fundacionales y que está constituida por una guerra soterrada y permanente. El estado de desequilibrio y relaciones de poder en el que se encuentran las sociedades en el proceso histórico prosigue entre fuerzas sociales en combate que enfrentan sus capacidades estratégicamente en una batalla continua. Además, este juego de guerra permanente de lo social no puede ser localizado ni fijado de una vez para siempre, ni puede buscarse exclusivamente en las relaciones entre clases o en el Estado. Esta guerra social se extiende por todo el cuerpo social, de abajo hacia arriba formando una microfísica del poder. Para Foucault en su genealogía del derecho y de las sociedades modernas la historia está lejos de representar un camino hacia el progreso, la razón o la justicia: “La humanidad no progresa lentamente, de combate en combate, hasta una reciprocidad universal en la que las reglas sustituirán para siempre a la guerra; instala cada una de estas violencias en un sistema de reglas y va así de dominación en dominación. (Foucault, 1992: 17). Foucault propone una genealogía de la historia que desdibuje a la propia historia y que la revele no como una unidad, regular y sistemática, sino como una lucha constante y sin final. Contra el poder no se opone la ley, la legitimidad o la razón; contra el poder se opone un contrapoder, o una resistencia que se alza como un poder alternativo, aspirante a dominación.

Sin embargo, en el transcurso de su ya avanzada investigación sobre las formas históricas que han adoptado las racionalidades políticas en las sociedades modernas, examinadas en torno a temas como la punición, la sexualidad o la locura, Foucault se topa con algunos “inconvenientes” (2008A: 17) y “dificultades” (Foucault, 1987: 8) que le empujan a lo que Deleuze denomina un “impasse teórico” (Deleuze, 2006: 175 en Castro-Gómez, 2015: 22). Este *impasse* teórico que abarca desde el primer al segundo tomo de la *Historia de la sexualidad* y coincide con los cursos que impartió sobre la historia de la gubernamentalidad, donde pueden verse reflejados en gran medida los desplazamientos teóricos que estaba desarrollando. A pesar del debate suscitado sobre las razones y la profundidad de este distanciamiento (López, 2006; Castro-Gómez, 2015; Blenguino, 2018) lo que parece claro es que Foucault sí introdujo cambios epistemológicos en su analítica del poder.

Algo de lo que se ha hablado mucho, es la inflexibilidad del esquema poder/resistencia del modelo bélico que parece no dejar espacio para la rebelión y la alternativa política. La resistencia se encuentra en el interior del poder, es un poder en sí misma y no hay realmente lugar para nada más. En palabras de Castro-Gómez:

Bajo este modelo bélico no parece haber escapatoria a la guerra permanente, pues incluso las resistencias terminan atrapadas en el enfrentamiento incesante de las fuerzas. La historia no es otra cosa que una sucesión interminable de dominaciones y de resistencias que generan nuevas dominaciones (Castro-Gómez, 2015: 26).

No hay nada más allá del poder, lo que tiene severas consecuencias sobre su concepción de la política. Parece hasta cierto punto inoportuno que en un contexto como la Francia de los años 70 se plantease un modelo que relega a la política a un lugar así:

El gran juego de la historia es quién se amparará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndose en el complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas (Foucault, 1991: 5).

Si, toda lucha desemboca en mera alternancia entre poderes, de distinto signo y fuerza pero de misma forma, parece difícil entonces, encontrar razones para llevarla a cabo<sup>35</sup>.

---

<sup>35</sup> Resulta interesante el trabajo elaborado por Pablo López Álvarez en *La guerra infinita* 2000 al respecto de la forma en la que afrontó Foucault el problema de la política, las variaciones que planteó a lo largo de su vida y las consecuencias sobre la cuestión del derecho. Judith Butler también analiza la esfera de lo político y el papel del sujeto en la obra de Foucault en: *Mecanismos psíquicos del poder. Sometimiento, resistencia, resignificación*. Butler plantea una interpretación en diálogo con el psicoanálisis donde lo político, lo subversivo, las resistencias no deben buscarse por fuera del poder, sino en su propio interior: “Foucault define la resistencia como un efecto del mismo poder al que se opone” (19: 112). Por último, Fernando Gallego (2007), también ha insistido en esta cuestión al trabajar la distinción entre sujeto y subjetividad en la obra de Foucault.



## ***Sujeto, poder y libertad***

Sin duda, el elemento que mayor peso pudo tener a la hora de replantearse su analítica del poder fue la cuestión del sujeto. En sus textos anteriores, el sujeto se había convertido en una variable subordinada a los regímenes de verdad (etapa arqueológica) o a los regímenes normativo-disciplinarios sin entidad propia. En el modelo bélico, los cuerpos son producidos en su totalidad por las relaciones de poder y puede parecer que no existe nada por fuera de él. Los sujetos son un producto más de esas configuraciones de poder y reflejan de manera trasparente a estas: son el crimen perfecto de la especificidad de las formas que adoptan en un momento dado las relaciones de poder. Aunque el modelo bélico nace asociado al antihumanismo apuntando sobre el marxismo y la fenomenología, llega un momento en el que Foucault se ve obligado a reconsiderar la esfera de la subjetividad como mero epifenómeno del poder/saber. Este momento se concreta tras el intervalo de 8 años entre los dos primeros tomos de *Historia de la sexualidad*, en la introducción del *El uso de los placeres*:

Me pareció necesario un desplazamiento teórico para analizar lo que con frecuencia se designaba como el progreso de los conocimientos: me había llevado a interrogarme por las formas de las prácticas discursivas que articulaban el saber. Fue igualmente necesario un desplazamiento teórico para analizar lo que con frecuencia se describe como las manifestaciones del "poder": me llevó a interrogarme más bien acerca de las relaciones múltiples, las estrategias abiertas y las técnicas racionales que articulan el ejercicio de los poderes. Parecía que sería necesario emprender ahora un tercer desplazamiento, para analizar lo que se ha designado como "el sujeto"; convenía buscar cuáles son las formas y las modalidades de la relación consigo mismo por las que el individuo se constituye y se reconoce como sujeto (Foucault, 1987: 6-7).

El estatuto concedido al sujeto en sus anteriores obras se había convertido en un problema y asumía entonces la tarea específica de resituarlo en su analítica del poder. Resulta enormemente paradójico: una obra dedicada a examinar como el sujeto se deshacía “como en los límites del mar un rostro de arena” (Foucault, 1988: 375), requería ahora volver sobre el sujeto y hacer de él algo importante de nuevo. Esto no supone una renuncia a sus principios antihumanistas, pero sí un nuevo enfoque para escapar de la negatividad. El sujeto, para Foucault, pasó de pronto a ser algo más que aquello que habían hecho de él. En un texto tardío de 1984, Foucault expresa este nuevo estatuto del sujeto:

Se trata de tomar como dominio homogéneo de referencia, no las representaciones que los hombres se dan de sí mismos, ni tampoco las condiciones que los determinan sin que ellos lo sepan, sino aquello que hacen y la manera como lo hacen. Es decir, por una parte, las formas de racionalidad que organizan las maneras de hacer (lo que pudiéramos llamar su aspecto tecnológico) y, por otra parte, la libertad con la que actúan en esos sistemas prácticos,

reaccionando a lo que hacen los otros y modificando, hasta cierto punto, las reglas del juego (Foucault, 1984: 8).

El movimiento que inicia Foucault a finales de la década de 1970 supone pensar el sujeto más allá del poder o al menos pensarlo como una posibilidad que reacciona al poder de manera reflexiva, que habita el poder de manera estratégica: adaptándose, resistiéndose, alterándose y oponiéndose.

Fernando Gallego, siguiendo la interpretación deleuziana, ha reflexionado sobre el nuevo estatuto del sujeto en la etapa ética de Foucault (década 1980). Para él, el sujeto es aquel individuo, aquel ser humano que se encuentra constituido por entero a partir de las relaciones de poder-saber, es aquel animal humano que se encuentra sujetado al poder y es esa sujeción la que lo constituye y produce como sujeto. En cambio, Gallego plantea, que el concepto de subjetividad permite a Foucault pensar lo humano desde una dimensión en cierta medida autonomizada de las relaciones de sujeción: “la subjetividad foucaultiana no es un fenómeno de borde, puro efecto instantáneo en los límites del saber y del poder, mero interior que se disuelve en su oposición al exterior, sino un cierto tipo de plegado en que una fuerza cualquiera vuelve sobre sí misma para afectarse y constituir un adentro duradero en el afuera” (Gallego, 2007: 3-4). El concepto de subjetividad, planteado de esta manera, permite reconstituir la interioridad subjetiva en base a la duración y a la autoafección, de tal manera que genera una dimensión más allá del poder y el saber. En todo caso, sin tratar de profundizar demasiado en el debate sobre la evolución de los conceptos de sujeto y subjetividad, es evidente que Foucault, en este momento de su obra, plantea movimientos teóricos relevantes en este sentido.

Además de todo esto, se pueden deducir consecuencias para la relación entre poder y libertad en el modelo bélico que había sido concebido fundamentalmente como un juego restrictivo o negativo para la libertad del sujeto. Los sujetos eran producidos íntegramente por instituciones y regímenes discursivos creados en el fragor de las relaciones de poder. Ser un sujeto era ya estar sujeto. Como he descrito, las relaciones de poder dejaron de ser entendidas como relaciones de dominación, en las cuales no queda nada más allá de la relación poder-resistencia. Contrapuesto a este esquema, aparece una noción de poder que puede ser tal, en tanto que existen espacios de libertad, es decir, para que existan relaciones de poder debe existir un margen de actuación de origen externo a ese mismo poder: “El poder se ejerce solamente sobre sujetos libres que se enfrentan con un campo de posibilidades en el cual pueden desenvolverse varias formas de conducta, varias reacciones y diversos comportamientos” (Foucault, 2005: 254). En caso de no existir dichos espacios de libertad el resultado serán relaciones de dominación, no relaciones de poder. En caso de la imposibilidad del ejercicio de acciones alternativas a las dispuestas en la relación de poder, el poder se vuelve

determinación física (2005: 254). Sin embargo, no debe entenderse la libertad como una ausencia ideal de poder: el poder puede actuar precisamente sobre esos espacios de libertad, los define, los limita y los condiciona.

El poder es, en última instancia, una lucha por intervenir sobre las acciones y sobre el campo disponible de acciones de otros sujetos. Foucault está dando por hecho que el poder sólo es posible sobre un marco de libertad y que por lo tanto deberá preverlo. Siguiendo los argumentos de Foucault, puede plantearse que el estudio del poder no implicará solamente una revisión genealógica de las transformaciones históricas que el poder ha sufrido, sino también las formas específicas que ha adoptado la libertad. La gubernamentalidad es precisamente la forma histórica que adopta el poder –y también la libertad– en un momento determinado, no como determinación o dominación de los sujetos, sino más bien como una guía de sus conductas (Foucault, 2005: 253), dando por hecho cierto margen de libertad. Como mostraré, el reto del buen gobierno en las sociedades avanzadas es hacer al propio sujeto partícipe directo de su gobierno. En palabras de Laval y Dardot: “Por eso el gobierno requiere la libertad como su condición de posibilidad: gobernar no es gobernar contra la libertad o a pesar de ella, es gobernar mediante la libertad, o sea, jugar activamente con el espacio de libertad dejado a los individuos para que acaben sometidos por sí mismos a ciertas normas” (Laval y Dardot, 2013: 16).

¿Pero qué es el gobierno? ¿Qué es la gubernamentalidad? ¿Qué lugar ocupa en su entramado teórico?

### ***Gobierno y Gubernamentalidad***

Tanto en *Vigilar y Castigar*, como en *La voluntad de saber* y el curso *Hay que defender la sociedad*, Foucault se esfuerza en encontrar una noción que aglutine la forma de racionalidad política surgida después del poder soberano –“hacer morir, dejar vivir” (Foucault, 1984)–. En *Vigilar y Castigar* parece proponer el poder disciplinar o incluso la sociedad disciplinar como la forma histórica de organizar el poder que relevó al poder soberano. Sin embargo, en *Hay que defender la sociedad* y en *La voluntad de saber*, parece que encuentra en la noción de biopoder o biopolítica el término que mejor representa esta transición histórica hacia el régimen de poder característico de las sociedades modernas. Tanto el concepto de poder disciplinar como el de biopoder serán descartados como conceptos englobantes. Quiero plantear varios problemas por los cuales será la noción de gobierno y gubernamentalidad la que termine por satisfacer los requisitos teóricos e históricos de Foucault (2015: 59). En primer lugar, tanto el poder disciplinar como la biopolítica –especialmente el primero– se encuentran muy ligados al modelo bélico y Foucault necesita movimientos teóricos que

le permitan distanciarse de él. La reflexión teórica en torno al sujeto, los espacios de libertad y el poder, debía traducirse en nuevos conceptos con capacidad de generalización que vayan más allá de la biopolítica o la sociedad disciplinar herederos del modelo bélico. Además, Castro-Gómez (2015: 63) plantea que Foucault se había topado con una problemática que resultaba central en su investigación: las poblaciones como problema histórico. A partir de *Seguridad, territorio y población*, Foucault reconoce en el problema de la población, en tanto que proceso y problema histórico específico, un elemento central en su estudio sobre la gubernamentalidad. En tercer y último lugar, Foucault deja bien claro que la pregunta por el gobierno es una pregunta por el Estado, pero no una pregunta sobre la naturaleza del Estado que trate de reconstruir una teoría del Estado, sino más bien una pregunta por el tipo de mecanismos y de repertorios técnicos referentes al poder que pone en marcha un Estado para gobernar a las personas (Foucault, 2008C: 125). El gobierno se diferencia del dominio, del disciplinamiento y del reinado; gobernar es ante todo un repertorio técnico de dirección de individuos y poblaciones.

Estas dificultades terminaron decantando en los conceptos de gobierno y de gubernamentalidad que le permitían distanciarse del modelo bélico, y privilegiar el problema histórico de las poblaciones y el Estado desde una perspectiva englobante. Foucault define la gubernamentalidad de esta manera:

Por gubernamentalidad entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma tan específica, tan compleja de poder, que tiene como meta principal la población, como forma primordial de saber, la economía política y como instrumento técnico esencial, los dispositivos de seguridad (Foucault, 1999: 195).

A continuación profundizaré sobre las nociones de dispositivos de seguridad y de técnicas de sí y técnicas de gobierno que plantean cuestiones de máximo interés para esta investigación.

El concepto de gobierno produce consecuencias importantes sobre la idea de dispositivo de poder. No me detendré demasiado en consideraciones epistemológicas y conceptuales sobre el lugar que ocupa el concepto de dispositivo en la obra de Foucault<sup>36</sup>, bastará con aclarar que un dispositivo es un conjunto heterogéneo de prácticas, instituciones, relaciones, objetos, etc., que se inserta en las relaciones de poder con una función específica. Posee, por tanto, de manera similar a las técnicas, un carácter instrumental y funcional orientado a perseguir determinados objetivos concretos.

Pero sigamos avanzando, ¿qué caracteriza a los dispositivos de seguridad? ¿Qué los diferencia de otro tipo de dispositivos?

---

<sup>36</sup> Para un mayor desarrollo de este punto, véase Castro-Gómez, 2005: 66-69.

En *Seguridad, territorio y población*, Foucault distingue entre tres tipos de dispositivos diferentes: jurídicos, disciplinarios y securitarios (Foucault, 2008C:17-18). El primero, trabaja sobre el esquema prohibido/permitido, generando códigos de conducta y castigos para quien no lo cumple. El segundo tipo, los dispositivos de tipo disciplinar, trata de determinar las conductas de acuerdo a un patrón de normalización enseñando, transformando y sometiendo a los individuos. Por último, Foucault plantea los dispositivos de seguridad, cuyo objetivo no es ni la penalización ni la determinación de conductas sino la gestión del riesgo y el costo a partir del cálculo y la previsión probabilística. Los dispositivos de seguridad no tratan de determinar o castigar conductas inadecuadas o disfuncionales, tratan de mantenerlas dentro de un rango de aceptabilidad en la que la viabilidad del conjunto permanezca asegurada. Por eso mismo, los dispositivos de seguridad producen mecanismos y técnicas que tratan de gestionar, prever y limitar la disfuncionalidad. El problema ahora no se trata de determinar y eliminar lo ilegal o lo anormal, se trata de determinar lo aceptable o lo inaceptable (Castro-Gómez, 2015: 70). La estadística, la supervisión a distancia, el establecimiento de promedios y estimaciones se convierten en los recursos privilegiados de estos nuevos dispositivos. Los dispositivos de seguridad asumen que las prácticas y las conductas disfuncionales o peligrosas se dan siempre y no se trata por tanto de optar a un control y a una dominación tal en la que dicha conducta no pueda producirse; se trata más bien de convivir con ellas, de conducir las, de dirigirlas hasta el límite de lo asumible, hasta el punto de la reproducción general:

En lugar de imponerles una ley, “dejarlos hacer”, permitiendo su iniciativa individual; en lugar de disciplinar sus rutinas, “dejar pasar” aquellas conductas que puedan romper con lo establecido y abrir campo a la creatividad económica. Dejar entonces que las cosas se muevan conjurando al mismo tiempo los peligros que esa circulación conlleva (Castro-Gómez, 2015: 79).

Pero no hay que confundir este “dejar pasar” con “no hacer nada”, y mucho menos con ausencia de relaciones de poder. Los dispositivos de seguridad buscan alterar la conducta de otros actores, están diseñados para ello, pero entienden que es preferible influir, sugerir, favorecer, delimitar o convencer que determinar, controlar, castigar y obligar.

Existe una diferenciación analítica y cualitativa, que permite la articulación y la convivencia en el tiempo, pero también una diferenciación cronológica o histórica en la que cada dispositivo aparece en un momento y adquiere mayor o menor relevancia social. Foucault sitúa los dispositivos de seguridad en una escala temporal no serial o cronológica (Foucault, 2008C: 20). A pesar de convivir históricamente con los dispositivos disciplinarios y de ser potencialmente articulables con ellos, los dispositivos de seguridad aparecen por primera vez a propósito del debate entre mercantilistas y

fisiócratas en la segunda mitad del siglo XVIII y se extienden como mecanismo hegemónico hasta nuestros días. Por tanto, los dispositivos de seguridad aparecen posteriormente a los dispositivos disciplinarios pero se solapan y conviven de manera sincrónica. Así pues, Foucault trata de articular teórica e históricamente estos nuevos dispositivos: mientras que en *Vigilar y Castigar*, Foucault plantea las sociedades actuales como sociedades disciplinarias, en los cursos sobre la gubernamentalidad, se decanta por las sociedades securitarias (Foucault, 2008C: 17-20). Por tanto, es posible entender que estos últimos suceden a los primeros no tanto cronológicamente, sino en relevancia social y analítica:

No hay era de lo legal, era de lo disciplinario, era de la seguridad. No tenemos mecanismos de seguridad que tomen el lugar de los mecanismos disciplinarios, que a su vez hayan tomado el lugar de los mecanismos jurídico-legales. De hecho, hay una serie de edificios complejos en los cuales el cambio afectará, desde luego, las técnicas mismas que van a perfeccionarse o en todo caso complicarse, pero lo que va a cambiar es sobre todo la dominante o más exactamente el sistema de correlación entre los mecanismos jurídico-legales, los mecanismos disciplinarios y los mecanismos de seguridad (Foucault, 2008C: 20).

El estudio de la historia del Estado, es sustituido por el estudio de la historia de los regímenes gubernamentales múltiples (Foucault, 2016: 84) que deben ser comprendidos, no en su naturaleza en tanto que Estado, aparatos de Estado o prácticas estatales, sino en las formas y las articulaciones históricamente precisas que adoptan las técnicas y los mecanismos políticos que les son característicos. Interrogarnos por nuestro tiempo no es otra cosa para Foucault que interrogarnos por las técnicas de nuestro tiempo.

Mientras que los dispositivos jurídicos y disciplinares poseen una dimensión temporal volcada sobre el pasado y preocupada por el presente, los dispositivos de seguridad se centran sobre el futuro. Podríamos decir, siguiendo la diferenciación de los tres tipos de dispositivos planteada por Foucault, que los dispositivos jurídicos se fundamentan en una temporalidad centrada en el pasado, que organiza eventos o acciones ya ocurridas en el modelo binario de lo permitido y lo prohibido. Además, como he mostrado, los dispositivos disciplinarios configuraban una temporalidad presentista, que trata de desplegar de manera aumentada o multiplicada ese presente hacia el futuro. Por último, es posible plantear entonces que los dispositivos securitarios, conforman un tipo de temporalidad centrada en el futuro, pues su uso reside siempre en una pregunta sobre acontecimientos venideros, probables o improbables. Los dispositivos de seguridad se fundamentan en el cálculo de los escenarios y las prácticas preventivas más idóneas que pueden ser adoptadas para acomodar y hacer aceptable aquello que (probablemente) está por venir. El análisis de la

escasez y las transformaciones históricas que ha sufrido su tratamiento por parte de los diferentes tipos de dispositivos es especialmente reveladora (Foucault, 2008C: 40-61). Si bien los dispositivos disciplinares tratan de combatirla, en tanto que mal indeseable y evitable, a partir de coacciones, obligaciones y prohibiciones que traten de sostener un estado de la producción de manera indefinido; los dispositivos securitarios, de reciente aplicación, asumen que la producción es inestable, que la oferta se verá probablemente reducida –porque el mercado funciona así de forma natural– y por lo tanto implementan medidas que regulen, limiten o frenen las variaciones de precios, índices de productividad u oferta de productos sin tratar de determinarlos en un punto ideal. La disciplina trata de sostener la producción y erradicar la escasez, los dispositivos securitarios gestionan sus fluctuaciones tratando de mantenerlos en rangos aceptables.

Además de los dispositivos de seguridad, al análisis sobre la gubernamentalidad le acompañan novedades sobre las tecnologías políticas. La noción de tecnología representa la dimensión estratégica de las prácticas, es decir, la aplicación de determinados medios y determinadas acciones enmarcados en una racionalidad para obtener efectos políticos específicos. En la conferencia *Tecnologías del Yo* (1979) dictada en Vermont, Foucault destaca cuatro tipos de tecnologías políticas que han aparecido paulatinamente de acuerdo a racionalidades y momentos históricos particulares (Foucault, 2008B: 48). A pesar de cohabitar y relacionarse de forma permanente y compleja, el peso, la importancia y la finalidad buscada varían de acuerdo al tipo específico de racionalidad política en el que se den. En primer lugar están las tecnologías de producción, que permiten transformar y alterar el mundo físico de acuerdo a ciertos fines; en segundo lugar, las tecnologías de significación o de producción de verdad, que trabajan con el sentido y la significación; tercero, las tecnologías de dominación o de poder que buscan determinar o someter la conducta de otras personas, de acuerdo a criterios ajenos a ellas e introduciendo una normatividad específica; y por último, las tecnologías del yo que permiten realizar transformaciones de los sujetos sobre sí mismos, automodificándose y objetivándose a sí mismo.

Sin embargo, como señala Castro-Gómez a propósito de una entrevista con Raul Fonet Betancour y Alfredo Gómez-Muller (2015: 40), Foucault va a añadir en una nueva tipología tecnológica dentro de las cuatro ya mencionadas: las tecnologías de gobierno o gubernamentales. Las tecnologías de gobierno van a funcionar como articulación entre las técnicas de poder o dominación y las tecnologías de gobierno del yo. Esta familia tecnológica no busca el sometimiento ni la dominación sobre las personas, sino que, anticipándose a la existencia de cierto juego estratégico por parte de los individuos trata más bien de conducirlos o gobernarlos. Castro-Gómez lo explica así:

Las tecnologías de gobierno aparecen como un nuevo conjunto que se diferencia de las tecnologías de dominación porque no buscan simplemente determinar la conducta de los otros, sino dirigirla de un modo eficaz, ya que presuponen la capacidad de acción (libertad) de aquellas personas que deben ser gobernadas. (...) Las tecnologías de gobierno pueden servir, entonces, para crear estados de dominación política o para favorecer prácticas de libertad (Castro-Gómez, 2015: 41).

Trataré ahora de desplegar la crisis del modelo bélico y la irrupción del concepto de gubernamentalidad sobre las transformaciones históricas de las racionalidades políticas de mayor interés para esta investigación.



## ***2.1.2. De la razón de Estado a la gubernamentalidad neoliberal***

En *Seguridad, territorio y población*, Foucault plantea como premisa un proyecto de enorme ambición: “¿Por qué estudiar ese dominio en definitiva inconsistente, brumoso, recubierto por una noción tan problemática y artificial como la gubernamentalidad? Mi respuesta, inmediata y segura, será la siguiente: para abordar el problema del Estado y la población” (Foucault, 2008C: 120). Del análisis de la transición del poder feudal o soberano a la sociedad disciplinar o el biopoder, Foucault pasa a una triple transición histórica en los modelos gubernamentales, que va desde la gubernamentalidad de la razón de Estado, a la liberal y la neoliberal. Como ya hemos visto, existen cambios epistemológicos significativos que le llevan a desplazar su objeto de estudio y su perspectiva teórica: en la historia de la gubernamentalidad planteada en estos dos cursos, se aprecian tanto novedades teóricas (del modelo bélico al modelo gubernamental) como históricas (un periodo histórico más extenso y que alcanza la actualidad). Para el desarrollo del concepto de gubernamentalidad es fundamental por lo tanto, realizar un recorrido histórico a través de las diferentes racionalidades políticas. En concreto, el recorrido de Foucault va desde el siglo XVI hasta el último tercio del siglo XX, centrándose en las discontinuidades y las rupturas que dibujan el paso de la una a la otra.

### ***De la razón de Estado al liberalismo***

El surgimiento a partir del siglo XVI de lo que se conoce como Estado Moderno, viene marcado según Foucault por la aparición de lo que llama “razón de Estado” cuyo objetivo fundamental es “gobernar para transformar en ser el deber ser del Estado.” (Foucault, 2016: 17). Para él, la razón de Estado no trata tanto de crear algo de la nada, sino de reforzar algo que existe, pero que “aún no existe en grado suficiente” (2016: 17). Específicamente, de la razón de Estado como racionalidad política pueden destacarse tres dispositivos gubernamentales. El primero aparece a raíz de la voluntad de establecer cierto nivel de gestión económica que asegure la alimentación de la población, así como la acumulación de recursos por parte del Estado, la recaudación y la competencia con otras potencias (2016: 18). El segundo dispositivo, es el control interno de las fronteras, de las poblaciones y de la seguridad pública de tal modo que el Estado cuente con información sobre su propia población y las herramientas necesarias para poder actuar sobre ella. Es lo que Foucault denomina “Estado de policía” (2016: 19) y en el que desarrolló el concepto de poder pastoral por el cual se establecen mecanismos bicéfalos capaces de atender tanto a la

individuación como a la multiplicidad poblacional. Por último, se empiezan a consolidar y a perfeccionar los ejércitos permanentes, así como los aparatos estatales de diplomacia y de relaciones y negociación hacia el exterior que permiten a un Estado establecer una serie de relaciones y contrapesos internacionales lo suficientemente robustos como para sobrevivir en la competición internacional (2016: 19). En definitiva, la razón de Estado como racionalidad política genera instituciones, saberes y técnicas que buscan fortalecer a las instituciones estatales proveyéndolas de capacidades extremadamente novedosas, vinculadas fundamentalmente con su capacidad efectiva de control, autoreproducción y obtención de recursos.

Tanto en *Seguridad, territorio y población*, como en *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault realiza una descripción detallada de la transformación histórica que supuso el surgimiento del liberalismo como gubernamentalidad alternativa a la razón de estado. La razón de Estado puede seguirse hasta el siglo XVIII como lógica política dominante; sin embargo, aparecieron también poco a poco, primero de manera residual, luego de forma generalizada, una suerte de formas de gobierno, que, de acuerdo a requisitos y efectos determinados, fueron adquiriendo preponderancia.

Foucault señala, que mientras el principal elemento limitador del poder estatal durante los siglos XVI al XVIII fue el derecho, como mecanismo de redistribución y contención (2016: 20), durante el liberalismo serán cierto tipo de saberes enmarcados dentro de la llamada economía política quienes definirán en gran medida las pertinencias, los límites, y las prioridades de la acción del Estado (2016: 26). Si la lógica política moderna pensaba fundamentalmente en cómo incidir (más y mejor) de tal forma que no excediese los límites impuestos por la legitimidad de la soberanía y el derecho, la razón liberal va a pensar más bien en cómo adecuar mejor el gobierno a las leyes naturales de la economía y de la sociedad, limitando su acción de gobierno a ciertas tareas y buscando el equilibrio entre gobernar demasiado y demasiado poco. Ya no será tanto la legitimidad, sino la efectividad la que rija la lógica del buen gobierno. Es necesario partir de esta ruptura, para entender el tipo de saberes, de instituciones, de funcionamientos y de mecanismos específicos de gobierno que caracterizan la gubernamentalidad liberal. Y en este sentido cabe destacar al menos tres elementos clave. El primero, la concepción de un Estado limitado y cuestionado, traducido en supervisión, escepticismo constante y en una exigencia de rendición de cuentas. El liberalismo se pregunta para qué sirve un Estado, hasta dónde deben acceder sus aparatos, en qué actividades es oportuno que intervenga y en cuáles no pero no lo pregunta desde fuera del Estado, sino que se produce lo que Foucault denomina por un lado “autolimitación de la razón gubernamental” (2016: 34) y por otro “gobierno frugal” (2016: 38-39).

El segundo elemento es la relación de subordinación y de referenciación del gobierno con respecto del mercado. El mercado entendido no como un elemento cualquiera, sino más bien como el elemento clave de expresión de las leyes naturales de la sociedad y de la economía a las cuales debe adecuarse cualquier gobierno. El Estado se demostrará eficaz y pertinente en tanto no interrumpa el funcionamiento de estas leyes naturales. La respuesta a si un gobierno es adecuado, debe buscarse precisamente ahí: en el mercado, el cual se erige como criterio fundamental de veridicción y legitimación (2016: 39; 41).

El tercer elemento clave, es la emergencia de la figura del *homo economicus*, es decir la aparición de una forma subjetiva propia de este tipo de gubernamentalidad que se distingue por su doble naturaleza. Por un lado, Foucault señala su carácter jurídico: los sujetos liberales son siempre sujetos jurídicos, subordinados a un marco contractual y depositarios de derechos y libertades formales. Por el otro, el *homo economicus* es un sujeto económico, en el sentido de poseer intereses particulares y la posibilidad/necesidad de participar de las interacciones del mercado, produciendo e intercambiando. Sin embargo, esta doble naturaleza económico-jurídica se plantea por parte de Foucault como una relación complementaria, es decir, que la libre interacción en el mercado y la economía sobre la base de los intereses individuales debe ser apoyada y asegurada desde el marco jurídico y desde la acción de gobierno como una defensa de los derechos naturales del ser humano (2016: 290).

El liberalismo como gubernamentalidad supone una intensa paradoja: al mismo tiempo que reniega del Estado, lo necesita. Es impensable el liberalismo sin una ingente cantidad de instituciones, mecanismos de control y dispositivos de gobierno estatal que aseguren su normal funcionamiento. Sin embargo, esta contradicción interna demostró ser *a posteriori* una debilidad demasiado grande. Las inflexibilidades ideológicas que hacían del Estado algo antinatural y opresivo impidieron al liberalismo clásico adecuarse con su forma de gobierno a los acontecimientos históricos, surgiendo el estado social como racionalidad de gobierno alternativa.

### ***El gobierno neoliberal***

La segunda ruptura en la historia de la gubernamentalidad, analizada por Foucault principalmente en el curso de *El nacimiento de la biopolítica*, nos deja algunas claves de las transformaciones más significativas de la sociedad contemporánea. Muchos de los temas o de los conceptos que desarrolló en este curso, a pesar de que nunca más volvió a trabajarlos, se han replicado y continuado en los actuales análisis sobre neoliberalismo puesto que ofrecen uno de los acercamientos más productivos y originales a las sociedades occidentales actuales.

Esta ruptura acaecida durante la segunda mitad del siglo XX, supuso no sólo la aparición de un nuevo tipo de razón de gobierno, sino también una transformación radical del liberalismo como ideología político-económica. El liberalismo, que como programa ideológico había fracasado, siendo sustituido por proyectos de estado social y las ideologías asociadas a este, vivió una reestructuración teórica y política. Autores como Friedrich Von Hayek, Louis Rougier o Gary Becker elaboraron modificaciones sustanciales dentro del liberalismo clásico. Sin embargo, Foucault no está interesado en el liberalismo ni en el neoliberalismo como ideologías, más bien lo está de ambos en tanto que racionalidades políticas específicas. Esto quiere decir, que la gubernamentalidad neoliberal no se produjo principalmente como un artefacto teórico-ideológico planificado y sistemáticamente aplicado en forma de políticas económicas, sino que más bien es el resultado de la aplicación de soluciones diversas a problemas heterogéneos, que apoyados en algunos de los elementos ideológicos de este nuevo liberalismo y en una serie de técnicas específicas, constituyen a *posteriori* cierta identidad, cierto hacer político más o menos coherente y sistemático. El neoliberalismo es una caja de herramientas, discursivas, económicas, institucionales y culturales que condiciona positivamente la realidad hacia la economización<sup>37</sup> de las relaciones sociales. Lejos de los abordajes del neoliberalismo que lo describen como una relación negativa o puramente destructiva, Foucault da cuenta de él en tanto que productor de relaciones sociales específicas (Laval y Dardot, 2013: 13-14).

Merecen destacarse algunas características clave de la gubernamentalidad neoliberal. La primera, que la diferencia muy claramente de la liberal, atribuye al gobierno un papel positivo; es decir, lejos de entender la acción de gobierno como un dejar hacer al mercado limitando la acción estatal al mínimo imprescindible, en el neoliberalismo, el Estado debe asumir un papel activo, como productor de las condiciones de posibilidad del mercado, regulador de las conductas de los actores y relaciones sociales y asegurador de un contexto general de competencia e intercambio (Brown, 2016: 79-80). A diferencia del liberalismo, que había considerado los principios de las relaciones de mercado como naturales y el papel del Estado como freno a su desarrollo, el neoliberalismo entiende que el mercado y la competencia, a pesar de ser esencialmente positivos, no se desarrollan por sí mismos y la práctica de gobierno no puede basarse simplemente en dejar hacer al mercado. El gobierno neoliberal en tanto que racionalidad política, produce y reproduce al mercado, siendo su causa y no su consecuencia: la mano invisible se vuelve de carne y hueso. Otro efecto relevante de este fomento de la competencia como objetivo gubernamental es el viraje con respecto al intercambio. Mientras que el liberalismo destaca la importancia del intercambio justo entre

---

<sup>37</sup> Más adelante desarrollaré la cuestión de la racionalidad neoliberal como una racionalidad economizante.

equivalentes, el neoliberalismo apuesta por el juego entre actores libres asumiendo un escenario de una minoría de ganadores y una mayoría de perdedores (Brown, 2016: 81-82).

La segunda, clave de la gubernamentalidad neoliberal, es el desarrollo del capital humano, la autoinversión y la capacidad de competencia como categorías subjetivas no naturales. A diferencia del liberal, el gobierno neoliberal no parte de una naturaleza humana dada –basada en la búsqueda del propio interés, la utilidad y la libertad, que sirve además como fundamento del mercado y de la democracia–: el gobierno neoliberal se atribuye la tarea de producir esas cualidades en el sujeto a partir de los principios de competencia y productividad. Los sujetos dejan de ser considerados, por ellos mismos y por los otros, de manera fundamental como trabajadores, ciudadanos o consumidores, y adquieren en su lugar el estatuto de empresarios. Independientemente del capital con el que cuenten, cada persona es una empresa en sí misma que debe posicionarse en el mundo en tanto que propietaria de una serie de recursos y capacidades competitivas que debe saber jugar en el mercado para obtener ventaja y salir victorioso. Esto implica una autoconcepción como conjunto de recursos productivos que deben ser invertidos para poder ser capitalizados. La autoinversión y el espíritu emprendedor caracterizan la subjetividad neoliberal en tanto que extracción del máximo provecho de un potencial económico con unas condiciones de mercado dadas. Planteo solamente algunos elementos preliminares en torno a esta cuestión, de máxima relevancia para la investigación, con ánimo de no extenderme demasiado y dejar un desarrollo más pormenorizado para el siguiente capítulo.

Como tercera característica, además de la penetración mercantil del Estado (Brown, 2016: 80-81) existe una mutación importante con respecto de la centralización y estatalización del gobierno. Mientras que el estado social propició un tipo de gobierno muy vinculado al Estado y a la centralización de sus objetivos, técnicas e instituciones, el liberalismo avanzado propició la pluralidad gubernamental o lo que ha sido llamado por algunos autores burocracia neoliberal (Alonso, 2016; Hibou, 2012). Un sinnúmero de organizaciones, empresas de gestión mixta, instituciones sin ánimo de lucro o entidades colaborativas, aparecieron para abarcar de manera dispersa lo que antes se pretendía realizar desde el mismo Estado. Por esto mismo, el Estado debió reformularse y generar mecanismos institucionales especiales a través de los cuales controlar, evaluar y codirigir esta constelación de organizaciones. Además, la alteración de las estructuras y de las burocracias estatales, va acompañada de cambios importantes con respecto a los saberes expertos. Es posible ver cómo la autonomía obtenida dentro de cada campo de saber experto se deteriora junto al liberalismo, dando paso a una serie de saberes transversales que invaden de manera indistinta diferentes espacios estatales, campos profesionales y competencias científicas e investigadoras. Para

Nikolas Rose existen varios tipos de saberes transversales o “ciencias grises” (Rose, 1997): técnicas presupuestarias, de auditoría y de contabilidad. La aplicación de estas nuevas técnicas supone un nuevo tipo de conocimiento basado fundamentalmente en la cuantificación, la monetarización, la gestión del riesgo, la evaluación y la planificación. Estas técnicas poseen una gran capacidad de adaptación y flexibilidad que les permite aplicarse a innumerables problemas, campos e instituciones.

La cuarta característica es la alteración de la naturaleza espacio-temporal de la dominación neoliberal con el surgimiento del control a distancia y el poder entendido como regulación de campos de libertad. Foucault dibuja a lo largo de su trabajo un régimen de poder vinculado al control de espacios cerrados y a una gestión rígida y clasificadora de la actividad. El ideal disciplinar distribuye a cada individuo en un espacio diferenciado y clausurado de acuerdo a criterios de individuación y multiplicación de las actividades productivas –“la disciplina es esencialmente centrípeta” (Foucault, 2008C: 57)–; sin embargo, como señala Gilles Deleuze en el breve texto *Posdata sobre las Sociedades de control* de 1990, el gobierno neoliberal inaugura un nuevo tipo de dominio en espacios de control a distancia. Según Deleuze, la crisis de las instituciones disciplinarias inaugura un nuevo régimen espacio-temporal de poder en el cual, ya no es necesaria la separación geográfica y la organización individualizada del espacio, sino que los individuos pueden y deben circular libremente por espacios abiertos que presentan modulaciones, controles, evaluaciones, puntos de paso y filtros que permiten la autoregulación individual:

Los dispositivos de seguridad, (...) tienen una tendencia constante a ampliarse: son centrífugos. Se integran sin cesar nuevos elementos (...) Se trata por lo tanto de organizar o, en todo caso, de permitir el desarrollo de circuitos cada vez más grandes (Foucault, 2008C: 57).

El espacio se abre y el tiempo también. Ya no es necesario un programa cronológico que determine tiempo y actividad, ni un espacio que retenga, divida, controle y castigue: ahora la gestión del tiempo es corresponsabilidad de cada sujeto y el dominio se produce en campo abierto.

El neoliberalismo conforma un modelo de gobierno más flexible y eficaz que el liberalismo, asumiendo la necesidad de producir la libertad a través del Estado y de la acción de gobierno, y dejando de lado la idea, de hacerla surgir naturalmente eliminando aquello que la retenía. Al mismo tiempo es capaz de generar mecanismos de gobierno relativamente autónomos del Estado, así como formas a distancia de control y gobierno.

Ahora bien, una vez sintetizados algunos elementos fundamentales de las transformaciones sufridas en las racionalidades de gobierno, quedan por añadir algunas aportaciones de considerable

relevancia sobre el estudio de la racionalidad neoliberal en concreto sobre la totalización y economización de la racionalidad neoliberal que trataré de sintetizar a continuación.

### ***El neoliberalismo: una racionalidad económica totalizante***

En el texto *Qué es la ilustración* de 1984, Foucault, en una suerte de programa filosófico del presente, plantea la siguiente advertencia: “Sabemos por experiencia que la pretensión de escapar del sistema de la actualidad proponiendo los programas conjuntos, globales, (...) no ha conducido, de hecho, sino a retornar a las más peligrosas tradiciones.” (Foucault, 1993: 7). Sin embargo, tras su decidida exposición en favor de una aproximación acotada, local, precisa y parcial de la realidad, plantea lo siguiente:

Finalmente, estas indagaciones histórico-críticas son muy particulares, en el sentido de que ellas versan siempre sobre un material, una época, un cuerpo de prácticas y discursos determinados. Pero, al menos en la escala de las sociedades occidentales de las que provenimos, esas indagaciones poseen su generalidad, en el sentido de que han sido recurrentes hasta nuestros días (Foucault, 1993: 8-9).

Estos pasajes, que se enmarcan en un análisis de su propio proyecto filosófico, replican una tensión que se extiende a lo largo de toda su obra. Su apuesta explícita por el método genealógico, que supone una crítica a la Historia en tanto que proceso unidireccional, pautado y progresivo, siempre es acompañada de análisis en base a escalas temporales y espaciales amplias –él mismo enumera sus propios proyectos de investigación: la locura, la enfermedad, el crimen y la sexualidad–. Este significativo párrafo plantea, de manera excepcional, un reconocimiento explícito de la generalización como recurso teórico legítimo y deseable. Es posible que esta tensión se vea acentuada por el contexto intelectual amplio en el que se enmarca la obra foucaultiana –debate con la fenomenología, con el marxismo, el existencialismo, etc.– y que se viera obligado a forzar sus posiciones destacando las disonancias y evitando los matices. Sin embargo, a pesar de sus constantes esfuerzos de diferenciación con las pretensiones totalizantes del marxismo, la generalización y las pretensiones explicativas y globalizantes de gran parte de sus conceptos y categorías son más que evidentes<sup>38</sup>. Pareciera que cuando previene sobre los peligros de “los programas globales”, la advertencia fuera, en parte, hacia sí mismo. Esta tensión puede percibirse claramente en el uso del concepto de racionalidad, con gran influencia de Weber, que trata al mismo tiempo de eludir implicaciones trascendentales, humanistas y totalizantes y servir como mecanismo amplio de articulación de prácticas sociales.

---

<sup>38</sup> En relación a esto, resulta pertinente el análisis desarrollado por Skornicki (2017: 28-38) en el que vincula a Foucault y a Weber desgranando la matriz epistemológica foucaultiana en base a la causalidad y la generalización.

En el texto *Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política*, Foucault plantea una enmienda a los usos más relevantes del concepto de racionalidad (Kant, Weber, Escuela de Frankfurt), al mismo tiempo que reivindica su uso mientras se abstenga de explicaciones unificadoras, se investigue a partir de una concepción no idealista y abandone el marco histórico de la ilustración por uno más amplio.

La discutida influencia de Weber sobre la obra de Foucault (Skornicki, Dreyfus y Rabinow, Castro-Gómez, Brown, O'Neill), recobra importancia sobre el concepto de racionalidad. A pesar de las afinidades ampliamente señaladas, el uso específico que cada uno hace del concepto presenta diferencias muy significativas: en primer lugar, la racionalidad para Foucault no es en ningún caso el intento totalizador de análisis social, sino que habilita la existencia de diferentes racionalidades funcionando al mismo tiempo, incluso disputándose espacios de influencia. Por eso precisamente, resulta tan característico y relevante el énfasis en la localización de la racionalidad, es decir, en entenderla no como un conjunto unitario, sino delimitada en parcelas espaciales y temporales (Foucault, 1993: 7). En segundo lugar, tampoco es un proceso de progreso antropológico universal, como si existiese cierta cualidad humana aún en estado larvario y la Historia fuera la narración de ese desarrollo natural. Por lo tanto, el sujeto de la razón tampoco puede ser un sujeto universal, autoconsciente e idéntico a sí mismo que desarrolla su naturaleza en el curso de la Historia. El sujeto de las racionalidades no será otro que los regímenes de prácticas atravesados por la historia y por las relaciones de poder (Castro-Gómez, 2015: 32-33). La tercera y última diferencia que quiero destacar es en torno a la direccionalidad y sistematicidad de la racionalidad. A pesar de la confluencia a la hora de señalar las tres características principales de la racionalidad planteadas inicialmente por Weber (medios, estrategias y fines), Foucault añade dos más: usos y efectos, introduciendo mayor complejidad (2015: 34-35). Los usos implican reforzar el carácter instrumental de la racionalidad, que para Foucault, puede ser empleada por unos actores u otros en momentos diferentes y para fines muy diversos –por ejemplo, las disciplinas y la versatilidad institucional de sus usos–. La variable de los efectos supone a su vez, que el fin y la estrategia inicial de una determinada racionalidad pueden desembocar en prácticas o relaciones diferentes a las pretendidas sin resultar por ello menos racionales o irracionales. Racionalidad no significa unidireccionalidad ni monocausalidad (Skornicki, 2017: 34-36).

En definitiva, para Foucault la racionalidad constituye uno de sus principales operadores teóricos de generalización pero escenifica una tensión importante que se repite a lo largo de todo su trabajo: la tensión entre la crítica a la Historia como programa global y trascendental y la elaboración de conceptos útiles de extensiones y durabilidades amplias. Los conceptos de episteme, sociedad



disciplinar o gubernamentalidad, sugieren que para Foucault, estas precauciones epistemológicas no supusieron un impedimento a la hora de producir conceptos de gran amplitud espacio-temporal. En palabras de Skornicki:

Su objetivo (el *de la analítica del poder*) es entrar en las causalidades sutiles, múltiples y dispares que han podido, casi por accidente, producir a gran escala singularidades duraderas y generalizables, tales como la prisión, las técnicas disciplinarias, la medicalización de lo social, o incluso el Estado (2017: 38. *Cursiva mía*).

La crítica de la trascendencia no supone, para Foucault, evitar la regularidad o la amplitud. Las prácticas sociales e individuales poseen un vínculo de afectación recíproca, que no responden a la pura aleatoriedad, sino que adquieren un orden social e histórico que regula y ordena sus interacciones de acuerdo a pautas de estabilidad y durabilidad en clave instrumental, estratégica y de relaciones de afectación<sup>39</sup>.

Tras haber situado la importancia del concepto de racionalidad en la obra de Foucault, así como el uso tensionado que hizo de él, quiero profundizar más en las implicaciones de lo que supone la idea de una racionalidad neoliberal teniendo en cuenta tanto su posible carácter totalizador como sus rasgos economizantes. Para ello veo necesario apoyarme en algunos de los trabajos que han pretendido continuar el proyecto investigador iniciado por Foucault en *El nacimiento de la biopolítica* y que han incidido en estos elementos. *La nueva razón del mundo* (2010) de Laval y Dardot aporta varios elementos relevantes que completan el marco expuesto por Foucault y que son relevantes para esta investigación.

Si el sujeto moderno se caracterizaba por una existencia plural entre dimensiones de la vida diferentes, el neoliberalismo tiende a homogenizar la totalidad de la vida social en función del principio de eficacia (Laval y Dardot, 2013: 327-330). El individuo moderno occidental poseía una existencia social dividida entre las esferas de la vida espiritual y religiosa, la vida pública y la comunidad política y la participación en el mercado y la actividad económica. Sin embargo, para ellos, esta pluralidad propia de las democracias liberales vive un fuerte desequilibrio a partir de la consolidación de la vida industrial y las relaciones sociales mercantiles que amenazan con acabar con dicha pluralidad. El neoliberalismo supone para Laval y Dardot, “una unificación sin precedentes de las esferas de la subjetividad” (2013: 330). Además, para estos autores, la racionalidad neoliberal implica la expansión de la lógica de la competencia y el mercado: “una instauración mundial de la competencia” (2013: 194) que afecta a Estados de todo el planeta. A

---

<sup>39</sup> Sólo una aclaración conceptual antes de seguir, racionalidad no alude exclusivamente a discursividad, alude a poder (Foucault, 1982: 47). Razón implica marcos normativos y discursivos, pero en ningún caso puede ser reducido a ellos: la racionalidad política engloba siempre regímenes de prácticas discursivas y no discursivas.

pesar de centrar su análisis en las sociedades europeas, las referencias a la mundialización y a la globalización de los principios rectores del neoliberalismo son constantes.

Se trata de una razón global en los dos sentidos que puede revestir el término: es mundial, porque es válida a escala mundial y además porque, lejos de limitarse a la esfera económica, tiende a totalizar, o sea, a hacer mundo mediante su poder de integración de todas las dimensiones de la existencia humana. Razón del mundo es al mismo tiempo una razón-mundo (Laval y Dardot, 2013: 14).

En todo caso, conviene recordar como hace Wendy Brown, las amplias diferencias entre la aplicación del neoliberalismo en el sur global, siempre vinculado a escenarios de represión, golpes militares y violencia político-social y el norte global, implementado a partir de un modo más sutil, lento y progresivo (Brown, 2016: 57). Brown describe la racionalidad neoliberal como paradójica: al mismo tiempo que señala el neoliberalismo “como fenómeno global, ubicuo y omnipresente”, lo define con un “aspecto vetado, estriado e intermitente (...) un orden repleto de contradicciones y negaciones” (2016: 59). La racionalidad puede suponer generalización o totalización, pero no por ello homogenización<sup>40</sup>. A pesar de su capacidad de ampliación, tanto extensiva como intensiva, el neoliberalismo posee enormes variabilidades que no socaban sus propias bases. Laval y Dardot y en menor medida Wendy Brown aluden implícitamente al Foucault que, incluso con las precauciones a las que obliga el estado del debate filosófico contemporáneo y su marco epistemológico, se abre a concebir conceptos de amplia capacidad de generalización, inclinándose, como él mismo hace en *Qué es la ilustración*, a atender a las particularidades de las sociedades occidentales y a distinguir entre generalización y esencialización.

A lo largo de toda la obra de Foucault –en esta investigación ya he señalado algunos de ellos–, se producen numerosos episodios en los cuales pone de manifiesto importantes críticas hacia el marxismo. Foucault no sólo pretende visibilizar las debilidades del marxismo, sino proporcionar un marco teórico alternativo en muchos de los debates sobre los que el marxismo había elaborado una posición manifiesta. Uno de los elementos críticos más relevantes es el cuestionamiento del papel determinante de los factores económicos concedido por este. En *Nacimiento de la biopolítica*, por ejemplo, Foucault se desmarca en varias ocasiones del economicismo abstracto. Un buen ejemplo de estos desplazamientos lo podemos encontrar en relación a sus consideraciones sobre la crisis y su relevancia:

---

<sup>40</sup> Una aportación interesante en este sentido es *La razón neoliberal (2015)* de Verónica Gago, donde analiza los procesos de abigarramiento de las economías populares de algunos territorios que complejizan y particularizan el neoliberalismo.

Pero la crisis del liberalismo no es simplemente la proyección lisa y llana, la proyección directa de esas crisis del capitalismo en la esfera de la política. Podemos encontrar las crisis del liberalismo en conexión con las crisis de la economía del capitalismo. Podemos encontrarlas, asimismo, cronológicamente desfasadas de esas crisis, y de todas formas su manera de manifestarse, la manera de manejarlas, las reacciones que suscitan, los reordenamientos que provocan, no pueden deducirse sin más de las crisis del capitalismo (Foucault, 2016: 79).

De nuevo se hace patente el fuerte distanciamiento de Foucault con los conceptos e hipótesis que habían privilegiado los factores económicos y las dinámicas sociales propias de las relaciones sociales capitalistas como variables fundamentales para interpretar los fenómenos sociales. Foucault, a pesar de reconocer su relevancia, descarta en su marco teórico los factores económicos, o al menos los relega a un papel secundario. Ni las transformaciones en los sistemas penitenciarios, ni la sexualidad, ni tampoco el neoliberalismo fueron analizados por Foucault a partir de estas premisas teóricas, aportando siempre alternativas conceptuales que le colocaban en disputa frontal con el marxismo.

Aunque no se produzca en términos explícitos, Laval y Dardot plantean un desplazamiento con respecto al concepto foucaultiano de racionalidad neoliberal subrayando el énfasis de su carácter económico. Sin embargo, quien ha desarrollado más detenidamente una crítica en clave económica a Foucault es Wendy Brown, llevando sus conclusiones “mucho más lejos que Foucault” (Brown, 2016: 161) y realizando una enmienda explícita al análisis económico de la racionalidad neoliberal elaborada por este (2016: 95-99). En efecto, Brown destaca el carácter económico del neoliberalismo pero lo hace de una manera diferente a como se ha hecho habitualmente: ya sea planteado como una política económica que pretende la vuelta al liberalismo clásico, una fase del capitalismo o una ideología de la clase burguesa (2016: 34-35). Para Brown, economización significa fundamentalmente la penetración de las lógicas de la competencia, el mercado y la maximización del rendimiento en todas las esferas sociales y subjetivas a partir de marcos normativos y discursivos, sin que esta economización se traduzca necesariamente en monetarización o mercantilización. Esto que permite entender como la lógica del mercado aparece en esferas en las “que la generación de riqueza no es la preocupación inmediata” (2016: 35), por ejemplo, el proceso de mutación de la vida amorosa en un sentido de acumulación de afectos o rentabilización e inversión de tiempo y cuidado (2016: 38).

Además, esta colonización de la esfera económica supone un deterioro significativo de lo que Brown denomina *homo politicus*. Para ella, si la misma política se expresa a partir de lo económico, irremediablemente “reduce de modo dramático la vida pública sin matar la política” (2016: 48),

pero desde luego deteriorando la vida pública y la figura de la ciudadanía. Los valores y lógicas económicas sustituyen progresivamente a las propias de las democracias liberales como pueden ser la igualdad, la justicia, la soberanía o la libertad (2016: 50).

En definitiva, a través de prácticas normativas y discursivas diversas el neoliberalismo logra imponer las lógicas del mercado, la competencia, la productividad, la acumulación y la inversión en todas las esferas de la vida social. Sin duda, el énfasis concedido a esta economización de la sociedad supone un desplazamiento del proyecto iniciado por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica* que viene asociado a una crítica más estructural sobre el lugar que ocupa el marxismo y el concepto de capital en la obra foucaultiana. Brown expone que Foucault olvidó en su disputa intelectual y política con el marxismo el papel específico que supone el capitalismo como fuerza histórica y social (2016: 96) y a pesar de mostrarse como continuadora de su programa de investigación y su modelo epistemológico, plantea de esta manera una fuerte crítica al papel concedido por Foucault a la esfera de la economía.

Para concluir quiero plantear algunos elementos problemáticos de esta idea de racionalidad neoliberal. A pesar de encontrar en el propio pensamiento de Foucault y en algunos de los y las autoras que han continuado su proyecto de investigación sobre la racionalidad política neoliberal elementos teóricos que habilitan una concepción economizante y totalizadora de la sociedad contemporánea y a pesar también de hallar en ellos innumerables elementos de sintonía y de gran valor para esta investigación, veo necesario cuestionar el potencial analítico del uso que se ha hecho del concepto.

En primer lugar, es necesario apuntar que la ausencia de una teorización explícita y cuidadosa de la racionalidad supone que el concepto se vuelva algo ligero por su exceso de polivalencia y polisemia. La racionalidad puede ser entendida en ocasiones como discurso, como marco normativo, como socialización, como poder o incluso como cultura. Esta laxitud en su conceptualización permite un uso sugestivo y de gran flexibilidad teórica pero también puede generar confusiones y sobreentendidos.

En segundo lugar en parte derivado del punto anterior, no existe una argumentación suficiente sobre qué concepción de lo económico se está dando –a veces parece que economía se equipara con un discurso o una ideología sobre la competencia o la rentabilidad–, ni de la manera en la cual se produce esa economización de lo social.

Una de las consecuencias de este uso es la ausencia de una articulación clara entre política y economía. Para Foucault, tal y como he mostrado ya, este problema había quedado saldado en gran

medida con su idea de la doble acumulación (de poder y capital), sin embargo, tanto Laval y Dardot, como Brown, se posicionan críticamente con respecto a esto y reivindican la importancia del análisis de las relaciones sociales capitalistas, en tanto que realidad histórica y social, para dar cuenta de la racionalidad neoliberal. A pesar de compartir gran parte de las críticas elaboradas por Brown sobre las significativas ausencias de problemas económicos y cuestiones relacionadas con la particularidad de las relaciones capitalistas en la obra de Foucault (2016: 95-99), considero que la cuestión no queda resuelta en sus escritos. Señalar los costos del rechazo absoluto al marxismo por parte de Foucault y remarcar el capitalismo como una fuerza histórica que produce impulsos sociales no desemboca, en el caso de Brown, en una articulación detenida y profunda entre gobierno e imperativos sociales capitalistas. Las críticas resultan apropiadas, el interés por un proyecto como tal es compartido, pero en mi opinión no es nunca desarrollado del todo por ella.

Por su parte, y a pesar de plantear explícitamente su intención de ofrecer un marco teórico para comprender el neoliberalismo que articule política y economía (Laval y Dardot, 2013: 194), la propuesta de Laval y Dardot queda delimitada al plano puramente fenomenológico sin plantear una reflexión teórica clara al respecto. Su análisis sobre la manera en la que las discusiones teórico-económicas dentro del neoliberalismo se articulan con la “dinámica endógena, al mismo tiempo tecnológica, comercial y productiva” (2013: 194), se mantiene en el plano de la historia económica y en ningún momento existe un esfuerzo por delimitar en qué consiste esa dinámica endógena y la manera en la cual se articula con la política.

Tanto Laval y Dardot, como Brown renuncian al arsenal teórico marxista para tratar de dar cuenta de las coacciones y los procesos de subjetivación propios de las sociedades contemporáneas pero no plantean una alternativa solvente que pueda dar cuenta al mismo tiempo de los regímenes de poder y de los imperativos abstractos de las relaciones sociales propias del capitalismo. El marco foucaultiano les resulta insuficiente, no obstante, no superan sus deficiencias y se limitan a evidenciarlas.

En mi opinión, existen muchos problemas en la utilización del concepto de racionalidad política como marco teórico que dé cuenta de las relaciones sociales propias de la modernidad avanzada. La renuncia al tratamiento de las lógicas temporales coactivas que imponen las sociedades capitalistas plantea límites teóricos muy importantes que difícilmente pueden resolverse exclusivamente bajo el marco de la racionalidad neoliberal iniciado por Foucault. La racionalidad según Foucault no deja de ser un repertorio de prácticas específico, un conjunto de saberes, técnicas, intervenciones, recursos y prácticas con cierta cohesión e interrelación que son empleados estratégicamente por diferentes actores sociales para habitar las relaciones de poder. Los Estados, los sujetos, las clases y

las instituciones se pertrechan de una racionalidad o de otra para participar de manera más o menos eficaz en el juego de la historia en base a objetivos definidos. Esto, en ningún caso puede constituir por sí mismo –y tampoco lo pretende–, una descripción, un análisis, un marco teórico útil para definir las fuerzas históricas y sociales que pone en marcha la peculiaridad de las relaciones sociales capitalistas, y tal vez este sea el problema. En todo caso, los conceptos y categorías foucaultianas pueden servir para analizar la manera en la que esos actores efectivamente habitan, participan de, modifican o automodifican esas condiciones propias de las relaciones sociales capitalistas. No es útil y puede llevar a equívocos pedir a las categorías foucaultianas ciertos usos para las que no fueron concebidas. Sin embargo, es igualmente necesario señalar la explícita renuncia por su parte a dar cuenta de esas condiciones propias del mundo mercantil que el capitalismo impuso y las limitaciones teóricas que eso supone así como tratar de elaborar herramientas teóricas que logren valerse de los recursos indiscutiblemente valiosos que Foucault aporta.

### ***2.1.3. Del tiempo disciplinar al tiempo neoliberal***

Los desplazamientos teóricos y novedades analíticas que he desarrollado hasta ahora para dar cuenta de los movimientos que Foucault planteó en su pensamiento en los últimos años de su vida, también resultan relevantes para el propósito central de esta investigación. El tiempo, tal y como es tratado desde los primeros años de la década de 1970 hasta *Vigilar y Castigar* –en tanto que tiempo disciplinar, en tanto que recurso técnico del poder disciplinar–, debe ser revisado de nuevo.

Debemos asumir que los cambios epistemológicos desarrollados en los cursos que conforman la historia de la gubernamentalidad y en la última parte de la obra de Foucault, exigen actualizar hasta cierto punto el concepto de tiempo disciplinar. Por ejemplo, la crisis del modelo bélico, la aparición del concepto de gubernamentalidad, la importancia del nuevo estatuto del sujeto y la importancia de la libertad o la aparición de los dispositivos de seguridad.

Además, su aplicación en la investigación sobre el neoliberalismo y la sociedad contemporánea exigen otro tipo de reajustes. Tal como he mostrado, las transformaciones que Foucault dibuja en sus estudios sobre la racionalidad neoliberal exigen también, analizar el concepto de tiempo disciplinar a la luz de las enormes transformaciones que las sociedades contemporáneas han sufrido. Así mismo, las valiosas y pertinentes aportaciones de los nuevos estudios sobre el neoliberalismo que han recogido y continuado el proyecto de investigación que Foucault empezó con el nacimiento de la biopolítica deben ser tenidos en cuenta también, pues señalan problemas a los que el trabajo de Foucault, de naturaleza provisoria y poco sistemática, no dio cabida. La figura del empresario de sí que incide en la importancia de la libertad y de la capacidad estratégica de los sujetos en las nuevas formas de control, el control sobre espacios abiertos o el control a distancia, la importancia del capital humano y la autoinversión, el uso de la racionalidad como operador teórico de generalización o la naturaleza teórica de la economía en su marco conceptual suponen transformaciones que han de ser incorporadas a esta investigación.

Si bien Foucault no replicó su análisis sobre el tiempo en sus consideraciones sobre el neoliberalismo y la gubernamentalidad, creo posible avanzar, a partir de los argumentos aportados hasta ahora, elementos clave que nos aproximen a una noción neoliberal del gobierno del tiempo que tenga en cuenta la evolución teórica de Foucault en sus últimos años y las transformaciones sociales que planteó en su análisis de las racionalidades políticas contemporáneas. Quiero destacar varias novedades propias del tiempo neoliberal en contraste con el tiempo disciplinar.

En primer lugar, el tiempo deja de ser considerado exclusivamente un recurso técnico para la práctica del poder, es decir, una forma de programar, determinar y sincronizar acciones, y pasa a ser considerado fundamentalmente un recurso vital, un elemento básico individual del que dispone cada persona y que debe administrar, invertir y gestionar de la mejor manera posible: la vida es un recurso. El tiempo de vida es una materia prima individual que debe ser puesto en movimiento en el juego económico.

En segundo lugar, la racionalidad disciplinar buscaba un uso exhaustivo del tiempo a través de la configuración de temporalidades cerradas, clasificadas e individualizadas para la obtención de un orden fijo que busca determinar la acción y el máximo rendimiento. La racionalidad neoliberal, en cambio, plantea un tiempo abierto, que permite duraciones autogestionadas individualmente y reguladas a partir de controles y evaluaciones laxas. El programa cronológico que buscaba sincronizar y determinar acción y tiempo deja paso a la gestión estratégica de un tiempo como recurso y responsabilidad individual a la vez. Este tipo de desplazamiento en los procedimientos y las instituciones puede verse claramente en la importancia adquirida por las nuevas metodologías de trabajo y las transformaciones en las relaciones laborales que flexibilizan los horarios y habilitan el trabajo por objetivos o por proyectos. Como veremos, la importancia creciente del trabajo autónomo y la potenciación del espíritu emprendedor constituyen buenos ejemplos de esto.

En tercer lugar, la normatividad micropunitiva que caracterizaba al control del tiempo disciplinar es remplazada como lógica de control paradigmática por la competencia. Es el propio sujeto quien se compara con el resto en la intención de mejorar y volver más eficiente la gestión de su propio tiempo y su actividad. La vigilancia y el castigo propias de la racionalidad disciplinar, dejan paso a la competencia, y el examen, a la autoevaluación y la responsabilidad. La competencia se traduce en autoexigencia y en una absoluta interiorización de los mecanismos reguladores y normalizadores que ya no requieren de marcos punitivos que corrijan los comportamientos individuales. Como veremos más adelante, se produce lo que Foucault denomina la expansión del modelo empresarial a cada individuo que no necesita de una exterioridad disciplinar para adecuar sus acciones, su autoconcepción empresarial supone ahora su autodisciplinamiento.

En cuarto lugar, los dispositivos disciplinares planteaban, como ya he mostrado, una concepción temporal muy centrada en el presente. La captura disciplinar exige que el tiempo se extienda hacia el futuro como en un presente continuo y aumentado. Sin embargo, los dispositivos de seguridad propios de las racionalidades gubernamentales se centran fundamentalmente en el futuro tratando, no de determinar el presente, sino de adaptarse a los futuros posibles. El dispositivo de seguridad no busca determinar y extender el ahora, sino prever y responder con antelación a esos futuros



potenciales, de manera que el cálculo y la previsión de un tiempo futuro posible adquieren un lugar central en la temporalidad neoliberal. Pueden encontrarse buenos ejemplos de esto en los nuevos métodos de la contienda política y de gestión estatal. La demoscopia constituye cada vez más –los partidos políticos gastan gran parte de sus recursos económicos en estudios de este tipo– un recurso técnico-analítico de gran prestigio para confeccionar estrategias políticas que adelanten un diagnóstico de la coyuntura y permitan obtener ventaja con el adversario.

En quinto lugar, muy relacionado a lo planteado anteriormente, el tiempo neoliberal supone el paso de un tiempo homogéneo, previsible y constante, a una temporalidad caracterizada por la incertidumbre, el riesgo, la flexibilidad y la heterogeneidad temporal. Esto realza el valor de la capacidad de adaptación y de aceptar escenarios de riesgo e imprevisibilidad y supone, como veremos más adelante, potenciales problemas subjetivos asociados a la inestabilidad y la discontinuidad biográfica. Hartmut Rosa ha tratado este problema a partir de lo que llama identidad situacional, es decir, construcciones subjetivas formadas a partir de un presente acertado y de un futuro siempre próximo e imprevisible. La erosión de las redes institucionales propias del Estado social supone la supresión de marcos temporales estables y la aparición de escenarios de incertidumbre e inseguridad individual<sup>41</sup>.

Por último, la técnica disciplinar de control del tiempo más característica, la disposición en serie, es decir, la organización de las multiplicidades en "cuadros vivos" tal y como se desarrolla en *Vigilar y Castigar*, es remplazada como técnica de control del tiempo por la carrera profesional o el trabajo por proyectos. Surgen temporalidades más abiertas en las que el sujeto participa de manera estratégica y en la que la determinación calculada de cuánto tiempo es necesario para qué actividad se vuelve una preocupación totalmente interiorizada.

Tanto en los textos de Foucault, como en algunas de las aportaciones y continuaciones que se han producido sobre su análisis del neoliberalismo, existen elementos significativos que habilitan la posibilidad de alumbrar un concepto de tiempo neoliberal que actualice la concepción disciplinar del tiempo trabajada por él en textos anteriores. Sin embargo, estas aproximaciones plantean dos límites importantes para satisfacer los objetivos de esta investigación, por un lado, inciden en una concepción instrumental y estratégica de la racionalidad, lo que limita su campo analítico; y por otro lado, la relevancia secundaria del tiempo en este análisis tan sólo puede ser deducida a partir de elementos tácitos y de escaso nivel de desarrollo. Por esto voy a recurrir de nuevo al análisis de Moishe Postone sobre el tiempo abstracto, así como a algunos trabajos sobre las dinámicas contemporáneas de la temporalidad.

---

<sup>41</sup> Estos argumentos los desarrollaré en el tercer capítulo.

## ***2.2. Densificación, aceleración e hibridación: el tiempo en la modernidad avanzada***

Si bien en el primer capítulo he tratado el concepto de tiempo abstracto como temporalidad propia de las relaciones sociales capitalistas –su despliegue como categoría interna del armazón teórico de Marx, su origen histórico, sus propiedades coactivas y totalizantes y su particular dinámica–, considero necesario detenerme y profundizar en este último punto.

El tiempo abstracto, en tanto que medida de la actividad y condición del intercambio de mercancías, posee un carácter procesual y tendencial cuyo análisis resulta sin duda relevante. La temporalidad abstracta, homogénea, constante y mensurable, ha sufrido importantes transformaciones que es necesario tener en cuenta para satisfacer las preguntas que trata de afrontar esta investigación. Me centraré en tres dimensiones para abordar estas transformaciones: la densificación del tiempo, la aceleración y la hibridación entre tiempo de trabajo y tiempo libre.

### ***Capital, dinámica inmanente y densificación del tiempo***

Habiendo desarrollado ya en el primer capítulo el concepto de tiempo abstracto tal y como lo ha planteado Postone (desde una perspectiva teórica y desde una perspectiva histórica), quiero incidir ahora en un elemento que tan sólo empecé a tratar: la dinámica propia de este tipo de tiempo y sus actuales transformaciones. Para ello es necesario rescatar el concepto de capital, que para Postone representa la particular forma de cambiar que presentan las relaciones sociales capitalistas. Si como vimos, el tiempo socialmente necesario como medida de la actividad permitía el intercambio de mercancías al equiparar objetos y actividades cualitativamente diferentes, el intercambio simple entre equivalentes temporales podría representarse así: M-D-M (siendo “M” mercancía y “D” dinero, tal y como lo establece Marx en el libro I de El capital). Una mercancía es intercambiada por un equivalente en forma de dinero (equivalente universal), para más adelante adquirir otra mercancía cuantitativamente equivalente pero cualitativamente diferente. Sin embargo, el intercambio que caracteriza el intercambio en las relaciones capitalistas cambia significativamente al convertirse en capital. El capital es el proceso por el cual el intercambio se encuentra mediado por el objetivo de obtener una diferencia no cualitativa, sino cuantitativa y beneficiosa en la mercancía obtenida: M-D-M' o más bien D-M-D'. Lo que representa por tanto el concepto de capital es un valor en movimiento, es decir, un tiempo-expandido o aumentado que se traduce en un plusvalor.

Este movimiento, espoleado por la competencia entre productores, no se guía por objetivos externos a él mismo y tampoco plantea un límite, un objetivo o un final intrínseco. El capital transforma el valor en plusvalor no como una forma de obtener mayor riqueza, mayor cantidad de objetos o mejorar la satisfacción de determinadas necesidades, sino como un fin en sí mismo:

El valor, como tipo de riqueza abstraída de las especificidades cualitativas de todos los productos (por lo tanto, de sus usos particulares), y cuya magnitud está sólo en función del tiempo abstracto, recibe su más adecuada expresión lógica al servir como medio para la obtención de más valor, para la progresiva expansión del valor. Así pues, con la introducción de la categoría de capital el valor se revela como un medio para un objetivo que es, en sí mismo, un medio para un fin (Postone, 2006: 351).

Siguiendo a Marx, Postone señala el origen del plusvalor en un tipo particular de intercambio de mercancías. La compra y el uso de la mercancía fuerza de trabajo permite a partir de su excepcional capacidad de generar un flujo constante de plusvalor. Al vender su trabajo como mercancía en el mercado la clase desposeída de los medios de producción recibe menos de lo que contribuye a producir en forma de salario, lo que permite al comprador de ese trabajo obtener un valor expandido. Este tipo de intercambio no simétrico se encuentra en el corazón del concepto de capital y permite explicar el movimiento expansivo y constante de las relaciones sociales capitalistas que en su forma simple se mostrarían simétricas y estáticas.

Como señalé superficialmente en el capítulo anterior, esta dinámica se ve forzada por la relación de competencia a generar lo que puede considerarse una lucha por el tiempo, o mejor, una lucha por reducir el tiempo. Postone recupera el ejemplo de Marx sobre el telar de vapor para aclarar la dinámica del tiempo y la productividad (2006: 375-376). Antes de la introducción de este nuevo recurso productivo, un productor de tela producía 20 yardas de tela en una hora pero tras la introducción del telar mecánico la productividad se duplica pudiendo obtenerse con su uso 40 yardas por cada hora de trabajo. Aquellos productores que lograron aplicar esta tecnología, adelantándose a los demás, lograban producir el doble de valor que el resto en el mismo tiempo, lo cual les permite por el momento vender más barato, ahorrar en fuerza de trabajo y en definitiva obtener mayores márgenes de beneficio. Sin embargo, se produce también lo que puede denominarse un efecto nivelador (Zamora, 2012: 3) caracterizado por la progresiva generalización de las condiciones de producción que permiten mayores índices de productividad. En términos prácticos, los demás productores deben introducir cambios que igualen sus aptitudes competitivas o terminar por desaparecer, pues no podrán enfrentar los precios y rendimientos de sus competidores. Se trata de una lucha por el tiempo, por reducir el tiempo necesario para producir mercancías en

relación al tiempo social medio y así obtener ventajas competitivas. De todas formas, este efecto nivelador termina por igualar el nivel medio de tiempo requerido para producir, estableciéndose como nuevo estándar temporal. En palabras de Postone:

La peculiaridad de esta dinámica –y esto es crucial– reside en su efecto rutina. La productividad incrementada aumenta la cantidad de valor producido por unidad de tiempo, hasta que esta productividad se vuelve generalizada; es este punto, la magnitud del valor generada en este periodo de tiempo, merced a su determinación abstracta y general, vuelve a caer a su nivel previo. Ello da como resultado una nueva determinación de la hora social de trabajo y un nuevo nivel de base de productividad (Postone, 2006: 377).

Esta dinámica abre la posibilidad de explicar fenómenos paradójicos propios de la modernidad como el hecho de que los brutales y constantes aumentos productivos no repercutan en una reducción de las horas de trabajo social (Postone, 2007: 42), o que el crecimiento económico constante no logre detener las elevadas tasas de desempleo estructural cada vez más complicadas de gestionar por los Estados (Briales, 2017; 2019). En todo caso, cabe destacar que esta dinámica inmanente a las relaciones sociales capitalistas produce un efecto coactivo, no sólo hacia la fuerza de trabajo, sino también a los capitalistas que deben ajustar constantemente sus capacidades productivas a los nuevos estándares de productividad.

Como he mostrado, esta dinámica se desarrolla en dos momentos: transformación en forma de incremento de la productividad; y reconstitución y nivelación del tiempo social medio (Postone, 2006: 378). Para Postone, esto supone la existencia de dos formas de temporalidad superpuestas: el tiempo abstracto y el tiempo histórico<sup>42</sup>.

Las relaciones sociales atravesadas por el intercambio generalizado de mercancías han establecido, como he mostrado ya, un tipo de temporalidad constante, homogénea y mensurable que permiten medir la actividad humana y así facilitar el intercambio entre mercancías equivalentes. Este tipo de tiempo se caracteriza por ser una variable independiente con respecto a las actividades realizadas o los significados sociales, pero Postone plantea además la existencia de otra dimensión temporal que se muestra dependiente a los cambios en la productividad. Mientras que el tiempo abstracto, en tanto que sustancia común de la actividad, se muestra como variable independiente, el tiempo concreto, en tanto que promedio de las capacidades productivas de una sociedad, es sensible a los cambios sociales y al avance de la productividad: “no toda hora es una hora” (Postone, 2006: 380). Dicho de otra manera, si en una hora no se produce una actividad al nivel medio de productividad,

<sup>42</sup> En este sentido, Mario Domínguez (2018) ha desarrollado la diferencia entre las temporalidades expuestas por Marx en los tomos I, II y III de *El capital*. Mientras que el tomo I desarrolla un tipo de tiempo lineal “el tiempo de la producción”, en los tomos II y III emerge un tiempo cíclico donde Marx estudia el tiempo de la realización del valor y de la circulación de mercancías.

sigue habiendo pasado una hora, pero se trata de una hora mal aprovechada y por lo tanto de una hora menos efectiva que la media de las horas. Por ejemplo, si en tu hora has realizado una actividad, digamos un 25% menos provechosa en términos productivos, en realidad esa hora mal aprovechada representa el equivalente a 45 minutos de la media de las horas. Mientras que a nivel individual una hora se muestra invariable e intrasformable, a nivel social el efecto de la competencia provoca una actualización constante de lo que supone realmente una hora. Postone denomina a este tiempo constantemente reprogramado tiempo histórico: el tiempo que constituye la dinámica de la transformación y la reconstitución.

En términos efectivos, más allá de la abstracción y la simplificación cuantitativa, esta dinámica de transformación-nivelación motorizada por la competencia genera, además de una coacción a nivel individual y social, lo que Postone denomina densificación del tiempo (Postone, 2006: 380). Para continuar con el ejemplo, si un productor quiere que su hora siga valiendo una hora, o incluso un poco más, debe rellenar sus horas –o las horas de aquellas personas a las que contrata– con una mayor capacidad productiva; esto es, incrementar su hora de contenido en términos productivos. Una hora sigue siendo una hora pero una hora supone cada vez mayor contenido en términos productivos. Esto trae consigo una presión general sobre la vida social general: para los propietarios de los medios de producción que deben asegurarse que el trabajo que pagan sea ejecutado a los niveles productivos medios, y para los desposeídos de medios de producción que ven cómo estas exigencias les someten a un estado de enfrentamiento con los propietarios que compran su tiempo de trabajo y ejercen una presión creciente sobre ese tiempo, y además a un régimen de competencia con otros vendedores de su tiempo que les obliga a elevar la capacidad productiva de su propio tiempo de trabajo. Este proceso de competencia intraclase será abordado más adelante a partir de los conceptos de autoconcepción empresarial y empleabilidad<sup>43</sup>. Independientemente de la posición de clase que se ocupe, la densificación temporal genera fuertes efectos en el ritmo cotidiano, la experiencia, y la concepción temporal de la existencia, a pesar de ello, vivir la densificación desde una posición u otra conllevará consecuencias y efectos significativamente diferenciales.

Se produce lo que Álvaro Briales denomina una intensificación del tiempo o un tiempo de vida con forma de trabajo (Briales, 2019: 582). A pesar de que el origen de esta intensificación deba buscarse en los procesos productivos, para Briales esta lógica temporal que lleva a intensificar las horas se extiende a los desempleados que compiten entre sí por vender sus horas a los niveles de productividad exigidos, a los trabajadores autónomos e incluso a la esfera de los cuidados que se ve presionada e invadida por esta forma de temporalidad. La influencia de esta dinámica sobre

---

<sup>43</sup> En el capítulo siguiente analizaremos más detenidamente este concepto desarrollado por el investigador Damián Pierbattisti.

múltiples esferas sociales dependientes como la tecnología, los métodos y organización del trabajo, la administración, el consumo, el conocimiento y la ciencia etc, es importante, pero también en esferas teóricamente independientes de los procesos productivos.

En la esfera productiva, la densificación del tiempo viene dada por lo que Marx denominó plusvalía relativa. Para producir plusvalía siempre es necesario añadir al tiempo de trabajo necesario de la jornada laboral un tiempo extra: el plustrabajo. Ahora bien, este lapso de plustrabajo puede y debe ser incesantemente incrementado y para ello Marx define dos formas. Se puede, por un lado, incrementar de forma absoluta el tiempo de la jornada de trabajo, o, por otro, incrementar el peso relativo del plustrabajo en relación al trabajo necesario. En otras palabras, o se incrementa el total de horas trabajadas para que el total de plustrabajo aumente en la misma proporción que el total del tiempo trabajado, o se incrementa la productividad para que en una misma cantidad de trabajo el trabajo necesario se alcance en menor tiempo, ocupando así una menor proporción del total. Esto sólo se puede conseguir aumentando la productividad del tiempo de trabajo comprado. Debido a que la plusvalía absoluta no puede extenderse sin afectar seriamente a la reproducción de la fuerza de trabajo, la plusvalía relativa es la forma más recurrente para la obtención de plusvalía. La densificación del tiempo supone de facto que la presión por el incremento en las tasas de explotación a partir de la plusvalía relativa se incrementa de manera constante.

¿Y cómo se produce esto? Pues a través de mecanismos técnicos, maquinaria, métodos de trabajo, intensidad de trabajo, formación y educación, coordinación etc., es decir, a través de cualquier mecanismo que permita reducir el tiempo de trabajo que se haya comprado en relación al tiempo de trabajo socialmente necesario medio. Los avances científico-técnicos de los últimos siglos difícilmente pueden analizarse a espaldas de este proceso<sup>44</sup>.

La densificación temporal también plantea efectos importantes en la esfera de la circulación. El incremento de la productividad y la competencia lleva ligado el incremento de la obtención de ganancias dinerarias y por lo tanto la necesidad de acrecentar la velocidad de movimiento y el consumo de mercancías, es decir, en la esfera de la realización del proceso de intercambio la densificación del tiempo también genera efectos significativos. Especialmente el consumo, se ve sometido a la presión de un incremento constante de las ventas y por ello se produce una relevancia creciente de fases del proceso de circulación como el marketing o el desarrollo de fenómenos como la obsolescencia reducida y planificada de los productos. La densificación del tiempo hace que la circulación de mercancías sufra una presión igual de intensa que la producción, pues en última

---

<sup>44</sup> Para una explicación sobre los vínculos entre el proceso histórico del capitalismo y las transformaciones en el campo científico técnico, véase por ejemplo, Harvey, D. (2014), pp. 101 y ss.

instancia es tan relevante producir bajo estándares elevados de rendimiento, ajustándose a la norma temporal general, como vender efectivamente lo que se produce en el mercado.

### ***Aceleración social***

En todo caso, esta densificación, compactación o intensificación del tiempo supone el incremento de la velocidad social debido a la necesidad de realizar una mayor cantidad de actividades y acciones individuales y sociales en el mismo lapso de tiempo. Al producirse más eventos en el mismo periodo, se produce una sensación de aceleración social. Algunos autores, desde muy diversas perspectivas, han centrado sus investigaciones en este fenómeno de la aceleración social (Safranski, Luhmann, Koselleck, Harvey<sup>45</sup>), sin embargo, no es la intención de este trabajo realizar una revisión de todas estas propuestas por lo que me centraré fundamentalmente en el trabajo del sociólogo alemán Hartmut Rosa que, sin duda, plantea elementos relevantes para esta investigación.

Rosa, en contraste con Postone, argumenta que la aceleración social debe analizarse a través de dimensiones sociales diversas, puesto que no surge de una única fuente causal y además convive con contratendencias importantes.

Para Rosa existen tres dimensiones analíticamente relevantes en la cuales la aceleración social debe tratarse de forma particular: la aceleración tecnológica, la aceleración del cambio social y la aceleración del ritmo de vida (Rosa, 2011: 14-20). La aceleración tecnológica implica innovaciones en campos como las comunicaciones, el transporte o la producción que han generado un evidente aumento de la velocidad. La producción industrial y agrícola es mucho más rápida, las comunicaciones son prácticamente instantáneas y permiten un flujo de información amplio y constante y las innovaciones en el transporte han permitido que los viajes y el traslado de mercancías se produzcan a velocidades absolutamente excepcionales a nivel histórico. Como dinámica general, Rosa destaca, apoyándose en gran medida en Harvey, que la aceleración en el plano tecnológico ha supuesto una alteración de la relación espacio-tiempo en detrimento del primero sobre el segundo. El tiempo cada vez resulta menos relevante a un nivel social.

Además, Rosa plantea la importancia de la aceleración en el plano del cambio social y se pregunta si los cambios políticos, sociales y culturales realmente se producen a una mayor velocidad que

---

<sup>45</sup> Especial mención exige el trabajo elaborado por David Harvey en *La condición de la posmodernidad*, donde defiende la tesis de que el propio desarrollo histórico del capitalismo, en base al incremento de la velocidad de rotación del capital, supone una lógica espacio-temporal caracterizada por la aniquilación del espacio por el tiempo o compresión espacio-temporal. Además, esta tendencia espacio-temporal posee un carácter contradictorio en el cual se posibilitan dos momentos diferenciados entre la necesidad del capital de espacializarse y la de incrementar la velocidad de rotación. Además, Harvey describe muy hábilmente cómo el proceso de aceleración que acompaña al circuito de rotación del capital no es una tendencia homogénea, sino que posee momentos de aceleración pero también de estancamiento y de crisis que a pesar de no poner en riesgo el proceso acelerador, sí exige una mayor precisión a la hora de definir la especificidad de la coyuntura histórica.

antes y por lo tanto si la aceleración es una variable relevante a la hora de afrontar su estudio. Para tratar de confirmar su hipótesis, Rosa se plantea la cuestión sobre dos grandes problemáticas que han ocupado el campo de las ciencias sociales, las estructuras familiares y las ocupacionales (Rosa, 2011: 17-18). En el primer caso, verifica la progresiva aceleración en las formas básicas de la familia desde las sociedades agrarias, en las que fue constante durante siglos, la modernidad, con una duración de una sola generación, y la modernidad tardía, con ciclos familiares que ven alterada su estructura más de una vez en cada generación. En el segundo caso, Rosa describe conclusiones similares, siendo fácil apreciar, a lo largo de la historia reciente, una estructura profesional y ocupacional más flexible y variable, habiéndose debilitado la figura de la profesión o el gremio. En sociedades más antiguas, las ramas ocupacionales solían permanecer estables en torno a las familias por generaciones, siendo ahora habitual encontrar trabajadores que cambian varias veces de profesión a lo largo de su vida.

Por último, Rosa plantea la dimensión del ritmo de la vida social como un área analítica relevante para el estudio de la aceleración social. Para abordarlo, destaca dos perspectivas potencialmente útiles, la subjetiva y la objetiva (Rosa, 2011: 18-20). En el primer caso, se abre la posibilidad de estudiar la experiencia individual de la vida cotidiana en relación a la sensación de falta de tiempo, el estrés o el ritmo acelerado de la experiencia. En el segundo, Rosa plantea la posibilidad de estudiar y medir unidades de acción de forma comparada para comprobar los usos y duraciones temporales de la vida social y la manera en la que se transforman. Además, incide en la importancia de estudiar fenómenos como la reducción de los descansos, la multidedicación y la disminución de porosidades en las actividades individuales.

Para Rosa estas tres esferas diferenciadas se encuentran interconectadas dando lugar a una cadena de retroalimentación o un ciclo de aceleración cerrado y autoimpulsado (2011: 21-22). Esta aceleración social provoca lo que él denomina el fenómeno de la “pendiente resbaladiza”, es decir, que las personas se ven presionadas a mantener el ritmo social para no descolgarse de los hábitos, modas o los usos del lenguaje que la aceleración impone. Sin embargo, ni existe una única dimensión social en la que se expresa ni tampoco existe sólo una fuerza motora de la aceleración social. Para Rosa hay tres fuentes diferentes, “tres aceleradores clave”, que pueden explicarla y deben ser atendidas por separado.

El primero, es el motor económico al que Rosa concede un papel protagonista en la aceleración social. Sin profundizar aquí mucho en ello, plantea que el capitalismo tiende a la aceleración y la producción de bienes por unidad de tiempo. Sin embargo, destaca los límites de la esfera económica



como fuerza motriz de la aceleración social y plantea la existencia de un motor cultural y otro funcional sin los que no podrían explicarse satisfactoriamente los procesos de aceleración.

El segundo es el motor cultural que para Rosa está muy vinculado a los discursos sobre la modernización y el progreso que a pesar de estar muy relacionados con las formas capitalistas de producción, como él mismo reconoce, tiene un origen anterior y su despliegue es asimétrico (2011: 24-25). Rosa rescata a autores como Friedrich Ancillon, Hans Blumenberg o Marianne Gronemeyer para reconstruir el ideal occidental de la felicidad y la vida plena muy asociados al uso intensivo de la vida y al desarrollo del potencial humano. Para Rosa, este tipo de ideales culturales fundamentan el aumento del ritmo vital a partir de la búsqueda de una vida plenamente vivida: “Dentro de esta lógica cultural, si continuamos aumentando la velocidad de la vida, con el tiempo podríamos llegar a vivir una multiplicación de vidas dentro de una sola vida al tomar todas las opciones que las definen.” (2011: 24-25). Sin embargo, esta pulsión aceleradora resulta siempre frustrada. El mismo impulso que aumenta el número de experiencias y de acciones realizadas en una sola vida, incrementa al mismo tiempo las opciones posibles lo que refuerza la tendencia a la sensación existencial de falta de tiempo.

Por último, para Rosa existe otra fuente clave para dar cuenta de la aceleración social: el motor estructural (2011: 26). Recuperando el concepto de diferenciación funcional del sociólogo Niklas Luhmann, Rosa plantea que las sociedades de la modernidad avanzada sufren un proceso de complejización que repercute en un tiempo acelerado, que a su vez responde a una creciente cantidad de sincronizaciones, flujos de información, interacciones y relaciones simultáneas. Esta propuesta, en tanto que guarda afinidad con las propuestas clásicas de la sociología del tiempo, entraña paralelismos con los escritos de Norbert Elias tratados en el capítulo uno de esta investigación.

En todo caso, Rosa enfatiza el carácter entrelazado de un sistema que se retroalimenta y que se impulsa a sí mismo constantemente. El origen causal múltiple logra apagar la búsqueda de una dimensión original o principal como fuente de la aceleración social. Por ejemplo, Rosa plantea que la aparición de innovaciones tecnológicas puede provocar cambios significativos en los comportamientos sociales ligados a la comunicación, el transporte o las relaciones sociales que a su vez provoquen una experiencia social acelerada del ritmo de vida (Rosa, 2016: 51-52).

Hasta este momento, he mostrado tanto las diferenciaciones entre espacios analíticos como las diferentes fuentes sociales de la aceleración social según la teoría de Rosa. Sin embargo, para él existen fenómenos sociales, espacios específicos y tendencias que no responden a una tendencia homogénea del incremento de la velocidad de la vida social (Rosa, 2011: 26-30). Rosa destaca

cinco tipos de desaceleración social. El primero, hace referencia a los límites antropológicos y naturales de la aceleración. Existen barreras fisiológicas a la aceleración como la velocidad a la que puede actuar o percibir el cuerpo humano o las necesidades como la alimentación o el sueño. El segundo, es la existencia de reductos espaciales y culturales que, ya sea voluntaria o involuntariamente, presentan un tipo de relaciones sociales desaceleradas o resistentes a la aceleración. El tercer tipo, es la aparición de fenómenos disfuncionales o errores no deseados en las dinámicas aceleradoras, como los atascos, las averías, las enfermedades o las poblaciones excluidas. El cuarto tipo, atiende a la desaceleración intencionada ya sea individual o colectiva: comunidades o personas que deciden, ya sea por tratarse de una desaceleración táctica y provisoria o por tratar de oponerse política o ideológicamente a la aceleración, poner freno a los ritmos y las exigencias temporales que plantea la vida social. El quinto y último tipo de desaceleración es el causado por los límites absolutos de las dinámicas de aceleración. Las energías, los campos de expansión posibles y los límites intrínsecos al mundo físico pueden estar planteando un límite final, o al menos una ralentización en la aceleración que ponga en cuestión por primera vez el proceso de aceleración sin fin. Este último punto es el único que parece representar un límite significativo a la dinámica aceleracionista puesto que el resto de ellos parecen ser, según Rosa, puramente residuales y carentes de efecto real sobre la tendencia general.

En resumen, Rosa plantea un marco de análisis amplio y multidisciplinar del fenómeno de la aceleración social, destacando su amplitud y relevancia histórica. Para él, la aceleración social debe ser la perspectiva fundante de cualquier investigación sobre la vida social en la modernidad avanzada. Puesto que constituye un poder totalitario que no sólo empuja y presiona a los sujetos y las sociedades a incrementar sus velocidades por el temor a quedar atrás, incapaces de seguir el ritmo, sino que además se plantea como una fuerza natural ajena a la influencia social y política y por ello extremadamente difícil de cambiar (Rosa, 2016: 106-108). Considerando sus aportaciones de máxima utilidad y afinidad, quisiera realizar algunos apuntes críticos que definan más claramente la relevancia y el interés de su aportación.

En primer lugar, quiero reconocer la utilidad de su análisis multicausal que consigue hacer confluír, a partir de sus interacciones y retroalimentaciones, los diferentes espacios analíticos de la aceleración en una lógica unitaria. Capaz de categorizar particularidades y contratendencias en la dinámica de la aceleración nunca renuncia a la amplitud y la rotundidad en sus conclusiones. La existencia de una tendencia regular, general y uniformizadora no tiene por qué ser incompatible con un análisis que distinga límites y dimensiones diferenciadas. De hecho, un análisis como este permite complementar las carencias que un trabajo como el de Postone puede revestir en este

sentido. El trabajo de Postone se dedica fundamentalmente a describir de manera abstracta y general la manera en la que la peculiaridad de las formas sociales capitalistas constituye una dinámica temporal específica. La prioridad del trabajo de Postone es plantear un esquema de máxima coherencia interna y de máxima capacidad de generalización, lo cual le lleva a desatender los fenómenos sociales que plantean características singulares. Pero la existencia de estos momentos heterogéneos plantea el reto de generar herramientas teóricas útiles a la hora de atender a la singularidad y a la generalidad al mismo tiempo.

Ahora bien, el marco elaborado por Postone plantea algunas posibles puntualizaciones a la obra de Rosa. Atender a las irregularidades y diferenciaciones analíticas le lleva en ocasiones a un modelo un tanto confuso y de categorizaciones algo arbitrarias. Esto es especialmente visible a la hora de describir las fuentes fundamentales de la aceleración. Su intento de mantener un esquema clásico que separa las esferas de la economía, la cultura y la sociedad, no le permite precisar y dimensionar las consecuencias que las relaciones sociales mercantiles plantean a las sociedades contemporáneas. No trato de reivindicar, por enésima vez, el estatuto determinante de la economía sobre el resto de esferas, ni mucho menos reclamarla como la única fuente de las dinámicas temporales actuales. Pero sí creo importante apuntar a un análisis que pueda recoger la naturaleza específica y la excepcional escala que adquieren, en las sociedades actuales, ya no la economía en un sentido clásico y limitado, sino el tipo de relaciones sociales e interdependencias que genera el intercambio generalizado de mercancías. Por ejemplo, a la hora de definir la singularidad del motor estructural (esfera social), recae en errores y límites similares a los de la propuesta de Norbert Elias sobre la que ya expresé mis reservas en el capítulo primero. La teoría de la complejización social como proceso autónomo y socialmente inespecífico plantea importantes límites analíticos que parten de ignorar el tipo de complejización específica que se produce bajo las condiciones del capitalismo. La diferenciación de esferas como espacios analíticos no puede suponer la ausencia de un análisis histórico y teórico sobre sus articulaciones, interdependencias y determinaciones, puesto que las relaciones sociales capitalistas, las prácticas sociales e individuales que produce, sin duda alguna, suponen escalas de influencia histórica y social de una amplitud y una profundidad excepcionales. No puede olvidarse que las relaciones de intercambio y competencia y su dinámica temporal coactiva, expresadas cotidianamente por el reloj y el dinero, no poseen muchos equivalentes históricos que puedan equipararse en capacidad expansiva. Es positivo evitar el determinismo y el mecanicismo economicista pero también el establecimiento de esferas autónomas que plantean un pluralismo ideal en contraposición a ese mecanicismo. Hablar de totalización no puede convertirse

en homogenización pero su cuestionamiento tampoco debería llevarnos a la renuncia del estudio de la regularidad particular que el capitalismo genera.

### ***Hibridación temporal***

Hasta ahora he descrito tanto el concepto de capital, como la particular dinámica temporal que supone de expansión del valor y aumento de la productividad como fin en sí mismo. Además, he analizado de la mano de David Harvey y Hartmut Rosa algunas de sus consecuencias más relevantes como son la compresión espacio-temporal y la aceleración social. Llegados a este punto considero importante apuntar otro efecto propio de la temporalidad de la modernidad tardía: la indiferenciación.

E. P. Thompson, apoyándose en la crítica de la vida cotidiana de Lefebvre, plantea la existencia de tres grandes características diferenciales de la nueva temporalidad surgida en la sociedad industrial con respecto del tiempo ecológico propio de las sociedades tradicionales (Thompson, 1995: 402). La primera es que el tiempo regulado por horas constantes es más difícil de entender que el tiempo vinculado a los ciclos naturales; la segunda, que el trabajo orientado al quehacer sin medición horaria abstracta es menos apremiante y menos constante en sus intensidades; y la tercera y última característica es que en la actividad regulada por la temporalidad moderna se produce una mayor diferenciación entre tiempo de vida y tiempo de trabajo, es decir, que en las sociedades tradicionales el tiempo dedicado a realizar tareas consideradas obligatorias para la satisfacción de necesidades y el tiempo de vida destinado a realizar actividades de ocio o placenteras se mezcla e indiferencia constantemente. Sin embargo, tras la irrupción de las horas del reloj, los tiempos de trabajo y ocio sufren una separación radical: “no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el pasar el tiempo” (1995: 402).

Mientras que las dos primeras características pueden observarse sin grandes cambios en la temporalidad actual, cabe hacerse una serie de preguntas en relación a la tercera: ¿cómo ha afectado el proceso de expansión y acumulación del valor al tiempo de ocio? ¿Qué sucede hoy en día en relación a esta diferenciación entre tiempos de ocio y tiempo productivo? ¿Se ha mantenido esta frontera?

Como hemos visto, la dinámica de densificación del tiempo provoca una constante demanda del incremento de la productividad y alcanzar estos estándares sociales en el uso efectivo del tiempo constantes déficits temporales. En pocas palabras, lo que se produce es una falta constante de tiempo o una sensación permanente de falta de tiempo que tiende a privilegiar todas aquellas prácticas vinculadas a actividades productivas en detrimento de lo demás. Conseguir transformar el

tiempo de trabajo en renta supone siempre pasar por el mercado y es el mercado precisamente quien impone los estándares temporales actualizados<sup>46</sup>. Siempre es necesario dedicar más tiempo a aquellas prácticas sociales que permiten competir mejor y obtener ingresos. Álvaro Briales lo denomina el “agujero negro de trabajo” (2016: 34), que admite visualizar la lógica permanente de demanda social de horas de las actividades relacionadas directa o indirectamente con la obtención de ingresos y obliga a subordinar o directamente descartar otro tipo de actividades. Cuando el tiempo no puede ser ganado en términos relativos como índice de productividad, desborda los horarios en términos absolutos expandiéndose por todo el tiempo de vida. Esta lógica plantea consecuencias relevantes sobre las esferas de la educación y el conocimiento, de los cuidados y, evidentemente, también sobre las relaciones laborales.

Un autor que ha trabajado sobre este tipo de colonización de la actividad productiva sobre todo el tiempo social es Jonathan Crary en su libro *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*, de 2013. El texto de este profesor de Historia de arte moderno trata de dar cuenta de las actuales transformaciones en los horarios y los ritmos sociales que tienden hacia una ocupación total. Según Crary, las sociedades occidentales se encuentran sumidas en una continuidad temporal sin pausas ni fisuras, donde cada momento es susceptible de ser productivo:

La temporalidad 24/7 es un tiempo de indiferencia, en el cual la fragilidad de la vida humana es cada vez más inadecuada y el sueño no es necesario ni inevitable. En relación con el trabajo, propone como posible e, incluso, normal, la idea de trabajar sin pausas, sin límites (Crary, 2015: 21).

La distinción entre el tiempo en el que las personas hacen lo que quieren hacer y lo que tienen que hacer se difumina en un continuo temporal sin bordes ni perspectivas. Paradójicamente y en contra de la diferenciación que planteaba Thompson entre las tareas orientadas al quehacer y el trabajo moderno del reloj, el tiempo se ha vuelto indistinto de nuevo, cada vez resulta más complicado saber cuándo una persona deja de trabajar o realiza acciones relacionadas con el trabajo y cuándo descansa o disfruta. Crary matiza que evidentemente siguen existiendo de forma paralela otro tipo de temporalidades entrecortadas pero deben superponerse y adaptarse jerárquicamente a los circuitos, ritmos y horarios de los procesos económicos que nunca descansan (Crary, 2015: 65). De nuevo vemos que la dinámica temporal de la valorización se erige como un tiempo pivote, o un tiempo rector que obliga al resto de tiempos sociales a adaptarse, subordinarse, subsumirse o al menos defenderse.

---

<sup>46</sup> Suponen casos especiales de los que no me ocuparé, otras formas de obtención de rentas como la propiedad de la tierra, la propiedad inmobiliaria, la especulación, la inversión financiera etc. En todo caso, trataré en el próximo capítulo la propiedad y la obtención de rentas de diversas fuentes.

Crary, de manera similar a Marx que describió los límites humanos a la extensión de la jornada laboral como forma de favorecer la extracción de plusvalía absoluta, señala también el sueño como un límite fisiológico-antropológico para la aplicación de esta temporalidad continua. Como recuerda Crary, las personas somos dependientes de prolongados y periódicos espacios de tiempo de descanso y sueño: “Tras un breve periodo, la privación del sueño produce psicosis y tras varias semanas empieza a causar daño neurológico” (2015: 28). El sueño, de forma similar al descanso o la espera, empieza a ser contemplado como un adversario, como un problema externo al que enfrentarse: “El sueño plantea la idea de una necesidad humana y de una temporalidad que no pueden ser colonizadas y aprovechadas para alimentar el motor de la rentabilidad” (2015: 22). Crary rescata varios ejemplos, como los experimentos realizados por el Departamento de Defensa de Estados Unidos que tratan de copiar e implementar en humanos las capacidades de ciertas aves para permanecer despiertas durante días y evidencia así que el sueño representa un límite insuperable para la temporalidad 24/7 que debe ser atajado (2015: 13). Según Crary, a partir del siglo XIX, el sueño empieza a ser considerado como un estado limitante y subordinado a la vigilia que se concibe como el espacio de la mente más desarrollado y complejo y en el transcurso del XX la cantidad de horas dedicadas a dormir no ha parado de disminuir (2015: 23). El sueño entendido como variable negativa supone la posibilidad de una gestión estratégica que reduzca sus efectos nocivos. La autodisciplina, los fármacos, o diferentes técnicas psicológicas permiten a las personas reducir el número de horas de sueño para así obtener ventaja comparativa con quien dedique más horas a dormir. El sueño ya no es una necesidad humana básica, tampoco una experiencia placentera o mística. Ahora el sueño es un inconveniente que debe ser neutralizado y evitado. Además, como ha planteado Safranski, la concepción del tiempo como recurso escaso y como extensión temporal continua posee importantes efectos sobre la experiencia humana. La duración sin final, sin vértices y sin rugosidades plantea una homogeneidad temporal para la sensibilidad del transcurso. El año, cuya frontera es el tiempo de vacaciones; las semanas, divididas por el fin de semana; y los días, separados por el tiempo de sueño, se difuminan y terminan por constituir una unidad uniforme.

Sin duda, y en esta problemática se han centrado autores como Carlos Prieto y Ramón Ramos, este proceso de indiferenciación deriva de una transformación de las relaciones laborales que han transitado de una temporalidad con tendencia a la reducción, homogenización y regularización, a una tendente a la expansión, la desregulación y la flexibilidad (Prieto; Ramos; Callejo, 2008: XVI-XVII)<sup>47</sup>. El aumento de la competitividad en los mercados internacionales, el

---

<sup>47</sup> El trabajo de estos autores se ha centrado en el caso español pero su propuesta posee voluntad de generalización al menos en una escala europea.

desempleo estructural y la tercerización de la economía se plantean para estos autores como las grandes causas de las actuales transformaciones en los nuevos tiempos del trabajo que se traducen en varios efectos adversos. En primer lugar, el aumento de las horas trabajadas y la imprevisibilidad de horarios y descansos dificultan la compatibilización con el tiempo de ocio y cuidados personales y familiares; en segundo lugar, el desempleo estructural y la flexibilidad-precariedad a la que son sometidos los nuevos trabajadores dificultan la generación de planificación a largo plazo; y por último, tal y como plantean estos autores, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo ha generado el fenómeno de la doble jornada que exige a las mujeres compaginar trabajo productivo y trabajo reproductivo. Las mujeres, no sólo deben afrontar las tareas no remuneradas asociadas a los cuidados, sino que además deben afrontar las exigencias del mercado y la vida laboral<sup>48</sup>. La jerarquización entre los dos tipos de tiempos, ha dado como resultado que “casi siempre ha sido la institución doméstico-familiar la que se ha tenido que adaptar a los requerimientos temporales de la institución salarial, más poderosa” (Prieto; Ramos; Callejo, 2008: XIII). La opresión del trabajo se suma a las estructuras de dominación familiar-patriarcal, situando el tiempo de las mujeres atrapado entre ambas esferas.

Otro elemento significativo relacionado con las transformaciones de las relaciones laborales ha sido trabajado por Sergio Bologna, quien lleva años estudiando las transformaciones en el mercado de trabajo y más específicamente el fenómeno del trabajo por cuenta ajena. El trabajo autónomo es una de las figuras más representativas de las nuevas relaciones laborales<sup>49</sup> y condensa algunas de sus características más significativas. Para Bologna, el tipo de temporalidad específica del trabajo por cuenta propia es la desregulación absoluta en contraposición al trabajo asalariado o por cuenta ajena. De hecho, las luchas obreras se han relacionado históricamente con el establecimiento de jornadas de trabajo fijas y de la obtención de horarios compatibles con la vida y el ocio (Bologna, 2006: 67). Bologna señala que además de la domestificación que distorsiona aún más las fronteras entre el trabajo y el ocio, el trabajador autónomo enfrenta la sustitución de la medida del trabajo en unidades temporales fijas (horas, días, meses) por los resultados y los plazos de entrega. El trabajo deja de ser un horario y pasa a ser una sucesión constante de fechas límite de entrega bajo la sombra del estado de resultados contables. El incumplimiento de las fechas de entrega supone la exclusión de un mercado que impone un ritmo fijo e hiperacelerado (2006: 69-70), y por lo tanto el constante miedo al fracaso y la ruina. El trabajo por cuenta propia que supone la desaparición de la mediación de la empresa entre el trabajador y el mercado supone la radical inserción de los trabajadores por

---

<sup>48</sup> La socióloga española M. A. Durán ha trabajado este fenómeno específicamente.

<sup>49</sup> Sergio Bologna ha estudiado principalmente el mercado laboral italiano pero posee estudios generalizados a todo el contexto europeo.

cuenta propia en los ritmos y exigencias de este. “El trabajador autónomo está permanentemente en el mercado” a merced de la demanda y obligado a desarrollar una capacidad de elasticidad de su oferta “casi ilimitada”(2006: 82). La dificultad de prever las exigencias del mercado le generan grandes inconvenientes a la hora de organizar sus descansos y sus periodos de tiempo libre que cada vez se confunden más con su propia vida. Se produce lo que Bologna denomina una “jornada laboral sin límites” que además se encuentra bajo el temor constante al fracaso y la ruina.

La ausencia de amortiguadores estatales y el ritmo y exigencias del mercado suponen no sólo un estado de inseguridad e incertidumbre constantes, sino también una implicación psico-temporal absoluta. Vivir para el trabajo se transforma en una necesidad económica pero también personal que absorbe la totalidad del tiempo y la dedicación (2006: 82). Sin embargo, Bologna destaca, el valor de una labor no controlada de manera rígida, disciplinaria y jerárquica, en la que las personas son capaces de desarrollar una actividad laboral autoorganizada sobre la cual generar una identificación fuerte<sup>50</sup> y un sentido de control sobre la propia existencia que el trabajo en el régimen fordista imposibilitaba completamente.

En resumen, las exigencias temporales que tienden a la densificación y la aceleración del tiempo producen también una dinámica de indiferenciación entre el tiempo de vida y el tiempo dedicado a actividades relacionadas con la obtención y mantenimiento de fuentes de ingresos. A pesar de que la lógica apuntaría a que el ascenso de la productividad de una sociedad supondría a la larga un aumento del tiempo libre dedicado a actividades ociosas, la realidad es que el trabajo, o la preparación que exige obtener o mantener uno, supone en muchos casos una dedicación temporal muy grande. El mercado de trabajo flexibilizado y saturado con tasas de desempleo estructurales supone una competencia descarnada entre aquellas personas que aspiran a vender su tiempo de trabajo. Trabajar más, trabajar más intenso y con una implicación mayor, resulta un requisito generalizado y creciente<sup>51</sup>.

Este proceso de hibridación entre tiempos de ocio y trabajo no se circunscribe exclusivamente al trabajo asalariado. La aparición de novedosas formas de obtención de fuentes de ingreso a partir de las transformaciones en el mercado de la vivienda y la irrupción de plataformas online de alquiler

---

<sup>50</sup> Los nuevos formatos del trabajo asalariado buscan un tipo similar de relación de sus trabajadores con la actividad productiva. El trabajador debe involucrarse completamente con los objetivos de la empresa, identificarse y sentir que sus objetivos personales coinciden con los de la empresa. Véase, por ejemplo, Luc Boltanski y Eve Chiapello (2002) o Coriat (1993). Puede resultar interesante también, siguiendo esta línea de investigación, analizar los nuevos programas de intervención y reforma de los sistemas de organización del trabajo como el conocido como el método Scrum.

<sup>51</sup> En este sentido, en el capítulo siguiente analizaré el concepto de empleabilidad y podré desarrollar estos argumentos.



flexible resultan un buen ejemplo de cómo la indiferenciación entre tiempo libre y tiempo de trabajo constituye un fenómeno que desborda al trabajo asalariado.

Un buen ejemplo sería el trabajo realizado por el investigador Javier Gil (2019) sobre la plataforma de “economía colaborativa” Airbnb, constituido principalmente por personas que alquilan su propia casa por noches aisladas. A través del alquiler de una o dos habitaciones en su residencia habitual, los anfitriones consiguen unos ingresos muy significativos que en algunos casos incluso superan su propio salario. Para ello tienen que transformar su vivienda y sus espacios y tiempos reproductivos, íntimos y privados en un medio de obtención de ingresos. La vivienda y los espacios del hogar se configuran cada vez más según las posibilidades que tienen para producir, y menos según las necesidades o deseos de los inquilinos. Compartir cenas, desayunos o una conversación con los huéspedes se convierte en una relación productiva que será valorada por ellos cuando finalice la estancia (una evaluación que condiciona los futuros ingresos del anfitrión, lo que hace que funcione como un sistema de autodisciplinamiento de esta fuerza productiva). Ello conlleva que también surjan costes más allá de los estrictamente económicos, como el coste subjetivo de que la vivienda y los espacios y tiempos reproductivos se vean invadidos y condicionados por la relación con los turistas. De esta manera, el conjunto de la cotidianidad y el tiempo de vida de la persona se vuelven productivos y la posibilidad de diferenciar entre el tiempo en el cual esas personas están descansando en sus propias casas y el que dedican a obtener ingresos es cada vez más difícil de distinguir.

Si bien E. P. Thompson señaló acertadamente que una de las diferencias más significativas de la nueva temporalidad asociada al trabajo asalariado era la delimitación entre tiempo de trabajo –un tiempo que ya no es tuyo, que has vendido a otro– y tiempo libre, los procesos temporales actuales plantean la posibilidad de que esto se invierta, dando como resultado un tiempo continuo, donde la diferenciación entre la vida y el trabajo se vuelve cada vez más difusa. Cabría destacar entonces, dos procesos diferenciados de hibridación: indiferenciación absoluta por la vía del incremento horario absoluto de trabajo, es decir, la extensión de las horas dedicadas al trabajo; y la indiferenciación relativa, que pasa por simultanear o hibridar actividades laborales y de ocio en una misma temporalidad.

### ***Procesos de subjetivación y temporalidad en la modernidad avanzada***

A modo de cierre, cabe realizar una serie de preguntas: ¿es posible una articulación entre la noción de tiempo neoliberal desarrollada a partir del trabajo de Foucault y los conceptos de densificación, aceleración e indiferenciación del tiempo? ¿Hasta qué punto los elementos que he desarrollado

hasta ahora pueden servir como recurso analítico de los procesos de subjetivación contemporáneos? ¿Es el tiempo una dimensión significativa a la hora de abordarlos? ¿De qué manera los conceptos de racionalidad, tiempo neoliberal y densificación del tiempo pueden ser productivos en este sentido? A fin de abordar estas cuestiones, en el siguiente capítulo, sintetizaré las implicaciones del trabajo realizado hasta ahora.

Por un lado, es necesario preguntarse hasta qué punto el análisis del tiempo neoliberal en el marco de la racionalidad neoliberal puede ofrecernos por sí sólo las mejores herramientas para dar cuenta de las formas subjetivas propias del momento histórico actual. Sin duda el análisis de la racionalidad neoliberal inaugurado por Foucault plantea numerosas aportaciones de gran valor. Las novedades teóricas aportadas por Foucault en sus cursos sobre gubernamentalidad, tal y como he mostrado, permiten actualizar el concepto de tiempo disciplinar a partir de transformaciones teóricas e históricas muy significativas. La aparición de una temporalidad desprogramada que tiende a ser tratada como recurso autogestionado estratégicamente, la pérdida de importancia relativa de las prácticas micropunitivas en favor de la competencia y la autoexigencia o los nuevos dispositivos de seguridad enfocados hacia el futuro y el cálculo más que a sostener un presente continuo ampliado, permiten no dar cuenta no sólo de las transformaciones temporales, sino también de los procesos de subjetivación.

Sin embargo, a pesar de la apuesta –sólo planteada explícitamente por Laval y Dardot y Wendy Brown– por un marco totalizante que plantea la economización de la sociedad a partir de técnicas y dispositivos de gobierno de las conductas, la generalización de la competencia como relación social y la tendencia a la consideración de uno mismo como una empresa, son difícilmente aprehensibles exclusivamente a partir del despliegue técnico, legal e institucional de un marco normativo. La racionalidad neoliberal como mecanismo de generalización de las prácticas económicas en la vida social propia de las sociedades contemporáneas deja de lado la importancia de las dinámicas temporales coactivas abstractas producidas por las propias características de una sociedad capitalista. Además, la concepción de temporalidad que plantea Foucault se reduce a un recurso técnico-político de condicionamiento y autocondicionamiento de la conducta, es decir, Foucault entiende el tiempo fundamentalmente como un instrumento empleado por algún actor social para alterar, modificar y gobernar las conductas de otros actores sociales. En ningún caso Foucault trata el tiempo de la modernidad tardía como un elemento que por sí mismo pueda impulsar una tendencia social e histórica o que posea un carácter intrínsecamente coaccionador.

En mi opinión, esta aproximación adolece de la falta del análisis sobre la especificidad de las relaciones sociales capitalistas y de un marco de análisis que aprehenda la coacción global y abstracta que le caracteriza: el tiempo como dominación social abstracta e impersonal.

Por tanto, cabe preguntarse también en qué medida las dinámicas de densificación, aceleración e indiferenciación temporal suponen un marco excesivamente rígido, abstracto, vacío e inespecífico como para, por sí solas, dar cuenta de los principales rasgos de la subjetividad y de la temporalidad actuales. La dinámica temporal impuesta por las condiciones sociales capitalistas de exigir un estándar de productividad creciente sirve como motor, de la aceleración de social, y también, como he mostrado, de la progresiva tendencia a la indiferenciación entre tiempo libre y tiempo de trabajo. Sin embargo, la propuesta de Postone revela una incapacidad de analizar las diversas formas en las que los sujetos individuales y colectivos se relacionan e intervienen o incluso se enfrentan a este tipo de coacción. Privilegiar el establecimiento de una estructura teórica de máxima coherencia interna y de gran capacidad de generalización supone, al menos en este caso, el abandono del estudio de las formas concretas en que los sujetos habitan estas coacciones temporales y las consecuencias efectivas que supone.

En las consideraciones finales de la sesión del 18 de enero del curso *Seguridad, territorio y población*, Foucault plantea una nueva revisión crítica sobre las conclusiones vertidas en *Vigilar y Castigar* sobre el papel de la disciplina y de la libertad en el mundo moderno:

en alguna parte dije que no se podía comprender la introducción de las ideologías y una política liberales en el siglo XVIII sin tener presente que esa misma centuria que había reivindicado en tan alta voz las libertades las había lastrado, empero, con una técnica disciplinaria que, al afectar a los niños, los soldados y los obreros donde se encontraban, limitaba en forma considerable la libertad y daba en cierto modo garantías a su ejercicio. Pues bien, creo que me equivoqué (Foucault, 2008C: 60).

Para Foucault, el gobierno liberal y más adelante el neoliberal, deben comprenderse a partir de un ejercicio del poder que condiciona las conductas, propias y ajenas, a partir de la intervención sobre sus campos de libertad de acción. Ya no se busca la determinación, la reclusión, ni la programación: el poder en las sociedades contemporáneas se ejerce sobre la libertad y no contra ella. Se produce, por tanto, una enorme alteración en la consideración de la relación del papel jugado por la libertad en los mecanismos de poder fundamentales de la modernidad y esta alteración tiene a mi modo de ver una relación directa con las consideraciones sobre la temporalidad que he planteado. No se trata ya de determinar un tiempo y una acción, como negación de una libertad. Para Foucault se trata más bien de definir los campos posibles de libertad en el empleo del tiempo y de regular su uso

estratégico. Resulta importante considerar el uso estratégico del tiempo en relación al poder propio del mundo moderno en tanto que gobierno y autogobierno de los campos de libertad. La dominación en campo abierto y desprogramada, propia de la racionalidad neoliberal, supone un amplio espacio para la circulación, el intercambio y la competición entre actores, sin embargo, para Foucault lo que constituye y delimita esos espacios de libertad queda definido exclusivamente en terminos estratégico-técnicos: el gobierno neoliberal. Es necesario, a mi modo de ver, plantear la manera en la cual esos campos de libertad son afectados también por las coacciones abstractas o lo que en el primer capítulo llamé bolsa amniótica empírico temporal. Foucault, en su disputa con el marxismo, unilateraliza los elementos que construyen los campos de libertad en el cual se mueven los sujetos en las sociedades contemporáneas, mientras que Postone olvida –o al menos relega completamente en su análisis– la manera en la que los actores viven, actúan, luchan en el interior de esa bolsa amniótica empírico-temporal.

Tanto Foucault como Postone, se preguntan y cuestionan en sus trabajos, la manera en la cual funcionan y se articulan realmente la libertad, el poder y el tiempo en la modernidad capitalista. El primero a través de una analítica de los procedimientos político-técnicos que delinean los contornos y los horizontes de los campos de libertad, el segundo a partir de los condicionantes imperativos de la lógica temporal del capital. Considero que ambas perspectivas articuladas adecuadamente, pueden constituir un marco teórico más eficaz, preciso y útil para aproximarnos a la subjetividad contemporánea a partir la idea de tiempo neoliberal; es decir, a una concepción autogestiva, estratégica e instrumental, y a las dinámicas de dominación temporal abstractas (densificación, aceleración e indiferenciación) características de las relaciones sociales capitalistas. Trataré a lo largo del siguiente capítulo de avanzar algunos elementos que nos acerquen a una articulación semejante.

# ***3. Tiempo de vida, autoconcepción empresarial y riesgo: una aproximación a la subjetivación temporal en la modernidad avanzada***

Lo que allí imperaba era la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham. ¡Libertad!, porque el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo de la fuerza de trabajo, sólo están determinados por su libre voluntad. Celebran su contrato como personas libres, jurídicamente iguales (...) ¡Igualdad!, porque sólo se relacionan entre sí en cuanto poseedores de mercancías, e intercambian equivalente por equivalente. ¡Propiedad!, porque cada uno dispone sólo de lo suyo. ¡Bentham!, porque cada uno de los dos se ocupa sólo de sí mismo. El único poder que los reúne y los pone en relación es el de su egoísmo, el de su ventaja personal, el de sus intereses privados.

(Marx, 1999: 128-129).

Ahora bien, ¿Qué es lo que es automático? ¿Qué es lo que funciona sólo, sin nadie que lo haga funcionar o, mejor dicho, con unos maquinistas cuya cara y cuyo nombre apenas importa?

(Foucault, 1982: 50).

Hasta ahora he mostrado, tanto el debate sobre los orígenes del tiempo moderno, como las actuales transformaciones y dinámicas temporales de la modernidad tardía. Por un lado, he trabajado con los escritos y seminarios de Foucault donde analiza la manera en la cual han ido transformándose los regímenes de poder en las sociedades modernas y a partir de los cuales es posible encontrar las maneras en las que el tiempo ha sido empleado e intervenido por las diferentes racionalidades políticas. He mostrado cómo, a lo largo de sus trabajos de la década de 1970, tras emprender desplazamientos teóricos e introducir importantes cambios históricos, es posible capturar transformaciones en su concepción de tiempo, desde la noción de tiempo disciplinar hasta el tiempo neoliberal. Por otro lado, he analizado el concepto de tiempo abstracto planteado por Postone describiendo su naturaleza dinámica así como algunas de sus consecuencias sociales actuales, como la aceleración social y la indiferenciación.

En este tercer y último capítulo, me dispongo a interrogarme sobre las consecuencias y los efectos que estas reflexiones en torno a la temporalidad plantean sobre los procesos de subjetivación en las sociedades contemporáneas. Considero que tanto el concepto de tiempo neoliberal, desarrollado a partir del análisis foucaultiano de la racionalidad neoliberal, como el de tiempo abstracto, plantean importantes limitaciones teóricas para abordar este problema y que, sin embargo, a partir de una articulación es posible construir una aproximación teórica a los procesos de subjetivación temporales que superen esos límites.

Más específicamente, quiero centrarme en tres elementos: la *percepción del tiempo de vida*, en tanto que recurso y en tanto que medida de la actividad; la *autoconcepción empresarial*, como forma discursivo-institucional y como unidad de gestión de la propiedad y del tiempo; y por último la *inseguridad y el riesgo*, tratada a partir de la ausencia de una red de seguridad institucional y a partir de la aceleración social y la crisis. El análisis de estos tres elementos, fundamentalmente a partir de los trabajos de Foucault y Postone, pero también de otros textos afines aclararán la importancia central del tiempo y sus transformaciones para captar las formas subjetivas propias de la modernidad avanzada.

### ***3.1.El tiempo de vida como recurso y como imperativo***

La frase *Time is money* atribuida a Benjamin Franklin y recuperada por Max Weber en su caracterización de la ética protestante y en sus indagaciones sobre los orígenes culturales del capitalismo, representa a la perfección un elemento fundamental para entender la experiencia temporal en la modernidad avanzada: el tiempo de vida como recurso. Los seres humanos disponemos de un tiempo de vida limitado que puede ser dedicado a unas actividades o a otras pero nunca a todas. 24 horas al día, 365 días al año que deben ser empleados en determinadas actividades y no en otras en base a una decisión económica –económica en el sentido de que entendido así, como un recurso limitado, decidir determinado uso para ese tiempo supone un coste de oportunidad en tanto que otro tipo de usos quedan descartados y se renuncia a sus potenciales beneficios–. Vivir se transforma en decidir en qué usar el tiempo, y al mismo tiempo en qué dejar de usarlo, maximizando su provecho y su rentabilidad, reduciendo al mínimo los costes de oportunidad y el uso ineficaz. La administración del tiempo de vida, la sensación de apremio y escasez y la presión hacia un uso productivo se convierten en elementos clave para entender la experiencia contemporánea del tiempo y sus implicaciones sobre la constitución de características subjetivas específicas de la modernidad avanzada.

Esta idea del tiempo de vida como un recurso del que disponer económicamente, puede ser abordada tanto desde la noción de tiempo neoliberal, desgranada a partir del análisis foucaultiano del neoliberalismo, como desde los conceptos de tiempo abstracto y densificación del tiempo elaborados por Postone. Empezaré a tratar este problema a partir de interrogar a la primera aproximación sobre la manera en qué conciben las personas el tiempo de vida bajo el gobierno neoliberal y por las implicaciones de vivir el tiempo tal y como se hace bajo las condiciones neoliberales.

Como he mostrado, siguiendo la obra de Foucault, se han producido ciertas transformaciones en la temporalidad propia de la racionalidad disciplinar que han llevado a la emergencia de un tiempo no programado y que responde más a la autogestión y al autodisciplinamiento por parte de los sujetos que no a un régimen de vigilancia y castigo. El tiempo disciplinar se plantea como una distribución coordinada entre momentos y acciones, existiendo en una ejecución ideal una actividad asignada para cada individuo y para cada instante. El tiempo bajo la racionalidad disciplinar se configura como una coreografía en la cual a cada persona le corresponde un tipo de acción en cada uno de los momentos ejecutándose además de manera coordinada con el resto de individuos. El tiempo disciplinar es una cronología que se extiende de manera programada hacia el futuro desde un

presente que trata de ampliarse y que presenta ya, en el presente, las gamas posibles de varianza. En su estudio sobre la racionalidad liberal y neoliberal, Foucault plantea que el modelo disciplinar se muestra insuficiente para dar cuenta de las formas que el poder adopta en las sociedades contemporáneas y de forma análoga la manera en la cual se entiende el tiempo debería ser aprehendida a partir de otras categorías.

Sin embargo, antes de centrarnos en el tiempo neoliberal es necesario aclarar algunas cuestiones. En la racionalidad neoliberal, la clave se sitúa, no tanto en la manera en la cual determinar y controlar las conductas individuales, sino en permitir cierto margen a la autoregulación por parte de las conductas individuales y las dinámicas sociales que son percibidas fundamentalmente en clave económica. Lo social, en tanto que objeto de estudio e intervención se plantea como un espacio eminentemente económico en el cual los individuos defienden sus intereses valiéndose de las reglas del juego del mercado, a saber, la competencia y el intercambio, y empleando racionalmente los recursos de los que dispone. Más concretamente, Foucault, en su análisis de la obra de teóricos del neoliberalismo como Gary Becker, plantea que el neoliberalismo equipara la economía al análisis de las motivaciones, elecciones y las decisiones individuales en relación a la “asignación de recursos escasos a fines que son antagónicos, o sea, fines alternativos, que no pueden superponerse unos a otros” (Foucault, 2016: 224). Es decir, la economía para los liberales se configura a partir de multitud de decisiones en base a cálculos e intereses individuales a través de los cuales las personas distribuyen sus recursos particulares a sus objetivos. Por lo tanto, y como consecuencia de esto, puede entenderse que el tiempo constituye el recurso más básico de cualquier individuo. Así lo concibe Gary Becker de manera implícita en su estudios sobre la conducta económica en *A theory of the allocation of time* (1965), donde trata de analizar los procedimientos de toma de decisiones racionales de asignación del tiempo a determinadas actividades económicas por parte de unidades económicas ya sean individuos o familias. El tiempo se configura como la materia prima más fundamental de las decisiones económicas pues, antes incluso que el dinero o cualquier otro bien, es necesario emplearlo y gastarlo, en tanto que recurso, para alcanzar cualquier fin. Vivir es, en términos económicos y desde una perspectiva muy elemental, elegir en qué gastar unidades temporales y como consecuencia decidir también en qué no se van a gastar. Se produce además una igualdad formal, pues todas las personas llegan al mundo, sea cual sea su condición con un tiempo de vida por gastar y el tiempo es igualmente tiempo para todo el mundo.

Por lo tanto, con ánimo de hacer una recapitulación provisional, el tiempo neoliberal no concibe y no trata de convertir el tiempo en un programa o una cronología, el tiempo en la racionalidad neoliberal se concibe como un recurso, como un bien básico que los individuos deben gastar de



manera calculada y racional eligiendo de manera estratégica cual es la mejor manera de asignarlo para obtener determinados resultados. Por lo tanto, y esto lo veremos más adelante, el gobierno neoliberal no aspira en ningún caso a establecer modelos temporales fijos o cronologías preestablecidas. El gobierno neoliberal actúa sobre un campo de decisiones económicas estratégicas en base a elecciones calculadas y costes de oportunidad. El tiempo neoliberal se constituye como un bien común a toda la humanidad, inherentemente limitado, y que por lo tanto, supone la necesidad de plantear su uso de forma estratégica y racional. El tiempo y la libertad de su uso es la base del sujeto económico, que antes de poseer dinero, capital o mercancías, posee tiempo de vida que invierte en unos u otros usos según sus objetivos.

Para avanzar y profundizar en esta concepción quiero detenerme brevemente en algunos elementos claves de la teoría elaborada por Becker sobre la asignación del tiempo.

Para Becker, el estudio económico debe centrarse en gran medida en el análisis de las conductas en base a la asignación del tiempo y los bienes individuales a diferentes objetivos económicos, ya sean retribuciones monetarias, objetos de consumo, o capital humano (Becker, 1983: 17). Además, Becker desarrolló un estudio sobre otros elementos temporales fundamentales en la conducta y los procesos económicos, por ejemplo sobre cómo el paso de los años provoca una disminución en los márgenes de inversión y de beneficios o sobre los costes crecientes de inversión en capital humano. En general, puede decirse que Becker centra gran parte de su trabajo en la elaboración de análisis de los comportamientos económicos en relación a variables estratégico-temporales que los agentes económicos tienen en cuenta o deberían tener en cuenta para participar en el juego del mercado.

En su teoría sobre la asignación de bienes y tiempo plantea un modelo básico en el cual una persona debe elegir la asignación de tiempo y bienes a dos actividades fundamentales, el consumo y el trabajo, teniendo en cuenta que los *inputs* de tiempo y bienes materiales son limitados y que debe asegurar su bienestar físico y psíquico que depende de cierta cantidad de objetos de consumo repartido a lo largo de su vida (1983: 71). La decisión de dedicar el tiempo en ocio o en trabajo para obtener rentas plantea el dilema de las retribuciones renunciadas pues cuanto más alto sea el salario, más alto deberá ser el producto marginal del tiempo dedicado al consumo (1983: 72-73).

Es revelador el análisis del llamado capital humano que se caracteriza por ser un tipo de consumo productivo. El capital humano aparece como la tercera elección posible en la asignación de tiempo y bienes y constituye una inversión en tanto que coste y expectativa de rendimiento en flujos de renta (1983: 77-89). Las personas deben elegir entre la gratificación del consumo improductivo, la actividad laboral y la consiguiente obtención de renta y la inversión en capital humano que supone

una autovalorización en forma de formación, educación y nuevas habilidades<sup>52</sup>. Esta decisión sobre la rentabilidad de la inversión viene motivada por las expectativas de amortización como cualquier otra inversión a partir de la mejora de la autoproduktividad y el cálculo del tiempo y la renta perdidos en la inversión, es decir, la decisión de invertir tiempo en volver tu tiempo más valioso debe basarse en un cálculo de rendimiento esperado. Sin embargo, la renuncia a la autoinversión supone de la misma manera un coste en forma de renuncia a la posibilidad de encontrar un trabajo más productivo y con mejores retribuciones (1983: 85).

Además, Becker introduce elementos estratégicos de medio y largo plazo: “Centrémonos en las variaciones de las funciones de producción de mercancías y supongamos que la eficiencia productiva aumenta con la edad hasta que se alcanza un máximo, y disminuye a partir de ese momento hasta la edad  $n$ ” (1983: 81). Esto significa, que las personas deben planificar sus inversiones estratégicamente en función de esta curva de productividad vital, aprovechando sus años de máximo rendimiento. En este sentido, tanto los individuos como las familias, analizadas por Becker como unidades estratégico-económicas, deben adelantarse en sus cálculos y previsiones a estos procesos de erosión progresiva de la productividad y plantearse una asignación del tiempo y de sus inversiones lo más eficiente posible.

Este tipo de decisiones, suponen siempre una elección y un coste de oportunidad en tanto que el tiempo, como recurso escaso, sólo puede ser empleado en un número limitado de acciones y debe tender a un uso que maximice las funciones de utilidad. Un tiempo de vida mal aprovechado, mal invertido o incorrectamente distribuido supone la merma de las ganancias y la pérdida de posiciones en el juego económico. Cualquier decisión sobre el empleo y la asignación de tiempo supone un cálculo de coste y beneficio como si la unidad estratégica fuera equivalente a una empresa y como si el tiempo fuera una materia prima con un coste asignado. En definitiva, Becker y las teorías subjetivas de la asignación del tiempo plantean el tiempo de vida como un problema fundamentalmente económico y la distribución y gestión de este como una cuestión de eficacia y maximización de recursos escasos. Un buen ejemplo de este tipo de lógica temporal puede encontrarse en los casos planteados por Foucault en su análisis sobre el capital humano y la manera que tienen de producirlo los padres en sus hijos:

Se sabe que perfectamente que la cantidad de horas pasadas por una madre de familia junto a su hijo, cuando este aún está en la cuna, serán muy importantes para la constitución de una idoneidad-máquina o, si se quiere, de un capital humano, y que el niño tendrá mucha más capacidad de

---

<sup>52</sup> Esto abre todo un campo de investigación sobre la educación y la manera en la cual debe entenderse. Becker desarrolló numerosos trabajos sobre el capital humano y la educación como elementos fundamentales que confieren valor a las personas y a los países en forma de cualidades productivas. Su trabajo principal es: Becker, G. (2008).

adaptación si, en efecto, sus padres o su madre le han dedicado tantas horas que si le han dedicado muchas menos (Foucault, 2016: 233).

El tiempo se vuelve una posesión, un medio, un recurso que los padres deciden invertir en el capital humano de su propio hijo esperando recibir de ello determinada gratificación o beneficio, ya sea material o psicológico. El comportamiento humano se vuelve un comportamiento económico, un comportamiento racional y esto no es otra cosa que una administración calculada del tiempo de vida disponible. Los padres deciden dedicar sus unidades temporales disponibles en la producción de capital humano por parte de su hijo en vez de dedicarlo en dormir, trabajar o ir al cine. Sin embargo, cabe decirlo en forma de advertencia, no existe por parte de Foucault una crítica a la desnaturalización o alienación de la vida humana en este planteamiento, lo que se plantea a partir de este análisis no es más que la intención de captar la lógica de determinada racionalidad, una racionalidad que observa el tiempo de vida en tanto que recurso y elemento central de la existencia económica.

Puede resultar interesante retomar en este punto el trabajo de Crary sobre la temporalidad 24/7 y la progresiva reducción del tiempo de sueño y de diferenciación entre tiempo de vida y tiempo de trabajo. El sueño, en tanto que límite absoluto para el uso del tiempo como recurso es constantemente empujado en tanto que fuente de potencial aumento de las unidades temporales disponibles. El sueño y la vigilia, bien administrados permiten la obtención de una cantidad mayor de tiempo útil y en consecuencia la posibilidad de mayores posibilidades de invertirlo y rentabilizarlo.

Antes de avanzar, quiero señalar algunas de las consecuencias que este tipo de temporalidad neoliberal plantea sobre la analítica foucaultiana del poder. En primer lugar, hay que señalar que Foucault nunca habla de la desaparición de los mecanismos disciplinarios y su sustitución total por parte de los securitarios y liberales: Foucault plantea una superposición de diferentes racionalidades y formas de poder que se solapan y articulan de manera compleja. El análisis de realidades concretas, siempre supondrá adentrarse en esta superposición en un entramado complejo de racionalidades que ocupan posiciones diferenciadas y jerarquizadas pero también interrelacionadas. En el caso del tiempo sucede lo mismo, el gobierno neoliberal del tiempo se articula también con el tiempo disciplinar y las técnicas de vigilancia, control y castigo que le son características.

Sin embargo, como he mostrado, y esto supone la segunda consecuencia, la pérdida de hegemonía social de los dispositivos disciplinarios supone que el tiempo disciplinar deja paso a una temporalidad desprogramada y no continua que avanza nuevas formas de control sobre el tiempo que se reflejan sobre los propios sujetos que se corresponsabilizan de la gestión eficiente y

productiva del tiempo en un modelo que tiende a “que se deje campo libre a los procesos oscilatorios, en los que se conceda tolerancia a los individuos y a las prácticas minoritarias (...) en la que haya una intervención que no sea del tipo de la sujeción interna de los individuos, sino de tipo ambiental” (Foucault, 2016: 261). En definitiva, un tiempo desprogramado, constituido y experimentado como recurso económico, no implica para Foucault un tiempo impermeable a las relaciones de poder. El uso del tiempo ya no es tan vigilado y castigado, pero sigue siendo medido, evaluado, comparado, motivado, encauzado, limitado etc. El estudio sobre estas nuevas técnicas institucionales no disciplinares es un interesante campo de investigación más aún vinculándolas con esta nueva temporalidad, buenos ejemplos de ello pueden ser las recientes metodologías pedagógicas que tratan de enseñar, no tanto conocimientos o contenidos académicos específicos, como herramientas y capacidades generales como la comunicación, la resolución de conflictos, la constancia etc. Son los propios alumnos, al interiorizar determinadas habilidades, los que por voluntad propia y en un tiempo abierto pueden aplicarlas por sí mismos en proyectos y objetivos concretos<sup>53</sup>. Otro buen ejemplo de esto, puede encontrarse en las nuevas metodologías de organización empresarial que organizan los horarios de forma flexible dependiendo de objetivos a cumplir. No importa cuándo, ni en cuánto tiempo lo hagas, lo importante es que lo hagas<sup>54</sup>.

En estrecha relación a esto, la tercera y última consecuencia que quiero destacar, hace referencia al carácter paradójico del concepto de capital humano que posiblemente represente mejor que ningún otro la tensión subyacente que existe entre el poder y la libertad en los textos tardíos de Foucault. Capital humano supone antes que nada, como he mostrado a partir del concepto elaborado por Becker, una elección económica y una opción estratégica de inversión y de cálculo de rendimiento-coste. El sujeto invierte en su propio capital humano porque le conviene hacerlo, porque quiere hacerlo. Los agentes sociales afrontan la cuestión del capital humano como un problema de autoinversión o automejora de sus cualidades económicas, es decir, es el propio actor económico quien está interesado en autoperfeccionarse, adquiriendo habilidades, competencias y aprendizajes que incrementen su capital humano. De hecho, las personas deciden invertir sus propios recursos temporales en tanto que, calculan, les dotará de un tiempo más productivo y valioso. Sin embargo, el capital humano representa al mismo tiempo lo que Foucault denomina un ideal de idoneidad-máquina, es decir, “el conjunto de los factores físicos, psicológicos, que dan a alguien la capacidad de ganar tal o cual salario” (Foucault, 2016: 226). Esta capacidad o conjunto de capacidades representan ideales de normalización con respecto al criterio de la productividad y la capacidad de

---

<sup>53</sup> Véase: *Aprendo porque quiero. El Aprendizaje Basado en Proyectos (ABP), paso a paso* de Juan José Vergara Ramírez (2015).

<sup>54</sup> Otro buen ejemplo de esto, esta vez aplicado sobre métodos de organización del trabajo: Sutherland, J.; Sutherland J. J. (2018).

obtener flujos de renta en el mercado y por lo tanto, elementos de sujeción en tanto que búsqueda de un ideal de idoneidad-máquina. El mercado y la capacidad de presentarse ante él como capital humano valorable sanciona y evalúa un conjunto de aptitudes y comportamientos.

En este punto, cabe recuperar de nuevo la diferenciación que Foucault establece entre los mecanismos de poder disciplinar y los dispositivos securitarios: mientras que la disciplina establece una relación de obediencia, obligatoriedad y prohibición, los mecanismos securitarios permiten, incluso incentivan la actividad y la libre circulación (Foucault, 2008C: 74-75). Se da una diferenciación entre normalización y normación. En el procedimiento disciplinar, se producía un juego entre lo normal y lo anormal como categorías absolutas y estancas en el cual el proceso disciplinador vigilaba y corregía a través de la obligación y el castigo. En cambio, el securitario no establece una relación tan inflexible entre normal y anormal. La normalidad o la anormalidad se establecen a partir de rangos, graduaciones o promedios a partir de los cuales se establecen intervenciones, no con la pretensión de suprimir al sujeto o el comportamiento anormal, sino con la intención de regular, suavizar o mantener dentro de un margen aceptable (Foucault, 2008: 72). El capital humano funciona como un criterio de normación –la idoneidad-máquina– al que los sujetos y las instituciones han de gobernar. No es la vigilancia, el encierro y el castigo sistemáticos lo que asegura poblaciones o individuos con un alto capital humano; es la competencia, el mercado y la autoinversión.

Un buen ejemplo de esto puede encontrarse en el trabajo elaborado por la socióloga Eva Illouz sobre los test psicológicos y la emergencia de la competencia emocional como conjunto estandarizado de habilidades requeridas en el juego económico: “La competencia emocional se ha convertido en un criterio formal para medir y cuantificar las competencias, creando así un sistema de equivalencia entre las emociones y el desempeño profesional, medido casi exclusivamente en términos monetarios” (Illouz, 2010: 271). El uso de test u otros criterios de evaluación de las habilidades y competencias que se contemplan como valorables como capital humano apuntalan la sujeción a ideales normativos vinculados al mercado y al juego económico de la competencia. Esta tensión que existe en el interior del concepto de capital humano constituye el núcleo de la dominación neoliberal: el poder en el neoliberalismo supone en gran medida un poder que se dirige hacia uno mismo, un gobierno de sí mismo. En palabras de Laval y Dardot: “La gran innovación de la tecnología neoliberal consiste, precisamente, en vincular directamente la manera en la que un hombre es gobernado con la manera en que se gobierna a sí mismo” (Laval y Dardot, 2013: 337).

El cultivo de capital humano, convertido en autoinversión y en cuidado de sí, ha supuesto el desarrollo de toda una serie de técnicas del yo encaminadas a entrenar y desarrollar las habilidades

requeridas y valoradas para la existencia económica. Existen multitud de trabajos sobre la irrupción de este tipo de técnicas terapéuticas de autoayuda y retórica empresarial (Illouz; Laval y Dardot; Marzano), sin embargo, quiero trabajar ahora un caso particular de este tipo de técnicas de autoperfeccionamiento. Si bien antes he señalado que la inversión o autoinversión de tiempo en capital humano se producía en términos de expectativas de un aumento de la productividad del propio tiempo y que la existencia económica, según los propios teóricos del neoliberalismo, se fundamenta en gran medida en la administración y la asignación estratégica del tiempo, puede entenderse entonces la relevancia especial que poseen las técnicas específicas que enseñan a organizar y planificar el tiempo de vida de la manera más eficiente posible. El tiempo disciplinar ha dejado paso a la administración del tiempo. A lo largo de las últimas décadas se han producido numerosos métodos, libros, artículos, herramientas digitales y aplicaciones que han tratado de proporcionar conjuntos de instrumentos para administrar el tiempo que proporcionen una mayor eficiencia en su uso<sup>55</sup>. Sin duda la literatura, los métodos diseñados tanto a nivel individual como empresarial y las herramientas y aplicaciones digitales pensados para la administración eficiente del tiempo también suponen un campo de interés para futuras investigaciones, sin embargo, el alcance de esta investigación no permiten dicho abordaje, por lo que me limitaré a esbozar el tema superficialmente.

Quiero centrarme en Covey, uno de los autores con mayor prestigio y alcance internacional en lo que se refiere a literatura de gestión empresarial, autoayuda y administración vital. Su libro más vendido y reconocido, *Los 7 hábitos para la gente altamente efectiva* (1989), ha vendido más de 25 millones de ejemplares en al menos 52 idiomas en el que ya plantea algunas de sus ideas clave sobre administración del tiempo de vida. En todo caso, su libro más relevante para tratar este problema es *Primero lo primero* de 1992, escrito junto a A. Roger Merrill y Rebecca R. Merrill.

El texto de Covey plantea la existencia de tres generaciones distintas sobre la administración del tiempo, destacando las virtudes y los defectos de cada una de ellas con ánimo de plantear una síntesis que ofrezca lo mejor de cada una de ellas. La primera generación, se caracteriza por la búsqueda y la aceptación de un ritmo semiautónomo pero intervenido a través de recordatorios y listas de tareas y objetivos que deben ser actualizadas y renovadas constantemente según se cumplan las viejas tareas y aparezcan nuevas. Los métodos de la primera generación permiten mayor flexibilidad y capacidad de actuación ante imprevistos pero adolece de una visión temporal amplia y falta de jerarquización de los objetivos (Covey, 2002: 29).

---

<sup>55</sup> El propio Covey ofrece en su libro *Primero lo primero* un análisis sobre diferentes métodos de administración del tiempo y sugiere una extensa bibliografía sobre ello: Covey, S. R. (2002) *Primero lo primero*, Barcelona: Paidós. Páginas 385-419.

La segunda generación, introduce una mayor complejidad a la planificación temporal. En la segunda generación se introdujo el uso de variables del largo y medio plazo para los objetivos y las metas. A pesar de introducir mayor complejidad y cierta perspectiva, olvida la coordinación, la sincronización y el factor humano y tiende a priorizar lo inmediato (Covey, 2002: 30).

La tercera generación, “supone la planificación, la priorización y el control” (Covey, 2002: 27), es decir, se dedica una mayor importancia al establecimiento de jerarquías entre tareas, diferenciación entre periodos y cronologías para introducir de manera coordinada la mayor cantidad de tareas posibles en una planificación común. Covey valora la tercera generación como la más avanzada destacando su capacidad para discriminar estratégicamente y de acuerdo a valores y metas. Los métodos de la tercera generación permiten aumentar la eficiencia, brindar estructura a la vida e incrementar la productividad personal (Covey, 2002: 35). Sin embargo, entre las desventajas, Covey señala la incuestionable mejora en la eficacia y la productividad suponen una valoración excesivamente centrada en lo cuantitativo olvidando el establecimiento de objetivos cualitativos. Además, supone un control total sobre los acontecimientos pasados, presentes y futuros y no permite margen para la improvisación y la incertidumbre. Y la deficiencia más importante que destaca Covey en estos métodos es la preponderancia de lo urgente sobre lo importante.

Este libro plantea un nuevo modelo de administración que pretende reforzar las ventajas de los métodos previos y evitar sus problemas. De manera muy sintética, Covey reivindica la importancia de establecer una diferenciación radical entre lo urgente y lo importante estableciendo el modelo de los cuatro cuadrantes (Covey, 2002: 45). Para él, es crucial no sólo asignar tareas en temporalidades específicas y organizarlas desde el pasado hasta el futuro, es necesario también establecer una mayor jerarquización de los objetivos y las tareas de acuerdo a una estructura de valores que conceda valor a las actividades más allá de un concepto de productividad puramente cuantitativo. Covey propone dividir las tareas en cuatro categorías, urgente-importante, urgente-no importante, no urgente-importante y no urgente-no importante. Este tipo de estructuración del tiempo permite discriminar el orden y la dedicación que se dedica a ellas, permitiendo evitar pérdidas de tiempo, inversiones inútiles, órdenes de prioridades equivocados y rutinas insustanciales.

Además, de tratar de actualizar teóricamente el paradigma de la administración del tiempo, el libro incluye numerosas intervenciones y ejemplos de personas que expresan sus problemas y experiencias en relación a la falta de tiempo y la manera particular en la cual han aplicado uno u otro método. El texto incluye también un capítulo dedicado a explicar ejemplos prácticos de aplicación del método, ejercicios de cómo elaborar cuadros y calendarios, cuestionarios para tomar

decisiones y jerarquizar actividades, modelos de cuadros y tablas para practicar y desarrollar las habilidades deseadas etc.

Debido a que un análisis pormenorizado sobre la extensa e interdisciplinar literatura sobre la administración del tiempo supera las pretensiones de esta investigación, me he limitado a sintetizar algunos elementos clave de uno de los textos con mayor difusión sobre el tema. Como he señalado anteriormente, este campo interdisciplinar encargado de diseñar y perfeccionar métodos y técnicas para la administración del tiempo supondría sin duda un campo de estudio de gran interés. De igual modo, analizar el llamado *mindfulness* –basado en una aplicación de la meditación y la relajación para aprender a centrar la atención en el presente y la experiencia inmediata– a partir de lo que Hartmut Rosa denomina formas intencionales de desaceleración con fines aceleradores (Rosa, 2011; 27-28). La creación de mecanismos y habilidades individuales que permiten el control sobre la aceleración vital y la manera en la que afecta al cuerpo y la experiencia de las personas, plantea similitudes con el análisis que acabo de realizar aquí y de la misma manera, considero que supone un campo de investigación potencialmente relevante enmarcado en las técnicas de sí sobre el tiempo en el neoliberalismo.

Ahora bien, con ánimo de recapitular lo tratado hasta este momento, el interés por este tipo de métodos interdisciplinares, entre los que he destacado el elaborado por Covey, supone al menos dos cosas. En primer lugar, que la concepción neoliberal del tiempo como recurso desarrollado a partir del análisis sobre el gobierno neoliberal foucaultiano que ya he explicado y la teoría de la asignación del tiempo de Becker, plantea ramificaciones o articulaciones concretas en técnicas y métodos aplicados a la administración del tiempo en tanto que recurso básico de cada individuo. Además, en segundo lugar, demuestra que el tiempo programado típico del poder disciplinar ha dejado paso a un tipo de tiempo que se proyecta sobre el individuo, no desde una exterioridad que impone y asigna determinadas actividades a determinadas actividades, sino que se proyecta desde el propio interior. Es el individuo quien considera ventajoso y beneficioso organizar su tiempo de acuerdo a métodos y planificaciones que le permitan obtener un tiempo de vida más productivo y más rentable.

Muy probablemente Foucault se aproxima a los teóricos del neoliberalismo porque plantean grandes afinidades con su nueva analítica del poder: la crítica de los grandes procesos históricos abstractos, la detracción al marxismo o la relevancia concedida a la capacidad estratégica de los actores sociales. Sin embargo, su propuesta queda marcada en gran medida por las ausencias y los límites de tomar quizás demasiado al pie de la letra la propuesta teórica neoliberal y priorizando de nuevo la construcción de modelos teóricos alternativos al marxismo. En sintonía con la crítica elaborada



por Wendy Brown, la impugnación global al marxismo y su fuerte interés por el pensamiento neoliberal marca el trabajo de Foucault y sus aportaciones sobre la temporalidad en la sociedad contemporánea. Hay que destacar, en este sentido, la ausencia de análisis sobre los efectos coaccionadores del tiempo y del contexto general apremiante que produce. Como he mostrado en los capítulos anteriores, las personas no experimentan el tiempo exclusivamente como un bien del que disponen: el tiempo se vive fundamentalmente como presión.

El tiempo entendido exclusivamente como recurso o como materia prima sobrevalora la capacidad de los agentes sociales para utilizar el tiempo como un instrumento inerte y neutral e ignora el marco social temporal que presiona a los actores a aumentar su productividad sin que ninguna estrategia o ningún dispositivo político les fuerce a ello. Para Foucault y los neoliberales el tiempo se vuelve mudo y pasa a ser una materia prima inerte que no dice nada por sí mismo. Como una masa informe que puede ser estirada, encogida y alterada de acuerdo a planes. Lo importante es lo que se hace con el tiempo, no el tiempo mismo.

Una vez desarrollados los elementos fundamentales del tiempo como recurso económico, plástico e instrumental, quiero contraponer el tiempo como dominación social abstracta –tal y como he venido desarrollando a lo largo de esta investigación–, un tiempo que funciona como referencia generalizante para la productividad de la actividad humana, que coacciona las prácticas individuales y sociales y que dibuja una tendencia histórica determinada. Cómo he mostrado a lo largo de este trabajo, basándome fundamentalmente en el trabajo de Postone, la temporalidad moderna ha supuesto consecuencias subjetivas excepcionales. Quiero centrarme especialmente en dos: por un lado el incremento del control y la interiorización temporal y por el otro, la densificación, aceleración e hibridación.

Como mostré en el primer capítulo, siguiendo fundamentalmente los argumentos de Postone, la aparición de una temporalidad abstracta y homogénea, motivada históricamente por la necesidad creciente de medir, calcular y comparar el trabajo, el transporte y los precios a partir de una unidad común, ha supuesto la consolidación de una temporalidad única y general en todo el planeta. Este proceso lleva consigo una progresiva integración e interiorización subjetiva que ha supuesto alterar de forma enormemente significativa la manera de experimentar el paso del tiempo por parte de las personas. El incremento de la precisión en la mensurabilidad, el cálculo y la previsión, la sincronización social general y la comparación y la competencia con otros agentes sociales en base a unidades mensurables y constantes suponen transformaciones inéditas en la manera de vivir el tiempo.

Además, se produce un proceso de interiorización temporal, es decir, la incorporación subjetiva de esta nueva temporalidad. Como hemos visto, el trabajo de Norbert Elias sobre la implantación del tiempo moderno, de gran sintonía con Postone en este punto, supone un aporte determinante en tal sentido. De la misma manera que el proceso civilizatorio, en tanto que conjunto de reglas y comportamientos normativizados, el tiempo homogéneo se extiende y consolida como una referencia temporal común. El tiempo se transforma en una herramienta social imprescindible y supone una fuente de información, coordinación y coacción social que pasa de ser una fuerza externa a los individuos a interiorizarse progresivamente. El tiempo se transforma poco a poco en una “voz interior” que comunica, sincroniza y ordena a los sujetos sobre acciones y comportamientos concretos.

La aparición de relojes públicos, torres reloj en iglesias y fábricas y la expansión de los relojes de bolsillo, reflejan el poderoso proceso de expansión de la medida homogénea, invariable y crecientemente precisa de la medida del tiempo. En todo el mundo, en todas las clases sociales, medir el tiempo y obtener control sobre él constituye uno de los procesos más importantes y homogenizadores de la modernidad. El interés creciente por la medición y el control temporal se propaga transversalmente y poco a poco se traduce en una interiorización de esa medida y control. Antes de la emergencia de la temporalidad moderna, las personas no poseían más que referencias temporales naturales (como el día y la noche o las diferentes estaciones) y las comunidades humanas se imponían sistemas temporales diversos, poco precisos y de un nivel coaccionador bajo, sin embargo, en la actualidad, las personas, no sólo poseen mecanismos individuales para controlar el tiempo de manera completamente generalizada, sino que la interiorización ha llegado a un punto tal, que difícilmente existen momentos en el día en el cual se produzca una desconexión o una desincronización de los individuos con la referencia temporal general. En la actualidad las personas conocen constantemente la hora y el día en la que viven (son conscientes del tiempo incluso mientras duermen, lo que está provocando episodios cada vez más frecuentes e intensos de insomnio y enfermedades del sueño) y responden individualmente a ello como si de un dato natural se tratase.

Además, como ya he descrito a través de los textos de Postone, la temporalidad impuesta por las condiciones históricas del capital supone una dinámica particular. El tiempo abstracto es también una lógica histórica caracterizada por el aumento progresivo de la productividad, es decir, la reducción de unidades temporales en relación a las unidades productivas. Tal y como he explicado ya, este proceso puede denominarse densificación del tiempo, concepto que consigue representar la existencia de estándares sociales de productividad actualizados a los que cualquier actividad

productiva debe adecuarse. Como dice Postone, “no toda hora es una hora” pues sólo si se alcanza ese nivel medio productivo por hora se está ejecutando realmente una hora social. Si en una hora no se produce una actividad al nivel promedio de productividad, a pesar de ser una hora de reloj, se trata de una hora no aprovechada, no efectiva y por lo tanto, una hora menos valiosa que la media de las horas. Aquellos que en su tiempo no alcanzan el nivel mínimo exigido, simplemente, están perdiendo el tiempo. En un nivel individual (la hora del reloj) una hora se muestra invariable, sin embargo, a nivel social, la competencia genera una actualización constante de lo que supone efectivamente una hora. Como hemos visto, Postone denomina a este tiempo reprogramado, tiempo histórico: la temporalidad de la transformación y la reconstitución. La presión competitiva supone que aquellos productores que no alcancen los niveles medios, perderán su posición en el mercado, incapaces de luchar por los precios y terminarán desapareciendo. El crecimiento y la presión sobre los productores hacen que el tiempo se densifique, lo que a su vez se traduce en dos tendencias la aceleración y la hibridación.

Se produce además, un efecto de aceleración social. Como han señalado autores como Harvey y Rosa, el tiempo social en la modernidad avanzada se acelera. No se acelera en sí mismo, sino que una mayor cantidad de actividades en el mismo periodo temporal supone la sensación, tanto social como individual del incremento de la velocidad. Esta aceleración se produce en multitud de esferas sociales y de la vida de las personas que perciben este incremento de la velocidad en forma de presión apremiante. A pesar de que no existe un consenso sobre las fuentes de esta aceleración, la gran mayoría de autores que han trabajado esta problemática coinciden en que ya sea debido a innovaciones tecnológicas, las comunicaciones, los incrementos productivos o cuestiones culturales, se produce una aceleración generalizada en las interacciones, el ritmo de vida y en las transformaciones sociales.

Este incremento generalizado y coaccionador de la velocidad social supone fuertes consecuencias subjetivas. Para no repetirme demasiado quiero centrarme brevemente en dos de las más significativas. La primera, es el efecto de lo que Rosa denomina pendiente resbaladiza. Los sujetos, en un contexto de hiperaceleración, experimentan la sensación de que todo esfuerzo, todo tiempo dedicado a las actividades cotidianas, son insuficientes. Incrementar el ritmo, el aumento de actividades realizados por día y la simultaneización no son suficientes para paliar la sensación de falta de tiempo y de no alcanzar los niveles exigidos socialmente. Al fondo de la pendiente: el fracaso social, la desconexión y el miedo a la exclusión. La segunda consecuencia que quiero destacar, es la irrupción del situacionalismo como característica subjetiva. La aceleración produce un estrechamiento del presente que concede muy poco margen a la adaptación, la previsión y la

estabilización. Todo acontecimiento viene dado con una fecha de caducidad que asegura brevedad y constante transformación. Las personas se ven obligadas a desarrollar grandes capacidades de adaptación, flexibilidad y previsión. El hoy es muy corto e impide la posibilidad de consolidar formas de vida y perspectivas existenciales, el mañana acecha siempre inminente.

Por último, como he descrito ya, se produce también un proceso de hibridación entre el tiempo de vida y el tiempo dedicado a actividades remuneradas. La densificación demanda constantemente un tiempo de máxima calidad productiva pero esto no siempre es posible. Aquellas unidades productivas –y con unidades productivas me refiero al conjunto de propietarios de medios productivos y a trabajadores– incapaces de generar tiempo productivo de calidad, deben ofrecer a cambio más horas de reloj. Esto provoca un constante derrame del tiempo productivo sobre el resto de tiempo de vida. Para competir, o eres al menos tan productivo como el resto o debes dedicar más tiempo para hacer lo mismo. Esto genera al menos dos procesos. Por un lado, y a pesar de que la lógica dice que el incremento general de la productividad mundial provocaría una mayor cantidad de tiempo de ocio, la porción del tiempo dedicado a actividades productivas es cada vez mayor; y por otro, que el tiempo de ocio y el tiempo de trabajo dejan de presentar fronteras excesivamente claras, siendo trabajo y vida elementos cada vez más difícilmente diferenciables.

En definitiva, se puede hablar de una bolsa amniótica-temporal que no sólo permite a las personas medir y controlar el transcurso para sincronizarse con el resto, sino que las somete también a un apremio existencial y provoca una indiferenciación creciente entre el tiempo de vida y del trabajo. Las características de la temporalidad en la modernidad avanzada tal y como la describe Postone, generan amplios y fuertes efectos sobre los sujetos cuya interacción con el tiempo no puede ser concebida exclusivamente de manera instrumental pues el propio tiempo posee capacidades y fuerzas de gran importancia. A diferencia de la concepción neoliberal, que plantea el tiempo como un mero recurso, Postone destaca su carácter coaccionador sobre los sujetos y sobre el curso histórico.

A diferencia de Foucault, que define el uso estratégico del tiempo y el contorno de los campos de libertad a partir del gobierno, es decir, de la regulación discursiva e institucional de estos espacios de libertad. Postone plantea que el tiempo además de un recurso limitado es un ambiente social coaccionador, una fuerza abstracta con dinámicas imperativas particulares que limitan, presionan, integran, moldean y fuerzan las prácticas sociales e individuales sin estar estas mismas enmarcadas en la estrategia de ningún agente social. No son técnicas, ni repertorios institucionales, ni dispositivos de intervención, ni discursos ni marcos normativos, el tiempo en sí mismo, tal y como lo define Postone, es una forma de dominación social.

En cambio, el tiempo entendido como recurso o materia prima tal y como se concibe en la racionalidad neoliberal –según se muestra en los trabajos de Foucault, Becker y Covey– permite dotar al análisis sobre la subjetividad contemporánea y su percepción del tiempo de un carácter profundamente estratégico. Si bien para Postone el tiempo se plantea como una fuerza abstracta que coacciona y moldea a las personas y las sociedades, la idea del tiempo de vida como recurso plantea más bien la existencia de un juego entre unidades que participan de acuerdo a planes y en base a objetivos. El tiempo se constituye como una forma básica de capital que puede ser empleado e invertido de diferentes maneras por todos los seres humanos de acuerdo a una planificación y a unos intereses particulares.

## ***3.2. Autoconcepción empresarial y competencia***

El tiempo entendido como un recurso vital que es necesario administrar para maximizar su utilidad y su productividad, tal y como lo he descrito anteriormente, supone también entender lo social como un juego entre unidades que gestionan sus recursos y capacidades y que interaccionan en base a sus intereses a partir del intercambio y la competencia. El gobierno neoliberal, tal y como lo describe Foucault, dibuja un paradigma social de unidades empresariales que se vinculan a partir de la relación de competencia mercantil. El gobierno neoliberal trata de expandir la forma empresa socialmente reproduciendo su método y su forma en todas las escalas y esferas.

Se produce algo así como un juego del tiempo en el que cada cual trata de utilizar el suyo de manera más eficaz que el resto, tratando de obtener ventajas relativas y en el que los individuos deben siempre preguntarse qué hacer con su tiempo y la manera en la que invertirlo de la manera más favorable. El gobierno en condiciones neoliberales supone un juego por el tiempo.

Dadas estas condiciones, cabe hacerse la pregunta por el quién, ¿quién juega? ¿Quién administra el tiempo? ¿Quién asigna tanto tiempo a una u otra actividad?

Si bien Foucault aclaró que su obra se dedicaba en gran medida a un estudio sobre el sujeto (Foucault, 2001: 19), *Nacimiento de la biopolítica* puede ser leído perfectamente como la historia del sujeto económico liberal que transita desde el *homo economicus*, hasta el empresario de sí mismo. Quiero detenerme brevemente en los movimientos más significativos de esta transición.

En primer lugar, se produce un paso del intercambio a la competencia como lógica fundamental del mercado y del vínculo social. Tal y como lo define Foucault, el primer liberalismo defiende una idea de mercado en la cual los productores y consumidores intercambian mercancías equivalentes en una relación de provecho mutuo. Son los propios intercambiadores, con total libertad y sin la necesidad de un tercero, quienes deciden autónomamente las condiciones de ese intercambio. Sin embargo, el liberalismo de mediados del siglo XX plantea un desplazamiento importante que sitúa a la competencia como factor determinante. De la igualdad que funda el intercambio, se transita a la desigualdad constitutiva de la competencia (Foucault, 2016: 130-131). El intercambio se plantea como un proceso en el cual nadie gana ni pierde y en la cual se produce un beneficio recíproco, en cambio, la competencia se fundamenta en la desigualdad y en el movimiento virtuoso de mejora constante que produce. El sujeto del mercado que intercambia equivalentes se constituye a partir de este juego de igualdades, el empresario de sí mismo se encuentra en el mercado a partir de la búsqueda de desigualdades.

En segundo lugar, se produce una transición subjetiva paralela a la desnaturalización del mercado que ya expliqué en el capítulo anterior: si el mercado no es un fenómeno natural, el sujeto económico tampoco puede serlo. La misma crítica que aplicaban los neoliberales sobre la ingenuidad naturalista del liberalismo clásico, que concebían el mercado y las relaciones sociales ideales fundadas en la libertad y el interés individual, puede aplicarse también sobre la idea de sujeto. El mercado, o mejor, las relaciones sociales fundadas en torno al mercado y la competencia, no son un simple reflejo de ninguna esencia social o individual a la que simplemente es necesario dejar emerger, el sujeto empresa debe ser producido de la misma manera que la competencia y el mercado (2016: 131-133). De hecho, la principal labor de gobierno, el centro mismo de lo que supone el gobierno neoliberal, es precisamente la construcción de condiciones de posibilidad subjetiva para la expansión y la gestión del mercado y la competencia. No es de extrañar que Foucault se interesase por una tradición teórica que había sido capaz de elaborar una autocrítica como la que el liberalismo fue capaz de hacer. Foucault lee las transformaciones y actualizaciones del neoliberalismo como una incorporación y aceptación implícitas de gran parte de las posiciones filosóficas que él defendió, a saber, la crítica del sujeto moderno, la esencialización de las relaciones sociales y de la historia etc. Viendo esta crítica neoliberal a la naturalización del mercado y del sujeto de interés, es fácil de entender que cuando Foucault se acercó a los escritos y los conceptos que sostenían al neoliberalismo, viera reflejado algunas de las problemáticas que él mismo había trabajado y percibiera cierta afinidad intelectual. Además, sin duda percibió el potencial político de una forma de gobierno construida en torno a ideas tan flexibles y operativas como las que produjo el campo de pensamiento neoliberal, de hecho, reclamó un movimiento similar por parte de la tradición socialista señalando la necesidad de generar una “gubernamentalidad socialista” (2016: 104).

En tercer lugar, la subjetividad planteada por los utilitaristas ingleses, más adelante rescatada por teóricos del liberalismo como Adam Smith, se concretó en la figura del *homo economicus*. El interés individual, la búsqueda de la utilidad y la satisfacción de necesidades, constituyen las referencias esenciales del sujeto económico clásico. Además, como he señalado, el intercambio mercantil se considera la forma natural de alcanzar la satisfacción de las necesidades individuales pues cada persona intercambia aquello de lo que dispone pero no necesita, por algo de lo que no dispone pero sí necesita. Para Foucault, esta idea del ser humano queda relevada por lo que denomina la existencia empresarial caracterizada por concebir la vida individual en términos de gestión de los recursos individuales que deben ser capitalizados, invertidos y vendidos en forma de ingresos (2016: 228). Cada persona dispone de determinado capital que pone a competir en el

mercado con el objetivo de realizar buenas inversiones que aumenten su capital vital inicial y de producir satisfacciones de las cuales él mismo es el consumidor (2016: 229). El establecimiento de una subjetividad económica en base al trabajo y al consumo como actividades vitales fundamentales queda en entredicho por el neoliberalismo. El trabajador pasa a ser un vendedor de servicios en base a la propiedad de un capital por un flujo de renta y el consumidor pasa a ser un productor de sus propias satisfacciones.

En cuarto y último lugar, mientras que el *homo economicus* restringía su lógica a la esfera de la producción, el empresario de sí, se caracteriza por la expansión a otras esferas de la lógica económica. Como señalan Wendy Brown y Laval y Dardot, el liberalismo clásico impuso límites sobre la capacidad de la vida económica para expandirse por otras esferas como la política o la moral, sin embargo, el neoliberalismo supone el cuestionamiento de esa separación. La racionalidad neoliberal logra generalizar la existencia económica en todas las esferas de la vida social e individual sin la necesidad de que medien procesos monetarios (Brown, 2016: 35). La educación, la salud, el deporte, la sexualidad, la arquitectura o las relaciones familiares, son susceptibles de economizarse y plantearse en términos de capitalización, competencia e inversión. El establecimiento de una subjetividad que se concibe como una unidad empresarial, supone que cualquier actividad se incorpora a un corpus de gestión estratégico-económico que permite administrar la vida en su conjunto como forma de autocalificación y rentabilización. Brown rescata el ejemplo de la vida amorosa y propone su abordaje a partir de la concepción de relación amorosa como una relación entre empresas individuales. Brown destaca la aparición de aplicaciones y empresas que externalizan la relación amorosa para ahorrar tiempo y dinero en el proceso. El proceso de enamorarse y de construir una relación se transforma en una inversión sobre un resultado esperable, tendiendo así a reducir el gasto aplicado y a maximizar el rendimiento obtenido.

Un ejemplo especialmente significativo es la lógica del deporte y más específicamente el running. La investigadora Valentina Iragola Cairoli ha realizado un estudio sobre la práctica deportiva del running, práctica muy extendida a partir de los años 90 en muchos países del mundo. El running, tal y como muestra de forma excepcional el trabajo de Cairoli, tanto la expansión del modelo subjetivo empresarial a una amplia gama de prácticas, como la relevancia del control del tiempo en tanto que variable de referencia para la competencia. El tiempo adquiere un carácter rector de la práctica económica y al aplicarse esta de manera general, en este caso a la carrera urbana, supone la aparición de tiempos extremadamente acelerados, apremiantes y autogestionados. La lucha por reducir el tiempo se vuelve una carrera contra el tiempo de uno mismo siendo el uso del cronómetro



el único mecanismo de control. No es necesario ningún mecanismo normativo y/o punitivo que obligue al deportista a seguir un programa de entrenamiento: el mismo corredor se autoimpone una disciplina de entrenamiento y dedica sus máximos esfuerzo en perfeccionar al máximo su técnica de carrera, su dieta o sus capacidades aeróbicas.

El uso que hace Foucault de conceptos como capital humano o empresario de sí, permiten generalizar los comportamientos económicos a partir de mecanismos político-técnicos por fuera de la esfera del dinero, el trabajo y la ganancia monetaria. Ejemplos como los que acabo de mostrar, ya sean las relaciones amorosas o el deporte, permiten dar cuenta de fenómenos sociales propios de múltiples esferas a partir de categorías que captan su carácter económico de manera amplia y flexible. Con respecto al tema que me ocupa, a saber, la subjetivación temporal, plantear que la existencia empresarial lleva asociado una forma de vivir el tiempo supone así mismo que este tipo de temporalidad puede extrapolarse también a esferas no directamente económicas. Expresiones como invertir bien, o ahorrar tiempo a la hora de conocer gente y establecer relaciones amorosas, supone que la temporalidad en tanto que recurso económico puede ser generalizado sobre amplias áreas sociales.

A pesar de que *Nacimiento de la biopolítica* (1978-79) aparece algunos años después que *Historia de la sexualidad* y en concreto el tomo II, *El uso de los placeres* (1976), donde Foucault trabajó explícitamente el problema de la moral, creo posible hablar del neoliberalismo en tanto que código moral, es decir, que de acuerdo a la concepción foucaultiana es posible hablar del neoliberalismo en tanto que “conjunto de valores y de reglas de acción que se propone a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos” (Foucault, 1987: 26). De forma análoga a la ética protestante descrita por Weber, como fundamento del capitalismo emergente, es posible deducir aspectos para un ejercicio similar por parte de Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*. Tal y como lo describe Foucault en *El uso de los placeres*, cualquier código moral trae consigo elementos importantes más allá del contenido del propio código que nos habla sobre la manera en la cual los individuos realmente viven ese código, se adaptan a él, se resisten a él o varían su conducta con respecto de él. A esta forma de habitar un código moral, Foucault la denomina “moralidad de los comportamientos” o “las maneras de conducirse moralmente” (1987: 27). Además, Foucault diferencia aspectos que conforman la manera efectiva de conducirse de acuerdo a un código moral, es decir, la diferencia entre el código moral y la manera en la cual los sujetos se adecuan y se relacionan con ese código. A propósito de esto, quiero plantear una aplicación de estos elementos sobre el neoliberalismo, los modos de subjetivación que supone y las diferencias que genera su aplicación individual.

El primer elemento de que plantea Foucault, es la determinación de la sustancia ética o el segmento subjetivo que debe ser modificado en base a los requerimientos normativos. Si bien puede identificarse difícilmente un código moral explícito y bien delimitado en la racionalidad neoliberal, el conjunto de prescripciones y reglas para el comportamiento que le son propias hacen referencia al mercado y la competencia como espacios privilegiados de veridicción social. Como he mostrado, Foucault describe la existencia de un ideal de idoneidad-máquina en tanto que aptitud para la obtención de flujos de ingreso. Así, la sustancia ética interpelada por la racionalidad neoliberal está constituida por todas aquellas capacidades, prácticas y recursos vitales que permitan adecuar a un sujeto al modelo de idoneidad-máquina.

Además, un código ético se aplica diferencialmente a partir de los modos de sujeción puestos en marcha por los sujetos para relacionarse e interpretar o actualizar el código moral. En el neoliberalismo, es a partir de la autoinversión y el cultivo del capital humano. La posibilidad de que las personas efectivamente se vinculen e incorporen como propios los requerimientos del mercado pasa por concebirlos como un incremento del capital personal.

También se produce un trabajo ético o una elaboración sobre sí que implica un ejercicio constante de automodificación y la creación de multitud de técnicas y habilidades encaminadas “no sólo para que nuestro comportamiento sea conforme a una regla dada, sino para intentar transformarnos nosotros mismos en sujeto moral de nuestra conducta” (1987: 28). En el neoliberalismo este proceso técnico de autotransformación puede verse traducido, tal y como he descrito anteriormente, en la aparición de multitud de terapias, métodos de aplicación de la gestión empresarial a la vida cotidiana, desarrollo de habilidades comunicativas y emocionales como la programación neurolingüística o el análisis transaccional o la expansión de la figura del *coach* dedicado al seguimiento y perfeccionamiento de aptitudes personales (Laval y Dardot, 2013; Illouz, 2010).

Por último, un código ético se aplica sobre una teología o sistema ético que afecta a la propia existencia en su totalidad. Es el propio cuerpo, la mente, la propia naturaleza subjetiva la que reacciona, sobre la que se trabaja. En el caso del neoliberalismo, el trabajo sobre sí queda materializado en la figura del empresario de sí o la existencia empresarial. Se produce una forma específica de viviente que produce una continuidad entre el código, la sustancia ética, los modos de sujeción y el trabajo ético.

En definitiva, toda moral, en tanto que moral efectiva, supone la constitución de sujetos morales, sujetos que son tomados como objetos de esa moral y que se toman a sí mismos como objetos morales (1987: 29). Al contrario que otros modelos morales, las reglas propias de la racionalidad neoliberal no se caracterizan por la constitución de un reglamento explícito y sistemático en el que

cada comportamiento quede recogido, en el neoliberalismo, como en otros modelos de moral “el acento cae entonces sobre las formas de relacionarse consigo mismo, sobre los procedimientos y las técnicas mediante las cuales se las elabora, sobre los ejercicios mediante los cuales uno se da a sí mismo como objeto de conocimiento y sobre las prácticas que permiten transformar su propio modo de ser” (1987: 29). Se produce una existencia empresarial, un ethos económico donde cada acción y cada vínculo se establece en base al modelo de la estrategia económica. Todos los elementos de la vida convertidos en recursos, todos los recursos destinados a la autoinversión en tanto que capitales vivientes que deben ser rentabilizados. Queda así dibujado una sociedad compuesta de empresas que a su vez están constituidas por empresas individuales (Foucault, 2016: 228) vinculadas entre sí a partir de la competencia y el mercado. Lejos de entender la disciplina, el trabajo y el éxito económico, tal y como anunció Weber, como signo la salvación divina, el empresario de sí busca la salvación terrena, afirmando su capacidad, su libertad y su fuerza individual.

Hasta ahora he descrito, a partir de los textos de Foucault, los dispositivos institucionales – discursivos y no discursivos– a través de los que los seres humanos se transforman y se transforman a sí mismos en tanto que idoneidad-máquina en empresarios de sí mismos. Ser empresario de uno mismo, va más allá de una simple identidad, constituye una forma de existencia, una ética y abarca gran parte de las esferas de la vida. Sin embargo, Laval y Dardot han incidido en un elemento importante: los dispositivos de rendimiento/goce.

Como hemos visto, las técnicas de subjetivación neoliberales no actúan exclusivamente en el plano de la sujeción, tal y como mostré en el caso paradigmático del capital humano, los propios sujetos son protagonistas voluntariosos de su autoconstitución como existentes empresariales planteando una fuerte paradoja:

Numerosos trabajos insisten en el carácter paradójico de esta situación subjetiva. Los sociólogos multiplican los oxímoron para tratar de describirlo: “autonomía controlada”, “implicación obligada”. Todas estas expresiones, sin embargo, presuponen un sujeto exterior y anterior a la relación específica de poder que lo constituye, precisamente, como sujeto gobernado. Pero cuando no se sigue oponiendo poder y libertad subjetiva, cuando se plantea que el arte de gobernar no consiste en transformar a un sujeto en objeto pasivo, sino en conducir al sujeto a que haga lo que acepta querer hacer, la cuestión se presenta bajo una nueva luz (Laval y Dardot, 2013: 359-360).

La forma del empresario de sí mismo plantea más fuertemente que nunca la pregunta por el poder y la libertad. ¿Hasta qué punto las personas buscan el máximo rendimiento, el éxito, la competencia por qué quieren hacerlo libremente o por qué les es impuesto? Para Laval y Dardot la contradicción no es tal, pues el dispositivo neoliberal no sólo produce rendimiento, productividad y competencia,

produce en igual medida la búsqueda de goce, de deseo y de placer. Entre la dicotomía ascetismo-hedonismo representada por el trabajo y el consumo, el neoliberalismo, si tiene que elegir, se queda con los dos. El empresario de sí mismo no busca el éxito económico como signo de salvación, ni como ideal normalizador, lo busca porque lo disfruta. “Hacer del goce un imperativo” podría ser el lema de este nuevo *homo economicus* que se ve tan forzado a trabajar como a disfrutar.

Cada aspecto vital, se convierte no sólo en un recurso, sino que se ve mediado por el dispositivo rendimiento/goce que establece ligaduras psíquicas de enorme profundidad. El sujeto empresarial no sólo se identifica con su trabajo, disfruta de él. Se produce lo que Laval y Dardot denominan una “ultra-subjetivación”:

que no tiene como finalidad un estado último y estable de posesión de sí mismo, sino un más allá de sí mismo, que se aleja cada vez y que cada vez más está constitucionalmente ordenado de acuerdo con la lógica de la empresa y más allá, con el cosmos del mercado mundial (2013: 362).

Un sujeto que compite por el triunfo económico, que busca el máximo rendimiento y la máxima productividad de sus recursos: no porque sea obligado, no porque sea convencido o engañado, sino porque quiere y disfruta de ello. El nuevo *homo economicus* hace de su vida una carrera contra todos y contra sí mismo, una carrera que no termina nunca y que involucra todos sus recursos y todas las esferas de su vida:

Se trata, desde luego, de multiplicar el modelo económico, el modelo de la oferta y la demanda, el modelo de la inversión, el costo y el beneficio, para hacer de él un modelo de las relaciones sociales, un modelo de la existencia misma, una forma de relación del individuo consigo mismo, con el tiempo, con su entorno, el futuro, el grupo, la familia (Foucault, 2016: 239-240).

La economización subjetiva que supone la figura del empresario de sí, involucra una forma de existencia completa, una manera de concebir las prácticas cotidianas, las relaciones personales, la vida política y también por supuesto de concebir el tiempo de vida. Se produce así una suerte de generalización de modelo subjetivo en tanto que unidad estratégica de administración de tiempo y otros recursos: la autoconcepción empresarial. Una búsqueda y un interés constante por la mejora del capital humano y la autoinversión que se traduce también en una idoneidad temporal, es decir, hacer de sí mismo una máquina cuyo tiempo es utilizado al límite. Este uso del recurso tiempo se plantea en términos relativos pues su uso debe ser más eficiente y competitivo que el del resto: debe ser más productivo, mejor aprovechado, más veloz, mejor invertido, más rentable y debe producir mejores y más intensas satisfacciones. El empresario de sí, no sólo mide y administra su tiempo como un recurso, sino que mide, se compara y compite con el tiempo de los demás adaptando su

uso al de los demás. La máxima atribuida a Benjamin Franklin por Weber de “el tiempo es dinero” en 1748, se dirigía a jóvenes comerciantes, ahora se dirige a todo el mundo.

Quiero recuperar algunas cuestiones que he venido trabajando hasta ahora, que si bien considero de máxima afinidad con la figura del empresario de sí, suponen consideraciones importantes. Pues ¿es suficiente analizar la autoconcepción empresarial a partir de la figura del empresario de sí? ¿La competencia temporal puede ser comprendida a partir del gobierno neoliberal exclusivamente? Tal y como he mostrado en capítulos anteriores, fundamentalmente de la mano de Postone, la competencia se constituye como la relación social básica por la cual las relaciones capitalistas adquieren un carácter específico y dinámico. La lógica inmanente del tiempo, en tanto que transformación y reconstitución se presenta como un movimiento a partir del pulso constante de la competencia. El aumento de la eficacia o la productividad, en tanto que unidad relativa, vienen dados por la naturaleza competitiva del empresario de sí y por la ética que lo convoca, pero debemos examinar también la forma y las características específicas de la temporalidad que interviene.

Este tipo específico de competencia puede considerarse una lucha por el tiempo, o mejor, una lucha por reducir el tiempo y aumentar la productividad. Como hemos visto, en términos generales el proceso de la competencia capitalista posee dos fases. La primera, en la que el interés por adquirir una posición privilegiada en el mercado y obtener mejores márgenes de ganancia, lleva a determinados productores a generar condiciones de producción ventajosas con respecto a sus competidores. Un capitalista, un sector o un actor económico, al lograr incrementar sus niveles de productividad por encima de los del resto, colocan su tiempo de trabajo necesario por debajo de la media social adelantándose en la pugna por un tiempo más efectivo. En la segunda fase, se produce un efecto nivelador caracterizado por la progresiva generalización de esas condiciones de producción excepcionales lo que permite extender esos índices de productividad y resituar el tiempo de trabajo socialmente necesario en un nuevo estándar. De esta manera, los demás productores se ven obligados a introducir cambios que igualen esas capacidades competitivas a riesgo de quiebra al no poder hacer frente a los precios y rendimientos de sus competidores. Se trata de una lucha por el tiempo; por hacer decrecer el tiempo necesario y así poder hacer frente al imperativo temporal social general.

Así, la competencia en términos temporales, manifiestamente ignorada por Foucault, puede concebirse desde una dimensión muy diferente. De manera análoga, los comportamientos y prácticas de los actores que habitan dichas relaciones sociales de competencia, al reaccionar ante estas condiciones e imperativos, deben ser aprehendidos también desde categorías que den cuenta

de esas mismas condiciones. Para tratar de clarificar este punto, quiero plantear algunos elementos que definan que supone esta idea de competencia social temporal de manera más concreta. Para ello considero que algunos escritos sobre el conocido como derivacionismo de Estado<sup>56</sup> pueden ser de utilidad.

El debate sobre el derivacionismo de Estado, precisamente por el interés teórico que le motiva, a saber, la forma en la cual las formas básicas de las relaciones sociales capitalistas tal y como Marx las dibujó permiten derivar el Estado como objeto separado de la sociedad, se ha centrado en entender el concepto de sociedad civil. Derivar la forma Estado y sus funciones en tanto que Estado capitalista a partir del modelo teórico de Marx supone necesariamente atender a la distinción entre Estado y sociedad y el tipo de relaciones sociales que los componen. Para no alejarme innecesariamente del hilo de la argumentación, me centraré en la propuesta de Sybille von Flatow y Freerk Huisken, quienes han elaborado una descripción considerablemente sofisticada sobre lo que consideran la superficie<sup>57</sup> de las relaciones sociales capitalistas, es decir, de la esfera del intercambio, el mercado, la propiedad y la competencia.

Para von Flatow y Huisken, la superficie de las relaciones sociales capitalistas se encuentra formada por la interacción de los diferentes propietarios privados de fuentes de ingresos. Para von Flatow y Huisken, en la esfera del intercambio de mercancías todo el mundo posee fuentes de ingresos independientemente de si estos vienen dados como resultado del trabajo propio o ajeno (Flatow y Huisken, 2017: 339). Para von Flatow y Huisken, por el mismo hecho de tener fuentes de ingresos, ya sea procedente del trabajo, de la tierra o del capital, los distintos propietarios presentan una serie de intereses comunes en relación a su condición de propietarios y en tanto que participes de una relación de interdependencia social. Además, como veremos la interdependencia entre propietarios supone conflictos entre diferentes los diferentes tipos. Estos intereses comunes son fundamentalmente dos: el interés en conservar la fuente de ingresos y el interés en incrementar el ingreso (2017: 338).

---

<sup>56</sup> Para una selección de algunos de los textos fundamentales del debate, véase Alberto Bonnet, A.; Piva, A. (comp) (2017).

<sup>57</sup> No entraré aquí en el debate sobre superficie y profundidad ni las implicaciones epistemológicas o políticas que puedan derivarse, sin embargo, para no ignorar simplemente el problema, quiero remitirme a lo que Postone plantea a razón del problema sobre la sociedad civil y la diferencia entre los niveles de la producción y la circulación en Marx: “Su crítica no se limita a rechazar las instituciones, estructuras y valores de la esfera de la circulación como meros simulacros. Por el contrario, sostiene que la circulación de mercancías es sólo un momento de una totalidad más compleja.” (Postone, 2006: 358). Como señala Postone, la esfera del intercambio de mercancías no supone una mera ilusión o mistificación de la verdadera naturaleza del capitalismo, sino más bien una esfera diferenciada pero igualmente real con efectos específicos reales. Cuando Marx plantea la “libertad, igualdad y Bentham” como características de la sociedad capitalista, no las plantea como mero engaño, sino como una realidad histórica que el propio capitalismo ha generado.

Con respecto a la conservación de la fuente de ingresos, los diferentes propietarios requieren de formas de protección contra todos los tipos de apropiación externas o asimétricas al intercambio como puede ser cualquier tipo de robo o destrucción de mercancías, es decir, cualquier tipo de apropiación o uso de mercancías que no esté regido por la equivalencia. En términos temporales supone entre otras cosas que los propietarios de trabajo tratarán de proteger su tiempo de trabajo efectivo en tanto que condición de su flujo de ingresos y la aparición de potenciales conflictos a raíz del interés cruzado en proteger las fuentes de ingresos propias y las condiciones temporales de producción más convenientes. Por ejemplo, entre la fuente de ingreso capital y trabajo (2017: 341-342).

En relación al interés por el incremento del ingreso, los diferentes propietarios de fuentes de ingreso, siempre bajo las condiciones impuestas por las relaciones sociales capitalistas, poseen de manera similar un interés común en incrementar la magnitud de los ingresos que obtienen independientemente del tipo de propiedad que posean. Von Flatow y Huisken, plantean que allí donde se encuentra un vendedor y un comprador la relación que primará es la del intercambio de equivalentes, sin embargo en el momento en el que en el mercado aparece más de un vendedor y más de un comprador, aparece necesariamente la relación de competencia pues aparece la posibilidad de obtener ventaja en relación a otros propietarios sin quebrantar la relación de equivalencia en el intercambio. Para von Flatow y Huisken, en un primer momento, cada grupo de propietarios (trabajo, capital y tierra) compite necesariamente entre sí en tanto que los ingresos a los que aspiran es limitado y se obtiene a partir del mismo tipo de propiedad. Al existir objetivos iguales, convertir una propiedad en un ingreso, se produce una rivalidad que sólo puede darse en relación a un elemento común: el dinero. De forma muy sintética, esto significa, que los propietarios compiten con otros propietarios por vender caro y comprar barato. El dinero se constituye como el sancionador de las diferentes estrategias mercantiles que llevan determinada propiedad a obtener determinado ingreso. El mercado, en boca del dinero, enuncia aquellas estrategias exitosas o por el contrario fallidas que abocan a la victoria o a la derrota de los propietarios enfrentados (2017: 342-343). Dejando a un lado el caso de la propiedad de la tierra, demasiado alejado quizás del problema que me ocupa, se producen estrategias diferentes y recurrentes para cada colectivo de propietarios a partir de los cuales obtener determinada ventaja. En el caso de los capitalistas o propietarios de capital:

reaccionan individualmente al precio de mercado de sus productos intentando incrementar la productividad del trabajo; o bien –así lo ven ellos– intentando reducir el costo; o en caso de que la

modificación del producto o del costo no condujese a mayores ingresos, buscando una nueva esfera de inversión para su propiedad (2017: 343).

O en el caso de los trabajadores: “Los trabajadores reaccionan individualmente al precio del mercado de su trabajo intentando ponerse en la situación de trabajar más rápido, mejor o –si fuera necesario– hacer otro trabajo del que aprendieron” (2017: 343).

Además, tal y como explican von Flatow y Huisken, La defensa de estos intereses individuales en tanto que propietarios de fuentes de ingreso, no sólo conduce a la rivalidad y al enfrentamiento entre propietarios del mismo tipo de propiedad, puede llevar también a alianzas internas y externas. Por poner algunos ejemplos, pueden producirse alianzas entre propietarios del mismo tipo de propiedad (por ejemplo, propietarios de trabajo) para defender sus intereses comunes contra otro tipo de propietarios (capital o tierra) que les permite asegurar unas condiciones de competencia favorables al incremento de ingresos. Así mismo, puede producirse una confluencia de intereses entre propietarios de fuentes de ingreso transversales que compongan un sector productivo concreto como puede ser la industria pesada o el transporte dejando para después “la pelea por la porción (en general adicional) de la que cada uno se apropiará” (2007: 345).

Argumentos muy similares pueden encontrarse en los escritos de Postone sobre la sociedad civil, donde plantea que los trabajadores, dada su condición de propietarios de la mercancía fuerza de trabajo, difícilmente pueden ejercer sus derechos como propietarios de forma individual, es decir, que como propietarios deben asociarse para tener de hecho el control sobre la venta y las condiciones de la venta de su propiedad (derechos laborales, salario, etc.). Como argumenta Postone, lejos de como se ha entendido en multitud de ocasiones, la asociación de los trabajadores no supone automáticamente o esencialmente una fuerza antagonista hacia la forma social capitalista, sino que paradójicamente, puede suponer la única forma de que los propietarios de trabajo logren ejercer como “sujetos burgueses” (Postone: 2006: 358-359). Esta perspectiva plantea una gran diferencia con respecto a la concepción de clase en tanto que representante ontológico del trabajo en relación antagónica y esencial con el capital y su representante, la clase capitalista<sup>58</sup>. Pero también plantea una doble naturaleza para los trabajadores asalariados en el capitalismo, como propietarios de fuentes de ingresos y por lo tanto sujetos activos en la esfera de la circulación y el intercambio; y como valores de uso, mercancías u objetos del proceso productivo (2006: 358-359). Cabe plantear un movimiento similar al analizar a los propietarios de otras fuentes de ingresos, que al mismo tiempo que son sujetos del mercado y de la sociedad en tanto que esfera de circulación,

---

<sup>58</sup> Este argumento queda desarrollado más ampliamente en: Postone, 2007: 73 y ss.



intercambio y competencia, son también objetos y representantes de determinadas funciones en unas relaciones sociales que imponen cierta dinámica a espaldas suya.

En definitiva, los argumentos de von Flatow y Huisken en el marco del debate del derivacionismo de Estado, además de servir como base de derivación del Estado desde las categorías básicas de *El capital*, permiten entender el precio y el ingreso como los signos de referencia para el establecimiento de la contienda económica entre actores sociales. De acuerdo a esta argumentación, la competencia se establece en base a estrategias (en gran medida temporales, determinadas por las diferentes maneras de utilizarlo y en tanto que es la variable fundamental para tener capacidad de intervención sobre los precios) de los diferentes propietarios de fuentes de ingresos entre sí para obtener ventajas con respecto a los demás. Pero esta competencia no viene dada más que por el establecimiento efectivo del intercambio mercantil como una relación social generalizada y por la constitución de los sujetos como propietarios.

Partiendo de la idea de Postone sobre la densificación progresiva del tiempo como tendencia general del capital, el incremento y la conservación de la fuente de ingresos, para los capitalistas y por tanto, también para los trabajadores, pasa por competir a partir de un aumento de la productividad que, al menos, logre equipararse con la productividad media con la que trabajan el resto de productores en el mercado. Independientemente de si es el tiempo propio o el tiempo de otros, existe una tendencia estructural a que los actores implicados en el juego de interdependencias propio de las relaciones sociales capitalistas se vean presionados o impulsados a utilizar el tiempo de manera más y más productiva. Esto, supone de hecho, una competición por lograr que el tiempo, o el tiempo que se ha pagado, tenga la capacidad de adaptarse, o incluso superar, los estándares sociales de productividad. Porque, ¿qué significa en términos generales mantener o incrementar la fuente de ingresos para un asalariado?, ni más ni menos, que ser capaz de ofrecer un tiempo de trabajo con el suficiente nivel medio de eficacia como para que quien paga por él esté dispuesto a pagarlo. ¿Y qué supone para un propietario de capital sostener o incrementar su fuente de ingresos? Pues lograr invertir en un sector productivo determinado en el cual sea posible comprar tiempo ajeno, el cual sea, al menos, equiparable al nivel medio de productividad. La presión abstracta del tiempo se aplica de muy diferentes formas y afecta de manera diversa en relación a las posiciones estructurales de propiedad, pero se extiende hacia todas las personas y todas las esferas sociales, independientemente de sus particularidades.

No sólo en términos abstractos de valor, también en términos de dinero, la lucha por conservar o aumentar el flujo de ingresos se traduce en último término en una lucha por el uso del tiempo. Competir, tal y como se despliega de la lógica del capital, supone competir por el tiempo, y esto,

necesariamente se traduce en una dinámica de aumento constante de la productividad requerida en su uso y el establecimiento de estrategias individuales en torno a la forma de hacerlo. La autoconcepción empresarial no puede ser aprehendida exclusivamente en términos estratégicos, político-técnicos o instrumentales. La autoconcepción empresarial ha de ser entendida también desde las propias estructuras temporales que imponen las relaciones sociales capitalistas. Tanto los propietarios de medios de producción, como los propietarios de su fuerza de trabajo deben competir entre sí, ya sea para obtener una mayor plusvalía relativa reduciendo así el tiempo de trabajo socialmente necesario, o para ofrecer un tiempo de trabajo más vendible-idóneo que el resto de vendedores de su tiempo de trabajo condición indispensable para conservar y aumentar su flujo de ingresos. La competencia social resuena desde el fondo del funcionamiento más básico de las relaciones sociales capitalistas y la administración del tiempo de trabajo propio y ajeno resulta el mecanismo más fundamental para llevarlo a cabo.

Un ejemplo de una gran capacidad analítica que trata de abordar esta cuestión es el de empleabilidad desarrollado por el investigador Damián Pierbattisti. A partir de un estudio sobre el proceso de privatización de Telefónica en Argentina durante la década de 1990, Pierbattisti detecta que se desarrollan, en el seno del proceso privatizador, un conjunto de aptitudes en constante supervisión y actualización que diferencian y jerarquizan a unos trabajadores sobre otros. Este conjunto de habilidades, esta aptitud general de predisposición al cambio, de entrega total al trabajo, de integración e identificación con la empresa se plantea como un escaparate individual a partir del cual la empresa decide invertir en consumir los servicios que ofrece cada trabajador. Esta empleabilidad supone, además, la condición de posibilidad de acceder a fuentes de ingreso y la constitución de un estado general de competencia interna entre trabajadores que poco a poco han pasado a autoconcebirse no ya como trabajadores empleados por la empresa, sino, pequeñas empresas que compiten entre sí para ofrecer una empleabilidad superior al resto. Para Pierbattisti, la creación de esta empleabilidad no funciona exclusivamente como régimen normativo, sino que contó al mismo tiempo con la existencia de un marco de desempleo masivo y desregulación del marco jurídico y social de protección al trabajo (Pierbattisti, 2020: 25).

Resultaría de interés, tratar de aplicar este concepto de empleabilidad sobre procesos más amplios y abordar las amplias consecuencias que pueden derivarse. Wendy Brown, en su trabajo sobre la subjetividad neoliberal, ya señala como una de las consecuencias más relevantes de esta forma subjetiva el desgaste que supone para proyectos colectivos como el de clase o pueblo. La autoconcepción en tanto que unidad estratégico-económica, supone la desaparición, o al menos la erosión de identidades colectivas como la clase que se constituye sobre la relación de afinidad entre

trabajadores: si eres un empresario que compite con el resto, difícilmente podrán establecerse lazos de afecto y solidaridad o proyectos colectivos (Brown, 2016: 47).

En amplia sintonía con esto, el psicoanalista y médico Christophe Dejours, ha tratado de analizar en *La banalización de la injusticia social*, el proceso de desvinculación afectiva y empática de los trabajadores en las sociedades contemporáneas. En tanto que el éxito y el fracaso dependen, no de la lucha colectiva, sino de los méritos individuales; en tanto que la identidad y el horizonte vital, no se construye en base a la afinidad colectiva, sino a partir de la competencia individual, el sufrimiento se normaliza y se concibe como procesos legítimos y exclusivamente individuales. Ante el sufrimiento ajeno, el neoliberalismo anuncia: “si te va mal, si sufres, es porque tú te lo has buscado”. La creación de mecanismos políticos de tramitación del sufrimiento se vuelve enormemente complicada. Este estado social, donde la competencia se erige como el modelo de relación social básica, ya fue previsto por los teóricos del neoliberalismo. Como señala Foucault a propósito de Wilhelm Röpke, el establecimiento de un marco general de competencia como modelo de interdependencia social supone también, la necesidad de poner en marcha instrumentos de integración y regulación social: “Este marco político y moral debe asegurar una comunidad no desintegrada y, por último, garantizar una cooperación entre los hombres naturalmente arraigados y socialmente integrados” (Foucault, 2016: 241).

Este estado social de todos contra todos o canibalismo social, articulado desde el armazón teórico que he tratado de desarrollar aquí, plantea sugerentes interrogantes y abre espacios de investigación de enorme actualidad y relevancia. Estudiar fenómenos como las nuevas manifestaciones de extrema derecha en forma de neoliberalismo autoritario, el corporativismo obrero o sindicalismo reaccionario o las nuevas formas de racismo a partir de esta articulación teórica permitiría potenciar los objetivos e implicaciones de proyectos investigadores como estos. El propio Postone, ha planteado algunas veces (Postone, 2012: 400) la importancia de la crisis del trabajo, el paro estructural y la competencia entre trabajadores por el empleo escaso como un elemento central para abordar el viraje reaccionario y xenófobo de ciertos sectores de la clase obrera. Un análisis como este, articulado junto al concepto de empleabilidad podría ser un punto de partida útil para afrontar algunas de las manifestaciones políticas actuales de la extrema derecha.

Además, sería posible interrogar a esta investigación sobre las consecuencias que este fenómeno de intercompetencia social generalizada –a la que he llamado provisoriamente canibalismo social– dibujan sobre las políticas antisistémicas. Estas ramificaciones podrían enfocarse sobre las posibilidades y dificultades para configurar actores políticos que implica este escenario social. Mientras que una buena parte del marxismo, compuesto en buena medida por el movimiento

comunista –marxismo tradicional en términos de Postone–, entendía que los actores políticos determinantes y con verdadero potencial emancipador eran aquellos derivados de las posiciones de clase objetivas y determinadas por la contradicción capital-trabajo, la idea de autoconcepción empresarial tal y como la he desarrollado aquí plantea que existen importantes determinaciones estructurales –emanadas directamente de la forma valor y la forma mercancía– que distorsionan la posibilidad de un alineamiento o reagrupamiento de intereses objetivos en base a las posiciones dadas por la clase. Lo social, lejos de dibujarse como un campo dividido en dos, se plantearía como un espacio de confrontación total entre unidades estratégicas de cálculo, ganancia y propiedad de tiempo. Esto no supone en absoluto la negación de la existencia de las clases sociales ni del antagonismo social surgido de la dicotomización social que forma, simplemente supone que la constitución de actores políticos antisistémicos debe obedecer a procesos de mayor complejidad que no la resolución de una solidaridad y un antagonismo implícitos estructuralmente. El conflicto entre los compradores y los vendedores de tiempo es real y produce efectos de aglutinamiento político de enorme trascendencia social e histórica, sin embargo, también la competencia intraclases constituye una variable de al menos similar relevancia. Lo político debe pensarse en un ecosistema social en el que estas tendencias caníbales no son simplemente un efecto ideológico que esconde la explotación y evita la constitución de la clase obrera como sujeto político, la competencia intraclases es tan real como lo es la explotación. Por esto, es necesario repensar la labor de la construcción política anticapitalista: menos en términos de revelar una esencia y más como la construcción política compleja de actores múltiples y en gran medida empujados a enfrentarse. Llegados a este punto, puede resultar productivo recurrir a la teorización sobre el poder popular realizada por Omar Acha (2007) donde plantea un debate sobre los límites cruzados entre los fundamentos políticos del marxismo tradicional y los del populismo peronista. Para Acha, ni la supuesta igualdad producida por la dicotomización social y la experiencia obrera, ni la unidad forjada a partir de mecanismos político discursivos que proponen autores como Ernesto Laclau afrontan de manera convincente el problema de la dialéctica entre lo social y lo político. Para los primeros lo social es el vínculo de la explotación y lo político es la revelación de ese vínculo y su posterior superación; para los segundos lo social se vuelve prácticamente inexistente. Acha propone entonces entender esta dialéctica sociopolítica a partir de lo histórico como mecanismo de forja de actores políticos (el pueblo). La emergencia de sujetos políticos antisistémicos no es sólo el producto directo de la experiencia común dada por la explotación; tampoco puede limitarse a la intervención simbólico-discursiva sobre una heterogeneidad pura y abstracta que ignora lo social como problema específico. Acha sugiere que es la intervención sobre lo histórico como situación social específica aquello que en sus tramas puede hacer llegar a levantar algo así como un pueblo:

Este hacerse es lo decisivo, porque sin eso el pueblo (que no es una cosa) se desmigaja. El contenido de poder popular sólo es comprensible en las condiciones históricas en que se produce, en el contexto de las relaciones de fuerza en que interviene, en el horizonte de las perspectivas políticas que se plantea. En términos más formales: da cuenta de una historia (como pasado asumido o sufrido), un presente (una situación política, económica y cultural) y un futuro (observable en una expectativa estratégica) (Acha, 2007: 22).

De lo que se trata es de observar los procesos políticos partiendo de una analítica de las relaciones sociales capitalistas que entienda el campo social subdividido en términos complejos y diversos así como explorar la práctica política como un acto constructivo sin bandos estancos y trascendentes que piense el camino desde lo existente hacia otro lugar. El tipo de trama social que he dibujado, así como la forma de subjetivación que le es característica, no supone simplemente una erosión de lo político –como a veces parece decir Brown– plantea más bien la exigencia de pensarlo bajo una condicionalidad particular.

Ahora bien, en última instancia, lo que es necesario preguntarse es: ¿por qué y de qué manera los sujetos se vuelven productivos, competitivos o eficientes, a través de qué mecanismos particulares y bajo qué circunstancias? ¿A partir de qué procesos las personas se autoinstituyen y se conciben a sí mismos como empresas, valoran su tiempo, sus bienes y su esfuerzo como recursos y compiten con los demás forzándose a sí mismos a la productividad y la exigencia?

Para plantear algunas reflexiones finales quisiera empezar con el ejemplo de la migración, en tanto que inversión, utilizado por el propio Foucault para caracterizar la idea de los sujetos empresa.

Foucault plantea la decisión de la migración en clave de inversión económica. Una persona una familia o la unidad económica que sea, puede decidir invertir tiempo y coste de oportunidad en un cambio de residencia, de trabajo, de vivienda, pero lo hará en base a una expectativa de rentabilidad futura. La migración es cara, cuesta muchos recursos y el beneficio debe ser muy grande para merecer la pena. Ahora bien, dice Foucault:

La movilidad de una población y su capacidad de tomar decisiones en esa materia, que son decisiones de inversión para obtener una mejora en los ingresos, permiten reintroducir esos fenómenos, no como puros y simples efectos de mecanismos económicos que desbordan a los individuos y de alguna manera, los ligan a una inmensa máquina de la que no son dueños; no posibilita analizar todos estos comportamientos en términos de empresa individual, empresa de sí mismo con inversiones e ingresos (Foucault, 2016: 234).

El empresario de sí, es la figura que actúa en unas condiciones y sobre esas condiciones a partir de la capacidad estratégica. El juego existe por fuera de los jugadores, impone unas normas, ni siquiera

tiene porque ser un juego justo, pero los jugadores deben jugarlo. El empresario de sí reinventa el juego a cada vez, lo actualiza y lo habita de formas diversas pero nunca puede olvidar que lo que está haciendo es jugar.

En *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault plantea que el capitalismo sólo puede ser un conjunto económico-institucional y la historia del capitalismo una historia de esos conjuntos (Foucault, 2016: 169-170). Reclama entonces un tipo de análisis que no se cierre sobre la lógica única del capital, que no se conforma con “el capitalismo a secas”, que no se conforma con la dinámica ciega de la acumulación. Insinúa así una perspectiva analítica con “perspectiva histórica”, centrada en las “singularidades históricas”, con “imaginación económica, política e institucional” y “abierta a un campo de posibilidades” (2016: 170). Por momentos aparece un Foucault que reclama un marxismo “en el sentido amplio, muy amplio del término” (2016: 169), sin embargo, el programa anunciado, parece quedar a medio resolver.

En total sintonía con lo apuntado, no es suficiente entender las fuerzas económicas abstractas que imponen las relaciones sociales capitalistas, es necesaria una fuerza extraeconómica que acompañe, refuerce, interprete, actualice y adapte los comportamientos, las acciones, los discursos, en definitiva, las subjetividades a esas condiciones. Y, sin embargo, tan arriesgado es aplicar un mecanicismo interpretativo que proyecte un marco teórico general, dedicado a forzar la dinámica temporal sobre la realidad, como ignorar dicha dinámica y las condiciones específicas que impone. No se trata de definir únicamente los efectos de aquellos mecanismo económicos y estructurales que desbordan a los individuos, pero tampoco determinar exclusivamente la manera en la que las personas se gobiernan y autogobiernan a partir de relaciones de poder estratégicas. Se trata más bien, de definir cómo las personas en determinadas condiciones históricas son producidas al mismo tiempo que son capaces de intervenir(se) sobre esas condiciones, de definir los límites, las tendencias y las regularidades que pueden adquirir dichas intervenciones sin olvidar las condiciones generales sobre las que actúan.

Al inicio de la sección segunda del capítulo dos de *El capital*, Marx realiza la siguiente sugerencia: “Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios” (2008: 48). Volver la mirada hacia los custodios de las mercancías supone centrarse en el factor humano demasiadas veces olvidado. No sólo se requiere que las personas adecuen su comportamiento, sus relaciones, su voluntad y su propio cuerpo para trabajar, comprar e intercambiar mercancías, es necesario también (necesario para ellos mismos) que compitan, que se esfuercen por ser mejores, que luchen por triunfar, que expresen su tiempo, que aprendan lo máximo posible, y por supuesto, que lo deseen apasionadamente. El

“sujeto automático” no funciona sólo, tampoco funciona de una única manera posible. Nunca lo ha hecho y previsiblemente nunca lo hará.

### ***3.3. Inseguridad, incertidumbre y riesgo***

Mucho se ha escrito sobre lo que se ha llamado de forma más común como sociedad del riesgo (Giddens, Luhmann; Beck; Lash), en tanto que predisposición general de las sociedades, los Estados y los individuos ante el futuro. En la aportación de Ramón Ramos, al que es ya un debate troncal de la sociología contemporánea, se apunta al riesgo y la incertidumbre como rasgos definitorios de las sociedades presentes: “Llevamos siglos viviendo en la sociedad del riesgo –o planteando la cosa en tono algo menor–: en un tipo de sociedad que encuentra en la gestión de riesgos una de sus experiencias más extendidas y definitorias” (Ramos, 2006: 30). La sociedad del riesgo funda un vínculo específico entre el presente y el futuro fundamentado en el temor, la previsión y la incertidumbre. El presente, en la sociedad del riesgo, se pregunta siempre qué puede salir mal y se prepara para mitigarlo. El riesgo, la incertidumbre y la inseguridad parecen constituir el nexo entre presente y futuro más característico en la modernidad avanzada, es decir, el presente como temor a un futuro imprevisible y portador de potenciales daños e incapaz de establecer mecanismos de seguridad que reduzcan esa funesta previsión. Tanto Foucault como Postone, aportan desde sus particulares puntos de partida elementos significativos para este debate.

El marco teórico elaborado por Foucault sobre el neoliberalismo y el gobierno neoliberal, permite también aproximarse al riesgo y la incertidumbre –en tanto que relación específica entre presente y futuro– como categorías centrales de la subjetividad en la modernidad avanzada.

Tal y como he contado ya, los dispositivos disciplinarios tendían a generar una temporalidad continua, donde el presente se extendía hacia el futuro sin interrupciones, imprevistos, ni imprecisiones. El entramado institucional propio de los regímenes disciplinares planteaba un marco temporal a los sujetos estable, constante y lineal, en el cual, cada acción y cada sujeto dispone de una referencia fija sobre la cual adaptar su propio ritmo y combinarlo con el resto de sujetos de manera preestablecida. El régimen disciplinar va de la mano de mecanismos de seguridad social y de control del daño que provee de una red securitaria y estabilizadora. Sin embargo, la emergencia del gobierno neoliberal supone entre otras consecuencias un deterioro significativo de estos marcos temporales estables asegurados por las instituciones disciplinarias.

La aparición de los dispositivos de seguridad, supone de forma manifiesta el abandono del ideal de seguridad total al que aspiraban los dispositivos disciplinares. El futuro programado, donde los imprevistos están incorporados en el modelo, deja paso a un futuro abierto e incierto. El paradigma deja de ser el de la determinación para dejar paso al de la probabilidad. El dispositivo de seguridad



asume la incertidumbre y el daño, acepta como una certeza su llegada pero se anticipa para mantener el riesgo dentro de ciertos límites aceptables.

En todo caso, los dispositivos soberanos, los disciplinares y los securitarios, implican la existencia de mecanismos colectivos e institucionales de prevención y mitigación del riesgo, en cambio, la emergencia del gobierno liberal supone mecanismos de gestión del riesgo rotundamente diferentes. El liberalismo, como indica Foucault, se caracteriza por la administración del peligro en relación a la libertad, en un juego de contrapesos en el cual el exceso de libertad no puede suponer un exceso de peligro y en el que la libertad no puede verse afectada en relación a la seguridad (2016: 74). Se genera lo que Foucault denomina una cultura del peligro:

Vivir peligrosamente, esto es, que los individuos se vean a perpetuidad en una situación de peligro o, mejor, estén condicionados a experimentar su situación, su vida, su presente, su futuro como portadores de peligro. Y esa especie de estímulo del peligro va a ser, creo, una de las implicaciones del liberalismo (Foucault, 2016: 74-75).

La libertad y la toma de decisiones supone siempre un riesgo inherente y las personas que lo hacen se encaminan necesariamente hacia un futuro incierto. Decidir es siempre arriesgarse, decidir bien, es decidir reduciendo el riesgo lo máximo posible. Así, el sujeto liberal, el *homo economicus* vive una existencia del riesgo constante, donde cada decisión le sitúa de forma individual en manos del futuro que él mismo se ha buscado.

El estado social, contra el que precisamente surge el neoliberalismo, se fundamentaba según Foucault, en “una distribución relativamente equitativa en el acceso a cada uno de los bienes consumibles” (2016: 152), pero además de eso, también en una cobertura común de seguridad social que asegurase no sólo los ingresos y el acceso al consumo, sino toda una serie de bienes y servicios fundamentales asegurados ante potenciales eventualidades. El futuro, sea cual sea su naturaleza, en el marco del Estado social –y también en el ideal disciplinar–, se encuentra comprendido dentro de las previsiones y de las instituciones que lo componen. El neoliberalismo, no sólo desestima el papel redistribuidor de riqueza del Estado, también renuncia a la existencia de esos mecanismos mancomunados de la gestión del riesgo y la incertidumbre: “No se trata, en suma, de asegurar a los individuos una cobertura social de los riesgos, sino de otorgar a cada quien una suerte de espacio económico dentro del cual pueda asumir y afrontar dichos riesgos” (2016: 154). El Estado neoliberal deja de prestarse a colectivizar el riesgo y abandona la pretensión de generar un marco temporal estable donde los potenciales daños sufridos en el futuro sean asumidos de forma colectiva.

Muchos autores han sostenido esta línea de investigación (Brown; Ramos; O'Malley; López), destacando el deterioro de los mecanismos colectivos de afrontar el riesgo y abocando a los sujetos a un estado constante de incertidumbre e inseguridad en el cual la única forma de gestionar la incertidumbre y reducir el riesgo es a partir de la participación individual exitosa en el juego económico. Probablemente sea Margaret Thatcher quien mejor allá expresado esta idea:

La gente que pide constantemente la intervención del gobierno está echando la culpa de sus problemas a la sociedad. Y, sabe usted, no hay tal cosa como la sociedad. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias. Y ningún gobierno puede hacer nada si no es a través de la gente, y la gente primero debe cuidar de sí misma. Es nuestro deber cuidar de nosotros mismos (Margaret Thatcher).

La sociedad no se considera un conjunto de lazos, interdependencias y cooperación, sino la suma de las unidades económicas –ya sean familias, individuos o empresas– vinculadas por la relación de competencia económica. Bajo el gobierno neoliberal, cada uno debe velar por sí mismo sin esperar la ayuda de nadie y la administración del riesgo es sólo una administración individual. El riesgo, como componente constitutivo del futuro, es una variable más a tener en cuenta a la hora de tomar cualquier decisión: costes, beneficios y riesgos. La sociedad, en tanto que suma de unidades empresariales en competencia, se enfrenta al riesgo de forma fragmentada y sometiendo a los individuos a la incertidumbre de saber, que si fallan, no habrá nada ni nadie para ayudarlos.

El juego económico tiende a expulsar a los derrotados, a dejar a atrás a aquellos que no han sabido o no han podido mantener el ritmo del resto. Sin embargo, aquellos que se quedan sin crédito y pierden la posibilidad de seguir, sí deben recibir respuesta del Estado. El único derecho es poder seguir jugando, la única responsabilidad social es garantizar la posibilidad de jugar. Se ponen en marcha mecanismos que permiten a las personas excluidas del circuito económico, reintegrarse a él a partir de un suelo mínimo: “Cláusula si se quiere, de salvaguarda del jugador, regla limitativa que no cambia nada en el desarrollo mismo del juego, pero que impide que alguien quede total y definitivamente fuera de él” (Foucault, 2016: 207). ¿Y qué puede ser lo que permita a todas las personas seguir jugando a pesar de haber desperdiciado sus recursos (tiempo, capital humano, dinero, etc.) o errado en sus inversiones? Pues una fuente de ingresos que permita volver a invertir y consumir y reengancharse a la partida de nuevo. Según Foucault, el neoliberalismo puede perfectamente llegar a desplegar políticas estatales encaminadas a la creación de un impuesto negativo, es decir, una renta básica que permita a las personas, por lo menos, no quedarse irremisiblemente atrás. El impuesto negativo no trata de revertir un estado de desigualdad o de carencia estructural, el impuesto negativo es un mecanismo por el cual las personas, aún tras haber

perdido todo, puedan seguir considerándose empresarios de sí mismos y volver a integrarse en el gran juego social del mercado y la competencia.

En todo caso, incluso con medidas del tipo de la impositividad negativa, el neoliberalismo trabaja en generar individuos responsables de su propio futuro y de su propia seguridad. Como unidades aisladas que deben estar siempre alerta, dispuestas a cambiarlo todo en cualquier momento, siempre con un plan B por si algo sale mal y en un constante cálculo –muchas veces imposible– entre el rendimiento esperado, el coste necesario y el riesgo previsto. Su seguridad depende de su habilidad de elaborar una buena evaluación de su situación y una buena ejecución estratégica que le permita la victoria económica.

Laval y Dardot destacan el riesgo en su dimensión existencial como uno de los elementos clave de la subjetividad neoliberal (2013: 350-355). Describen una ética empresarial que se ha expandido a todas las áreas de la vida y con ella se ha expandido también el riesgo constitutivo de la toma de decisiones económicas. El empresario de sí asume el riesgo de cada decisión, afronta el peligro sólo y además lo hace orgulloso, fuerte y confiado, despreciando la ayuda ajena y a aquellos que la necesitan.

El tiempo continuo y constante propio de los dispositivos disciplinares traía consigo una consecuencia importante: un futuro previsible. En cambio, con la llegada del neoliberalismo, el tiempo se vuelve abierto y el futuro arbitrario; se erosionan de forma voluntaria y voluntariosa aquellos mecanismos que dotaban al paso del tiempo de estabilidad, certidumbre y seguridad; y el riesgo sin amortiguación alguna se adueña de cada decisión individual. El futuro aparece como algo imprevisible, moldeable y fracturado y los sujetos abandonados a él sin una cobertura institucional que socialice los posibles daños.

Ahora bien, aún coincidiendo plenamente en la naturaleza aleatoria e incierta del vínculo entre presente y futuro en la temporalidad de la modernidad avanzada, en la centralidad de los conceptos de riesgo e inseguridad para captar la experiencia actual del tiempo y en la importancia de estas cuestiones sobre la constitución de formas subjetivas sobre la vivencia del riesgo, considero necesario plantear algunas cuestiones sobre la capacidad de la propuesta foucaultiana de dar cuenta de ello. Tal y como es planteado por Foucault –y por algunos otros autores que han continuado su trabajo– el estado de incertidumbre y de riesgo permanente viene dado en tanto que ausencia de marcos temporales de seguridad. El riesgo es constitutivo de la propia vida, la diferencia relevante en el neoliberalismo es la ausencia de mecanismos que lo mitiguen. Lo que diferenciaría al Estado social o a los Estados feudales del neoliberalismo, no sería tanto la existencia de un mayor riesgo objetivo, sino la inexistencia de formas efectivas de enfrentarse a él.

Partiendo de la perspectiva teórica que he venido desarrollando hasta ahora, basada en gran medida en la obra de Postone, quiero localizar algunos elementos internos a la dinámica temporal generada a partir de las relaciones sociales capitalistas para apuntar algunos elementos alternativos del riesgo y la inseguridad tal y como los he tratado hasta ahora y que apuntan a que la propia temporalidad es en sí misma discontinua e imprevisible. Voy a centrarme en dos efectos fundamentales, la crisis del trabajo y el estrechamiento del presente.

Para abordar aquellos elementos relevantes que nos puedan ayudar a reconstruir una aproximación del riesgo y la incertidumbre en la obra de Postone, primer lugar, conviene recordar una vez más la dinámica temporal de transformación y reconstitución, que supone en sí misma la concatenación de momentos disruptivos que dibujan un futuro siempre inestable y de máxima incertidumbre y exigencia para los actores sociales.

Ya he descrito como la forma mercancía supone en sí misma un tipo específico de forma de interdependencia social en el cual las personas no producen lo que consumen, sino que producen mercancías para intercambiar a través de un intercambiador común que establece equivalencias entre cualquier tipo de mercancías. He explicado también, la forma en la cual se establece una dinámica competitiva entre diferentes propietarios para obtener ventajas en el mercado a través de los precios y costes y que esto supone una tendencia a incrementar de forma constante la productividad y a densificar el tiempo en tanto que incremento de la actividad por lapso temporal. La obtención de condiciones productivas que establezcan una capacidad productiva por encima del estándar general, ya sea a través de nuevos métodos productivos, una explotación más intensa del trabajo o de innovaciones técnicas, puede provocar un desfase momentáneo y alcista en la capacidad productiva de un productor determinado, sin embargo, esta ventaja se regula pronto. El momento de la transformación y la ventaja competitiva inicial, pronto transita a la fase de la reconstitución, en la cual, las condiciones ventajosas, o son imitadas por otros productores o igualadas a partir de otros mecanismos equivalentes, o terminan con aquellos productores que no hayan logrado adaptarse (Postone, 2006: 377). La dinámica de la transformación y la reconstitución plantea un horizonte siempre inestable. La obligación a la adaptación y al incremento de la actividad por unidad de tiempo con la amenaza siempre presente de la quiebra, la exclusión y el fracaso social plantea un escenario futuro de máxima inseguridad. Los capitalistas temen la quiebra, los trabajadores perder su puesto de trabajo y ambos se encuentran ante un futuro incierto que les obliga a mirar la hora constantemente. El tiempo se vuelve exigente y extremadamente cambiante y el único futuro que asegura es el de la inseguridad permanente. El presente renovado se impone a

los actores económicos y sociales como una norma temporal general que dirige la acción social y amenaza a quien no la cumple (2006: 385).

El ciego proceso de acumulación de valor, o valor que se valoriza como fin en sí mismo se muestra como un proceso histórico discontinuo y susceptible de generar heterogeneidades, fuertes rupturas y contratendencias de gran capacidad disruptiva. Concretamente, quiero destacar dos a las que Postone otorga una gran relevancia y que nos someten hoy a posibles escenarios de gran incertidumbre: los límites internos a la producción de valor y los límites externos o ecológicos.

Como hemos visto ya, para la producción de valor es necesario la creación de condiciones de producción y el consumo de tiempo de fuerza de trabajo. Tal y como explica Marx en *El capital*, esto se produce únicamente al añadir al tiempo de trabajo necesario de la jornada laboral –necesario para alcanzar un nivel de producción equivalente al de la reproducción de la fuerza de trabajo– un lapso de tiempo extra denominado plustrabajo. Este lapso de plustrabajo, incorporado como parte de la jornada de trabajo normal puede incrementarse de dos formas: incrementando de forma absoluta el tiempo de la jornada de trabajo, o incrementando el peso relativo del plustrabajo sobre el total del tiempo de trabajo. Esto último, se puede lograr precisamente incrementando la productividad del tiempo de trabajo comprado y reduciendo la importancia relativa del trabajo necesario sobre el plustrabajo (2006: 402). Debido a los estrechos márgenes de crecimiento que proporciona el plusvalor absoluto –un día siempre es un día y los trabajadores necesitan un número fijo de horas para recuperarse y descansar–, el plusvalor relativo es la forma más relevante para obtener plusvalor.

Además, el proceso de producción de plusvalor, supone un incremento de las capacidades productivas lo que trae aparejado un necesario incremento de la riqueza material, es decir, un incremento cuantitativo de los bienes y servicios producidos. Sin embargo, el aumento de la riqueza no supone un aumento del valor (2006: 402). El incremento productivo, supone efectivamente la posibilidad de producir mayor cantidad de mercancías en una menor cantidad de tiempo (transformación), sin embargo, al generalizarse esas condiciones de productividad (reconstitución) y reducirse el tiempo de trabajo socialmente necesario, también se reduce el valor de cada una de las mercancías individuales y con ello se establece un límite al máximo de valor producible por unidad de tiempo (2006: 403). Por lo tanto, Postone afirma que: “cuanto más se acerque la cantidad de plusvalor producido al límite de del valor total producido por unidad de tiempo, más difícil resultará reducir el tiempo de trabajo necesario mediante un incremento de la producción y, por lo tanto, aumentar el plusvalor” (2006: 403). En definitiva, cuanto más se incremente la productividad en camino de incrementar el plusvalor relativo a través del aumento del plustrabajo más riqueza

material se produce pero más difícil es incrementar el valor. Esto reside en el fondo de lo que se ha conocido como tasa decreciente de la ganancia (2006: 403). Además de generar potenciales crisis fundadas en la creciente dificultad para la realización del capital<sup>59</sup>, supone la progresiva sustitución de la fuerza de trabajo humana por mecanismos técnicos que aumenten la productividad lo que tiende a provocar desempleo estructural, precarización y población superflua<sup>60</sup> (2006: 478-479).

El valor que se valoriza en una carrera sin final, sin más objetivo que seguir reproduciéndose de forma aumentada sin más voluntad o estrategia que la pura multiplicación desenfrenada. Esto supone al menos dos consecuencias, la primera, es la erosión de cualquier estrategia individual o colectiva de organizar, planificar o pautar las dinámicas sociales y de implantar relaciones o instituciones sociales que se enfrenten a esta dinámica. La segunda, supone a largo plazo encontrarse con barreras o límites objetivos difícilmente superables: el medio ambiente, y la naturaleza material de los propios seres humanos. La necesidad del incremento productivo constante lleva a empujar esos límites naturales hasta el punto de generar situaciones de crisis humana y ecológica en la cual sus condiciones esenciales de reproducción se ponen en cuestión. Por ejemplo, he descrito ya, de la mano de Jonathan Crary, la disminución constante de las horas de sueño diarias y los problemas psicológicos y de salud que pueden suponer. Otro buen ejemplo de esto es descrito por Marx en el capítulo IV de *El capital*, dónde describe los conflictos en torno a la jornada laboral y el establecimiento histórico de las condiciones laborales que suponían en ocasiones sobrepasar los límites reproductivos de la fuerza de trabajo Sin embargo, el ejemplo más relevante sobre el crecimiento de la producción es el deterioro masivo de las condiciones ecológicas produciendo un escenario de potencial colapso natural de consecuencias brutales y difícilmente previsibles. Evidentemente, analizar esta potencial crisis ecológica<sup>61</sup> no es el objetivo de este trabajo, sin embargo, no quería dejar de mencionarlo como un elemento significativo que supone la aparición de potenciales escenarios de crisis de las condiciones más básicas de la vida humana y que sin duda impone agudas condiciones de inseguridad e incertidumbre. En general, puede decirse que la dinámica temporal del capitalismo ha generado procesos con una capacidad destructiva inédita en la historia de la humanidad que sitúa a las personas ante la posibilidad cierta de vivir crisis, acontecimientos catastróficos o eventos fuertemente disruptivos sin disponer de ninguna capacidad para intervenir o protegerse de ellos.

---

<sup>59</sup> El propio Postone cita el trabajo de David Harvey como ejemplos de análisis de esta tendencia y de las conocidas como crisis de sobreproducción (Postone, 2006: 401).

<sup>60</sup> En relación a este proceso, puede resultar de interés el trabajo de Robert Kurz y el grupo Krisis, por ejemplo, Krisis, 2018.

<sup>61</sup> Por poner algún ejemplo: Fernández Durán, R.; González L. (2018).

Como hemos visto ya, y quiero centrarme ya en el segundo punto, el proceso de densificación del tiempo trae como una de sus consecuencias principales la aceleración social y con ello la reducción del presente en tanto que intervalo entre el pasado y el futuro. Tal y como describe Ramón Ramos en el excepcional estado de la cuestión que ha elaborado en *Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea*, la presentificación del tiempo social ha sido un campo de problematización fértil en el pensamiento contemporáneo. Desde la filosofía, Hartog, Koselleck, Virilio o Lipovetsky han tratado la cuestión del presente desde muy diversas formas pero asumiendo en todos los casos que adquiere relevancia al mismo tiempo que se reduce con respecto a un futuro que siempre está próximo. Del análisis peyorativo de Virilio, a la reivindicación nihilista y hedonista de Lipovetsky, el presente parece ocuparlo todo y definir la temporalidad de nuestra época.

Del lado de la sociología del tiempo, Ramos nos recuerda las figuras de Eriksen y de Rosa, este último ya tratado anteriormente en este trabajo. Quiero recuperar algunos elementos más de la obra de este sociólogo del tiempo que también ha abordado fructíferamente el problema del presentismo.

Para tratar de realizar la aproximación a una definición de aceleración social, Rosa recurre a Hermann Lübbe y al concepto de contracción del presente (Rosa, 2011: 16). De la mano de Lübbe y de Koselleck, Rosa describe el pasado como “lo que no se puede mantener ya no es válido” (2011: 16) y el futuro como “lo que todavía no se puede asir” (2011: 17). Por lo tanto, el lugar del presente y su condición de posibilidad se sitúa justamente entre medias de lo que no acaba de terminar y lo que no acaba de empezar. Durante el periodo en el cual la experiencia y las expectativas se mantienen cohesionadas, se perciben como armonizadas y fiables el presente puede sostenerse como tal. El problema según Rosa, es que la aceleración social intensifica los procesos de caducidad del presente y por lo tanto de momentos en los cuales existe cierta estabilidad entre experiencia y expectativa. El presente se agota cada vez en menos tiempo pero al mismo tiempo se convierte poco a poco en el único tiempo posible: el pasado se olvida rápido y el futuro se torna más imprevisible.

Rosa analiza las posibles consecuencias sobre la identidad y la experiencia en sociedades aceleradas, destacando varios elementos. Como he mostrado ya, el incremento de la velocidad y el efecto de la pendiente resbaladiza pueden incrementar, tanto la sensación de deber y de ausencia de satisfacción tras la consecución de objetivos por su veloz caducidad, como el debilitamiento de las identidades estables y duraderas. Un presente cada vez más estrecho termina forjando lo que Rosa denomina un situacionalismo o presentismo (2011: 33). Los individuos se ven incapaces de planificar y establecer líneas de vida estables y se ven sujetos a constantes cambios, coyunturas

limitadas y escenarios imprevisibles lo que refuerza la sensación subjetiva de un dinamismo frenético y sin rumbo previsible. El futuro ya está aquí pero es imprevisible y obliga a las personas a estar siempre preparadas y dispuestas a empezar desde el principio.

Además, Rosa dedica un amplio análisis sobre las consecuencias políticas de la aceleración social que en pocas palabras se ha instalado de forma similar a las identidades personales en el situacionalismo. Según Rosa, la política ha visto mermada su capacidad de acción a largo plazo y se encuentra limitada a intervenciones defensivas o reactivas (2011: 35). Para Rosa, la política se ha visto atrapada en una paradoja fundamental que la ha sumido en la impotencia y la parálisis. Por un lado, la aceleración provoca una mayor velocidad y variedad de fenómenos y problemáticas a las que la política debe enfrentarse. Es necesario tomar decisiones más rápidamente y teniendo en cuenta mayor cantidad de variables para coyunturas cada vez menos estables y más variables. Esto dificulta tanto la toma de decisiones en sí mismas, como la realización de análisis y proyecciones a medio y largo plazo. Por otro lado, esta dificultad actual para la toma de decisiones supone una revalorización de la información y la actuación política. La creación de recursos informativos valiosos y certeros permite obtener mayores rendimientos en el tablero político y las poblaciones demandan y valoran actuaciones sólidas y confiables (2011: 40).

En general, puede decirse que el situacionalismo o presentismo supone el debilitamiento de la capacidad de los actores sociales para elaborar planes o estrategias a medio y largo plazo configurando subjetividades ligadas muy fuertemente a un presente volátil que exige adaptaciones rápidas e imprevisibles. El futuro se vuelve incierto y la incertidumbre se cronifica de tal manera que se vuelve una forma de vida. Además, esto trae consigo grandes consecuencias no sólo sobre la política o las identidades personales, sino también sobre las formas históricas de la experiencia, la memoria o las estructuras psíquicas.

Se abre así un potencial área de investigación sobre estos efectos de la aceleración y el presentismo. Por poner algunos ejemplos sobre trabajos ya realizados que han tratado de abordar estas cuestiones, quiero destacar el trabajo de Rüdiger Safranski que en sus trabajos sobre el tiempo y la aceleración social (2013: 2017) ha analizado las transformaciones de la experiencia humana bajo estas condiciones. Para Safranski, la vivencia de un acontecimiento en la biografía de una persona requiere de un tiempo efectivo para poder ser realmente vivido. Experimentar, procesar y elaborar determinado suceso durante el tiempo suficiente como para interiorizarlo y adaptarse a él no siempre es posible en los tiempos hiperacelerados. La experiencia se debilita, o al menos se transforma, adaptándose a un flujo de estímulos, signos y cambios que nunca son procesados del



todo y que no terminan de afectarnos del todo. El eterno presente nos vuelve hasta cierto punto insensibles ante un mundo que cambia demasiado rápido para poder captarlo o adaptarnos del todo.

Otro ejemplo es el de Connerton que ha estudiado la vinculación de las transformaciones en la temporalidad y su vínculo con la memoria y el olvido (Connerton, 2009). Para Connerton, la memoria resulta el equivalente cognitivo del espacio, así, si el tiempo acelerado tiende a suprimir las condiciones del espacio. Por último, Alain Ehrenberg (2000) y Vincent de Gaulejac (1993) han elaborado sendos trabajos sobre la depresión, la ansiedad y otros trastornos que se han vuelto generalizados en nuestra época. Estos trabajos vinculan algunos de los elementos fundamentales de nuestras sociedades actuales como la competitividad, la autoexigencia laboral y profesional o la búsqueda descarnada del éxito social con una serie de efectos y dolencias psíquicas. También Laval y Dardot han recurrido a esta clase de argumentos para desarrollar su propuesta sobre el sujeto neoliberal. Considero que la posibilidad de enlazar las características temporales de nuestras sociedades con formas de experimentar el mundo y con determinados efectos psíquicos resulta un campo sugerente y de gran proyección investigadora.

Ahora bien, con ánimo de resumir, es posible afirmar que existe un riesgo de carácter natural a la existencia misma que inevitablemente se vive individualmente como incertidumbre, sin embargo los elementos característicos de nuestra contemporaneidad le imprimen elementos sumamente específicos.

Por un lado, hemos visto como la irrupción de la racionalidad neoliberal han erosionado mecanismos limitadores o amortiguadores del desasosiego propios de otras racionalidades políticas. La ausencia de marcos temporales estables garantizados por espacios institucionales y de gestión colectiva del riesgo, han derivado en un tipo de inseguridad caracterizada fundamentalmente por la ausencia. Por otro lado, he mostrado que para autores como Postone o Rosa, la propia dinámica temporal de las relaciones sociales propias de la modernidad avanzada, suponen en sí mismas la aparición de escenarios de volatilidad, imprevisibilidad, inseguridad y riesgo que independientemente de la existencia o no de mecanismos reguladores o mitigadores, suponen efectos reales y de gran influencia sobre la vida social e individual. En este caso, la simple ausencia de mecanismos colectivos de minimización del riesgo no serían suficientes para comprender la manera en la cual experimentamos hoy el futuro, a saber: con incertidumbre y en ausencia de referencias sociales duraderas o estables. Tanto Foucault, como Postone plantean elementos teóricos –diferentes y bajo mi punto de vista complementarios– que aportan herramientas para participar del debate sobre la sociedad del riesgo y la incertidumbre así como de las consecuencias subjetivas que

se derivan de ella. En nuestra época, quizás más que nunca, los sujetos se preguntan por el mañana en ausencia total de certezas y deben habitar ese estado de riesgo permanente.

## *Consideraciones finales*

Como punto de partida para esta tesis señalé dos cuestiones que podían sintetizar los interrogantes que le daban fundamento, a saber, las formas particulares en las cuales el poder y el tiempo se han articulado en nuestra contemporaneidad y su relevancia para analizar los procesos de subjetivación actuales. Estas dos cuestiones, de gran amplitud y que he tenido que delimitar en el transcurso de este proceso de investigación, me han obligado a priorizar y discriminar constantemente en lo que puede denominarse una estrategia del recorte: decidir sobre lo que cabe y lo que no cabe. Puede resultar útil una breve recapitulación que explicita los bordes, la estructura y las ausencias de ese recorte.

La temporalidad, tal y como aparece en cada una de las formas sociales, constituye un elemento tan básico y determinante del funcionamiento de la vida social que ha sido interrogado desde casi cualquier tradición teórica. La tarea de recomponer el mapa resultante escapa por mucho a las pretensiones de este escrito que ha privilegiado los debates, no sólo sobre la naturaleza del tiempo social, sino más específicamente sobre la temporalidad surgida en la modernidad occidental. Para ello he examinado algunas de las hipótesis histórico-sociales que han tratado su origen y sus condiciones históricas de posibilidad.

Existe un amplio consenso en la caracterización más general del tiempo moderno. Un tiempo homogéneo, constante, mensurable y mundializado que ha sustituido la multiplicidad y la variabilidad por una referencia temporal global, en cambio, existen distintas explicaciones sobre la manera y los factores determinantes que permitieron que fuera así.

En primer lugar, existe una serie de hipótesis que pueden ser catalogadas como tecnicistas que vinculan la emergencia del tiempo moderno con el surgimiento de la capacidad material para su medida. A pesar de constituir valiosas aportaciones sobre las condiciones materiales y técnicas que posibilitan la temporalidad moderna, este tipo de hipótesis no pueden explicar por qué determinadas condiciones se realizan efectivamente de una determinada manera, o lo que es lo mismo, la posibilidad de que un fenómeno pueda darse, no aclara la forma en la que finalmente se produce.

En segundo lugar, he analizado aquellas posturas teóricas que han privilegiado las condiciones político-institucionales para el surgimiento y expansión del tiempo moderno. El concepto de tiempo disciplinar elaborado por Michel Foucault se inscribe en este tipo de hipótesis destacando especialmente el papel desempeñado por la cultura monástica y el régimen rutinario y pautado de la vida impuesta en estas comunidades. Para Foucault, la nueva temporalidad aparece de la mano de

una transformación global de la economía política de occidente, o lo que es lo mismo, de la transición del poder soberano al poder disciplinar. De igual manera que el espacio adquiere bajo el poder disciplinar la forma paradigmática del panóptico, el tiempo se ve atrapado por el nuevo régimen de poder en forma de un tiempo progresivo, pautado y programado: el tiempo disciplinar. El tiempo se transforma en un instrumento de regulación e imposición de conductas y formas de vida que examina cada detalle, asigna momentos y actividades y diferencia niveles de aprovechamiento.

Por último, he examinado aquellos modelos que han entendido que el tiempo moderno constituye en sí mismo una nueva forma de vínculo social. Ya sea la vida urbana, la diferenciación/complejización de la vida social o las relaciones sociales mercantiles, la temporalidad moderna constituye para varios autores una forma concreta en la que los seres humanos establecen sus relaciones. En concreto, me he detenido en el concepto de tiempo abstracto elaborado por Moishe Postone, para el cual, el tiempo aparecido en la modernidad surge del ejercicio de abstracción social que incorpora la forma mercancía y en el vínculo social del intercambio de equivalentes. El tiempo no puede ser simplemente un instrumento o un objeto del poder, el tiempo es en sí mismo una fuerza social autónoma que domina y presiona a las personas condicionando sus prácticas y sus vidas: para Postone el tiempo moderno es la forma que adquiere la dominación en las relaciones sociales capitalistas.

Como hemos visto, el análisis histórico sobre el tiempo moderno no queda limitado al rastreo de un origen histórico u otro, sino que trae consigo marcos interpretativos de la modernidad que discuten sobre la naturaleza de la vida moderna en su conjunto. La potencia de este recorrido no queda restringida entonces a una sucesión de conceptos sobre el origen del tiempo, sino a su capacidad para examinar, a través de su articulación, el alcance y la densidad de un fenómeno indiscutiblemente amplio y complejo. Por ello pueden rescatarse al menos tres elementos importantes.

En primer lugar, los límites de las concepciones instrumentales del tiempo moderno. Tal y como lo conciben autores como Foucault, Coriat o Thompson –a pesar de los matices de su propuesta– el tiempo constituye algo que es usado por determinados agentes sociales, ya sean clases, instituciones o individuos, como un recurso de dominación en una relación de poder. El tiempo se torna herramienta para el ejercicio del poder de clase (como robo, ideología o alienación) o como medio de aplicación del poder disciplinar (como normalización) y como tal es un mero objeto impotente ante la agencia de uno u otro agente social. Sin embargo, hemos visto que el concepto de tiempo abstracto de Postone cuestiona esta concepción técnica del poder y se abre a entender el tiempo

moderno como una forma de dominación en sí misma. El tiempo moderno no puede ser simplemente utilizado, producido o aprovechado por un sujeto: la temporalidad en el mundo moderno se vuelve un agente social con una inmensa capacidad de afectación sobre la realidad social y debe ser entendido como fuente de transformaciones, tendencias y determinaciones de máxima importancia.

En segundo lugar, los problemas para analizar el tiempo a partir del despliegue automático de la dominación abstracta. Ya en *El capital* puede verse la división epistemológica entre los planos teórico e histórico y no es hasta el último capítulo dedicado a la acumulación originaria donde Marx trata de plasmar en términos históricos el sistema teórico que ha desarrollado previamente. El marxismo siempre gustó de la simetría y gran parte del trabajo teórico que ha sido desarrollado por él se ha concentrado en elaborar estructuras teóricas sofisticadas, de un elevado nivel de abstracción y de enorme coherencia interna. Quiero hacer al menos dos breves apreciaciones sobre este asunto. En primer lugar, sobre el estatuto que concedido a las categorías por el marxismo, resulta pertinente advertir sobre su disonancia con respecto a lo real en un sentido trascendental. Las categorías, en tanto que invención social, son construidas para facilitar la comprensión de fenómenos complejos a partir de representaciones concretas. Son objetos sociales e históricos como aquellos fenómenos que trata de captar pero en ningún caso deben ser identificadas con ellos. Entendidas así, como herramientas ideadas para representar, comprender y transformar, adquieren una mayor complejidad y una mayor densidad intelectual en la aproximación a los fenómenos. Por otro lado, algo de lo que también adolece el trabajo de Postone, probablemente heredado de la propia tradición marxista, es la ausencia de un sistema teórico que establezca mediaciones entre diferentes niveles de abstracción. En demasiadas ocasiones, las teorizaciones enraizadas en la tradición marxista transitan de forma excesivamente impaciente entre conceptos de máximo nivel de abstracción y categorizaciones sobre el campo de la experiencia histórica.

El problema del tiempo nos devuelve de nuevo a estos problemas. El trabajo de Postone supone un gran esfuerzo de reconceptualización dentro del marxismo, además de aportar elementos en el estudio historiográfico del tiempo, sin embargo, su modelo parece suponer su irrupción unilateral, lógica y automática dejando de lado importantes mediaciones históricas. Si bien es innegable la importancia de la irrupción del trabajo asalariado, de la instauración de un mercado mundial y la expansión de las relaciones de intercambio mercantil para dar cuenta del tiempo moderno, resultan igualmente importantes los procesos políticos, las transformaciones institucionales, los mecanismos de violencia sistemática a partir de los cuales, efectivamente, el tiempo tal y como lo conocemos

apareció y se extendió como realidad social. Sin ninguna duda, las aportaciones de Postone no son muy relevantes en este sentido.

Y en tercer lugar, la imposibilidad de elaborar un marco teórico satisfactorio –tanto para encontrar un origen histórico único, como para conceptualizar el tiempo moderno en su complejidad– a partir de marcos teóricos aislados. Ni el desarrollo científico-técnico de la relojería, ni la cultura monástica, ni la acumulación originaria y la salarización, ni la aparición del mercado mundial pueden explicar individualmente el fenómeno de la temporalidad moderna. Tratar de hacerlo sería tan absurdo como hacerlo con la modernidad misma. Un acercamiento fructífero al problema del tiempo debería contemplar un sistema causal amplio, que dé cabida a multitud de condicionantes de forma simultánea y que no esquive el abigarramiento, los contrasentidos y la densidad fenomenológica.

He mostrado cómo un uso articulado de los conceptos de tiempo disciplinar y de tiempo abstracto constituye un marco teórico más detallado, más complejo y más satisfactorio para dar cuenta tanto del debate histórico del tiempo como de su comprensión en tanto que fenómeno social y político. Ahora bien, he considerado necesario también desplegar estos conceptos sobre el presente y preguntarme sobre la actualidad de la temporalidad en nuestras sociedades.

Para tratar de hacerlo, y tras examinar las transformaciones epistemológicas e históricas que condicionan los últimos trabajos de Foucault, he reconstruido el concepto de tiempo neoliberal, que a pesar de no aparecer explícitamente en sus textos y cursos, sí se encuentra de forma latente. Aparece así una temporalidad diferente a la que caracterizaba las sociedades disciplinares –lineal, programada, micropunitiva y sostenida– en la cual los sujetos adquieren capacidades estratégicas de planificación y autogestión, donde la competencia y la autovigilancia sustituyen a la punición y al castigo y en la que el futuro se diluye en un horizonte discontinuo y sin certezas.

A pesar de las transformaciones teóricas y las actualizaciones históricas, el tiempo neoliberal se prefigura a partir del tiempo disciplinar. La racionalidad neoliberal configura mecanismos políticos que moldean e instrumentalizan el uso del tiempo en un marco de economización de la vida social y de una nueva normatividad gubernamental. Sin embargo, he querido recurrir también a propuestas que concedan a la temporalidad actual características propias e incidan en sus rasgos coaccionadores. Partiendo del modelo de Postone y de la idea de densificación del tiempo, he analizado las tendencias a la aceleración y la hibridación temporales a partir de los escritos de autores como Harmut Rosa o Jonathan Crary. El tiempo no sólo es usado de una manera u otra y su estudio no puede limitarse a comprender las formas en que esos usos se transforman, es necesario también atender a las cualidades del tiempo en sí mismo.

La densificación progresiva del tiempo, es decir, su creciente desvalorización y la incorporación necesaria de una mayor cantidad de funciones y acciones en los mismos lapsos de tiempo, produce el efecto social de un incremento de la velocidad percibida por los actores sociales así como el fenómeno que Rosa ha denominado pendiente resbaladiza. Los actores sociales se ven obligados a incrementar su actividad social productiva por unidad de tiempo si no quieren verse arrastrados al fondo de la rampa social. El éxito social exige un ritmo cotidiano marcado por la retroalimentación de diferentes esferas sociales (económica, comunicacional, tecnológica, política) que se impulsan a sí mismas en un movimiento constante de aumento de la velocidad. Además, hemos visto que la densificación tiende también a la hibridación entre temporalidades vitales que forman un continuo indiferenciado en el cual vida y trabajo se vuelve indistintas. Por un lado, incrementándose el número de horas de trabajo, pero también apareciendo momentos mixtos en los cuales el ocio y la actividad laboral comparten un mismo tiempo.

Foucault proporciona elementos valiosos a la hora de entender la manera en la que las personas y las instituciones se relacionan con su marco temporal, en cambio, deja de lado el análisis sobre ese marco temporal que las interpretaciones de Postone, Rosa o Crary sí atienden. La articulación entre estos paradigmas abre la posibilidad de construir un marco de análisis complejo que atienda tanto a los atributos de la temporalidad de la modernidad avanzada como a la manera en la cual los diferentes actores sociales intervienen reflexiva y estratégicamente sobre ella.

El segundo interrogante que atraviesa este escrito hace referencia a las formas en las que estas modalidades temporales y sus actuales transformaciones se tornan relevantes para dar cuenta de algunos de los rasgos más significativos de los procesos de subjetivación actuales. Para ello, he querido profundizar en algunos rasgos clave tratados tanto por Foucault en la analítica de la racionalidad neoliberal, como por Postone en su reconceptualización de la crítica de la economía política de Marx. Más concretamente, me he centrado en tres áreas problemáticas: el tiempo de vida entendido como recurso económico y como medida de la actividad social, la autoconcepción empresarial y la competencia como vínculo social, y la inseguridad y el riesgo como forma de concebir la relación presente-futuro.

Quiero plantear algunos elementos de síntesis, impugnaciones cruzadas y reflexiones generales sobre estos elementos.

Existe una fuerte tensión analítica y experiencial determinante en la comprensión de la temporalidad en la modernidad avanzada: la tensión entre la gestión estratégica y la coacción apremiante. Esto puede captarse de manera inequívoca a partir de la sensación permanente de la

ausencia de tiempo necesario. Más allá de la escasez ontológica del tiempo<sup>62</sup>, existe una vivencia generalizada en torno a la sensación de ausencia de tiempo suficiente para hacer frente a las tareas que inundan nuestra vida cotidiana. A todo el mundo le falta tiempo, todo el mundo experimenta esa presión constante que empuja al tiempo libre y al descanso a los márgenes de la cotidianidad. Desde esta inquietud común, característica de la temporalidad contemporánea, pueden delimitarse muy bien ambas dimensiones. Por un lado, para autores como Becker o Covey, que enarbolan propuestas paradigmáticas de una visión neoliberal, el tiempo supone un recurso económico escaso que es necesario administrar e invertir de manera estratégica. Su uso debe quedar determinado por su naturaleza limitada enfrentándose así a las expectativas de gasto. La escasez del tiempo bajo el imaginario neoliberal se plantea como un problema técnico que puede solucionarse a partir de una buena gestión y una estrategia adecuada. En cambio, la escasez bajo la perspectiva de la densificación del tiempo o de la pendiente resbaladiza se plantea como un problema de escasez constitutiva y creciente. La dinámica de la transformación y la reconstitución hace que el tiempo se vuelva progresivamente obsoleto: bajo las condiciones capitalistas el tiempo nunca es suficiente. La dificultad del análisis reside en la imposibilidad de descartar ninguno de los dos modelos – dificultad ante la pregunta de cómo dar cuenta de él, pero también ante la cuestión de cómo vivir en él–. La temporalidad tal y como es vivida en las sociedades actuales posee ambas dimensiones contradictorias: el tiempo como recurso económico y como contexto opresivo y apremiante.

En mi opinión, la potencia del concepto de empresario de sí, creado por Foucault a lo largo de su estudio sobre el neoliberalismo, es inmensa y se encuentra plenamente vigente. A pesar de que su desarrollo se limita a dos capítulos del curso *Nacimiento de la biopolítica*, su trascendencia para entender los procesos de subjetivación actuales es crucial y ha sido aplicado con éxito a multitud de programas de investigación. Sin embargo, considero que precisamente desde la problematización de la temporalidad pueden plantearse elementos importantes que refuercen y maten su conceptualización. Tal y como he mostrado, resulta insuficiente comprender la autoconcepción empresarial como una construcción técnico-política. La formación de subjetividades constituidas como unidades de gestión estratégica de capital vinculadas socialmente a partir de la competencia y el intercambio debe ser entendida también a partir de las estructuras temporales que imponen las relaciones sociales capitalistas. La competencia y el juego del intercambio entre equivalentes temporales suponen, en última instancia, la constitución de sujetos que conciben su tiempo y el de los demás como un recurso, que sepan medirlo y sean capaces de seguir el ritmo que impone. En cualquier posición dentro de las relaciones sociales de producción, compradores o vendedores de tiempo de trabajo, la competencia por el tiempo y la coacción que supone, imponen su fuerza y sus

<sup>62</sup> Safranski, R., 2013, pp 20.



condiciones. En lo más básico de las relaciones sociales producidas por el intercambio generalizado de mercancías aparecen sus propietarios, soliviantados por el ritmo de la desvalorización de sus posesiones y de su trabajo, obligados a competir entre sí y a seguir el ritmo productivo marcado por los estándares temporales generales. El empresario de sí es también un propietario de mercancías, – únicamente de su trabajo la mayoría, de los medios de producción el resto– incorporado al juego del intercambio de equivalentes y la competencia temporal. En cambio, y gran parte de la potencia de la propuesta de Foucault reside en este punto, es posible participar de muchas formas, con diferentes motivaciones, a diversas velocidades o incluso oponerse a participar en modo alguno, porque en último término, como decía Marx: “las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas”. Definir la fuerza coaccionadora del tiempo no habla de la manera en la que los sujetos viven esa coacción y reaccionan a ella. Esta investigación trata no sólo la relevancia de la experiencia y la medida del tiempo en los procesos de subjetivación contemporáneos, sino que también habilita una aproximación crítica del presente que no dé la espalda ni a las constricciones abstractas específicas de las relaciones sociales capitalistas, ni a la manera en la cual los sujetos, individuales y colectivos, habitan realmente esas coacciones, las interpretan estratégicamente o luchan contra ellas. El mecanismo de la dominación abstracta no explica la manera en la cual es aceptada, incorporada, asumida o incluso deseada<sup>63</sup> por esas personas.

Es posible localizar una amplia coincidencia a la hora de establecer el riesgo y la incertidumbre como claves para explicar la relación característica de las sociedades actuales entre presente y futuro. Sin embargo, la manera en la que se conceptualizan no son igualmente coincidentes. Las sociedades profundamente marcadas por los dispositivos disciplinares se caracterizaban por una fuerte reglamentación y programación temporal. En el marco institucional omnipresente de las disciplinas el tiempo se volvía altamente pautado, estable y progresivo, y como resultado emergía un futuro previsible y monótono. En cambio, a consecuencia de la erosión de este contexto institucional y la irrupción de la nueva temporalidad neoliberal, el futuro se torna incierto y más probabilístico que programado. Además, el concepto de tiempo histórico de Postone, determinado por la dinámica de transformación/reconstitución, viene a reforzar esta misma hipótesis sobre el incremento de la incertidumbre y el riesgo en la experiencia cotidiana contemporánea. Sin embargo, la incertidumbre viene marcada esta vez por elementos internos a la propia temporalidad manifestándose en forma de crisis y contradicciones propulsoras de fuertes turbulencias históricas.

---

<sup>63</sup> En este sentido las aportaciones de Laval y Dardot a través del concepto rendimiento/goce o la reivindicación de la promesa eudemonista moderna por parte de Rosa como factores de interiorización, retroalimentación y asimilación subjetiva de los imperativos sociales son pertinentes.

A pesar de localizar y desarrollar sus diagnósticos desde lugares diferentes, ambos planteamientos coinciden en establecer la experiencia del tiempo en nuestras sociedades marcada por ese frágil vínculo entre presente y futuro. Ya sea por la ausencia de mecanismos políticos de pautado y aseguramiento existencial o por la propia dinámica tumultuosa de la temporalidad abstracta, las personas en las sociedades contemporáneas afrontamos una misma realidad: imprevisibilidad, riesgo e incertidumbre.

Tras haber recuperado algunos de los elementos clave tratados en esta tesis, quiero enunciar algunas potenciales áreas de investigación abiertas en su desarrollo. Creo posible examinar, a la luz de estas reflexiones sobre la autoconcepción empresarial, las consecuencias que se pueden derivar sobre la constitución de sujetos políticos y profundizar sobre los vínculos estructurales de solidaridad y competencia que se articulan en un contexto como el que he dibujado de canibalismo social o juego de unidades económicas estratégicas en competencia. En contraposición a las aproximaciones que entienden la subjetividad empresarial como una invención ideológica y como un instrumento para la creación de falsa conciencia y para el oscurecimiento de las relaciones de explotación, es posible concebirla como un objeto histórico, real y directamente derivado de las formas sociales fundamentales de la sociedad mercantil. Un análisis como este proyecta consecuencias significativas sobre la concepción de los conflictos y alianzas de clase, las nuevas fórmulas de la personalidad autoritaria, la solidaridad fundante de lazos políticos a partir de la homogeneidad de intereses, la nueva extrema derecha internacional, la erosión de la base material de la unidad de clase etc. Asimismo, es posible encarar, desde la perspectiva que aquí he desarrollado un análisis de los repertorios técnicos sobre el uso estratégico del tiempo que en esta tesis solo he empezado a analizar. La obra de Covey, enfocada como literatura de autoayuda sobre el uso eficaz del tiempo de vida, es tan sólo uno de los elementos más representativos del fenómeno. Existen métodos análogos para la organización de equipos de trabajo en sectores productivos de alto valor añadido, en la organización de metodologías pedagógicas y en el desarrollo de técnicas de meditación y descanso para el aumento del rendimiento profesional. Un análisis detallado de este campo técnico sería una importante e inédita aportación sobre los dispositivos de gobierno neoliberal. Por último, sería posible articular un marco teórico, fundado en las premisas avanzadas en esta investigación, para abordar importantes procesos vinculados al mundo del trabajo como pueden ser la temporalidad propia del teletrabajo o la economía colaborativa y de plataformas. En todo caso, la mayor esperanza y la mejor cualidad de cualquier investigación debería ser su capacidad para formar parte de otras.

En uno de sus últimos textos, Foucault repasaba lo que habían sido las líneas maestras que le habían acompañado por sus inquietudes y por su manera de afrontarlas:

Hay que considerar a la ontología crítica de nosotros mismos, no ciertamente como una teoría, como una doctrina, ni siquiera como un cuerpo permanente de un saber que se acumula; hay que concebirla como una actitud, como un ethos, como una vida filosófica en la que la crítica de lo que somos es, simultáneamente, un análisis histórico de los límites que nos son impuestos y un experimento de la posibilidad de rebasar esos mismos límites (Foucault, 1993:9).

Antes que nada, he tratado de problematizar un objeto que tiende a ocultarse bajo una gruesa piel: la de la naturaleza de nosotros mismos. Cuestionar lo que parece incuestionable y lo que parece inocuo. Sólo así podremos entender cuánto de eso somos nosotros y hasta qué punto es posible dejar de serlo. El tiempo del reloj es una fuerza social que, aun ejerciendo inmensos efectos, su dominio permanece siempre velado. Ahí reside gran parte de su poder y de su fuerza. Pero el tiempo es poder y su autoridad envuelve nuestras vidas tejiendo prioridades, deseos y sufrimientos. Nos habla en cada momento, con voz tenue y tranquila si, pero con voz de mando al fin y al cabo. Sólo espero que este texto contribuya de alguna manera a volver más audible esa terrible voz.

# Bibliografía

-Acha, O.

(2007). Poder popular y socialismo desde abajo. En *Reflexiones sobre el poder popular*, Buenos Aires: Editorial El Colectivo.

(2018). Introducción metateórica sobre la abstracción social. En *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social*, Buenos Aires: Teseo.

-Adorno, T. (2007). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Akal.

-Alonso, L. E.; Rodríguez C. J. (2016). La burocracia neoliberal y las nuevas funciones de las normas. *Encrucijadas, revista Crítica de Ciencias Sociales*, N°12, a1201.

Arthur. C.

(1994). Review of Time, Labor and Social Domination. *Capital and Class* N°54, pp.150-153.

(2004). Subject and Counter-Subject. *Historical Materialism*, N° 12:3, pp. 93-102.

-Balibar, E. (1995). *Michel Foucault filósofo*. Barcelona: Gedisa.

-Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.

-Becker, G.

(1983). *El capital humano*. Madrid: Alianza editorial.

(1965). A theory of the allocation of time. *Economic Journal*, N°75(299), pp. 493-517.

(2008). *Human capital: A theoretical and empirical analysis with special reference to education*. Chicago: University of Chicago Press.

-Blenguino, L. F. (2018). *El pensamiento político de Michel Foucault*. Madrid: Escolar y Mayo Editores.

-Bologna, S. (2006). *Crisis de la clase media y posfordismo*. Madrid: Akal.

-Boltanski, L.; Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Barcelona.

-Bonefeld, W. (2004). On Postone's Courageous but unsuccessful attempt to banish the class antagonism from the critique of political economy. *Historical Materialism* N°13: 3, pp.113-124.

-Bonnet, A.; Piva, A. (comp.) (2017). *Estado y Capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*. Buenos Aires: Herramienta.

-Bourdieu, P. (2006). *Argelia 60: estructuras económicas y estructuras temporales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

-Briales, A.

(2016). El tiempo superfluo. Una sociología crítica del desempleo: el caso de España (2007–2013). Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.

(2016). Trabajar por trabajar: la mercantilización del tiempo como eje central de la teoría crítica del capitalismo. *Oxímora, revista internacional de ética y política* N° 9, pp. 25-41.

(2017). Emprendedores fracasados: individualización neoliberal en los discursos sobre el desempleo. *Recerca, revista de pensament i anàlisi*, N° 20, pp. 79-104.

(2019). La expropiación del tiempo: claves para una sociología histórica de la dominación capitalista. *Sociología histórica*, N°9, pp. 564-592.

-Brown, W. (2016). El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo. Barcelona: Malpaso.

-Butler, J. (2001). Mecanismos psíquicos del poder. Madrid: Cátedra.

-Butola, B. S. (2014). Clocks, Watches and Timepieces: The Ace Bio-Political Tools. *Sociology Mind*, N°4, pp. 107-135.

-Castro-Gómez, S. (2015). Historia de la gubernamentalidad I, Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault. Bogotá: Siglo del hombre editores.

-Castro, I. (2002). La explotación de los cuerpos. Madrid: Debate.

-Connerton, P. (2009). How Modernity Forgets. Cambridge: Cambridge University Press.

-Coriat, B.

(1993). El taller y el robot. Madrid: Siglo XXI.

(2000). El taller y el cronometro: ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa. Madrid: Siglo XXI.

-Covey, R. S.; Merrill, A. R.; Merrill, R. R. (1992). Primero lo primero, Barcelona: Paidós.

-Crary, J. (2015). 24/7. El capitalismo al asalto del sueño. Barcelona: Ariel.

-Debord, G. (2010). La sociedad del espectáculo. Valencia: Pre-textos.

-Dejours, C. (2006). La banalización de la injusticia social. Buenos Aires: Topía Editorial.

-Deleuze, G.

(2008). Kant y el tiempo. Buenos Aires: Cactus.

(1991). Posdata sobre las sociedades de control. En Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario*. Montevideo: Ed. Nordan.

(2010). Foucault. Madrid: Paidós.

-Dohrn-van Rossum, G. (1996). History of the hour: clocks and modern temporal orders. Chicago: The

University of Chicago Press.

-Domínguez, M.

(2017). Ciencia, técnica y mercancía: una introducción a Alfred Sohn-Rethel. En *Trabajo manual y trabajo intelectual*. Madrid: Dado ediciones.

(2018). "Historia y lógica del capital: el análisis de las temporalidades en Karl Marx", *Sociología Histórica*, N°9, pp. 365-415.

-Ehrenberg, A. (2000). La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad, Buenos Aires: Nueva Visión.

-Elias, N.

(1989). Proceso de civilización. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

(1989). Sobre el tiempo. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

-Fichback, F. (2012). De cómo el capital captura el tiempo. En *Marx: releer el capital*, Madrid: Akal.

-Foucault, M.

(1988). Las palabras y las cosas. Argentina: Siglo XXI.

(1984). Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber. México D.F: Siglo XXI.

(1987). Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres. México: Siglo XXI.

(1982). El polvo y la nube. En *La imposible prisión: debate con Michel Foucault*. Barcelona: Anagrama.

(1996). La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa.

(1991). Nietzsche, la genealogía, la historia. En *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

(1993). ¿Qué es la ilustración? Recogido en [http://www.catedras.fsoc.uba.ar/mari/Archivos/HTML/Foucault\\_ilustracion.htm](http://www.catedras.fsoc.uba.ar/mari/Archivos/HTML/Foucault_ilustracion.htm)

(1999). La gubernamentalidad. En *Obras esenciales. Volumen III: Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós.

(2001). El sujeto y el poder. En Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

(2006). La naturaleza humana: justicia versus poder: un debate. Barcelona: Katz Editores.

(2007). El poder psiquiátrico. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

(2008A). Defender la sociedad. Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica.

(2008B). *Omnes et singulatim*: hacia una crítica de la «razón política». En *Tecnologías del Yo y otros textos afines*, Buenos Aires: Paidós.

- (2008B). *Tecnologías del yo*. En *Tecnologías del Yo y otros textos afines*. Buenos Aires: Paidós.
- (2008C). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.
- (2009). *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- (2013). *Estructuralismo y postestructuralismo*. En *Obras esenciales*, Barcelona: Paidós.
- (2016). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
- (2018). *La sociedad punitiva*. Madrid: Akal.
- Gago, Verónica. (2015). *La razón neoliberal*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gallego, F. (2007). *Biopolítica y subjetivación. Aproximaciones a la distinción entre sujeto y subjetividad en la lectura deleuziana de M. Foucault*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- García Calvo, A. (1993). *Contra el tiempo*. Zamora: Lucina.
- García Canal, M. I. (2006). *Espacio y poder: el espacio en la reflexión de Michel Foucault*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gaulejac, V; Aubert, N. (1993). *El coste de la excelencia*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A.
- (1981). *A contemporary critique of historical materialism, I*. Berkeley: University of California Press.
- (2003). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gil, J. (2019). *Crisis, innovación tecnológica y mercantilización neoliberal de la vida. El caso de Airbnb*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Harvey, D.
- (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador.
- (2017). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hibou, B. 2012. *La bureaucratization du monde à la ère neoliberal*. París: La Decouverte.
- Horkheimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.
- Illouz, E.
- (2006). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz editores.

(2010). La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda. Madrid: Katz editores.

(2014). El futuro del alma. Madrid: Katz editores.

-Iragola Cairoli, V. (2018-19). Running: autogestión de una corporalidad emprendedora. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. N°28, pp. 39-51.

-Kosellec, R. (1993). Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Barcelona: Paidós.

-Krisis (2018). Manifiesto contra el trabajo. Barcelona: Virus Editorial.

-Kurz, R.

(1993). La dominación sin sujeto. *Revista Krisis*, N°13.

(2016). El colapso de la modernización. Buenos Aires: Editorial Marat.

Labajos, V. (2019). Subjetividad, alienación y crítica inmanente. En el 1º Congreso de Historical Materialism, Barcelona (28-30 de junio).

-Landes, D. (2007). Revolución en el tiempo: El reloj y la formación del mundo moderno. Barcelona: Crítica.

-Laval, C y Dardot, P. (2009-2010). La nueva razón del mundo. Barcelona: Gedisa.

-Le Goff, J.

(1980). Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval. Barcelona: Taurus.

(1984). Mercaderes y banqueros de la Edad Media. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

(1999). La civilización del occidente medieval. Barcelona: Paidós.

-Lemke, T.; Legrand, S.; Le Blanc, G.; Montag, W.; Giacomelli, M. E. (2006). Marx y Foucault. Buenos Aires: Nueva Visión.

-Lewis, D.; Weigert, J. (1992). Estructura y significado del tiempo social. En *Tiempo y sociedad*, Madrid: Centro Investigaciones Sociológicas.

-López, A, P.

(2006). La guerra infinita, el enigma de la sublevación. Michel Foucault y la interpretación bélica de la política. En Nicolás Sánchez Durá (ed.), *La guerra*, Valencia, Pre-Textos.

(2010). Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault. En Sonia Arribas, Germán Cano, Javier Ugarte (coords.), *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*, Madrid: CSIC/La Catarata.

-Luhmann, N. (1992). El futuro no puede empezar: estructuras temporales de la sociedad moderna. En



*Tiempo y Sociedad*, Madrid: Centro Investigaciones Sociológicas.

-Maiso, J; Maura, E. (2014). Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moishe Postone y Robert Kurz. Isegoría. *Revista de Filosofía Moral y Política*, N° 50, pp. 269-284.

-Martín, F, N. (2014). Marx de vuelta. Hacia una teoría crítica de la modernidad. Buenos Aires: El colectivo.

-Marx, K.

(2004). Manuscritos económico-filosóficos de 1844. Buenos Aires: Colihue.

(1999). El capital I. México: Fondo de cultura económica.

(1989). Introducción general de la crítica de la economía política. México: Siglo XXI.

-Marzano, M. (2011). Programados para triunfar. Barcelona: Tusquets.

-Merton, R. (1992). Las duraciones esperadas socialmente: un estudio sobre la formación de conceptos en sociología. En *Tiempo y sociedad*, Madrid: Centro Investigaciones Sociológicas.

-Moruno, J.

(2015). La fábrica del emprendedor: trabajo y política en la empresa-mundo. Madrid: Akal.

(2018). No tengo tiempo. Madrid: Akal.

-Mumford, L. (1992). Técnica y civilización. Madrid: Alianza.

-Newton, I. (1987). Principios matemáticos de la filosofía natural. Madrid: Tecnos.

-O'Neill, J. (1986). The disciplinary society: From Weber to Foucault. *British Journal of Sociology*, N°37(1), pp. 42-60.

-Ogle, V. (2015). The Global Transformation of Time: 1870-1950. Cambridge: Harvard University Press.

-Pagura, N. (2018). Hacia una teoría crítica del trabajo en el capitalismo actual. Revisión de las tesis sobre el "fin del trabajo" e indagación de perspectivas alternativas. Buenos Aires: Teseo Press.

-Postone, M.

(2001). La lógica del antisemitismo. En *La crisis del Estado Nación: Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*. Barcelona: Alikornio ediciones.

(2005). Repensando a Marx (en un mundo post-marxista). En *Lo que el trabajo esconde*, Madrid: Traficantes de Sueños.

(2006). Tiempo trabajo y dominación social. Barcelona: Marcial Pons.

(2007). Marx reloaded: repensar la teoría crítica del capitalismo. Madrid: Traficantes de Sueños.

(2007). Lukács y la crítica dialéctica del marxismo. En *Marx reloaded: repensar la teoría crítica del capitalismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.

(2012). Para una teoría crítica del presente: en conversación con Moishe Postone sobre las nuevas lecturas de Marx, la crisis y el antisemitismo. *Constelaciones, revista de teoría crítica*, N°4, pp. 376-403.

-Ramón Fernández Durán, R.; González Reyes L. (2018). La espiral de la energía I y II. Madrid: Ecologistas en Acción.

-Ramos, R.

(1992). *Tiempo y Sociedad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

(1994). Del aprendiz de brujo a la escalada reflexiva: el problema de la historia en la sociología de Norbert Elias. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N°65, pp. 27-54.

(1989A; 1989B; 1990). El calendario sagrado: el problema del tiempo en la sociología durkheimiana, I, II y III. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N.º 48 (pp. 23-50); 49 (pp. 77-102) y 51 (pp. 72-102).

(2006). La deriva hacia la incertidumbre de la sociedad del riesgo. I Jornadas sobre gestión de crisis. Más allá de la sociedad del riesgo: Facultad de Sociología de la Universidad de A Coruña 9 y 10 de noviembre de 2005. Jornadas sobre Gestión de Crisis (1. 2005. A Coruña) . Universidade da Coruña, Servicio de Publicaciones, A Coruña, pp. 27-43.

(2014). Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea. *Política y Sociedad*, Vol.51, N°1, pp. 147-176.

-Ramos, R.; Prieto, C.; Callejo, J. (coords.). (2008). Nuevos tiempos del trabajo. Entre la flexibilidad competitiva de las empresas y las relaciones de género. Madrid: Centro de investigaciones sociológicas.

-Renouard, Y. (1949). *Les Hommes d'affaires italiens du Moyen Âge*. París: Colin.

-Rosa, H.

(2011). Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada. *Persona Y Sociedad*, Universidad Alberto Hurtado, Vol. XXV, N°1, pp. 9-49.

(2016). Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía. Madrid: Katz.

-Rose, N. (1997). El gobierno en las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, N° 29, pp. 25-40.

-Safranski, R.

(2013). *Sobre el tiempo*. Madrid: Katz.

(2017). *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir*. Barcelona: Tusquets.

-Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.

-Simmel, G. (1986) *Las grandes ciudades y la vida del espíritu*. *Cuadernos Políticos*, N° 45, enero-marzo de 1986, pp. 5-10.

-Skornicki, A. (2015). *La gran sed de Estado. Michel Foucault y las ciencias sociales*. Madrid: Dado ediciones.

-Sombart, W. (1984). *El apogeo del capitalismo, Volumen II*. México: Fondo de Cultura Económica.

-Sohn-Rethel, A. (2017). *Trabajo intelectual y trabajo manual*. Madrid: Dado ediciones.

-Šubr, J. (2014). The monastery as a pattern for the management of time: a contribution to the historical sociology of modernization processes. *Rudn Journal of Sociology*, N°2, pp. 32-42.

Sutherland, J.; Sutherland, J. J. (2018). *Scrum: El revolucionario método para trabajar el doble en la mitad de tiempo*. Barcelona: Ariel.

-Thompson, E.P. (1995). *Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial*. En *Costumbres en común*, Barcelona: Grijalbo.

-Thrift, N. (1996). *Owner's Time and Owned Time: The Making of a Capitalist Time-Consciousness 1300-1800*. In J. Agnew, D. N. Livingstone, & A. Rogers (Eds.), *Human Geography an Essential Anthology*. Oxford: Blackwell Publishers.

-Urmeneta, H. V. (2007). *Espacio, Tiempo y Sociedad. Variaciones sobre Durkheim, Halbwachs, Gurvitch, Foucault y Bourdieu*. Barcelona: Akal.

-Vergara, R. J. J. (2015). *Aprendo porque quiero. El Aprendizaje Basado en Proyectos (ABP), paso a paso*. España: SM.

-Wallerstein, I. (2016) *El moderno sistema mundial I*. Madrid: Siglo XXI.

-Weber, M. (1993). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.

-Zamora, J. (2011). *Aceleración: las estructuras temporales de la modernidad, trabajo presentado en ponencia del Instituto de Filosofía del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC), Madrid-España*. Recuperado de <http://www.proyectos.cchs.csic.es/fdh/sites/default/files/JAZamora%202011%20Aceleraci%C3%B3n.pdf>

-Zerubavel, E.

(1980). The Benedictine Ethic and the Modern Spirit of Scheduling: on Schedules and Social Organization. *Sociological Inquiry*, N°50(2), pp. 157-169.

(1982). The Standardization of Time: A Sociological Perspective. *American Journal of Sociology*, N°88, pp. 1-23.